



ALFONSO MONTECASSINO EDITOR

V. HUGO



LOS
RABAJADORES
DEL MAR

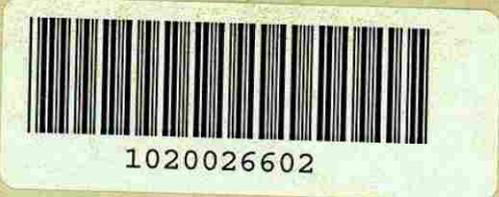
ALFONSO MONTECASSINO EDITOR

ALFONSO MONTECASSINO EDITOR

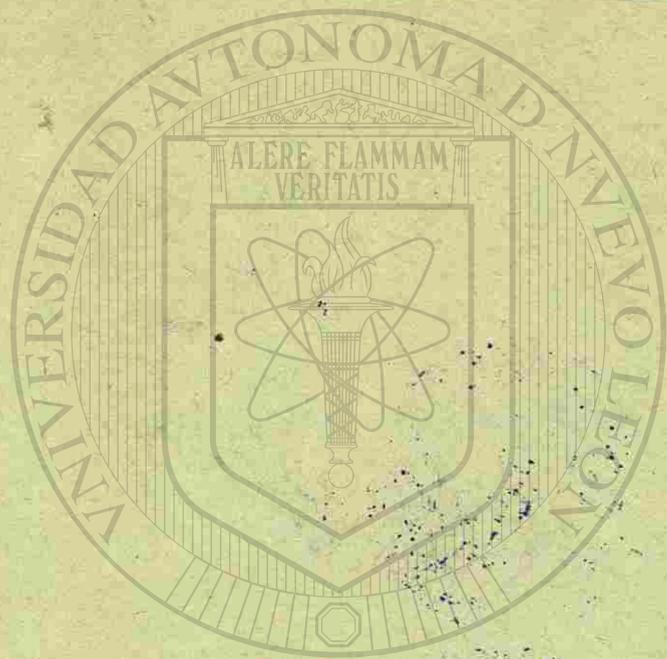
TOMO II

ALFONSO MONTECASSINO EDITOR

PQ2289
.T7
S6
v. 2



1020026602

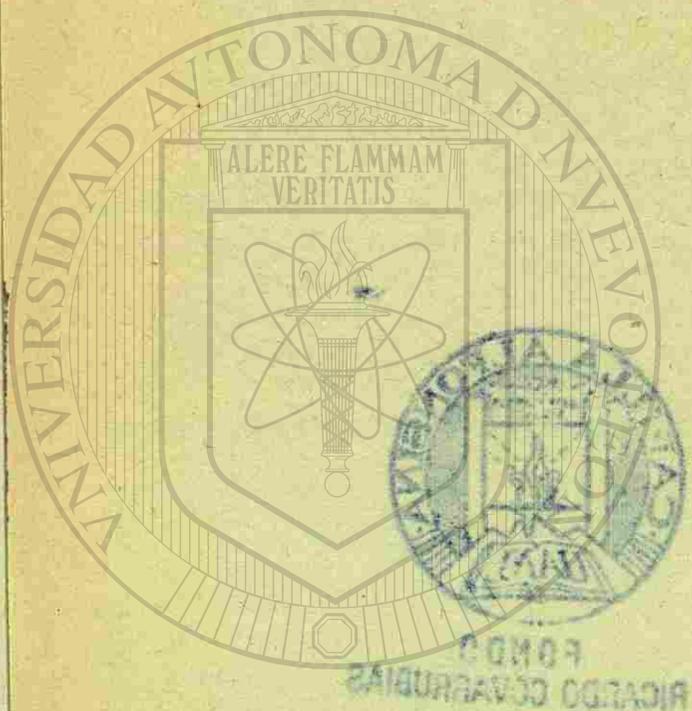


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LOS TRABAJADORES
DEL MAR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. H 8951
Núm. Autor 30334
Núm. Adg. 8
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____

VICTOR HUGO.

LOS

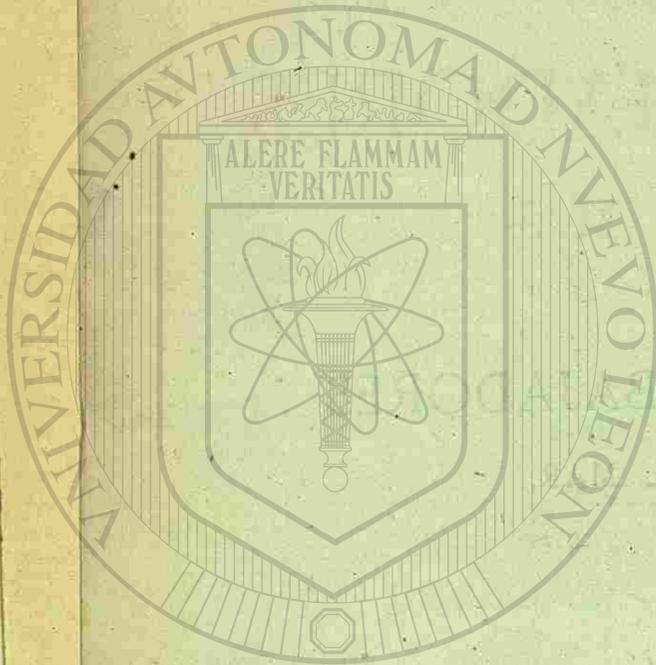
TRABAJADORES

DEL MAR.

VERSION ESPAÑOLA

POR D. ANTONIO RIBOT.

TOMO SEGUNDO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID:
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG,
EDITORES, PRINCIPE, 4.

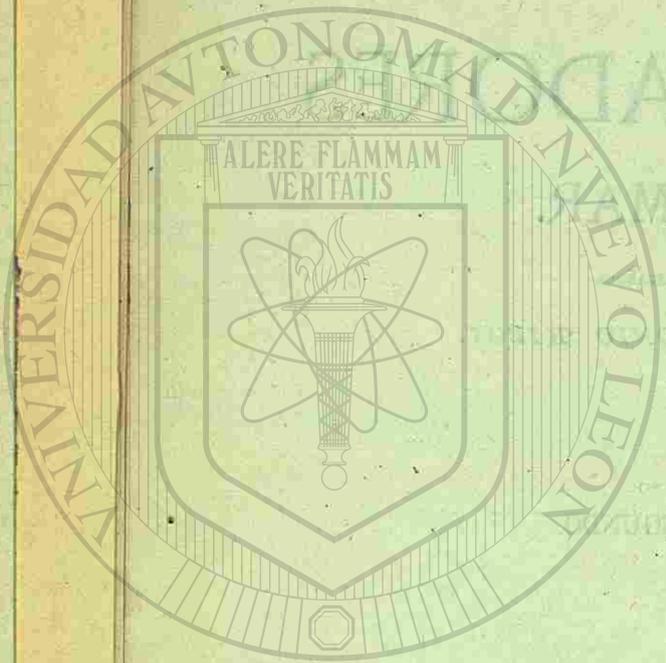
PARIS:
LIBRERIA DE D. F. BRACHET
8 RUE DE L' ABBAYE.

1866.

099343

30334

PQ2289
.T7
56



SEGUNDA PARTE.

GILLIATT

EL MALIGNO
RICARDO COVARRUBIAS

LIBRO PRIMERO.

EL ESCOLLO.

CAPILLA ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

30334

843
H.

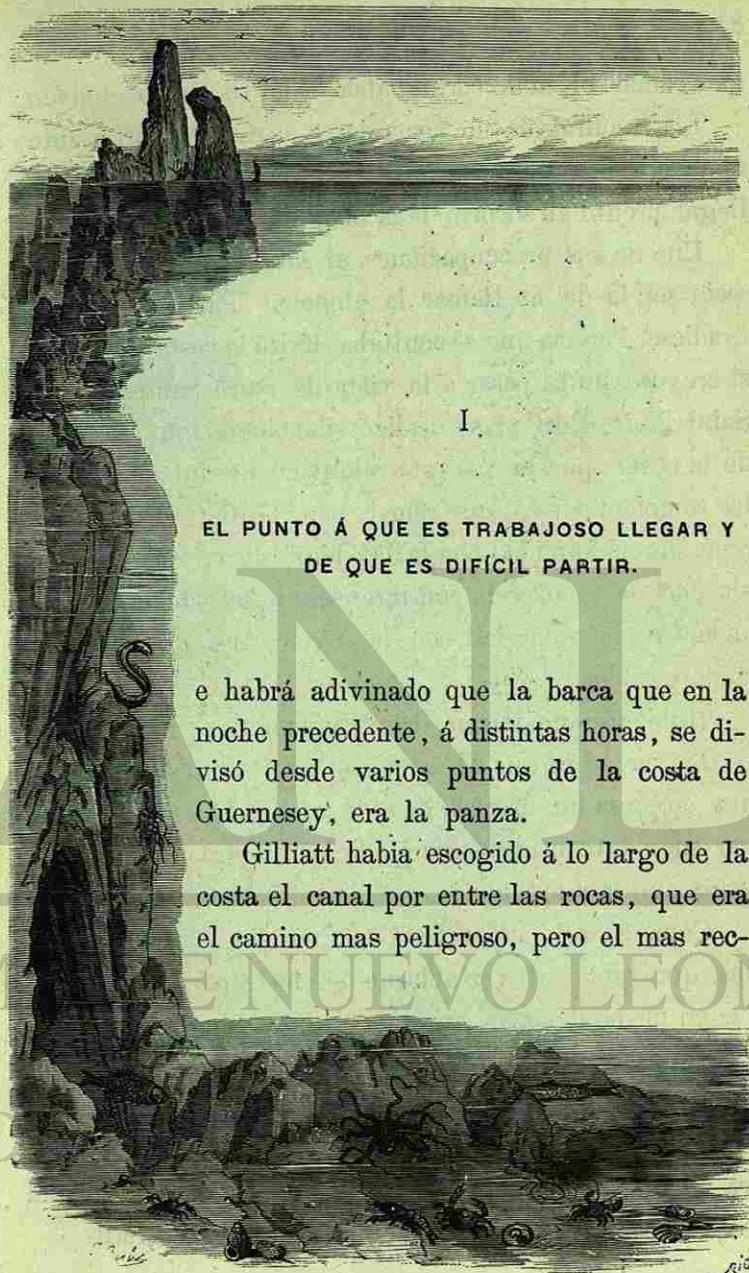


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

308



I.

EL PUNTO Á QUE ES TRABAJOSO LLEGAR Y
DE QUE ES DIFÍCIL PARTIR.

S e habrá adivinado que la barca que en la noche precedente, á distintas horas, se divisó desde varios puntos de la costa de Guernesey, era la panza.

Gilliatt habia escogido á lo largo de la costa el canal por entre las rocas, que era el camino mas peligroso, pero el mas rec-

®

to. Tomar el mas corto habia sido su único cuidado.

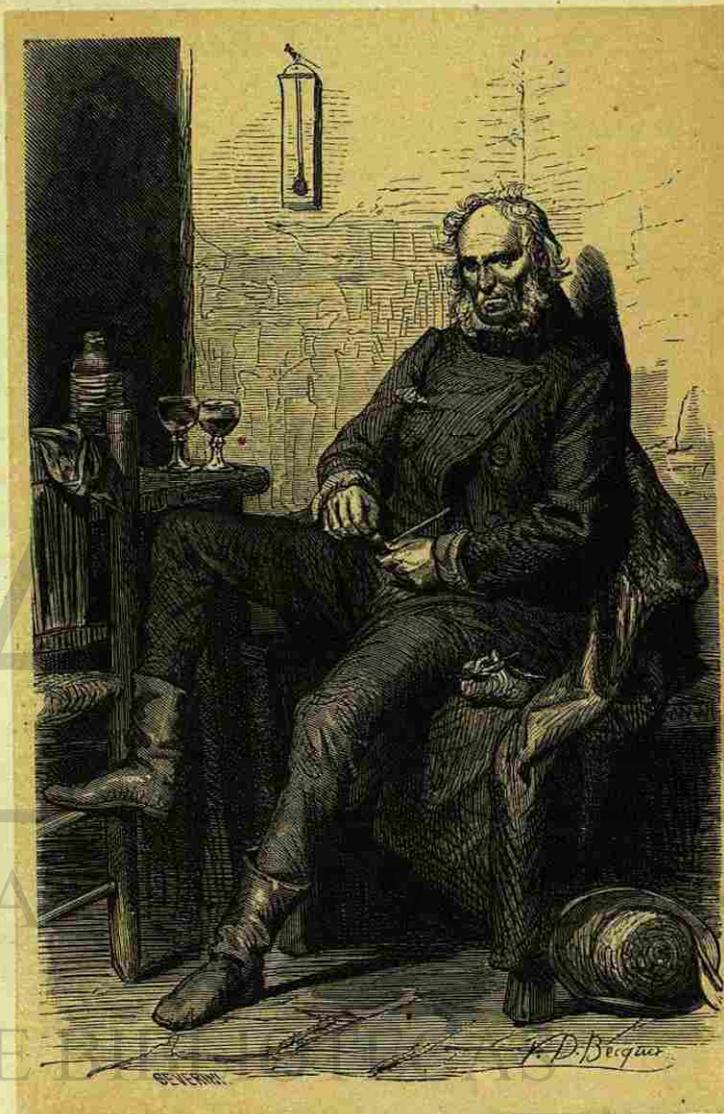
Los naufragios no aguardan; el mar es apremiante; una hora de retraso puede ser irreparable. Gilliatt queria llegar pronto al socorro de la máquina en peligro.

Una de sus preocupaciones al salir de Guernesey pareció ser la de no llamar la atención. Partió como si se evadiese. Parecia que se ocultaba. Evitó la costa Este como si creyese inútil pasar á la vista de Saint-Sampson y de Saint-Pierre Port, y se deslizó silenciosamente á lo largo de la costa opuesta que está relativamente inhabitada. En las rompientes tuvo que remar; pero Gilliatt manejaba el remo en conformidad con la ley hidráulica: tomar el agua sin choque y volverla con ligereza, y de este modo pudo andar en la oscuridad con la mayor fuerza y el menor ruido posibles.

Hubiérase creído que iba á cometer una mala accion.

La verdad es que al arrojarse con los ojos cerrados á una empresa que parecia de éxito imposible, y al arriesgar su vida con una seguridad casi absoluta de perderla, temia aun la competencia.

Como el sol empezaba á declinar, los ojos desconocidos, que están tal vez abiertos en los espacios, pudieron ver en medio del mar, en uno de los puntos mas solitarios y amenazadores, dos objetos, entre los cuales el intervalo decrecia, acercándose el uno al otro. El uno, casi imperceptible en medio del anchuroso movimiento de las olas, era un buque de vela en el cual habia un hombre. Aquel buque era la panza, á cuyo bordo se hallaba Gilliatt.



EL CAPITAN GERTRAIS-GABOUREAU.

El otro, inmóvil, colosal, negro, tenía encima del agua una figura sorprendente. Dos altos pilares sostenían fuera de las olas en el vacío una especie de traviesa horizontal que era como un puente echado de una cima á otra.

La traviesa, tan informe vista de lejos que era imposible adivinar lo que era, formaba cuerpo comun con los dos pies derechos.

Aquello parecía una puerta. ¿De qué servía una puerta en aquella abertura que se hallaba en todas partes, pues era el mar?

Hubiérase dicho que era un portalon histórico, levantado en pleno océano por una fantasía magistral y por manos acostumbradas á construcciones que guardasen proporcion con el abismo.

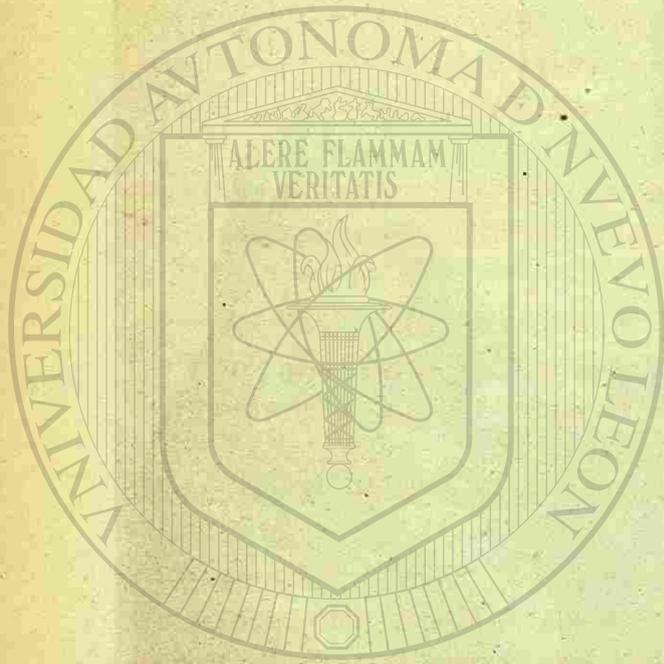
Aquella silueta feroz se destacaba de la claridad del cielo.

La luz de la alborada se iba haciendo intensa hácia Levante, y la blancura del horizonte hacia parecer el mar mas negro. Al otro lado, y frente á frente, la luna se ponía.

Los dos pilares eran los Douvres. La especie de mole encajonada entre ellos, como un arquitrabe entre dos jambas, era la Duranda.

Aquel escollo, sujetando su presa y dejándola ver, era terrible; las rocas tienen á veces delante del hombre una ostentacion sombría y hostil.

Habia desafío en la actitud de aquellas rocas. Parecian estar en guardia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nada tan altivo y arrogante como aquel conjunto: el buque vencido, el abismo amo.

Las dos rocas, mojadas aun por la tempestad de la víspera, parecían combatientes que sudaban.

El viento había aflojado, el mar se plegaba pacíficamente, se adivinaban, con solo mirar la superficie del agua, algunas rompientes en que caían con gracia los penachos de espuma, y de cuando en cuando venía de alta mar un murmullo parecido á un zumbido de abejas.

Todo estaba al nivel, á escepcion de los dos Douvres, erguidos y rectos como dos columnas negras. Estaban hasta cierta altura cubiertos enteramente de ova. Sus escarpados lomos tenían reflejos de armaduras.

Se comprendía que debajo del agua tenían montañas por raíces. De ellos se desprendía una especie de omnipotencia trágica.

El mar oculta ordinariamente sus golpes. Queda voluntariamente oscuro, y todo lo vela su sombra incommensurable. Es muy raro que el misterio renuncie al secreto. Hay algo, sin duda alguna, de monstruoso en la catástrofe, pero en cantidad desconocida.

El mar es potente y secreto; se oculta, no tiene afán de divulgar sus acciones. Produce un naufragio, y lo tapa; el engullimiento es su pudor. La ola es hipócrita; mata, roba, encubre, afecta candidez y sonríe. Ruge, y despues se riza.

No sucedía en los Douvres lo mismo. Los Douvres, levantando encima de las olas la Duranda muerta, tenían

un ademán de triunfo. Hubiérase dicho que eran dos brazos monstruosos que salían del abismo y enseñaban á las tempestades aquel cadáver de buque.

Eran algo parecido al asesino que se jacta de sus fechorías.

Se añadía á todo lo dicho el horror sagrado de la hora. El amanecer tiene una grandeza misteriosa que se compone de un resto de sueño y de un principio de pensamiento. En este momento turbio, flota aun un poco de espectro.

La especie de inmensa H mayúscula, formada por los dos Douvres de que era la Duranda como un eslabon que los unía, aparecía en el horizonte con no sé qué magestad crepuscular.

Gilliatt llevaba su traje de marinero, camisa de lana, medias de estambre, zapatos claveteados, chaqueton de punto de media, pantalon con bolsillos de paño burdo, y en la cabeza uno de esos gorros de lana colorada, usados á la sazón en la marina, llamados en el último siglo *galeotes*.

Reconoció el escollo y avanzó.

La Duranda era todo lo contrario de un buque echado á pique; era un buque suspendido en el aire.

No se podía intentar un salvamento mas extraño.

Ya el sol estaba muy alto cuando Gilliatt llegó á las aguas del escollo.

Como hemos dicho, había poca marejada. El agua tenía solamente la agitacion que la da su opresion entre los

peñascos. Todo estrecho, pequeño ó grande, se riza, y su interior echa siempre espuma.

No abordó Gilliatt los Douvres sin precaucion.

Echó varias veces la sonda.

Tenia que practicar un pequeño desembarco provisional.

Acostumbrado á viajes continuos, aunque cortos, tenia siempre dispuesto todo lo necesario para ellos.

Metió en la barca un saco de galleta y otro de harina de centeno, una cesta de stock-fisch y de tasajo, una pipa de agua dulce, un cajon de Noruega con flores pintadas que contenia algunas camisas gruesas de lana, un chaqueton y unos calzones embreados, y una piel de camero que se echaba encima por la noche.

Todo esto, á mas de un pan tierno, metió precipitadamente en el buque antes de salir del Bu de la Calle.

Impaciente por partir, no sacó de su morada mas instrumentos de trabajo que su martillo de herrero, su hacha y su segur, una sierra y una cuerda de nudos, armada de su correspondiente garfio. Con una escalera de nudos, sabiendo servirse de ella, las mas ásperas pendientes se hacen accesibles, y un buen marino encuentra practicables los mas rudos acantilados.

En la isla de Serk se puede ver el partido que sacan de una cuerda de nudos los pescadores del Havre Goselin.

Dentro de la barca se hallaban tambien sus redes, sus sedales y todos sus aparejos de pesca.

Los habia metido por costumbre y maquinalmente, pues demasiado sabia que prosiguiendo la empresa en que se habia empeñado, tendria que permanecer por algun tiempo en un archipiélago de rompientes, en que de nada sirven los chismes de pesca.

En el momento de llegar Gilliatt al escollo, la marea bajaba, lo cual era una circunstancia favorable.

Las aguas, decreciendo, dejaban en descubierto al pie de la Douvre menor algunas hiladas de piedras chatas y poco inclinadas, que se parecian bastante á las repisas que sostienen un techo.

Aquellas superficies, estrechas unas y otras anchas, escalonadas por espacios desiguales á lo largo del monolito vertical, se prolongaban en forma de estrecha cornisa hasta debajo de la Duranda, la cual formaba bar-riga entre los dos peñascos. Allí estaba como en un torno.

Aquellas plataformas eran cómodas para descargar y columbrar. Allí se podia dejar provisionalmente el cargamento de la panza. Pero era menester darse prisa, porque no podian estar mucho tiempo fuera del agua. Al subir la marea, habian de sepultarse nuevamente bajo la espuma.

Delante de aquellas rocas, unas planas y otras en declive, Gilliatt detuvo la panza. Una gruesa capa de ova las cubria, y por esta circunstancia y por su oblicuidad eran en varios puntos muy resbaladizas.

Gilliatt se descalzó, saltó á la ova y amarró la panza al pico de una roca.

Despues avanzó cuanto pudo entre la estrecha cornisa

de granito, se colocó debajo de la Duranda, levantó los ojos y la examinó detenidamente.

La Duranda estaba cogida, suspendida y como amoldada entre los dos peñascos, á unos veinte pies encima del agua. Para echarla allí habia sido necesario un golpe de mar espantoso.

Esas cóleras nada tienen de asombroso para la gente de mar. Para no citar mas que un ejemplo, diremos que el dia 25 de enero de 1840, en el golfo de Stora, una tempestad, al tocar ya á su fin, hizo con el ímpetu de su última ola saltar un bergantin todo entero por encima del desmantelado casco de la corbeta *la Marne*, y lo incrustó, con el bauprés hácia delante, entre dos acantilados.

Por lo demás, no habia en los Douvres mas que una mitad de la Duranda.

El buque, arrancado á las olas, habia sido en cierto modo desarraigado del agua por el huracan. El torbellino de viento le habia torcido, el torbellino de mar le habia retenido, y de esta manera, cogido en sentido inverso por las dos manos de la tempestad, se habia roto como una tablilla.

La popa, con la máquina y las ruedas, levantada fuera del agua y arrojada con toda la furia del huracan contra el desfiladero de los Douvres, habia entrado en él hasta la mitad de su casco y se quedó clavada. La ráfaga habia sido terrible; para hundir aquel pesado maderamen entre los dos peñascos, el huracan se habia hecho maza. La proa, llevada y rodada por la racha, se habia dislocado en las rompientes.

La sentina desfondada habia vaciado en el mar los bueyes ahogados.

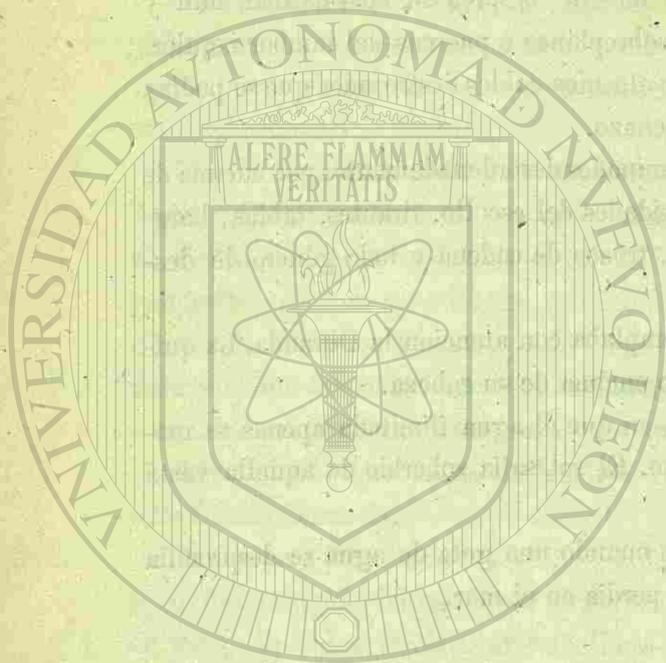
Algunos tablones de la proa se conservaban aun y colgaban de los sobreplanos ó puercas del tambor izquierdo sostenidos por algunos cables destrozados que se podian romper de un hachazo.

Se veian diseminados desordenadamente, por encima de las lejanas fragosidades del escollo, tirantes, tablas, harapos del velámen, trozos de cadena y todo género de despojos.

Gilliatt contemplaba con atencion la Duranda. La quilla formaba techo encima de su cabeza.

El horizonte, en que el agua ilimitada apenas se movia, estaba sereno. El sol salia soberbio de aquella vasta redondez azul.

De cuando en cuando una gota de agua se desprendia de la quilla y se perdia en el mar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

LAS PERFECCIONES DEL DESASTRE.

Las rocas Douvres se diferenciaban una de otra por su forma y por su altura.

En la Douvre menor, encorvada y aguda, se veían ramificarse, desde la base á la cúspide, largas venas de una roca de color de ladrillo, blanda relativamente, que penetraba con sus láminas en el interior del granito. Los desmoronamientos de esas láminas rojizas ofrecían desigualdades que facilitaban el escalamiento.

Una de estas desigualdades, situada algo encima de la cubierta, había sido tan bien ahuecada y trabajada por las salpicaduras incesantes de las olas, que se había

convertido en una especie de nicho en que se hubiera podido colocar una estatua.

El granito de la Douvre menor estaba redondeado en la superficie y despuntado como la piedra de toque, lo que en nada disminuía su dureza. La Douvre menor terminaba en punta como un cuerno.

La mayor, unida, lisa, bruñida, perpendicular, y como tallada en conformidad con la cúpula ó montera dibujada por un hábil arquitecto, era de una sola pieza y parecía formada de marfil negro. No ofrecía ni un agujero, ni un relieve. Era inhospitalaria; un presidiario no hubiera podido servirse de ella para su fuga, ni un pájaro para su nido.

Lo mismo que el peñasco el Homme, tenía en la cima una plataforma, pero una plataforma inaccesible.

Se podía subir á la Douvre menor, pero no permanecer en ella; en la Douvre mayor se podía permanecer, pero no se podía subir.

Gilliatt, despues de sus primeras investigaciones, volvió á la panza, la descargó en la mas ancha de las cornisas que habia á flor de agua, hizo de todo el cargamento, que era muy sucinto, una especie de fardo que cubrió con un encerado, y añadió una eslinga con su argolla para izar, dejó el fardo en un recodo de roca á que no podia alcanzar el oleaje, y despues, hincando pies y manos en una y otra aspereza, ciñendo la Douvre menor, agarrándose de las mas pequeñas estrías, subió á la Duranda encallada en el aire.

Al llegar á la altura de los tambores, saltó á la cubierta.

La Duranda ofrecía todos los vestigios de una via de hecho espantosa. Era la violencia horrible, el estupro de la borrasca. La tempestad se conduce como una cuadrilla de piratas.

Nada se parece tanto á un atentado como un naufragio. La nube, el trueno, la lluvia, las rachas, las olas, las rocas, tanta multitud de cómplices es horrible.

Se soñaba en la cubierta desamparada con alguna cosa parecida al pataleo furioso de los espíritus del mar. Había en todas partes indicios de rabia.

Las estrañas torsiones de ciertas piezas de hierro indicaban los furiosos arrebatos del viento.

El entrepuente era como el cuarto de un loco en que todo está hecho pedazos.

No hay otra fiera como el mar para desmenuzar una presa. El agua está llena de garras. El viento muerde, la marejada devora; la ola es una mandíbula. Arranca y aplasta á un mismo tiempo.

El Océano tiene la misma zarpada que el león.

El destrozo de la Duranda ofrecía la particularidad de ser circunstanciado y minucioso. Era una especie de escrutinio terrible. Muchas cosas parecían hechas espresamente. Se podía decir: ¡qué mala intención!

Las fracturas de los bordajes estaban practicadas con arte. Este género de destruccion es propio de las mangas de agua y viento. Tijeretear y adelgazar, tal es el capri-

cho de esas devastadoras enormes. La manga tiene afecciones de verdugo. Los desastres que causa parecen suplicios.

Diriase que es rencorosa; tiene refinamientos de crueldad como un salvaje.

Diseca esterminando. Tortura al náufrago, se venga, se recrea; es hasta minuciosa.

Las mangas, raras en nuestros climas, son tanto mas terribles cuanto mas inesperadas. Un escollo puede atraer y hacer girar en torno suyo una tormenta.

Es probable que la borrasca hubiese formado espiral alrededor de las Douvres, y que con el choque del escollo se hubiese de repente convertido en sifon, lo que explicaba la ascension del buque á tanta altura en las rocas. Cuando sopla el sifon, un buque no pesa mas al viento que una piedra á una honda.

La Duranda tenia la herida que tendria un hombre partido en dos mitades; era un tronco abierto que dejaba escapar una multitud de despojos parecidos á entrañas.

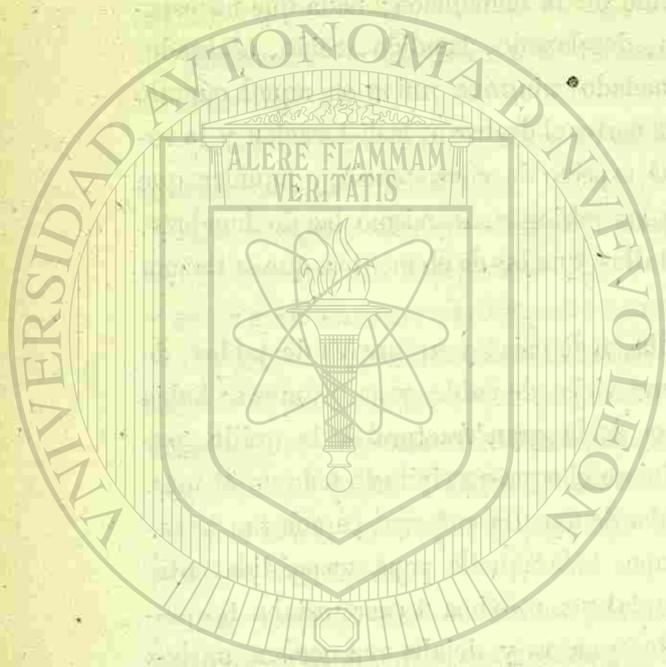
La jarcia flotaba y se estremecia; cadenas rotas se balanceaban como tiritando; las fibras y los nervios del buque estaban descubiertos y colgaban. Lo que no estaba despedazado estaba desarticulado; la superficie del forro de la carena estaba erizada de clavos; todo tenia la forma de la ruina; un espeque no era mas que un pedazo de hierro, una sonda no era mas que un pedazo de plomo, una vigota no era mas que un pedazo de madera, una driza no era mas que un cabo de cáñamo, un cable no

era mas que una madeja enredada, una relinga no era mas que un hilo en un dobladillo; en todas partes la inutilidad lamentable de la demolicion; nada que no estuviese desaferrado, desclavado, hendido, roido, alabeado, inutilizado, anonadado; ninguna union en aquel cúmulo deforme; en todas partes el destrozo, la dislocacion y la rotura, y no sé qué aspecto de consistencia y liquidez que caracteriza todas las refriegas, lo mismo las de hombres, que se llaman batallas, que las de elementos, que se llaman cáos.

Todo se hundia, todo caia, y un arroyo de tablas, de escotillas, de hierro viejo, de cables y de tirantes se habia detenido alrededor de la gran fractura de la quilla, pudiendo el mas mínimo choque precipitarlo todo en el mar.

Cuanto quedaba de aquella poderosa carena tan triunfante en otro tiempo, toda aquella popa suspendida entre las dos Douvres y tal vez próxima á caer, estaba resquebrajada en distintos puntos y dejaba ver por sus anchas grietas el interior sombrío de la nave.

El mar desde abajo escupia su espuma en aquella cosa miserable.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

SANA, PERO NO SALVA.

No podía presumir Gilliatt que no hallaría mas que una mitad del buque. En las indicaciones del patron del *Shealtiel*, no obstante ser tan precisas, nada hacia presentir que el buque estuviese partido por la mitad.

Era probable que en el instante de producirse tan terrible avería bajo las espumosas olas, tuviera efecto aquel «crugido diabólico» que oyó el patron del *Shealtiel*. Habíase éste alejado sin duda en el momento de la última ráfaga, y lo que había tomado por una oleada era una trompa marina.

Mas adelante, acercándose para observar el zaborde,

no había podido ver mas que la parte anterior de la quilla, habiéndole ocultado lo restante, es decir la ancha rotura que había separado la proa de la popa, la compresion del escollo.

Nada sin embargo había dicho el patron que no fuese exacto. El casco estaba perdido, la máquina intacta.

Semejantes contingencias son frecuentes en los naufragios como en los incendios. La lógica del desastre nos escapa.

Los mástiles rotos estaban caidos, y la chimenea no se había doblado siquiera. La gran plancha de hierro que soportaba la máquina la había mantenido como si fuese toda de una sola pieza.

Los forros de cobre de los tambores estaban casi separados como las tablillas de una persiana, pero al trasluz de sus rendijas se distinguían las dos ruedas en buen estado. Faltaban algunas palas.

A mas de la máquina, había resistido el cabrestante de popa, el cual tenía su cadena, y gracias á hallarse fuertemente encajado en un cuadro de albitanas, podía prestar aun servicios, con tal que el esfuerzo del virador de combés no hendiese las panas. Las tablas de la cubierta se doblaban en casi todos los puntos.

Todo aquel diafragma bamboleaba.

En cambio, como hemos dicho, el pedazo de casco encajado entre los peñascos Douvres se mantenía firme y parecía sólido.

La conservacion de la máquina tenía un no sé qué

de burlon, y añadía la ironía á la catástrofe. La sombría malicia de lo desconocido se revela algunas veces con esas especies de chanzas amargas. La máquina estaba ilesa, lo que no impedía que estuviese perdida.

El Océano la conservaba en su poder para demolerla cuando bien le pareciese. Juego de gato.

Allí iba á agonizar y á deshaerse pieza tras pieza. Iba á servir de juguete á la salvajez de la espuma. Iba á decrecer diariamente, y, como quien dice, á derretirse. ¿Cómo evitarlo?

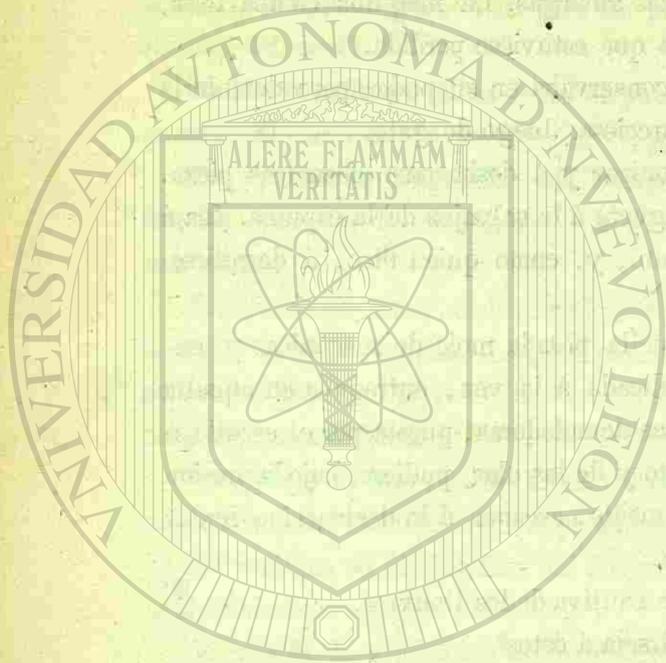
Pensar que aquella pesada mole de mecánicas y encajes, maciza y delicada á la vez, entregada en aquella soledad á las fuerzas demoledoras, puesta por el escollo á discrecion del viento y de las olas, pudiese, bajo la presion de tan implacable medio, escapar á la destruccion lenta, hubiera sido locura.

La Duranda era cautiva de los Douvres.

¿Cómo arrebatársela á éstos?

¿Cómo redimirla?

La evasion de un hombre es difícil; pero ¡qué problema éste: la evasion de una máquina!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

IV.

EXAMEN LOCAL PRELIMINAR.

Gilliatt estaba rodeado de urgencias. Lo mas apremiante sin embargo era hallar un fondeadero para la panza, y luego una guarida para él.

Habiéndose la Duranda recostado mas sobre babor que sobre estribor, el tambor derecho estaba mas elevado que el izquierdo.

Gilliatt subió al derecho. Desde él dominaba la parte baja de las rompientes, y aunque la cordillera de peñascos, alineados en ángulos truncados detrás de los Douvres, formaba varios recodos, Gilliatt pudo estudiar el plano general del escollo.



Empezó por este reconocimiento.

Los Douvres, como hemos ya indicado, eran como dos altas paredes que marcaban la estrecha entrada de una callejuela de pequeños acantilados graníticos que se levantaban verticalmente.

No es raro en las formaciones submarinas primitivas hallar de esos corredores singulares que parecen cortados con una hacha.

Aquel desfiladero, muy tortuoso, no se veía jamás seco, ni aun en las mareas bajas. Una corriente muy sacudida le cruzaba siempre de parte á parte. El ímpetu de las rebezas era bueno ó malo, según el rumbo del viento dominante, que tan pronto desconcertaba el oleaje y lo aplacaba, como exasperaba sus furiosos.

Este último caso era el más frecuente; el obstáculo encoleriza al agua y la obliga á cometer los mayores excesos; la espuma es la exageración de las olas.

El viento borrascoso, en esas compresiones entre dos rocas, sufre las mismas contrariedades y adquiere la misma malignidad. Es la tempestad en el estado de estranguirria.

El inmenso soplo sigue siendo inmenso, y se hace agudo. Es maza y dardo. Taladra al mismo tiempo que aplasta. Figurémonos el huracán que se ha hecho aire colado.

Las dos cordilleras de rocas, dejando entre sí aquella especie de calle del mar, se escalonaban más bajas que los Douvres en alturas gradualmente decrecientes y se hundían á la vez en las olas á cierta distancia.

Allí había otro boquete, menos elevado que el de los Douvres, pero más angosto aun, y que era la entrada Este del desfiladero. Se adivinaba que la doble prolongación de las dos espigas de rocas continuaba la calle por debajo del agua hasta el peñasco el Homme, colocado como una ciudadela cuadrada en el otro extremo del escollo.

Por lo demás, estando baja la marea, como lo estaba en el instante de hacer Gilliatt sus observaciones, las dos hileras de bajíos mostraban sus accidentes, hallándose algunos en seco, visibles todos, y coordinándose sin interrupción.

El Homme limitaba y sostenía por el lado de Levante la mole entera del escollo, apuntalado hacia Poniente por los dos Douvres.

Todo el escollo, mirado á vista de pájaro, ofrecía un rosario de rompientes que tenía á un extremo los Douvres y al otro el Homme.

El escollo Douvres, tomado en su conjunto, no era otra cosa más que la inmersión de dos gigantescas láminas de granito tocándose casi y saliendo verticalmente, como una cresta, de las cimas que están en el fondo del Océano. Hay fuera del abismo muchos ejemplares de esas estoliaciones inmensas. La racha y la marejada habían recortado esta cresta, volviéndola dentada como una sierra.

No se veía más que la parte superior, que era el escollo. Lo que el agua ocultaba debía ser enorme.

La callejuela, á que la tormenta había echado la Duranda, era el intermedio de aquellas moles colosales.

Aquella callejuela, que culebreaba como el rayo, tenia en casi todos los puntos la misma anchura. Asi la habia construido el Océano.

El eterno tumulto produce muchas de esas estrañas regularidades. Una geometría sale de las olas.

De un extremo á otro del desfiladero, los dos murallones de roca se prolongaban paralelamente á una distancia que las costillas de la Duranda median casi exactamente.

Entre las dos Douvres, el ensanche de la menor, encorvada y tumbada, habia dejado sitio para los tambores. En cualquier otro punto los tambores se hubieran hecho polvo.

La doble fachada interior del escollo era horrible. Cuando explorando el desierto de agua que se llama Océano, se llega á las cosas desconocidas del mar, todo se encuentra sorprendente y disforme. Lo que del desfiladero podia Gilliatt percibir desde la cubierta, causaba horror.

En las gargantas graníticas del Océano hay con frecuencia una estraña representacion permanente del naufragio. El desfiladero de los Douvres tenia la suya, que era espantosa. Los óxidos de la roca matizaban de rojo la baranca, imitando cuajarones de sangre. Aquello era parecido al trasudor sanguinolento de una carnicería.

Aquel escollo tenia algo de osario.

La ruda piedra marina, distintamente colorada, ya por la descomposicion de las aleaciones metálicas mezcladas

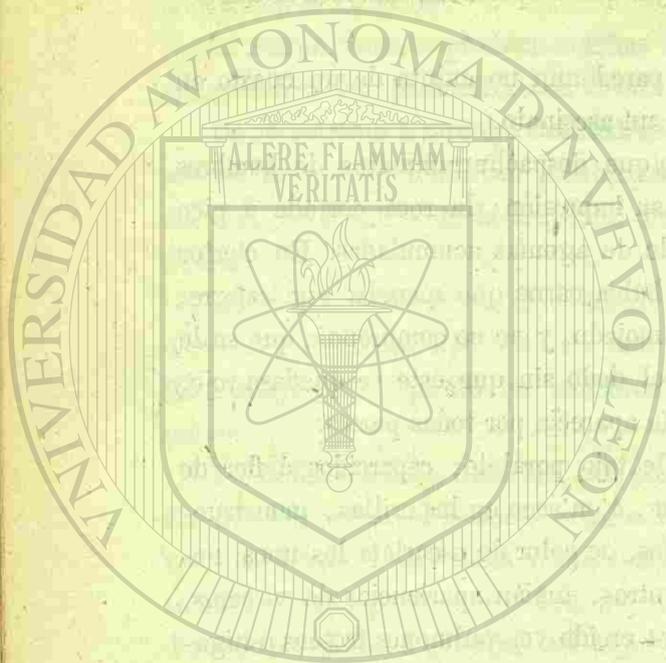
con la roca, ya por el moho, ostentaba en varios puntos manchas purpúreas horribles, enverdecimientos sospechosos, salpicaduras rojas que despertaban una idea de degüello y esterminio.

Se creia ver la pared aun no enjuta de un cuarto en que se ha cometido un asesinato.

Hubiérase dicho que despachurramientos de hombres habian dejado allí su impresion; la roca cortada á pico tenia no sé qué sello de agonías acumuladas. En ciertos parajes parecia que habia carne que manaba aun sangre; el murallon estaba mojado, y no se comprendia que se le pudiese tocar con el dedo sin que éste se quedase rojo. Un orin de carnicería aparecia por todas partes.

Al pie del doble tajo paralelo, esparcidos á flor de agua, ó bajo las olas, ó en seco en las orillas, monstruosos guijarros redondos, de color de escarlata los unos, negros ó azulados los otros, tenian apariencias de vísceras, y cualquiera hubiera creido ver pulmones frescos ó hígados que se estaban pudriendo. Hubiérase dicho que se habian vaciado allí vientres de gigantes. Largos hilos rojos, que se hubieran podido tomar por resudaciones fúnebres, rayaban de arriba á abajo el granito.

Tales aspectos son frecuentes en las cavernas del mar.



V.

UNA PALABRA ACERCA DE LAS COLABORACIONES
SECRETAS DE LOS ELEMENTOS.

Para los que, por las contingencias de los viajes, pueden verse condenados á habitar temporalmente un escollo en el Océano, la forma del escollo no es una cosa indiferente.

Hay el escollo pirámide, que es una cima cónica fuera del agua; hay el escollo círculo, que es como un redondel de grandes piedras, y hay el escollo corredor. El escollo corredor es el mas imponente, no solo por la angustia del agua entre sus paredes y los tumultos de la ola comprimida, sino que tambien á causa de las oscuras propieda-

des metereológicas que parecen desenvolverse por el paralelismo de dos rocas en alta mar:

Las dos rocas rectas son un verdadero aparato vol-táico.

Un escollo corredor está orientado, y conviene conocer su orientacion, porque de ella resulta una primera accion sobre el aire y sobre el agua.

El escollo corredor obra sobre la ola y sobre el viento, mecánicamente por su forma, galvánicamente por la imantacion ó magnetizacion diferente posible de sus planos verticales, masas justapuestas y contrariadas una por otra.

La naturaleza de semejantes escollos atrae hácia sí todas las fuerzas esparcidas en el huracan, y tiene un poder singular de concentracion sobre la tormenta.

De ahí procede, en los parajes en que se hallan estas rompientes, cierta acentuacion de la tempestad.

Es preciso saber que el viento es compuesto. Se cree que es simple, y no lo es. Su fuerza no solamente es dinámica, sino química, y no solamente es química, sino magnética. Hay en ella algo inesplicable.

El viento es tan eléctrico como aéreo. Ciertos vientos coinciden con las auroras boreales. El viento del banco de las Aiguilles levanta olas que tienen cien pies de elevacion, asombro de Dumont-d'Urville.—*La corbeta*, dijo, *no sabia á quién escuchar.*

Bajo las ráfagas australes, verdaderos tumores morbosos abollan el Océano, y el mar se pone tan horrible qué los salvajes huyen para no verle. Las ráfagas boreales

son diferentes; están todas mezcladas con prismas de hielo; aquellos cierzos irrespirables obligan á retroceder sobre la nieve los trineos de los esquimales.

Otros vientos quemán, tales como el simoun de Africa, que es el tifon de China y el Samiel de la India. Simoun, Tifon, Samiel; parecen nombres de demonios. Derriten lo alto de las montañas; una borrasca ha vitrificado el volcan de Tolucca. ¡El Samiel!

Este viento caliente, torbellino de color de tinta, agitando entre nubes de color de escarlata, hizo decir á los Vedas: *Hé aquí el dios negro que viene á robar las vacas rojas.* En todos estos hechos se siente la presion del misterio eléctrico.

El viento está lleno de este misterio. Y tambien el mar.

Tambien él es complicado; bajo sus olas de agua, que se ven, tiene, sin que se las vea, sus olas de fuerzas. Se compone de todo. De todas las confusiones, el Océano es la mas indivisible y la mas profunda.

Tratad de daros cuenta de ese caos tan enorme. Es el recipiente universal, depósito para las fecundaciones, crisol para las trasformaciones. Recoge, y luego dispersa; acumula, y luego siembra; devora, y luego crea. Recibe todos los albañales de la tierra, y los atesora.

Es sólido en el bajío, líquido en la ola, fluido en el efluvio. Como materia es masa, y como fuerza es abstraccion.

Iguala y enlaza los fenómenos. Se simplifica por lo

infinito en la combinacion. A fuerza de mezcla y de turbacion llega á la transparencia. La diversidad soluble se funda en su unidad. Una de sus gotas es el todo entero. Porque está lleno de tempestades, llega á ser el equilibrio.

Platon veia danzar las esferas, siendo estraño, pero real, que en la colosal evolucion terrestre alrededor del sol, el Océano, con su flujo y reflujo, es el balancin del globo.

En un fenómeno del mar, todos los fenómenos están presentes. La mar es aspirada por el torbellino como por un sifon; una tormenta es un cuerpo de bomba; el rayo viene del agua lo mismo que del aire; en las aguas se experimentan sordas sacudidas, y sale despues un olor de azufre del fondo de la sentina. *El diablo ha puesto el mar en su caldera*, decia Ruyter.

En ciertas tempestades que caracterizan el remolino de las estaciones y el establecimiento del equilibrio de las fuerzas genésicas; los buques cortados por la espuma parece que traspiran una llama, y lucecillas de fósforo corren por las jarcias tan mezcladas con el cordaje, que los marinos tienden la mano y procuran coger al vuelo aquellos pájaros de fuego.

Despues del terremoto de Lisboa, un viento de fragua arrojó contra la ciudad una ola de sesenta pies de altura. La oscilacion oceánica se enlaza con la trepidacion terrestre.

Estas energías inconmensurables hacen posibles todos los cataclismos.

A fines de 1864, á cien leguas de las costas de Malabar, una de las islas Maldivas se ha ido á pique. Se ha sumergido como un buque.

Los pescadores, que habian salido de ella por la mañana, no la encontraron por la tarde, y apenas pudieron distinguir vagamente sus aldeas bajo el mar, siendo entonces los buques los que asistieron al naufragio de las casas.

En Europa, donde parece que la naturaleza se siente obligada á respetar la civilizacion, tales acontecimientos son tan raros, que se juzgan hasta imposibles.

Sin embargo, Jersey y Guernesey formaban parte de la Galia, y mientras escribimos estas líneas, una tormenta de equinoccio acaba de demoler en la frontera de Inglaterra y de Escocia el acantilado Primero de los Cuatro, *First of the Fourth*.

En ninguna parte esas fuerzas pánicas aparecen tan formidablemente amalgamadas como en el sorprendente estrecho boreal llamado Lyse-Fiord.

El Lyse-Fiord es el mas terrible escollo del Océano. La demostracion es allí completa. Está en el mar de Noruega, cerca del rudo golfo Stavanger, á los cincuenta y nueve grados de latitud.

El agua es pesada y negra, con una calentura intermitente de borrascas. En aquella agua, en medio de aquella soledad, hay una gran calle sombría. Calle para nadie. Nadie pasa por ella; á tanto no se aventura ningun buque. Un corredor de diez leguas de longitud entre dos

paredes de tres mil pies de altura, hé aquí la entrada que se ofrece.

Aquel estrecho tiene recodos y ángulos como todas las calles del mar, que jamás son rectas, estando formadas por la torsion del oleaje.

En el Lyse-Fiord el agua está casi siempre tranquila y el cielo sereno; lugar terrible.

¿Dónde está el viento? no está arriba.

¿Dónde está el trueno? no está en el cielo.

El huracan está debajo del mar, y el rayo está en la roca.

De cuando en cuando hay un temblor de agua. De repente, sin que haya una nube en el aire, hácia la parte media del acantilado vertical, á mil ó mil quinientos pies encima de las olas, mas hácia el Sur que hácia el Norte, el peñasco truena, sale de él un rayo, este rayo avanza, despues retrocede, como esos juguetes de los niños que se estiran y se encogen; tiene contracciones y dilataciones; se lanza al acantilado opuesto, entra en el peñasco, sale, vuelve á entrar, multiplica sus cabezas y sus lenguas, se eriza de puntas, hiere donde puede, empieza de nuevo, y despues se estingue siniestro.

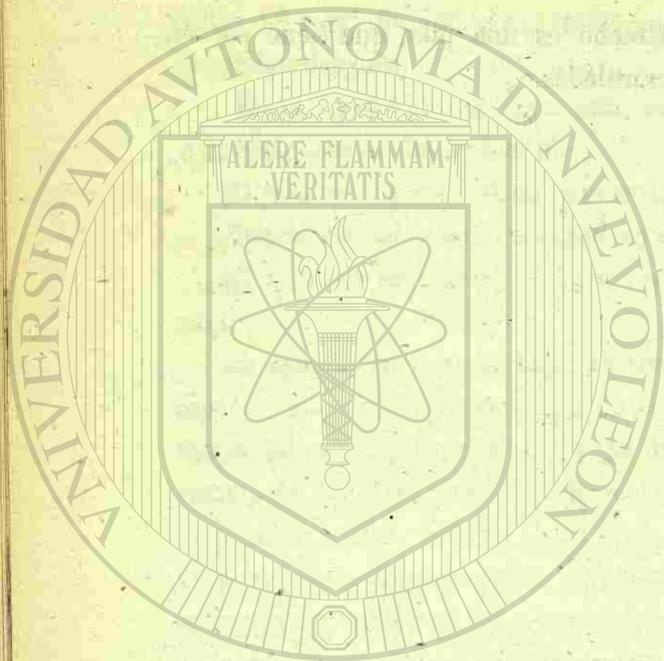
Los pájaros huyen á bandadas.

Nada tan misterioso como aquella artillería que sale de lo invisible.

Una roca ataca á la otra. Los escollos se arrojan rayos. Aquella guerra nada tiene que ver con los hombres. Es el odio de dos paredes en el abismo.

En el Lyse-Fiord, el viento se vuelve efluvio, la roca ejerce funciones de nube, y el trueno tiene maneras de volcan.

Aquel raro estrecho es una pila, que tiene por elementos sus dos acantilados.



VI.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNA CUADRA PARA EL CABALLO.

Gilliatt, que entendía de escollos, tomó los Douvres por una cosa muy seria. Como acabamos de decir, pensó antes que todo en poner en seguridad su barca.

La doble cordillera de arrecifes, que como una tortuosa trinchera se prolongaba detrás de los Douvres, estaba en varios de sus puntos agrupada con otras rocas, y era fácil adivinar que había en ella recodos y callejones sin salida que se referían al desfiladero principal como las ramas al tronco.

La parte inferior de las rompientes estaba tapizada de ova y la superior de líquen. El nivel uniforme de la ova

30334

en todas las rocas marcaba la línea de flotación de la marea alta y de la mar tranquila, sin el flujo ni el reflujo.

Los puntos que el agua no alcanzaba tenían ese reflejo plateado y dorado que da á los granitos marítimos la mezclanza del líquen blanco y del líquen amarillo.

Una lepra de mariscos ovóideos cubría la roca en ciertos parajes. Cáries seca del granito.

En otras partes, en los ángulos entrantes en que se había acumulado una arena fina mas movida en su superficie por el viento que por las olas, había algunas mazorecas de cardo azul.

En los puntos poco batidos por las olas, se reconocían las guaridas que se había construido el esquino.

Este erizo crustáceo, que avanza, como una bola viva, rodando sobre sus puntas, y cuya coraza se compone de mas de diez mil piezas artísticamente ajustadas y soldadas, el esquino, cuya boca se llama, no se sabe por qué, *linterna de Aristóteles*, ahueca el granito con sus cinco dientes que muerden la piedra, y se aloja en el agujero.

En esos alvéolos lo encuentran los pescadores de mariscos. Lo parten en cuatro pedazos, y se lo comen crudo como la ostra.

Algunos mojan pan en su carne blanda, por lo que se le da el nombre de *huevo de mar*.

Las lejanas cúspides de los bajíos, que se dejaban ver fuera del agua cuando había bajado la marea, terminaban bajo la barranca misma del *Homme* en una especie de ancon, cerrado casi completamente por el escollo.

Allí había evidentemente un fondeadero posible.

Gilliatt observó el ancon, que era en forma de herradura, y estaba solamente abierto al viento del Este, que es el menos malo de aquellos parajes.

El agua estaba encerrada en él y casi dormía. Era una bahía abrigada, y, además, Gilliatt no tenía mucho en que escoger.

Y si quería aprovechar la marea baja, era preciso que se diese alguna prisa.

Por lo demás, el tiempo seguía hermoso y apacible. El insolente mar estaba entonces de buen humor.

Gilliatt volvió á bajar, se descalzó, desamarró el cable, entró en su barca y se hizo á la mar. Costeó á remo la parte exterior del escollo.

Al llegar cerca del *Homme*, examinó la entrada del ancon.

Una cinta fija en la movilidad del agua, especie de arruga imperceptible para los que no son marinos, indicaba el paso.

Gilliatt estudió un instante aquella curva, lineamento casi indistinto en el agua; despues echó un poco hácia fuera su barca para virar cómodamente y buscar lo mas hondo, y de un solo movimiento entró en la pequeña ensenada.

Echó la sonda.

El fondeadero era en efecto excelente.

Allí la panza estaba protegida contra casi todas las eventualidades de la estación.

Los mas temibles arrecifes tienen alguno de esos pacíficos recodos. Las radas que se encuentran en el escollo se parecen á la hospitalidad del beduino; son honradas y seguras.

Gilliatt colocó la panza tan cerca del Homme como pudo, si bien á la suficiente distancia para poder maniobrar en caso necesario, y echó sus dos anclas.

Despues se cruzó de brazos y celebró consejo consigo mismo.

La panza tenia abrigo; este problema estaba ya resuelto; pero se presentaba otro. ¿Dónde se abrigaria él mismo?

Se ofrecian albergues; la misma panza, con su popa casi habitable, y la meseta del Homme, fácil de escalar.

De cualquiera de estos dos albergues podria, estando baja la marea y saltando de una roca á otra, ganar casi á pie enjuto el espacio de entre los dos Douvres en que estaba la Duranda.

Pero la marea baja no dura mas que un momento, pasado el cual, quedaria separado de su albergue ó de la Duranda por una distancia de mas de doscientas brazas. Nadar en el agua de un escollo es siempre difícil, y habiendo alguna marejada, es imposible.

Fuerza era renunciar á la panza y al Homme.

Ninguna guarida habia en los peñascos vecinos.

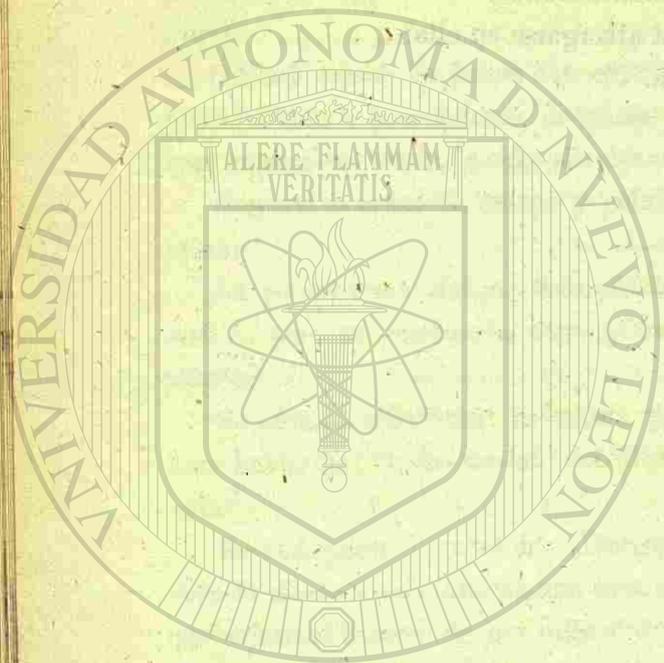
Las rocas inferiores desaparecian dos veces al dia bajo la marea alta.

Los picos superiores eran sin cesar atacados á saltos por la espuma.

Quedaba la misma Duranda.

¿Podria Gilliatt albergarse en ella?

Asi lo esperaba.



VII.

UN ALBERGUE PARA EL VIAJERO.

Media hora despues, Gilliatt, habiendo vuelto á bordo del buque perdido, subia y bajaba de la cubierta al entrepuente y del entrepuente á la sentina, profundizando el exámen sumario de su primera visita.

Con el auxilio del cabrestante, habia subido á la cubierta de la Duranda el fardo que habia formado con el cargamento de la panza. El cabrestante se habia conducido debidamente. No faltaban seguramente palancas para irle arrastrando. En aquel monton de escombros, Gilliatt podia escoger.

Halló entre las ruinas un escoplo, caido sin duda del

tonel de la carpintería, con que aumentó su pequeña colección de herramientas.

Además, como en los casos de apuro con todo se cuenta, se aseguró de que se había metido la navaja en el bolsillo.

Gilliatt estuvo trabajando todo el día en la Duranda, escombrando, consolidando, simplificando.

Al terminar el día, reconoció lo siguiente:

Todo el buque se estremecía al menor viento. A cada paso que daba Gilliatt, temblaba todo aquel esqueleto. No había estable y firme más que la parte del casco encajonada entre las rocas, que contenía la máquina. Allí los baos se apuntalaban poderosamente contra el granito.

Imprudencia hubiera sido establecerse en la Duranda. Se la hubiera añadido peso, y lo que importaba era aligerarla.

Apoyarse en el buque perdido era lo contrario de lo que debía hacerse.

Aquella ruina requería ser tratada con mucho mimo. Era como un enfermo que espira. Viento habría bastante para sopetearla.

Demasiado peligroso es tener que trabajar en ella. La cantidad de trabajo que el buque perdido tendrá necesariamente que sobrellevar, le fatigará sin duda alguna, y será tal vez superior á sus fuerzas.

Además, si durante la noche, hallándose Gilliatt dormido, sobreviniese algún accidente, hallarse en la Duranda sería irse á pique con ella. Ningun auxilio posible; to-

do estaría perdido. Para socorrer al buque náufrago, era menester hallarse fuera de él.

Estar fuera de él y cerca de él, tal era el problema. La dificultad se complicaba.

¿Dónde hallar un abrigo con tales condiciones?

Gilliatt meditó.

No quedaban más que los dos Douvres. Parecían poco habitables.

Desde abajo se distinguía en la plataforma superior del Douvre mayor una especie de escrescencia.

Las rocas enhiestas, planas por arriba, como el Douvre mayor y el Homme, son picos decapitados. Abundan en las montañas y en el Océano. Ciertos peñascos, sobre todo entre los que se encuentran en alta mar, tienen entalladuras como árboles podados.

Parece que han recibido hachazos. Están en efecto sometidos á los golpes del huracán, leñador del mar.

Hay otras causas de cataclismo, más profundas aun, á que se deben tantas heridas como se notan en los granitos seculares. Algunos de estos colosos tienen la cabeza cortada.

Sin que se pueda explicar cómo, esta cabeza, algunas veces, no cae, y permanece mutilada en el vértice truncado.

Esta singularidad no es muy rara. La Roque-au-Diable, en Guernesey, y la Table, en el valle de Anweiler, ofrecen, con condiciones las más sorprendentes, este extraño enigma geológico.

Algo parecido le habia sucedido probablemente al Douvre mayor.

Si la prominencia que se notaba en la meseta no era una giba natural de la piedra, habia de ser necesariamente algun fragmento restante del remate arruinado.

En aquel pedazo de peñasco habia tal vez una escavacion.

Un agujero en que meterse, Gilliatt no pedia otra cosa.

¿Pero cómo llegar á la meseta? ¿Cómo subir por aquella pared vertical, fuerte y lisa como un guijarro, medio cubierta de una sábana de confervas viscosas, y que tenia el aspecto resbaladizo de una superficie enjabonada?

Habia por lo menos 30 pies desde la cubierta de la Duranda al borde de la meseta.

Gilliatt sacó de su caja de herramientas la cuerda de nudos, se la rolló alrededor de la cintura, y empezó á escalar el Douvre menor. A medida que subia, la ascension era mas ruda. Se habia olvidado de quitarse los zapatos, lo que aumentaba las dificultades.

No sin mucho trabajo llegó á la punta, y se puso en pie. Habia apenas para sus dos pies espacio suficiente. No le servia para alojamiento. A un alcion le hubiera tal vez bastado. Gilliatt, mas exigente, queria mas.

La Douvre menor se inclina hácia la mayor, de suerte que de lejos parece que la saluda, y el intervalo de los dos Douvres, que abajo era de unos 20 pies, no era arriba mas que de unos 9 ú 11.

Desde la punta á que se habia encaramado, Gilliatt vió mas distintamente el tumor pétreo que cubria en parte la plataforma de la Douvre mayor.

Aquella plataforma se levantara al menos tres toesas encima de su cabeza.

Un precipicio le separaba de ella.

El tajo de la Douvre menor, cortado á plomo, desaparecia debajo de él.

Gilliatt se quitó de la cintura la cuerda de nudos, midió rápidamente con la mirada la distancia, y arrojó el garfio de la cuerda á la plataforma.

El garfio arañó la roca sin hacer presa. La cuerda de nudos, que tenia el garfio en su estremidad, cayó á los pies de Gilliatt á lo largo de la Douvre menor.

Gilliatt repitió la misma operacion, echando la cuerda mas adelante, y dirigiendo la punteria á la protuberancia granítica en que distinguia grietas y quebrajas.

Echó la cuerda con tanta limpieza y tino que el garfio se clavó.

Gilliatt tiró de la cuerda.

La roca se rompió, y la cuerda de nudos volvió á dar contra el escarpe debajo de Gilliatt.

Gilliatt echó el garfio por tercera vez.

El garfio no volvió á caer.

Gilliatt tiró de la cuerda con fuerza. Resistió.

El garfio estaba anclado.

Se habia detenido en alguna fragosidad de la meseta que Gilliatt no podia ver.

Tratábase de confiar la vida á aquel sustentáculo desconocido.

Gilliatt no vaciló.

Todo apremiaba. Era preciso abreviar cuanto fuese posible.

Por otra parte, volver á bajar á la cubierta de la Duranda para recurrir á algun otro procedimiento, era casi imposible.

Era probable resbalar, y casi seguro caer. Se sube, pero no se baja.

Como todos los buenos marineros, Gilliatt tenia movimientos de precision. No malograba nunca sus fuerzas.

No hacia mas que esfuerzos proporcionados, y asi se esplican los prodigios de vigor que ejecutaba con músculos ordinarios; tenia unos bíceps como cualquier hijo de vecino, pero otro corazon. Añadia á la fuerza, que es física, la energía, que es moral.

El acto que iba á ejecutar era imponente.

Franquear, colgado de un hilo, el intervalo de los dos Douvres, tal era la cuestion.

En los actos de adhesion ó de deber, se encuentran frecuentemente interrogaciones que parecen dirigidas por la muerte.

¿Harás eso? dice la sombra.

Gilliatt tiró de nuevo de la cuerda; el garfio se mantuvo firme.

Entonces Gilliatt se envolvió la mano izquierda con el pañuelo, cogió con la derecha la cuerda poniendo encima

de ella la izquierda, despues tendió un pie hácia delante, y con el otro pie, empujando enérgicamente la roca á fin de que el vigor de la impulsión impidiese á la cuerda toda rotacion, se precipitó de lo alto de la Douvre menor contra el tajo de la otra.

El choque fue violento.

A pesar de la precaucion tomada, la cuerda giró, y Gilliatt dió contra la roca de espaldas.

Permaneció un momento atontado y suspendido.

Fue bastante dueño de sí mismo para no soltar la cuerda.

Se pasó algun tiempo en oscilaciones y sobresaltos antes que pudiese coger la cuerda con los pies, pero lo consiguió al cabo.

Ya repuesto, y teniendo la cuerda entre sus pies al mismo tiempo que la sujetaba con las dos manos, miró hácia abajo.

No se inquietaba por la longitud de la cuerda, que ya mas de una vez le habia servido para mayores alturas. En efecto, la cuerda arrastraba sobre la cubierta de la Duranda.

Seguro de poder bajar, Gilliatt empezó á encaramarse.

Alcanzó en algunos instantes la meseta.

Jamás cosa alguna que no tuviese alas habia puesto allí los pies. La meseta estaba cubierta de escremento de aves.

Era un trapecio irregular, rotura de aquel colosal pris-

ma granítico llamado Douvre mayor. En el centro, minado por las lluvias, el trapecio estaba hueco como un barreño.

Las conjeturas de Gilliatt habian sido justas. En el ángulo meridional del trapecio se veian pedruscos sobrepuestos, que eran probablemente los escombros del hundimiento del vértice.

Aquellos pedruscos, especie de hacinamiento de losas desmedidas, hubieran dejado á un animal salvaje, descarriado en aquella altura, un camino entre ellos para deslizarse. Se equilibraban unos á otros, y tenian los intersticios que tiene un monton de cascote. No habia allí gruta, ni antro, sino agujeros como en una esponja. En uno de estos agujeros cabia Gilliatt.

En aquel cobil habia un fondo de yerba y de musgo. Gilliatt estaria allí como metido en un estuche.

La entrada de la guarida tenia dos pies de altura, y se iba estrechando hácia el fondo. Hay sepulturas de piedra que tienen la misma forma. Hallándose el cúmulo de rocas arrimado al Sud-oeste, la cueva estaba protegida de los chaparrones, pero abierta al viento del Norte.

A Gilliatt le pareció bien.

Los dos problemas estaban resueltos; la panza tenia un puerto y él tenia una vivienda.

Lo bueno de esta vivienda era que estaba al alcance del buque perdido.

El garfio de la cuerda de nudo, caído entre dos peñas, se habia enganchado allí sólidamente. Gilliatt lo inmovilizó poniéndole encima una gran piedra.

Inmediatamente despues entró en libre práctica con la Duranda.

En lo sucesivo estaba en su casa. La Douvre mayor era su morada, la Duranda era su almacén.

Ir y venir, subir y bajar, nada mas sencillo.

Bajó corriendo por la cuerda de nudos á la cubierta.

La jornada era buena, habia empezado bien, estaba contento, y se apercibió de que tenia hambre.

Abrió su cesta de provisiones, echó mano de su navaja, cortó un buen pedazo de tasajo que comió acompañado de un poco de pan bazo, bebió un trago de agua, y cenó admirablemente.

Hacer bien y comer bien son dos alegrías. El estómago lleno se asemeja á una conciencia satisfecha.

Concluida su cena, quedaba aun un poco de dia, de que se aprovechó para empezar á alijerar el buque naufragado, que era cosa muy urgente,

Habia pasado parte del dia escogiendo los escombros. En el compartimiento sólido en que se hallaba la máquina metió todo lo que podia servirle, madera, hierro, cordaje, lona. Echó al mar lo inútil.

Por reducido que fuese el cargamento de la panza, izado á la cubierta de la Duranda por medio del cabrestante, era un embarazo. Gilliatt reparó en la especie de nicho abierto en el muro de la Douvre menor, á una altura que podia alcanzar su mano.

Se ven con frecuencia en las rocas esas alacenas naturales, si bien es verdad que no se cierran.

Opinó que era posible confiar á aquel nicho un depósito, y le entregó sus dos cajas, la de herramientas y la de prendas de ropa, y sus dos sacos, el de centeno y el de galleta, que los metió en el fondo, y en la parte anterior, tal vez demasiado cerca del borde, pero no habia ya mas espacio, la cesta de provisiones.

Habia tenido buen cuidado en sacar de la caja en que guardaba la ropa su piel de carnero, su capote con capucha y sus polainas embreadas.

Para impedir que la cuerda de nudos tomase viento agarró su estremidad inferior á una puerca de la Duranda.

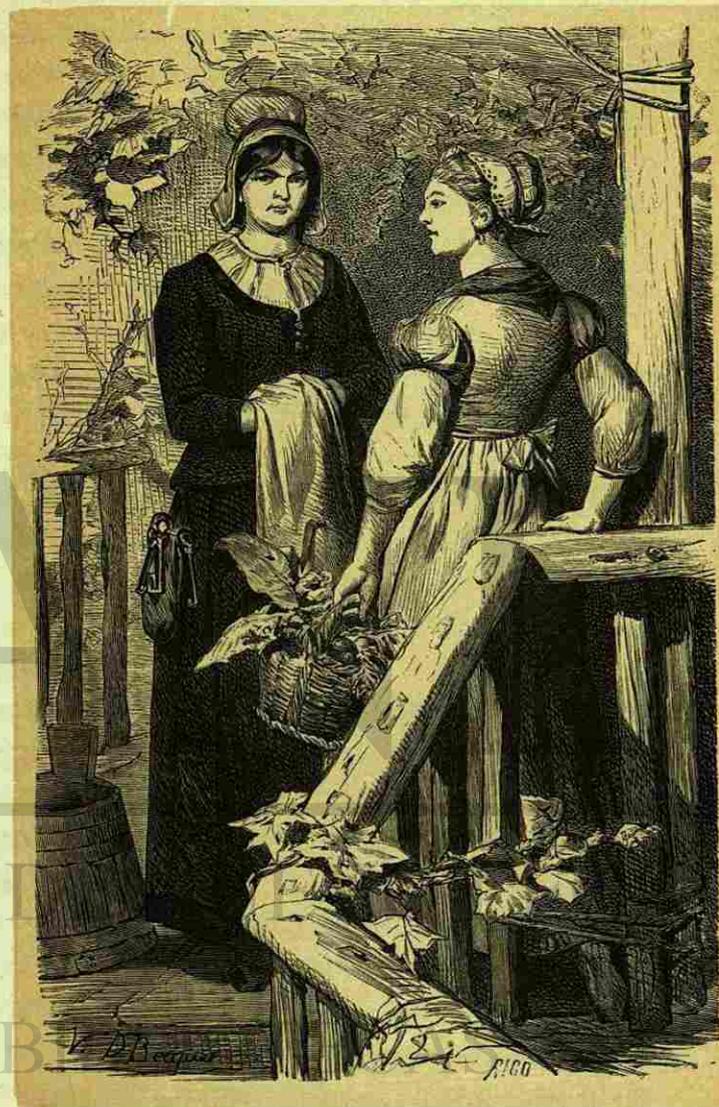
Como la Duranda tenia mucha comba, la puerca estaba muy encorvada, y sujetaba el extremo lo mismo que hubiera podido hacerlo una mano cerrada.

Faltaba arreglar el cabo superior de la cuerda.

Por abajo estaba bien sujeta, pero en el vértice del escarpe, en el punto en que la cuerda de nudos rozaba con el borde de la plataforma, era de temer que poco á poco la fuese segando este borde.

Gilliatt escarbó el monton de escombros que tenia en reserva, cogió algunos pingajos de lona, y sacó de algunos pedazos de cable unos cuantos hilos, que se metió en los bolsillos.

Cualquier marino hubiera adivinado que con aquellos pedazos de lona y aquellos cabos de hilo iba á forrar el pliegue de la cuerda de nudos que rozaba con la roca, para preservarla de toda avería.



DULCE Y GRACIA,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Hecha su provision de trapos viejos, se puso las polainas, se echó encima del chaqueton el capote cuya capucha dejó caer sobre su gorra, cinóse al cuello la piel de carnero, y cubierto con esta panoplia completa, cogió la cuerda, ya entonces pegada para lo sucesivo á lo largo de la Douvre mayor, y fué á tomar por asalto aquella torre del mar.

No obstante tener las manos desolladas, en un abrir y cerrar de ojos llegó Gilliatt á la meseta.

Se estinguían los últimos resplandores del sol poniente. En el mar era ya noche, pero en la cúspide del escollo habia un poco de luz.

Gilliatt aprovechó este resto de claridad para forrar la cuerda de nudos.

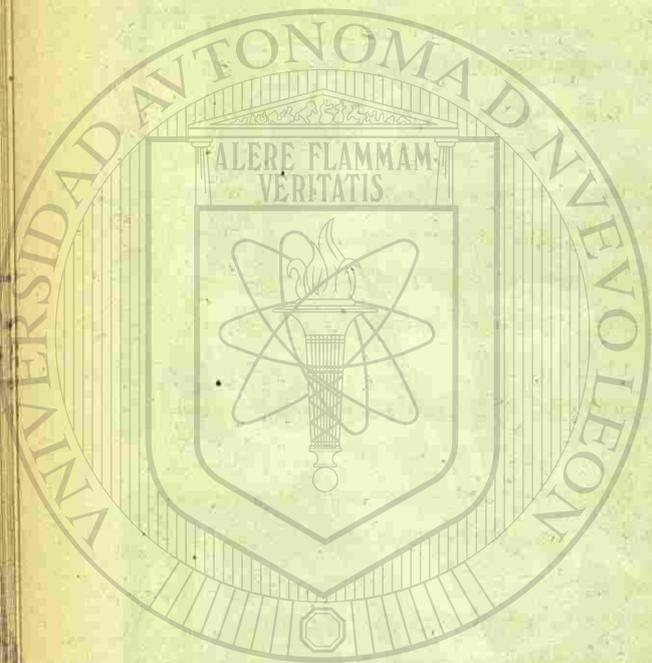
En el ángulo que formaba junto al borde del peñasco, aplicó una porcion de vendajes de lona sobrepuestos, y los ató con bramantes.

Aquel apósito tenia cierta semejanza con las almohadillas que se ponen las actrices en las rodillas para las agonías y súplicas del quinto acto.

Terminada la operacion, Gilliatt, que estaba agachado, se levantó.

Hacia ya un rato, mientras vendaba la cuerda de nudos, que en el aire percibia confusamente un estremecimiento singular.

En medio del silencio del crepúsculo, aquel ruido se asemejaba al que produciria el sacudimiento de alas de un inmenso murciélago.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Gilliatt levantó los ojos.

Un gran círculo negro giraba encima de su cabeza en el cielo profundo y blanco del crepúsculo.

En los cuadros antiguos, se ven círculos análogos, orlando la cabeza de los santos, pero son de oro sobre un fondo oscuro, al paso que el que giraba encima de Gilliatt era tenebroso sobre un fondo claro.

Nada más extraño. Hubiérase dicho que aquello era la aureola nocturna del imponente escollo.

El círculo se acercaba á Gilliatt y luego se alejaba, cerrándose al acercarse y abriéndose al alejarse.

¿Y qué era aquello? Mofetas, gaviotas, fragatas, cuervos marinos,alcones, una nube de aves marítimas, asombradas.

La Douvre mayor era probablemente su albergue y se retiraban á él para pasar la noche. Gilliatt había tomado allí un dormitorio, y tan inesperado inquilino les inquietaba.

Un hombre allí era cosa que no habían visto nunca.

Su recelo azorado duró algún tiempo.

Parecía que aguardaban que Gilliatt se fuese.

Gilliatt, vagamente pensativo, seguía con la mirada su vuelo.

Aquel torbellino con alas concluyó por tomar un partido; el círculo se deshizo de repente en espiral, y la nube de aves marítimas, dirigiéndose al otro extremo del escollo, se dejó caer sobre el Homme.

Allí al parecer se consultaban y deliberaban.

Mientras Gilliatt se tendía dentro de su estuche de granito, y por almohada se ponía una piedra debajo de la mejilla, oyó mucho rato á las aves hablar una tras otra, cada cual con su particular graznido.

Después callaron, y todo se durmió, las aves en su peñasco y Gilliatt en el suyo.



VIII.

IMPORTUNÆQUE VOLUCRES.

Gilliatt durmió bien. Sin embargo, el frío le despertó de cuando en cuando. Había naturalmente colocado los pies en el fondo y la cabeza en la entrada.

No se le ocurrió sacar de su cama una multitud de chinas y chinarras asaz angulosos que no favorecían mucho su sueño.

Por momentos entreabría los ojos.

Oía de cuando en cuando detonaciones profundas. Eran producidas por la marea creciente que entraba en los huecos del escollo con un ruido parecido á cañonazos. Todo lo que le rodeaba ofrecía lo extraordinario de la vi-

sion; no habia alrededor de Gilliatt mas que quimeras, á que se añadia la influencia que la noche ejerce sobre la imaginacion, de suerte que él se veia sumido en lo imposible, y se decia: sueño.

Despues volvia á dormirse, y entonces soñando, se encontraba en el Bu de la Calle, en los Bravées, en Saint-Sampson; oia cantar á Deruchette; estaba en lo real. Mientras dormia, creia velar y vivir; cuando se despertaba, creia dormir.

En efecto, estaba soñando.

A cosa de media noche se produjo en el cielo un vasto rumor, de que Gilliatt tuvo confusamente conciencia en medio de su sueño. Es probable que se levantaba la brisa.

Una vez, al despertarle un calofrío, abrió los ojos un poco mas de lo que los habia abierto hasta entonces.

Habia en el cenit dilatadas nubes; la luna huia, y en pos de ella corria una estrella muy grande.

Gilliatt tenia el alma llena de la difusion de los sueños, y esta circunstancia complicaba los aterradores paisajes de la noche.

Al rayar el alba, estaba helado y dormia profundamente.

La súbita aparicion de la aurora le sacó de su sueño, tal vez peligroso. Su dormitorio miraba al sol saliente.

Gilliatt bostezó, se desesperizó, y se echó fuera de su agujero.

Dormia tan bien que no comprendia lo que le pasaba.

Poco á poco recobró el sentimiento de la realidad hasta tal punto que exclamó: ¡Almorcemos!

El tiempo estaba calmoso, el cielo estaba frio y sereno, no habia ya nubes, la noche habia barrido el horizonte, el sol se levantaba espléndido.

Empezaba bien el segundo dia. Gilliatt estaba contento.

Se quitó el capote y las polainas, lo envolvió todo en la piel de carnero, con la lana hácia dentro, ató el fardo con una cuerda y lo dejó en el fondo de la guarida, al abrigo de una lluvia eventual.

Hizo despues su cama, es decir, echó fuera los guijarros.

Hecha su cama, se deslizó á lo largo de la cuerda, y al llegar á la cubierta de la Duranda, corrió hacia la alacena, en que habia dejado la cesta de las provisiones.

No habia tal cesta. Como la habia dejado muy cerca del borde, el viento de la noche la habia echado al mar.

Asi anunciaba el viento su intencion de defenderse.

Habia necesitado el pícaro cierta voluntad y cierta malicia para ir allí á buscar la cesta.

Aquello era un principio de hostilidades. Gilliatt lo comprendió.

Cuando se vive familiarmente con el caprichoso mar, es muy difícil no considerar el viento y las rocas como personajes.

Con la galleta y la harina de centeno, no le quedaba ya á Gilliatt mas recurso que el de alimentarse con ma-

riscos, como el náufrago que murió de hambre en el Homme.

En cuanto á la pesca, no habia que pensar en ella. Los peces, enemigos de los choques, evitan las rompientes; las nasas y los chinchorros pierden miserablemente el tiempo en los arrecifes, que solo sirven para hacer trizas todas las redes y armadijos.

Gilliatt se desayunó con unas cuantas lapas, que despegó de las rocas con no mucha facilidad, pues estuvo á punto de romper en la operacion su navaja.

Mientras saboreaba este no muy suculento almuerzo, oyó en el mar un extraño tumulto. Miró.

Vió que el enjambre de gaviotas y alciones acababa de precipitarse sobre una de las rocas bajas, batiendo las alas, empujándose unos á otros gritando, llamando.

Todos hormigueaban estrepitosamente alrededor del mismo punto. Aquella horda con picos y uñas saqueaba alguna cosa.

Y la cosa que saqueaba era la cesta de Gilliatt.

La cesta, arrojada por el viento á las rocas, se habia abierto al dar contra ellas.

Las aves acuáticas habian acudido, y en sus picos se veian piltrafas de todos tamaños. Gilliatt reconoció desde lejos su tasajo y su stockfish.

Las aves entraban á su vez en accion. Ellas tambien tenian sus represalias.

Gilliatt les habia quitado su alojamiento; ellas le quitaban sus provisiones.

EL ESCOLLO, Y LA MANERA DE SERVIRSE DE ÉL.

IX.

Trascurrió una semana.

Aunque la estacion era la de las lluvias, no llovía, lo que regocijaba mucho á Gilliatt.

Por lo demás, la empresa que habia acometido sobrepujaba, al menos en apariencia, la fuerza humana.

Era el éxito tan inverosímil, que la tentativa parecia loca.

Las operaciones manifiestan al emprenderse sus impedimentos y peligros.

No hay como empezar para ver cuánto costará concluir. Todo primer paso resiste.

El primer paso que se da es un revelador inexorable. La dificultad que se toca hiere como una espina.

Gilliatt tuvo desde un principio que contar con el obstáculo.

Para librar del naufragio la máquina de la Duranda destruida en sus tres cuartas partes, para intentar con alguna probabilidad de éxito un salvamento tal, en tal lugar y en tal estacion, parecia indispensable que se juntasen muchos hombres, y Gilliatt estaba solo.

Parecia indispensable un surtido completo de instrumentos de carpintería y maquinaria, y Gilliatt no tenia mas que una sierra, una hacha, un escoplo y un martillo; parecian indispensables un buen taller y una buena baraca, y Gilliatt no tenia siquiera un techo bajo que guarecerse; parecian indispensables provisiones y víveres, y Gilliatt no tenia un pedazo de pan.

Cualquiera que, durante toda aquella primera semana, hubiese visto á Gilliatt trabajar en el escollo, no se hubiera sabido dar cuenta de lo que queria hacer.

Parecia que no pensaba ni en la Duranda ni en los dos Douvres. No se ocupaba mas que de lo que habia en las rompientes; parecia esclusivamente dedicado á salvar algunos miserables restos del naufragio. Se aprovechaba de las mareas bajas para despojar á los arrecifes de todo lo que el naufragio habia repartido entre ellos. Saltaba de una roca á otra para recoger en todas lo que el mar habia echado, pingajos de vela, cabos de rueda, trozos de hierro, astillas de tablonés, bordajes desfondados, vergas

rotas, en un punto un tirante, en otro una cadena, en otro una garrucha.

Al mismo tiempo estudiaba todas las fragosidades del escollo. Ninguna era habitable, con mucho sentimiento de Gilliatt, que por la noche tenia frio en los intersticios de piedras en que se albergaba á lo alto de la Douvre mayor, y hubiera deseado encontrar mejor buharda.

Dos fragosidades habia bastante espaciosa; aunque casi en todas partes el corte natural de la roca era desigual y oblicuo, en ellas podia un hombre estar en pie y andar.

La lluvia y el viento entraban en ellas á sus anchas, pero no las alcanzaban las mas altas mareas. Estaban próximas á la Douvre menor, y eran accesibles á cualquier hora.

Gilliatt resolvió hacer de una de ellas un almacen, y de la otra una fragua.

Con todos los puños del gratil, tomadores, embergués y badazas que pudo recoger, hizo varios fardos, formando haces con las astillas y paquetes con los pedazos de lona. Lo cosió todo cuidadosamente.

A medida que la marea subiendo levantaba los lios, él los arrastraba por encima de los arrecifes hasta su almacen.

En el hueco de una roca habia hallado una guindaleta, con la cual podia izar hasta los mayores tablonés. Del mismo modo sacó del mar numerosos trozos de cadena esparcidos por las rocas.

Gilliatt era tenaz y causaba admiracion su trabajo.

Hacia cuanto queria. Nada resiste á una perseverancia de hormiga.

Al fin de la semana, Gilliat tenia en su sotechado de granito todo el informe revoltijo de la tempestad puesto en orden.

Tenia su rincon para las amuras y su rincon para las escotas; las bolinas no estaban mezcladas con las drizas; las vigotas estaban colocadas segun el numero de agujeros que tenian; las maromas, debidamente desatadas de los arganeos de las anclas rotas, estaban rolladas como madejas; las roldanas, que no tienen rodaja, estaban separadas de las garruchas; las cabillas, las cuadernas, las cargaderas, los galápagos, los racamentos, las bosas, los botavantes, como no estuviesen completamente desfigurados por la avería, ocupaban compartimentos diferentes; todo el maderaje, codastes, postes, pies de carnero, tamboretas, topes, portas, gaburones, gimelgas, bureles, estaba amontonado á un lado, y siempre que habia sido posible los fragmentos de bordaje se habian metido unos en otros; no habia ninguna confusion de grateles de rizos y viradores de combés, ni de motones de brandeles y motones de jaricia; otro rincon se habia reservado á los obenques y á las arraigadas de gabia.

Cada despojo tenia su sitio. Todo el naufragio estaba allí, clasificado y rotulado.

Era aquello como si dijéramos el caos en un almacen.

Un pedazo de gabia, sujeto con grandes piedras, cubria, aunque muy agujereado, lo que la lluvia podia estropear.

Aunque la proa de la Duranda estaba muy averiada, Gilliatt consiguió salvar las dos serviolas con sus tres ruedas de polea.

Halló el bauprés, cuyas trincas le costó mucho desarrollar, por hallarse muy adheridas, pues se habian hecho, como es costumbre, con el cabrestante y en un tiempo seco.

Gilliatt sin embargo las desarrolló comprendiendo que el grueso bramante de que se componian podria serle muy útil.

Habia tambien recogido el ancla pequeña que habia quedado hincada en el hueco de un bajío, que quedó descubierto al bajar la marea.

En lo que habia sido el escondrijo de Tangrouille halló un pedazo de tiza y se lo guardó cuidadosamente. Podia tener que hacer alguna marca.

Un cubo y varios toneles en bastante buen estado completaban el taller.

Todo el carbon de piedra que quedaba del cargamento de la Duranda fue trasladado al almacen.

En ocho dias se concluyó el salvamento de los restos del naufragio, se limpió el escollo, y se aligeró la Duranda. No quedaba en el buque perdido mas que la máquina.

El trozo del bordaje de proa que estaba roto y desprendido no fatigaba el esqueleto. Colgaba del casco sin darle tirones, porque se hallaba sostenido por una prominencia de piedra.

Era además ancho y poco manejable, y hubiera ocupado todo el almacén. Tenía el aspecto de una almadraba. Gilliatt lo dejó en su sitio.

Profundamente pensativo mientras trabajaba, Gilliatt buscó en vano la «muñeca,» que servía de mascarón á la Duranda. Era una de las piezas que el agua se había llevado para no devolverlas.

Gilliatt hubiera dado por ella sus dos brazos, si no hubiese tenido tanta necesidad de ellos.

Junto á la entrada del almacén, en la parte de afuera, se veían dos montones de desechos, uno de hierro, bueno para forjarlo nuevamente, y otro de madera, bueno para quemarlo.

Gilliatt al rayar el alba estaba ya trabajando. Esceptuando las pocas horas que concedía al sueño, no descansaba un solo instante.

Las gaviotas, volando en todas direcciones, le veían trabajar.

De las cavernas de las rocas se puede decir lo que de las
cientos hombres:—propios para todo, buenos para nada.
No dan lo que ofrecen. Hay un hueso de roca que es un
baño, pero que deja escapar el agua por sus grietas: hay
otro que es un aposento, pero sin techo: hay otro que es un
un lecho de marga, pero mojado: hay otro que es un
potrona, pero de piedra.

La historia que Gilliatt quería escribir estaba por
guajada por la naturaleza, pero nada había tan difícil
pensoso como domar aquel bosquejo hasta hacerlo un
de, y transformar la caverna en laboratorio. Con los
cuatro años que Gilliatt había pasado en la isla, él
terminada en una bendición estrecha, había hecho la
suavidad: una especie de apoteosis, aunque más
ros que aquellas antiguas ruinas de fragua que
tenían la piel de los dioses, los cuales habían por lo
de, y transformarse en laboratorio. Con los
cuatro años que Gilliatt había pasado en la isla, él
terminada en una bendición estrecha, había hecho la
suavidad: una especie de apoteosis, aunque más
ros que aquellas antiguas ruinas de fragua que
tenían la piel de los dioses, los cuales habían por lo

LA FRAGUA.
Hecho el almacén, Gilliatt hizo la fragua. La segun-
da fragosidad que escogió ofrecía un reducto, especie de
intestino, bastante profundo.

Había en un principio tenido la intención de habitarla,
pero el cierzo, renovándose sin cesar, era tan continuo y
obstinado en aquel pasillo, que le obligó á renunciar á su
primera idea. Aquel soplo continuo le sugirió el pensa-
miento de una fragua. (R)

Ya que aquella caverna no podía ser su dormitorio,
quiso que fuese su taller. Hacerse servir por el obstáculo
es un gran paso hacia el triunfo. El viento era el enemigo

Era además ancho y poco manejable, y hubiera ocupado todo el almacén. Tenía el aspecto de una almadraba. Gilliatt lo dejó en su sitio.

Profundamente pensativo mientras trabajaba, Gilliatt buscó en vano la «muñeca,» que servía de mascarón á la Duranda. Era una de las piezas que el agua se había llevado para no devolverlas.

Gilliatt hubiera dado por ella sus dos brazos, si no hubiese tenido tanta necesidad de ellos.

Junto á la entrada del almacén, en la parte de afuera, se veían dos montones de desechos, uno de hierro, bueno para forjarlo nuevamente, y otro de madera, bueno para quemarlo.

Gilliatt al rayar el alba estaba ya trabajando. Esceptuando las pocas horas que concedía al sueño, no descansaba un solo instante.

Las gaviotas, volando en todas direcciones, le veían trabajar.

De las cavernas de las rocas se puede decir lo que de las
cientos hombres:—propios para todo, buenos para nada.
No dan lo que ofrecen. Hay un hueso de roca que es un
baño, pero que deja escapar el agua por sus grietas: hay
otro que es un aposento, pero sin techo: hay otro que es un
un lecho de marga, pero mojado: hay otro que es un
potrona, pero de piedra.

La historia que Gilliatt quería escribir estaba por
guada por la naturaleza, pero nada había tan difícil
pensos como domar aquel bosquejo hasta hacerlo un
de, y transformar la caverna en laboratorio. Con los
cuatro años que Gilliatt había pasado en el almacén,
terminada en una bendición estrecha, había hecho la
suavidad: una especie de espato interior, aunque más
rosos que aquellas antiguas cuevas de las montañas.
tenían la idea de la fragua, los cuales habían por lo
de la fragua, el cual era el taller de Gilliatt.

Hecho el almacén, Gilliatt hizo la fragua. La segunda fragosidad que escogió ofrecía un reducto, especie de intestino, bastante profundo.

Había en un principio tenido la intención de habitarla, pero el cierzo, renovándose sin cesar, era tan continuo y obstinado en aquel pasillo, que le obligó á renunciar á su primera idea. Aquel soplo continuo le sugirió el pensamiento de una fragua.

Ya que aquella caverna no podía ser su dormitorio, quiso que fuese su taller. Hacerse servir por el obstáculo es un gran paso hácia el triunfo. El viento era el enemigo

capital de Gilliatt, y Gilliatt quiso hacer de él su criado.

De las cavernas de las rocas se puede decir lo que de ciertos hombres:—propios para todo, buenos para nada. No dan lo que ofrecen. Hay un hueco de roca que es un baño, pero que deja escapar el agua por una quiebra; hay otro que es un aposento, pero sin techo; hay otro que es un lecho de musgo, pero mojado; hay otro que es una poltrona, pero de piedra.

La herrería que Gilliatt quería establecer estaba bosquejada por la naturaleza, pero nada había tan difícil y penoso como domar aquel bosquejo hasta hacerlo manejable, y transformar la caverna en laboratorio. Con tres ó cuatro anchas piedras vaciadas á manera de embudo que terminaba en una hendidura estrecha, había hecho la casualidad una especie de soplete informe, mucho más poderoso que aquellos antiguos grandes fuelles de fragua que tenían 14 pies de longitud, los cuales daban por lo corto en cada resoplido 98,000 pulgadas de aire.

El fuelle de la fragua de Gilliatt era aun más enérgico. Las proporciones del huracán no se calculan.

Aquel exceso de fuerza era un mal, porque era difícil regular semejante soplo.

La caverna tenía dos inconvenientes; el aire la atravesaba de parte á parte, y el agua también.

El agua que la atravesaba no era la del oleaje del mar, sino un arroyuelo perpétuo, más parecido á una filtración que á un torrente.

La espuma, arrojada sin cesar contra el escollo por la

resaca, á una elevación algunas veces de más de 100 pies, había al cabo llenado de agua de mar un depósito natural situado en las altas rocas que dominaban la escavación.

El agua sobrante del depósito formaba hacia atrás en el escarpe una cascada, de una pulgada próximamente que caía de una altura de cuatro ó cinco toesas. A ella se añadía un contingente de lluvia. De cuando en cuando una nube al pasar vertía un chaparrón dentro de aquel charco inagotable y siempre desbordado. El agua era salobre y no potable, pero limpia.

La cascada se perdía graciosamente entre los hilitos de las confervas como entre las hebras de una cabellera.

Gilliatt se propuso servirse de aquella agua para disciplinar aquel viento. Por medio de un embudo de dos ó tres cañones de tablas ajustadas precipitadamente, uno de ellos con espita, y de un pozal muy ancho á manera de depósito inferior, sin apoyo y sin contrapesos, completando el aparato con una lengüeta arriba y tres respiraderos abajo, Gilliatt que, como hemos dicho, tenía algo de herrero y algo también de mecánico, llegó á componer, para reemplazar el fuelle de fragua de que carecía, una máquina menos perfecta que la que actualmente se llama en Francia una *cagniardelle*, pero menos rudimentaria que la que en otro tiempo en los Pirineos se llamaba una trompa.

Tenía harina de centeno con que hizo engrudo, y pedazos de cuerda con que hizo estopa. Con la estopa y el engrudo y algunas cuñas de palo, tapó todas las hendiduras de la roca, no dejando más que un pico de aire for-

mado con un trozo de espoleta que halló en la Duranda y que habia servido de botafuego al pedrero de avisos.

El pico de aire se dirigia horizontalmente á una ancha piedra en que puso Gilliatt el fogon de la fragua. Un pedazo de cable servia de tapon para cerrarlo en caso necesario.

En seguida Gilliatt llenó el fogon de carbon y leña, golpeó con el eslabon la misma roca, hizo que las chispas cayesen sobre un puñado de estopa, y con ésta ya encendida, encendió la leña y el carbon.

Ensayó el fuelle, que se condujo admirablemente.

Gilliatt, dueño del aire, del agua y del fuego, experimentó un orgullo de cíclope.

Era dueño del aire, porque habia dado al viento una especie de pulmon, habia creado en el granito un aparato respiratorio, y convertido una cueva en un fuelle.

Era dueño del agua, porque de la pequeña cascada habia hecho una trompa.

Era dueño del fuego, porque de un peñasco inundado habia hecho brotar la llama.

Estando la escavacion casi en todas partes á cielo abierto, el humo se marchaba libremente, ennegreciendo el acantilado.

Aquellas rocas, que parecian hechas para la espuma hasta la consumacion de los siglos, conocieron el hollin.

Gilliatt hizo su yunque de un gran guijarro pelado de grano muy denso, que ofrecia casi la forma y la dimension apetecidas. Era una bigornia muy peligrosa, y que podia romperse.

Una de sus estremidades, redondeada y puntiaguda en su conclusion, podia en rigor hacer la veces de una verdadera bigornia conóidea, pero la otra bigornia, la bigornia piramidal, faltaba.

Gilliatt no tenia mas que el antiguo yunque de piedra de los Trogloditas. La superficie, bruñida por las olas, tenia casi la dureza del acero.

Gilliatt sintió no haberse traído su yunque. Como ignoraba que la Duranda hubiese sido cortada en dos por la tempestad, habia creído hallar el cajon de carpintería y todas sus herramientas en la parte de proa de la sentina.

Precisamente era la proa del buque lo que las olas habian arrebatado.

Las dos escavaciones, conquistadas por Gilliatt en el escollo, estaban próximas. El almacen y la herrería se comunicaban.

Todas las tardes al anochecer, concluida su jornada, Gilliatt cenaba un pedazo de galleta mojada en agua, un esquino, un cangrejo ó unos cuantos caracoles marítimos, única caza posible en aquellas rocas, y temblando de frio como la cuerda de nudos, subia á acostarse en su agujero de la Douvre mayor.

La materialidad misma de las ocupaciones de Gilliatt aumentaba la especie de abstraccion en que vivia. La realidad á alta dosis azora. El trabajo corporal sin sus numerosos accidentes no disminuía en un ápice el asombro que causaba á Gilliatt el hallarse allí y hacer lo que hacia. Ordinariamente el cansancio material es un hilo que

tira hacia la tierra; pero la singularidad misma del trabajo emprendido por Gilliatt le mantenía en una especie de region ideal y crepuscular. Le parecía á veces estar con el martillo golpeando las nubes.

En otros instantes se le figuraba que sus herramientas eran armas de combate. Tenía el sentimiento singular de un ataque latente que él reprimía ó prevenía. Trenzar cables, sacar filástica de una vela, apuntalar albitanas, era construir máquinas de guerra.

Los mil minuciosos cuidados que requería aquel salvamento acababan por parecerse á precauciones contra agresiones inteligentes, muy transparentes y muy poco disimuladas.

Gilliatt no conocía las palabras que espresan las ideas, pero percibía las ideas. Se iba sintiendo cada vez menos operario, y cada vez mas batallador.

Estaba allí como domador, y así lo comprendía casi, lo que era para su espíritu un extraño ensanche.

Además, tenía en torno, hasta perderse de vista, el inmenso sueño del trabajo perdido. Nada turba tanto como el ver maniobrar en lo insondable y en lo ilimitado la difusión de fuerzas. Se busca el fin, el punto fijo á que se tira.

El espacio siempre en movimiento, el agua infatigable, las nubes que parecen azoradas, el vasto esfuerzo oscuro, toda esta convulsion es un problema.

¿Qué hace ese temblor perpétuo? ¿qué construyen esas ráfagas? ¿qué edifican esos sacudimientos? ¿Esos choques,

esos sollozos, esos ahullidos, qué crean? ¿En qué se ocupa tanto tumulto?

El flujo y reflujo de estas cuestiones es eterno como la marea.

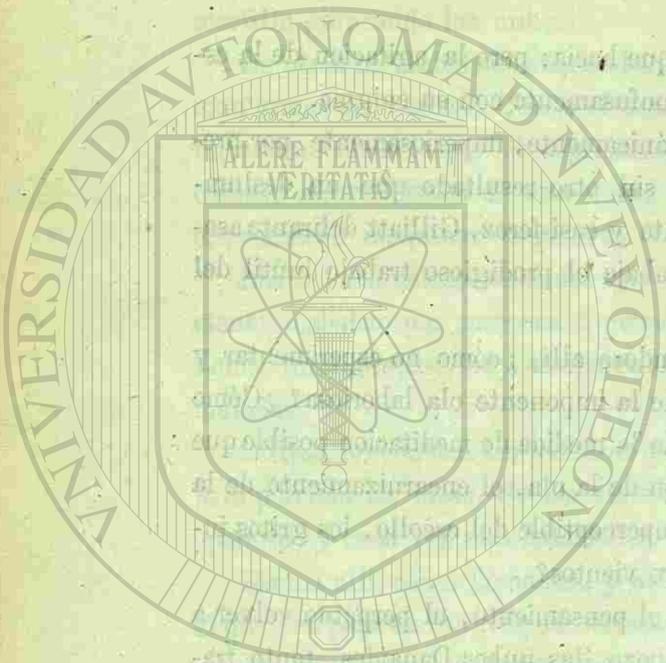
Gilliatt sabía lo que hacía; pero la agitacion de la estension le asediaba confusamente con su enigma.

Sin saberlo, mecánicamente, imperiosamente, por presión y penetracion, sin otro resultado que un deslumbramiento inconsciente y casi feroz, Gilliatt delirante asociaba á su propio trabajo el prodigioso trabajo inútil del mar.

En efecto, hallándose allí, ¿cómo no experimentar y sondear el misterio de la imponente ola laboriosa? ¿Cómo no meditar, dentro de la medida de meditacion posible que se tiene, la vacilacion de la ola, el encarnizamiento de la espuma, la usura imperceptible del escollo, los gritos insensatos de los cuatro vientos?

¿Qué terror para el pensamiento, el perpétuo volver á empezar, el Océano pozo, las nubes Danaides, tanto trabajo para nada!

Para nada, no. Pero ¡oh tú solo sabes para qué.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CAMPECHE
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

... como hemos dicho, las
... no hay mas que el mar, que hace
... Ninguna especie terrestre se encuentra
... el mar descansa de él y se
... lo que es y lo que hace.

XI.

DESCUBRIMIENTO.

Un escollo próximo á la costa es algunas veces visi-
tado por los hombres; un escollo en alta mar, nunca.

¿Qué iria el hombre á buscar allí?

Aquello no es una isla. Allí no hay que esperar re-
fresco de víveres, ni árboles frutales, ni pastos, ni gana-
dos, ni manantiales de aguas potables. Aquello es un
yermo en una soledad.

Aquello es una roca con tajos fuera del agua y bajíos
dentro del agua. Allí no se puede hallar mas que el
naufragio.

Estas especies de escollos, que la antigua lengua ma-



CAPILLA AUTÓNOMA DE CAMPECHE

rina llamaba los Aislados, son, como hemos dicho, lugares estraños. En ellos no hay mas que el mar, que hace lo que quiere. Ninguna aparicion terrestre le inquieta.

El hombre espanta al mar; el mar desconfia de él, y le oculta lo que es y lo que hace.

En el escollo el mar está tranquilo; el hombre no irá allí á buscarle. Allí nada perturbará el monólogo de las olas.

El mar trabaja en el escollo, repara sus averías, aguza sus puntas, lo eriza, lo arma de nuevo, lo mantiene en buen estado.

Emprende la abertura del peñasco, separa la piedra blanda, descortezta la piedra dura, despega la carne, deja la osamenta, escarba, diseca, barrena, agujerea, canaliza, pone en comunicacion los senos, llena el escollo de cel-dillas, imita en grande á la esponja, ahueca el interior, esculpe el exterior.

En aquella montaña secreta, que es suya, forma an-tros, erige santuarios, levanta palacios; tiene no sé qué vegetacion diforme y espléndida compuesta de yerbas flo-tantes que muerden y de monstruos que echan raices, y sepulta bajo la sombra del agua esta magnificencia horrible. En el escollo aislado, nadie le vigila, nadie le espía, nadie le estorba; allí desenvuelve libremente su lado misterioso inaccesible al hombre.

Allí deposita sus secreciones vivientes y horrorosas. Todo lo ignorado del mar está allí.

Los promontorios, los cabos, los finisterres, los ban-

cos, las rompientes, los arrecifes son, insistimos en ello, verdaderas construcciones. La formacion geológica es poca cosa comparada con la formacion oceánica.

Los escollos, que son las casas de las olas, las pirá-mides de la espuma, pertenecen á un arte misterioso que el autor de este libro ha llamado en alguna parte Arte de la Naturaleza, y tienen una especie de estilo enorme.

En ellos lo fortuito parece hecho espresamente. Son construcciones multiformes. Tienen la trabazon del polí-pero, la sublimidad de la catedral, la estravagancia de la pagoda, la amplitud del monte, la delicadeza de la joya, el horror del sepulcro.

Tienen alveolos como un abispero, guaridas como una casa de fieras, subterráneos como una topinera, calabozos como un castillo antiguo, emboscadas como un campo.

Tienen puertas, pero barreadas, columnas, pero trun-cadas, torres, pero inclinadas, puentes, pero rotos. Sus compartimentos son inexorables; estos no son mas que para los pájaros, aquellos no son mas que para los peces.

No se pasa de aquí. Su figura arquitectural se tras-forma, se desconcierta, afirma la estática, la niega, se rompe, se detiene, empieza en arquivolta, acaba en archi-trave; pedrusco sobre pedrusco; Encédola es el albañil.

Una dinámica extraordinaria presenta allí sus proble-mas, resueltos. Espantosas pechinas amenazan, pero no caen. No se sabe cómo se sostienen aquellas fábricas ver-tiginosas.

En todas partes desplomes, faltas de apoyo, vacíos,

suspensiones insensatas; escapa la ley de un babelismo semejante; el Desconocido, inmenso arquitecto, no calcula nada, y todo le sale bien; las rocas, colocadas de cualquier modo, componen un monumento monstruo; ninguna lógica; un vasto equilibrio.

Aquello es mas que la solidez, es la eternidad.

Al mismo tiempo es el desórden.

Parece que el tumulto de las olas ha pasado al granito. Un escollo es la tempestad petrificada.

Nada mas conmovedor para el espíritu que aquella salvaje arquitectura, siempre amenazando ruina y siempre en pie. Todo en ella se ayuda mutuamente y se contraría.

Es un combate de líneas de que resulta un edificio. Allí se reconoce la colaboracion de los dos disputadores eternos, el Océano y el huracan.

Es una arquitectura que tiene sus obras maestras, terribles. El escollo Douvres era una de ellas.

El mar lo habia construido y perfeccionado con un amor formidable. El agua arisca le lamia. Era horrible, traidor, oscuro, lleno de cuevas.

Tenia todo un sistema venoso de conductos submarinos, cuyas ramificaciones llegaban á profundidades insondables.

Algunos orificios de aquel subterráneo inextricable quedaban en seco en las mareas bajas. Cualquiera, por su cuenta y riesgo, podia entrar en ellos.

Las necesidades del salvamento obligaron á Gilliatt á

explorar todas las grutas. No habia una que no fuese formidable.

En todas se reproducia, con las dimensiones exajeradas del Océano, el aspecto de matadero y carnicería extrañamente estampado en el espacio intermedio de los Douvres.

Quien no ha visto en escavaciones de este género, en la pared del granito eterno, aquellos espantosos frescos de la naturaleza, no puede formarse idea de ellos.

Aquellas feroces grutas eran socarronas, era preciso no permanecer en ellas á deshora. La marea alta las llenaba hasta el techo.

Abundaban en ellas las lapas y otros mariscos. Estaban llenas de morrillos y guijarros pelados amontonados en el fondo de las bóvedas.

Guijarros habia que pesaban mas de una tonelada. Los habia de todos los tamaños y colores; la mayor parte parecian cuajarones de sangre; algunos, cubiertos de confervas velludas y viscosas, parecian enormes topos verdes escarbando el peñasco.

Algunas grutas terminaban de improviso como el fondo de un horno. Otras, arterias de una circulacion misteriosa, se prolongaban dentro del peñasco en hendiduras tortuosas y negras. Eran las calles del abismo.

Angostándose sin cesar, no permitian á un hombre transitar por ellas. Con una antorcha encendida se veian rezumamientos oscuros.

Una vez Gilliatt, huroneando, penetró por una de las

hendiduras. La hora de la marea se prestaba á tan aventurada excursion.

Era un hermoso dia de calma y de sol. No era de temer ningun incidente de mar que pudiese complicar el riesgo.

Dos necesidades, como acabamos de indicar, impelian á Gilliatt por el camino de sus exploraciones, la de buscar, para el salvamento, destrozos útiles, y la de hallar cangrejos y langostas para alimentarse. Los pescados de concha empezaban á escasear en los Douvres.

La hendidura era angosta y el paso casi imposible. Gilliatt veia claridad en el interior.

Hizo un esfuerzo, se encogió, se retorció, y penetró tan adelante como pudo.

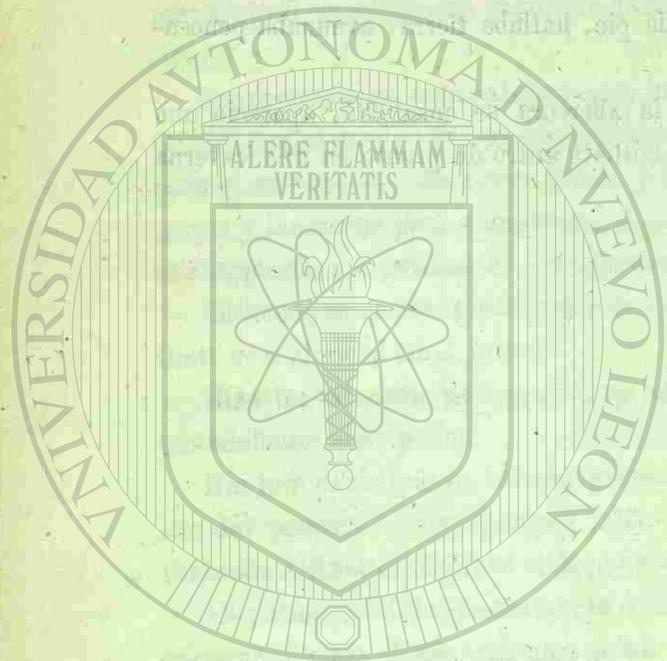
Era indudable que se hallaba precisamente en el interior del peñasco á cuya punta Clubin habia arrojado la Duranda. Gilliatt se hallaba debajo de aquella punta.

El peñasco, sólido exteriormente é inabordable, estaba vacío por dentro. Tenia galerías, pozos y aposentos como la tumba de un rey de Egipto. Era entre aquellos dédalos una de las mas complicadas escabrosidades, trabajo del agua, zapa del mar infatigable.

Las encrucijadas de aquel subterráneo debajo del mar comunicaban probablemente con el agua inmensa exterior por varias salidas, abiertas las unas al nivel de las olas, y las otras, profundos embudos invisibles. Muy cerca de allí Clubin se habia arrojado al mar, pero Gilliatt lo ignoraba.

Gilliatt, en aquella hendidura que parecia de cocodrilos, aunque no habia que temer cocodrilo alguno, culebreaba, trepaba, tropezaba con la frente, se agachaba, se enderezaba, perdia pie, hallaba tierra, avanzaba penosamente.

Poco á poco la abertura se ensanchó, apareció una claridad tibia, y Gilliatt entró de pronto en una caverna extraordinaria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL INTERIOR DE UN EDIFICIO DEBAJO DEL MAR.

Aquella claridad vino á tiempo.

Con un paso mas que hubiera dado, Gilliatt caia dentro de una agua tal vez sin fondo.

Las aguas de las grutas tienen una frialdad tal y paralizan tan súbitamente, que con frecuencia se quedan en ellas los mas fuertes y hábiles nadadores.

Además el que se hubiera caido no hubiera hallado medio de trepar y agarrarse á los escarpes de la roca.

Gilliatt se detuvo. La grieta de que acababa de salir conducia á un corredor estrecho y viscoso, que era una especie de modillon ó repisa en el muro cortado á pico.

Gilliatt se arrimó de espaldas al muro, y se quedó contemplando.

Se hallaba en una espaciosa gruta que tenia encima algo parecido á la parte inferior de un cráneo descomunal. Este cráneo estaba como recientemente disecado.

Las nervosidades húmedas de las estrías del peñasco imitaban en la bóveda los cruzamientos de fibras y las suturas dentelladas de una caja ósea. Por techo, la piedra; por suelo, el agua; las olas del mar, comprimidas entre las cuatro paredes de la gruta, parecían anchas losas que temblaban.

La gruta estaba cerrada por todas partes. Ni una certera, ni un respiradero; ninguna brecha en el muro, ninguna rendija en la bóveda.

Todo estaba alumbrado desde abajo al trasluz del agua. Había no sé qué resplandor tenebroso.

Gilliatt, cuyas pupilas se habían dilatado durante el trayecto oscuro del corredor, lo distinguía todo en aquel crepúsculo.

Conocía, por haberlas visitado más de una vez, las grutas de Plemont en Jersey, el Creux-Maillé en Guernesey, las Boutiques en Serk, así llamadas por depositar en ellas los contrabandistas sus alijos; pero ninguno de estos maravillosos antros podía compararse con el aposento subterráneo y submarino en que acababa de penetrar.

Gilliatt veía delante de sí bajo las olas una especie de arco anegado. Este arco, ojiva natural formada por las olas, era resplandeciente entre sus dos pies derechos pro-

fundos y negros. Por aquel pórtico sumergido entraba en la caverna la claridad de alta mar. Estraña luz debida á un engullimiento.

La claridad se ensanchaba como un abanico enorme debajo del agua, y se reflejaba en el peñasco.

Sus rayos rectilíneos cortados en largas cintas sobre la opacidad del fondo, aclarándose ú oscureciéndose de una á otra fragosidad, imitaban las interposiciones de varios cristales.

Había luz en la gruta, pero una luz desconocida, una luz que nada tenía de comun con la claridad que vemos habitualmente. Gilliatt podía creer que había pasado de un salto á otro planeta. Aquella luz era un enigma; parecía el resplandor glauco ó verdegay de la pupila de una esfinge.

El interior de la gruta figuraba una cabeza de muerto desmesurada y espléndida; la bóveda era el cráneo, y el arco era la boca; las órbitas faltaban.

Aquella boca, tragando y vomitando el flujo y reflujo, abierta al pleno Mediodía exterior, tragaba la luz y vomitaba la amargura.

Así hacen ciertos seres, inteligentes y malos.

El rayo del sol, atravesando aquel pórtico obstruido por una densidad vítrea de agua de mar, se volvía verde como un rayo de Aldebaran.

El agua, llena toda de aquella luz mojada, parecía ser de esmeralda derretida. Un matiz de alga marina de una delicadeza inaudita teñía suavemente toda la caverna.

La bóveda, con sus lóbulos casi cerebrales y sus ramificaciones trepadoras semejantes á expansiones de nervios, tenia un tierno reflejo dorado.

Los visos de las olas, reverberados en el techo, se descomponian en él y se recomponian incesantemente, ensanchando y estrechando sus mallas de oro con un movimiento de danza misteriosa. Causaban una impresion espectral; el espíritu podia preguntarse qué presa ó qué esperanza alegraba tanto á aquella magnífica red de fuego vivo.

De los relieves de la bóveda y de las asperezas de la roca colgaban largas y finas vegetaciones que bañaban probablemente sus raices por en medio del granito en algun depósito de agua superior, y desgranaban, una tras otra, de su estremidad, una gota de agua, una perla. Las perlas caian al abismo con un pequeño ruido dulce.

El pasmo que causaba el conjunto era indecible. Nada podia imaginarse que fuese mas encantador, ni nada tampoco encontrarse que fuese mas lúgubre.

Era no sé qué palacio de la Muerte, contenta.

XIII.

LO QUE ALLI SE VE Y LO QUE ALLI SE ENTREVE.

Una sombra que deslumbra, tal era aquel lugar sorprendente.

La palpitation del mar se hacia sentir en aquella gruta. La oscilacion exterior hinchaba y después deprimia el caudal de agua interior con la regularidad de una respiracion.

Se creia adivinar una alma misteriosa en aquel diáfano verde que se levantaba y bajaba silenciosamente.

El agua estaba mágicamente limpia, y Gilliatt distinguia en ella, á profundidades diversas, playas sumergidas y superficies de rocas salientes de un verde mas y mas subido.

Ciertos huecos oscuros eran probablemente insondables.

A los dos lados del pórtico submarino, esbozos de arcos de bóveda rebajados, llenos de tinieblas, indicaban otras pequeñas grutas, apéndices de la caverna central, accesibles tal vez en la época de las mareas muy bajas.

Aquellas escabrosidades tenían techos en plano inclinado, y en ángulos mas ó menos abiertos.

Pequeñas playas que de ancho tenían solo algunos pies, puestas á descubierto al retirarse las olas, se hundían y perdían debajo de aquellas oblicuidades.

En varios puntos, yerbas de mas de una vara de longitud ondeaban debajo del agua con un bamboleo como el de una cabellera tendida al viento. Se entreveían bosques de fucos.

Fuera del agua y dentro del agua, toda la pared de la gruta, de arriba abajo, desde la bóveda hasta su desaparición en lo invisible, estaba tapizada de esas prodigiosas eflorescencias del Océano, tan raramente vistas por los ojos humanos, que los antiguos navegantes españoles llamaban *praderas del mar*.

Un musgo robusto, que tenía todas las degradaciones de color del olivo, ocultaba y amplificaba las exóstosis del granito. De todos los desplomos brotaban las delgadas tiras de la ova de que los pescadores hacen sus barómetros. El soplo oscuro de la caverna agitaba aquellas correas relucientes.

Debajo de todas las vegetaciones se ocultaban y mos-

traban al mismo tiempo las mas raras alhajas de la joyería del Océano, eburnos, estrombos, mitros, cascocs, púrpuras, bocinas, estrutiolarios, turrienlos.

Las lepadas, semejantes á chozas microscópicas, se adherían en todas partes á la peña y se agrupaban formando aldeas, en cuyas calles andorreaban los oscabriones, escarabajos del mar. No pudiendo entrar fácilmente los guijarros en la gruta, se refugiaban allí las almejas.

Las almejas son encopetadas señoras, que, aristocráticamente vestidas, evitan el rudo y grosero contacto del populacho de los chinarros.

El amontonamiento centelleante de las conchas formaba debajo de las olas, en ciertos puntos, inefables irradiaciones, á cuyo trasluz se entreveían alfombras de lapizlázuli y nácares y oro con todas las degradaciones de color que les comunicaba la luz descomponiéndose en el agua.

En la pared de la gruta, un poco mas arriba de la línea de flotacion de la marea, una planta magnífica y singular se adhería como una orlatura á la tapicería de ova, y la continuaba y concluía. Aquella planta, fibrosa, apiñada, inextricablemente cosida y casi negra, ofrecía á la mirada anchas sábanas oscuras salpicadas en todas partes de innumerables florecillas de color de lapizlázuli.

Las florecillas en el agua parecían que se inflamaban, y tomaban el aspecto de arenas azules. Fuera del agua eran flores, y dentro del agua zafiros, de suerte que las olas, subiendo é inundando el basamento de la gruta reves-

tido de tan admirables plantas, cubrían la roca de carbunclos.

Cada vez que subía el agua hinchada como un pulmón, las flores, bañadas, resplandecían, y cada vez que el agua bajaba, se apagaban; melancólica semejanza con el destino.

A la aspiración, que es la vida, seguía la espiración, que es la muerte.

Una de las maravillas de la gruta era la roca, que tan pronto pared como arco, tan pronto estrave como pilastra, se presentaba en algunos puntos en bruto y escueta y en otros llena de las más delicadas cinceladuras naturales. Un no sé qué, que tenía mucho talento, se mezclaba con la maciza estupidez del granito. ¡Qué artista es el abismo! Había paño de pared que cortado en cuadro y cubierto de redondas jorobas en actitudes especiales, figuraba un vago bajo-relieve, y delante de aquella escultura, en que había cierta nebulosidad, se podía pensar en Prometeo bosquejando para Miguel Ángel.

Parecía que con unos cuantos martillazos el genio hubiera podido concluir lo que había empezado el gigante. En otros puntos la roca estaba adamascada como un broquel sarraceno ó anieblada como un capacete florentino. Había cuarterones que parecían de bronce, arabescos como en una puerta de mezquita, y después, como en una piedra rúnica, impresiones de uña oscuras é improbables. Plantas de tallos torcidos como tirabuzones, entrecruzándose en las doraduras del líquen, cubrían las paredes

de filigranas. Era un antro que se complicaba con una Alhambra.

Era el encuentro de la salvajez y de la joyería dentro de la augusta y disforme arquitectura del acaso.

Los magníficos musgos del mar aterciopelaban los ángulos del granito. Los escarpes estaban festoneados de enredaderas de grandes flores, bastante diestras para no caerse, y que adornaban tan bien que parecían inteligentes. Parietarias de extraños ramilletes mostraban sus mazorcas con oportunidad y gusto.

Había allí toda la afectación para agradar de que es susceptible una caverna.

La sorprendente luz edénica que subía de debajo del agua, á la vez penumbra de mar y resplandor de paraíso, esfumaba todos los lineamentos en una especie de difusión visionaria. Cada ola era un prisma.

Los contornos de las cosas, bajo aquellas ondulaciones del color del iris, tenían el cromatismo de los lentes demasiado convexos, y flotaban debajo del agua espectros solares. Parecía ver torcerse en aquella diafanidad auroral pedazos de arco iris anegados.

Además, en algunos ángulos, había en el agua cierta claridad de la luna.

Todos los esplendores parecían allí amalgamados para producir un no sé qué ciego y nocturno. Nada más perturbador y más enigmático que tanta pompa en una caverna. Lo que dominaba era el encanto.

La vegetación fantástica y la estratificación informe

se habian puesto de acuerdo para producir una armonía. Aquel matrimonio de cosas feroces era feliz. Las ramificaciones trepaban remedando el asalto nocturno de un amante. La caricia de la roca salvaje y de la flor inculta era profunda.

Pilares macizos tenian por capiteles delicadas y temblorosas guirnaldas, que traian á la imaginacion los dedos de las hadas haciendo cosquillas en los pies á un gigante, y la roca sostenia la planta y la planta se asia de la roca con una gracia monstruosa.

El resultado de tantas deformidades misteriosamente asociadas era no sé qué belleza soberana. Las obras de la naturaleza, no menos supremas que las del genio, contienen algo de lo absoluto, y se imponen.

Lo que tienen de inesperado se hace obedecer imperiosamente por el espíritu, porque se siente en ellas una premeditacion que está fuera del hombre, y nunca fascinan tanto como cuando hacen brotar súbitamente lo esquisito de lo terrible.

Aquella gruta desconocida estaba, si así puede decirse y si semejante espresion es admisible, sideralizada. En ella se experimentaba cuanto tiene el asombro de mas imprevisto.

Lo que llenaba aquella cripta era una luz de Apocalipsis. No estaba uno seguro de que aquello existiese. Se tenia delante de los ojos una realidad con el sello de lo imposible. Aquella gruta se miraba, se tocaba; el hombre estaba en ella, y no lo creia.

¿Era luz la que entraba por aquella ventana abierta debajo del mar? ¿Era agua lo que temblaba dentro de aquella cueva oscura? ¿Aquellos arcos y aquellos pórticos no eran una nube celestial que imitaba una caverna? ¿Qué piedra se tenia bajo los pies? ¿No iba aquel sustentáculo á descomponerse y á convertirse en humo? ¿Qué era aquella joyería de conchas que se vislumbraba? ¿A qué distancia se estaba de la vida, de la tierra, de los hombres? ¿Qué era aquella fascinacion mezclada con aquellas tinieblas?

¡Conmocion inaudita, sagrada casi, á que se añadia la dulce inquietud de las yerbas en el fondo del agua!

En la estremidad de la gruta, que era oblonga, debajo de una arquivolta ciclópica de un corte singularmente correcto, en un hueco casi indistinto, especie de antro en el antro y de tabernáculo en el santuario, detrás de una sábana de claridad verde interpuesta como un velo de templo, se percibia fuera del oleaje una piedra cuadrada que tenia el aspecto de un altar.

El agua la rodeaba por todas partes. Parecia que una diosa acababa de bajar de ella.

A la idea de aquella cripta, de aquel altar, no era posible dejar de asociar alguna figura celestial desnuda y eternamente pensativa que la entrada de un hombre obligaba á eclipsarse. Era imposible concebir aquella augusta celda sin una vision dentro; la aparicion, evocada por el delirio, se recomponia por sí misma; un arroyo de luz casta sobre hombros apenas entrevistos, con frente bañada por la luz del alba, un óvalo de rostro olimpico, redonde-

ces de senos misteriosos, brazos púdicos, una cabellera suelta al asomar la aurora, caderas inefables modeladas pálidamente dentro de una sagrada bruma, formas de ninfa, mirada de virgen, una Vénus saliendo del mar, una Eva saliendo del caos, tal era el sueño que no podía dejar de tenerse.

Era inverosímil que no hubiese allí una fantasma. Una mujer enteramente desnuda, sosteniendo un astro, se hallaba probablemente en aquel altar momentos antes. En aquel pedestal, de que manaba un éxtasis indecible, se imaginaba una blancura, viviente y en pie.

El espíritu se representaba, en medio de la adoración muda de la caverna, una Anfítritis, una Tétis, alguna Diana que podía amar, estatua del ideal formada de un rayo de luz y que miraba la sombra con dulzura.

Ella era la que, al marcharse, había dejado en la caverna aquella claridad, especie de perfume luz salido de un cuerpo estrella. El deslumbramiento de la fantasma no estaba ya allí; no se percibía aquella figura, hecha solamente para ser vista por el invisible, pero se la sentía; se experimentaba aquel temblor que es una voluptuosidad.

La diosa estaba ausente, pero la divinidad estaba presente. La belleza del antro parecía formada por aquella presencia. A causa de aquella deidad, de aquella hada de los nácares, de aquella reina de los céfiros, de aquella gracia nacida de las olas, á causa de ella, así al menos se lo hubiera figurado cualquiera, el subterráneo estaba religiosa-

mente murado, á fin de que nada pudiese jamás turbar, alrededor de la divina fantasma, la oscuridad que es un respeto, y el silencio que es una magestad.

Gilliatt, que era una especie de visionario de la naturaleza, deliraba confusamente conmovido.

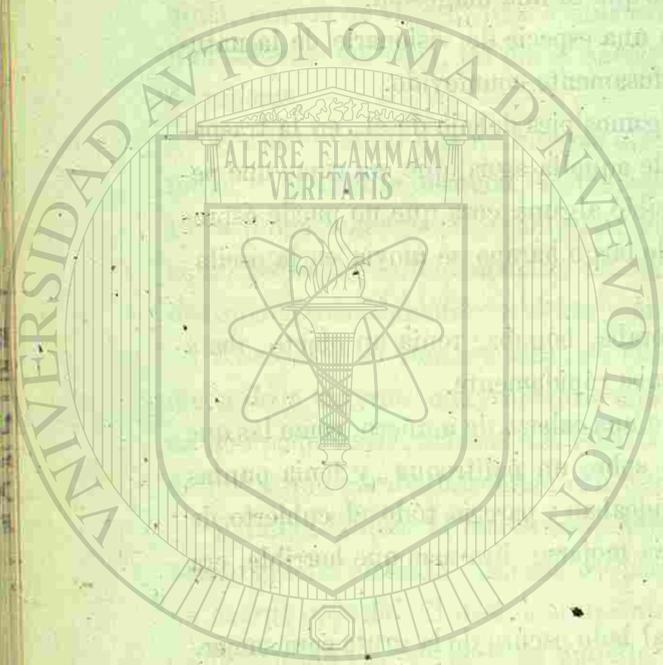
De repente, á algunos pies debajo de él, en la transparencia encantadora de aquella agua, que era como una pedrería desleída, percibió alguna cosa que no puede espresarse. Una especie de largo harapo se movía en la oscilación de las olas.

El harapo no flotaba, bogaba; tenía un objeto, iba á alguna parte, avanzaba rápidamente.

Tenía la forma de una cabeza de muñeco, como las que llevaban los bufones sobre un palitroque, y tenía puntas desmazeladas que ondeaban; parecía todo él cubierto de un polvo que no podía mojarse. Era mas que horrible, era asqueroso.

Parecía dirigirse al lado oscuro de la gruta para sumergirse en el fondo.

A su rededor, las capas de agua se oscurecían. Aquella silueta se deslizó y desapareció, siniestra.



LIBRO SEGUNDO.

EL TRABAJO.

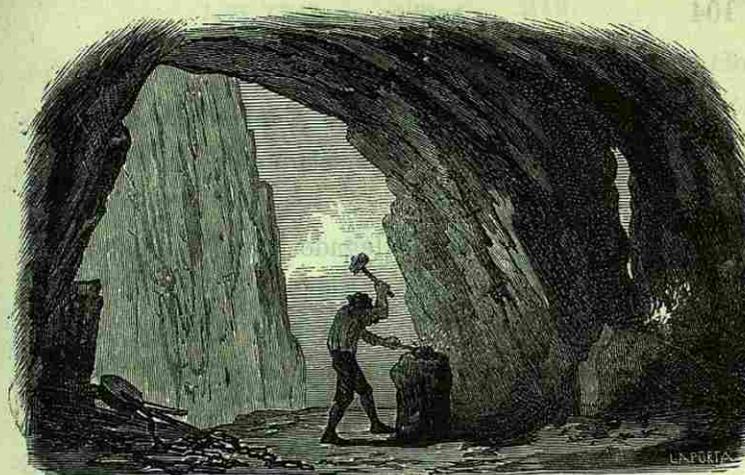
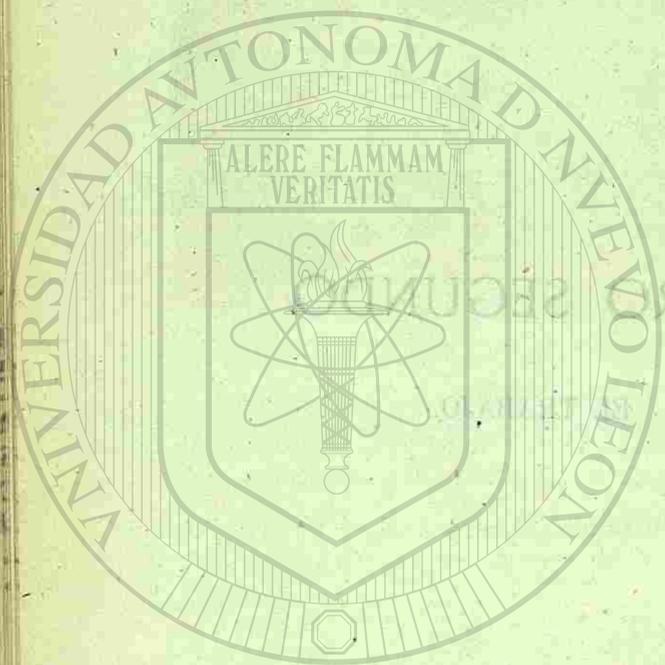
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA
BIBLIOTECA
U A N L



I.
LOS RECURSOS DE AQUEL Á QUIEN FALTA TODO.

La gruta no soltaba con facilidad á la gente. La entrada habia sido poco cómoda, y no lo fue mas la salida.

Gilliatt sin embargo triunfó de todos los obstáculos, pero no volvió á visitar aquellas maravillas. No halló allí nada de lo que buscaba, y no tenia tiempo de ser curioso.

Hizo funcionar inmediatamente la fragua. Carecia de herramientas, y se las fabricó.

Tenia por combustible los despojos del buque perdido, por motor el agua, por fuelle el viento, por yunque una piedra, por arte su instinto, por poder su voluntad.

Empezó á trabajar con ardor.

El tiempo se habia propuesto al parecer complacerle. Continuaba siendo seco y tan poco equinoccial como era posible.

El mes de marzo habia llegado, pero tranquilamente. Los días se iban alargando. El azul del cielo, la vasta suavidad de los movimientos del mar, la serenidad de la atmósfera parecían escluir toda mala intencion.

El mar estaba contento del sol. Una caricia anticipada sazona las traiciones, y el mar no es avaro de ellas. Es una mujer de cuya sonrisa no podemos fiarnos.

Hacia poco viento, lo que no impedia que el fuelle hidráulico trabajase á las mil maravillas. Un viento escesivo, lejos de favorecerle, le hubiera perjudicado.

Gilliatt tenia una sierra, y se construyó una lima.

Con la sierra atacó la madera, y con la lima atacó el metal, y despues se proveyó de las dos manos de hierro del herrero, las tenazas y los alicates; las tenazas sujetan, los alicates cogen; aquellas funcionan como la muñeca, éstos como los dedos.

Las herramientas son un organismo.

Gilliatt se iba poco á poco proporcionando auxiliare-, y completaba su armadura. Hizo un cobertizo para la fragua de su herrería.

Uno de sus principales cuidados fue el de escoger y reparar las poleas. Puso en estado de servicio las roldanas de los motones.

Tenia, como hemos dicho, para las necesidades de su

taller, gran número de tablones almacenados y colocados segun su forma, su dimension y su calidad; en un rincon la encina, en otro el abeto, estando separadas las piezas corvas, como las puercas, de las rectas, como los bureles.

Tenia, como se ve, su reserva de puntos de apoyo y de palancas, de que podia tener gran necesidad en un momento dado.

El que medita un plan debe proveerse de vigas y motones, pero además necesita cuerdas. Gilliatt reparó los cables y los calabrotos. Consiguió sacar de las velas destrozadas excelente filástica con que hizo bramante que le sirvió para recomponer los cabos de los rebenques.

Pero no teniendo Gilliatt brea, los cables estaban espuestos á pudrirse, por lo que era menester emplearlos pronto.

Recompuestas las cuerdas, recompuso las cadenas.

Gracias á la punta lateral del guijarro que le servia de yunque, la cual hacia el oficio de bigornia cónica, pudo forjar eslabones groseros, pero sólidos.

Con ellos juntó los extremos de cadenas rotas, y tuvo cadenas largas.

Forjar un hombre solo, sin ayuda de nadie, es muy incómodo. Él sin embargo se salió con la suya.

Verdad es que no tuvo que habérselas en la fragua sino con piezas de poco peso, que podia manejar con una mano armada de tenazas, mientras las martillaba con la otra.

Redujo á pedazos las barras de hierro redondas que

recogió en el buque naufragado, y forjando en una de las estremidades de cada uno de los pedazos una punta y en la otra una ancha cabeza chata, hizo largos clavos que tenían cerca de un pie de longitud, clavos que usan mucho los pontoneros y que son útiles para las fijaciones que hay que hacer en las rocas.

¿Por qué se tomaba Gilliatt tanta molestia? Ya lo veremos.

Tuvo que afilar varias veces el corte de su hacha y los dientes de su sierra. Se construyó también un triángulo.

Algunas veces se servía del cabrestante de la Duranda. El garfio de la cadena se rompió, y Gilliatt forjó otro.

Con el auxilio de sus alicates y tenazas, y sirviéndose de su navaja como de un destornillador, procuró desmontar las dos ruedas del buque, y lo consiguió.

No se habrá olvidado que esta operación podía ejecutarse por una particularidad de la construcción de dichas ruedas. Los tambores que las habían cubierto sirvieron para embalarlas. Con las tablas de los tambores Gilliatt hizo dos cajas en que pieza á pieza fue colocando las dos ruedas cuidadosamente numeradas.

Para esta numeración le vino á pedir de boca su pedazo de tiza.

Colocó las dos cajas en la parte más sólida de la cubierta de la Duranda.

Terminados estos preliminares, Gilliatt se encontró frente á frente con la dificultad suprema. Se presentó la cuestión de la máquina.

Desmontar las ruedas había sido posible; desmontar la máquina, no.

En primer lugar, Gilliatt conocía mal su mecanismo. Podía, trabajando á la ventura, causarle alguna herida irreparable.

En segundo lugar, hasta para probar á deshacerla pieza por pieza, si hubiese sido capaz de cometer semejante imprudencia, necesitaba herramientas mejores que las que se pueden fabricar teniendo una caverna por fragua, un viento colado por fuelle y un guijarro por yunque.

Intentando desmontar la máquina, se esponía á romperla.

Parecía que Gilliatt había llegado al pie de la muralla que se llama: el imposible.

¿Qué hacer?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

CÓMO SHAKESPEARE PUEDE ENCONTRARSE CON ESQUILO.

Gilliatt tenía su idea.

Desde aquel albañil carpintero de Salbois que, en el siglo XVI, en la infancia de la ciencia, mucho antes que Amontons hubiese hallado la primera ley de frotación, Lahire la segunda y Colón la tercera, sin consejo, sin guía, sin mas ayuda que la de un niño hijo suyo, con unas herramientas informes, resolvió en globo, en el descendimiento del «gran reloj» de la iglesia de la Charité-sur-Loire, cinco ó seis problemas de estática y de dinámica complicados con otros como las ruedas en un enredo de carros y constituyendo todos los obstáculos á la vez; desde aquella maniobra estravagante y soberbia que halló medio

sin romper un alambre y sin trastornar el encaje de una sola pieza, de hacer bajar toda entera, por una simplificación prodigiosa, desde el segundo piso de la torre al primero, aquella maciza máquina, toda de hierro y de cobre, «grande como el cuarto del vigilante nocturno,» con su movimiento, sus cilindros, sus barriletes, sus tambores, sus ganchos y sus pesas, sus orbes, su péndola horizontal, sus áncoras de escape, sus madejas de cadenas y cadenitas, sus pesas de piedra, de las cuales había una que pesaba ella sola 500 libras y sus juegos de campanas, desde el hombre que hizo este milagro, y cuyo nombre se ignora, jamás se había emprendido nada semejante á lo que Gilliatt meditaba.

La operación que intentaba Gilliatt era tal vez peor, es decir que era aun mas bella.

El peso, la delicadeza, el cúmulo de dificultades, no eran menores en la máquina de la Duranda que en el reloj de la Charite-sur-Loire. El carpintero gótico tenía un ayudante, su hijo; Gilliatt estaba solo.

Allí había una población, venida de Meung-sur-Loire, de Nevers, y hasta de Orleans, que podía en caso necesario auxiliar al albañil de Salbois, y que le animaba con palabras benévolas; Gilliatt no tenía en torno suyo mas rumor que el viento ni mas muchedumbre que las olas.

Nada iguala la timidez de la ignorancia, como no sea su temeridad.

Cuando la ignorancia da en atreverse, es señal casi siempre de que tiene en sí una brújula.

Esta brújula es la intuición de la verdad, mas clara algunas veces en un espíritu simple que en un espíritu complicado.

La ignorancia convida al ensayo. La ignorancia es un desvarío, y el desvarío curioso es una fuerza.

El saber desconcierta algunas veces y disuade con frecuencia. Gama, siendo sabio, hubiera retrocedido delante del cabo de las Tempestades. Si Cristóbal Colon hubiera sido buen cosmógrafo, no hubiera descubierto la América.

El segundo que subió al monte Blanco fue un sabio, Saussure; el primero fue un pastor, Balmat.

Digamos de paso que los casos citados son la excepción, y nada quitan á la ciencia, que sigue siendo la regla.

El ignorante puede hallar, solo el sabio inventa.

La panza continuaba anclada en el ancon del Homme, donde el mar la dejaba tranquila.

Recuérdese que Gilliatt lo había arreglado todo de manera que permaneciese en libre práctica con su barca. Se trasladó á ella y midió cuidadosamente la manga en varios puntos, particularmente en la parte mas ancha del costillaje. Despues regresó á la Duranda, y midió el gran diámetro de la máquina.

Este gran diámetro, sin las ruedas, se entiende, tenía dos pies menos que el bordaje de la panza. La máquina podía pues entrar en la panza.

¿Pero cómo hacerla entrar?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA OBRA MAESTRA DE GILLIATT ACUDE AL SOCORRO DE LA
OBRA MAESTRA DE LETHIERRY.

Algun tiempo despues, un pescador, que hubiese sido bastante loco para acercarse en aquella estacion á aquellos sitios, como premio de su atrevimiento hubiera visto en los Douvres alguna cosa singular.

Hé aquí lo que hubiera percibido; cuatro tablonés gruesos, igualmente espaciados, que iban de un Douvre á otro, y entraban como forzados entre los peñascos, lo que da la mayor solidez posible.

Por el lado del Douvre menor sus estremidades se asentaban y apuntalaban en los relieves de la roca, y por el lado del Douvre mayor debieron ser violentamente hun-

didos en el escarpe á martillazos por algun poderoso trabajador puesto en pie sobre la albitana misma que estaba asegurando.

La longitud de los tablones era algo mayor que la anchura del espacio que mediaba entre los dos peñascos, y asi se explica la tenacidad de su encaje y su direccion en plano inclinado. Formaban con la Douvre mayor un ángulo agudo y con la Douvre menor un ángulo obtuso. Estaban un poco en declive, pero desigualmente, lo cual era un defecto, sin el cual se hubiera dicho que estaban en disposicion de recibir el tablero de un puente.

A los cuatro tablones se adherian cuatro cabrias, provistas todas de su correspondiente ustaga y fiador, siendo lo mas atrevido y raro y digno de notarse que el moton de dos roldanas se hallaba en un extremo del tablon y la polea simple en el extremo opuesto.

Esta separacion, demasiado considerable para no ser peligrosa, era probablemente una exigencia de la operacion que iba á ejecutarse. Los motones eran fuertes, y las poleas sólidas.

Asidos de las cabrias habia cables que de lejos parecian hilos, y debajo de este aparato aéreo de motones y maderaje, la maciza Duranda parecia suspendida de dichos hilos.

Pero no estaba aun suspendida.

Perpendiculares á los tablones, se habian practicado en la cubierta ocho aberturas, cuatro á babor y cuatro á estribor de la máquina, y debajo de éstas, en la carena,

otras ocho. Los cables, descendiendo verticalmente de los motones, entraban en la cubierta, salian de la carena por las aberturas de estribor, pasaban por debajo de la quilla y de la máquina, volvian á entrar en el buque por las aberturas de babor, y subiendo de nuevo y atravesando otra vez la cubierta, pasaban á rollarse á las cuatro poleas de los tablones, donde una especie de palanquin los agarra y hacia con ellos un manojo que se ataba á un cable único y podia ser dirigido por un solo brazo.

Un gancho y una roldana, por cuyo agujero pasaba y se devanaba el cable único, completaban el aparato, y, en caso necesario, lo inmovilizaban.

Esta combinacion obligaba á las cuatro cabrias á funcionar á la vez, y, verdadero freno de las fuerzas pendientes, gobernalle de dinámica en la mano del piloto de la operacion, mantenía la maniobra en equilibrio.

El muy ingenioso ajuste del palanquin tenia algunas de las cualidades simplificadoras de la actual polea Weston, y del antiguo polipasto de Vitruvio.

Gilliatt habia dado con ello, no obstante no conocer á Vitruvio que no existia ya, ni á Weston que no existia aun.

La longitud de los cables variaba segun el desigual declive de los tablones, y corregia un poco esta desigualdad.

Las cuerdas eran peligrosas, porque podian romperse, y hubieran sido preferibles cadenas, pero éstas hubieran corrido mal por las cabrias.

Todo el aparato, lleno de faltas, pero hecho por un solo hombre, era sorprendente.

Nosotros, además, abreviamos la explicacion. Se comprenderá que omitimos muchos pormenores que aclararian la cosa á las gentes del oficio y la harian para los otros mas oscura.

Lo alto de la chimenea de la máquina pasaba por entre los dos tablonos de en medio.

Gilliatt, sin él presumirlo, plagiario inconsciente de lo desconocido, habia rehecho, á una distancia de tres siglos, el mecanismo del carpintero de Salbois, mecanismo rudimentario é incorrecto, terrible para quien se atreviese á hacerlo funcionar.

Digamos aquí que las faltas mas groseras no impiden á un mecanismo funcionar bien ó mal. Cojea, pero anda.

El obelisco de la plaza de San Pedro de Roma se levantó contra todas las reglas de la estática.

La carroza del czar Pedro estaba construida de manera que parecia deber volcar á cada paso, y rodaba sin embargo.

¡Cuántas deformidades en la máquina de Marly! Todo en ella estaba en falso, lo que no impedia que diese de beber á Luis XIV.

Como quiera que fuese, Gilliatt tenia confianza.

De tal manera contaba con el éxito, que cuando se trasladó á la panza colocó en ambos lados de ella dos pares de argollas de hierro que distaban entre sí lo mismo que las cuatro de la Duranda á que estaban agarradas las cuatro cadenas de la chimenea.

Gilliatt tenia evidentemente un plan muy completo y muy determinado. Teniendo en contra suya todas las probabilidades, queria poner de su parte todas las precauciones.

Hacia cosas que parecian inútiles, señal de una premeditacion atenta.

Su manera de proceder, como hemos hecho notar ya, hubiera desorientado á un observador, y hasta á un conocedor.

Un testigo de sus trabajos que, por ejemplo, le hubiera visto, con esfuerzos inauditos y peligro de desnucarse, clavar á martillazos ocho ó diez de los grandes clavos que habia forjado en el basamento de los dos Douvres á la entrada del desfiladero del escollo, hubiera comprendido difícilmente la razon de semejantes clavos, y se hubiera probablemente preguntando cuál podia ser el fruto de todo aquel trabajo.

Si en seguida hubiera visto á Gilliatt medir el pedazo del costillaje de proa que permanecia unido al buque naufrago, atar despues un fuerte calabrote al reborde superior de la pieza, cortar á hachazos el maderaje dislocado que la sujetaba, arrastrarla fuera del desfiladero, con el auxilio de la marea descendente que la empujaba hácia abajo, mientras Gilliatt la empujaba hácia arriba, y, por último, atar trabajosamente con el calabrote aquella pesada trabazon de tablas y tablonos, mas ancha que la entrada misma del desfiladero, á los clavos hincados en la base de la Douvre menor, el obser-

vador hubiera acabado de desorientarse, y se hubiera dicho que si Gilliatt queria, para facilitar sus maniobras, librar el paso de los Douvres de aquel estorbo, no tenia que hacer mas que abandonarlo á la marea, la cual lo hubiera arrastrado agua abajo.

Gilliatt tenia probablemente sus razones.

Gilliatt, para clavar los clavos en el basamento de los Douvres, sacaba partido de todas las hendiduras del granito, las ensanchaba en caso necesario y encajaba en ellas cuñas de madera en que clavaba en seguida los clavos de hierro.

Hizo los mismos trabajos preparatorios en las dos rocas que se levantaban en el otro extremo del estrecho del escollo, por el lado del Este; llenó de clavijas de palo todas las hendiduras, como si quisiera tener á éstas dispuestas á recibir tambien graponos; pero todo parecia ser una simple precaucion, pues no clavaba en ellas ningun clavo.

Se comprende que, por prudencia en su penuria, no podia gastar materiales sino á medida que los fuese necesitando y en el momento mismo del apremio, lo cual era una complicacion añadida á tantas otras dificultades.

Concluido un primer trabajo, se presentaba el segundo.

Gilliatt pasaba sin vacilar de uno á otro y daba resueltamente esta zancada de gigante.

IV.

SUB RE.

El hombre que hacia tan estrañas cosas se habia vuelto horrible.

Gilliatt, en sus multiplicados trabajos, gastaba todas sus fuerzas á la vez, y las reparaba dificilmente.

Las privaciones por un lado, y por otro las fatigas, le iban estenuando. Estaba flaco. Sus cabellos y su barba habian crecido. No tenia mas que una camisa que no fuese un pingajo.

Estaba descalzo, por habérsele llevado un zapato el viento y otro el mar.

Cascos del yunque rudimentario, y muy peligroso, de que se servia, le habian causado en las manos y en los

vador hubiera acabado de desorientarse, y se hubiera dicho que si Gilliatt queria, para facilitar sus maniobras, librar el paso de los Douvres de aquel estorbo, no tenia que hacer mas que abandonarlo á la marea, la cual lo hubiera arrastrado agua abajo.

Gilliatt tenia probablemente sus razones.

Gilliatt, para clavar los clavos en el basamento de los Douvres, sacaba partido de todas las hendiduras del granito, las ensanchaba en caso necesario y encajaba en ellas cuñas de madera en que clavaba en seguida los clavos de hierro.

Hizo los mismos trabajos preparatorios en las dos rocas que se levantaban en el otro extremo del estrecho del escollo, por el lado del Este; llenó de clavijas de palo todas las hendiduras, como si quisiera tener á éstas dispuestas á recibir tambien graponos; pero todo parecia ser una simple precaucion, pues no clavaba en ellas ningun clavo.

Se comprende que, por prudencia en su penuria, no podia gastar materiales sino á medida que los fuese necesitando y en el momento mismo del apremio, lo cual era una complicacion añadida á tantas otras dificultades.

Concluido un primer trabajo, se presentaba el segundo.

Gilliatt pasaba sin vacilar de uno á otro y daba resueltamente esta zancada de gigante.

IV.

SUB RE.

El hombre que hacia tan estrañas cosas se habia vuelto horrible.

Gilliatt, en sus multiplicados trabajos, gastaba todas sus fuerzas á la vez, y las reparaba dificilmente.

Las privaciones por un lado, y por otro las fatigas, le iban estenuando. Estaba flaco. Sus cabellos y su barba habian crecido. No tenia mas que una camisa que no fuese un pingajo.

Estaba descalzo, por habérsele llevado un zapato el viento y otro el mar.

Cascos del yunque rudimentario, y muy peligroso, de que se servia, le habian causado en las manos y en los

brazos pequeñas heridas, salpicaduras del trabajo. Eran superficiales, simples desolladuras, pero enconadas por el aire frío y por el agua salada.

Tenia hambre, tenía sed, tenía frío.

Su barril de agua dulce estaba vacío. Su harina de centeno se había empleado en engrudo ó se la había ya comido.

No tenía más que un poco de galleta. La rompía con los dientes, faltándole agua para ablandarla.

Poco á poco, y día por día, decrecían sus fuerzas.

Aquel temible peñasco le trasegaba la vida.

Beber era una cuestión; comer era una cuestión; dormir era una cuestión.

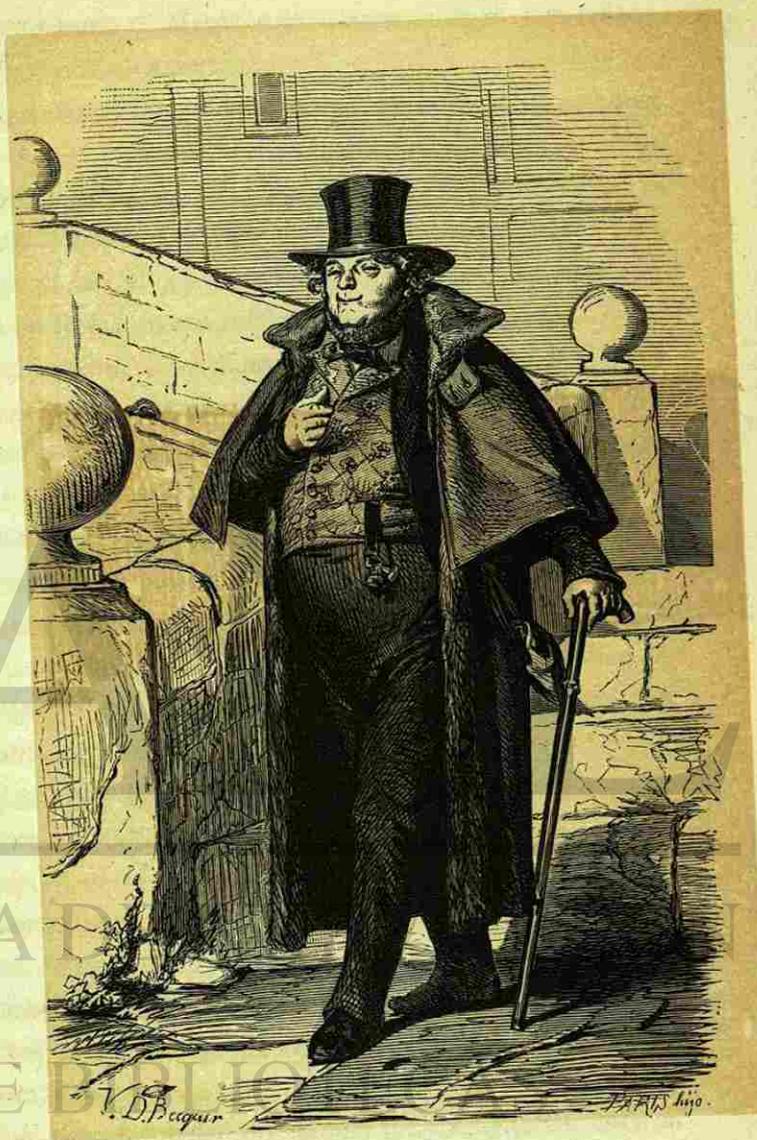
Comía cuando lograba coger un camarón ó un camarón; bebía cuando veía una ave marítima descender á una punta del peñasco.

Se encaramaba hasta alcanzarla, y hallaba en ella un hueco con un poco de agua dulce. Bebía después que había bebido el pájaro, y algunas veces con el pájaro, pues las gaviotas y alciones se habían acostumbrado, á su presencia y no huían cuando él se acercaba.

Verdad es que Gilliatt, ni aun en sus mayores apuros, les hacía ningún daño.

Recuérdese que tenía la superstición de los pájaros.

Por su parte los pájaros, viéndole con los cabellos erizados y horribles y la barba larga, no le tenían miedo; la alteración de su semblante les tranquilizaba; no les parecía un hombre; le creían una bestia.



SIEUR LANDOYS.

Los pájaros y Gilliatt eran buenos amigos. Los pobres se ayudan mutuamente.

Mientras Gilliatt tuvo harina de centeno, les había desmigajado pedacitos de las tortas que él hacía, y ellos después, á su vez, le indicaban los sitios en que había un sorbo de agua potable.

Comia las almejas crudas; las almejas, comidas con cierta moderación son refrigerantes de la sangre.

En cuanto á los cangrejos, los comía cocidos; pero como no tenía cazuela, los asaba poniéndolos entre dos piedras hechas ascua, á la manera de los salvajes de las islas Feroë.

Empezaba á declararse un poco de equinoccio. Llovía, y el agua que caía era una agua hostil.

No caían chaparrones, ni aguaceros, sino largas agujas, finas, heladas, penetrantes, agudas, que calaban la ropa de Gilliatt hasta los tegumentos, y los tegumentos hasta los huesos.

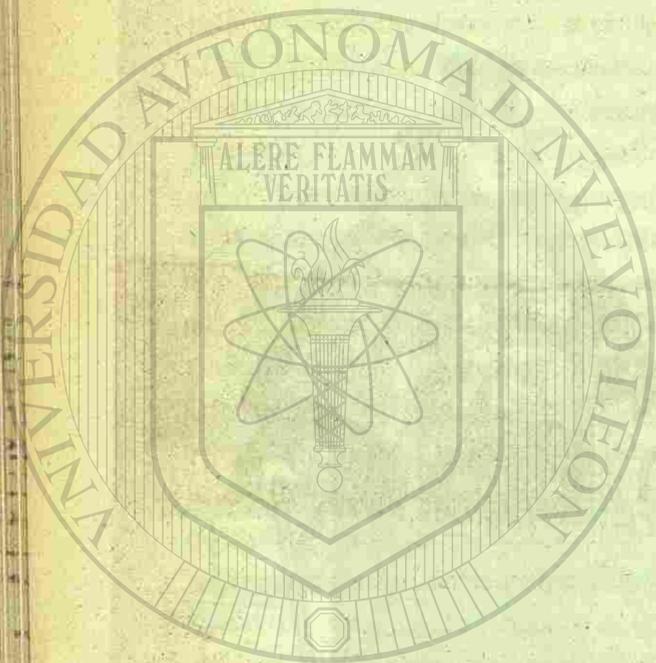
Era una lluvia que daba poco de beber y mojaba mucho.

Avara de favores, pródiga de miseria, tal era aquella lluvia, indigna de la atmósfera. Gilliatt la tuvo encima toda una semana, durante todo el día y toda la noche.

Aquella lluvia era una mala acción de las nubes.

Por la noche, en su agujero de piedra, Gilliatt no dormía sino por el agobio del trabajo.

Los grandes mosquitos de mar le atormentaban. Se despertaba cubierto de pústulas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

Tenia calentura, y esta calentura le sostenia; la fiebre es un socorro, que mata. Por instinto, mascaba líquen ó chupaba hojas de coclearia silvestre, que brotaba escuálida entre las secas rendijas del escollo. Por lo demás, él se ocupaba poco de sus padecimientos. No tenia tiempo de distraerse por su propia causa de su grave negocio.

La máquina de la Duranda se portaba bien. Nada mas queria.

Las necesidades de su trabajo le obligaban á echarse á nado á cada instante, lo que hacia como quien no hace nada. Entraba en el agua y salia de ella, lo mismo que en una habitacion se pasa de un cuarto á otro.

Sus vestidos no se secaban nunca. Estaban penetrados del agua de una lluvia que nunca se agotaba, y de la del mar que nunca se seca. Gilliatt vivia mojado.

El vivir mojado es un hábito que se adquiere. Los pobres grupos irlandeses, compuestos de viejos, madres, muchachos casi desnudos, niños, que pasan el invierno al aire libre, lloviendo y nevando, apiñados unos contra otros en las esquinas de las calles de Lóndres, viven y mueren mojados.

Estar mojado y tener sed; Gilliatt sufría este extraño tormento.

Mordia de cuando en cuando la manga húmeda de su chaqueton.

Las hogueras que levantaba le calentaban poco; el fuego al aire libre nunca caliente mas que á medias; el que se acerca á él se abrasa por un lado y por el otro se hiela.

Gilliatt estaba sudando y tiritaba.

Todo alrededor de Gilliatt resistia en una especie de silencio terrible. Él sentia al enemigo.

Las rocas tienen un sombrío *Non possumus*.

Su inercia es un aviso lúgubre.

La inmensa mala voluntad de los elementos rodeaba á Gilliatt. Tenia quemaduras y calofrios.

El fuego le mordía, el agua le helaba, la sed le daba calentura, el viento le destrozaba la ropa, el hambre le roía el estómago. Sufría la opresion de un conjunto aniquilador.

El obstáculo, tranquilo, vasto, teniendo la irresponsabilidad aparente del hecho fatal, pero lleno de no sé qué unanimidad feroz, convergia de todas partes en Gilliatt.

Gilliatt le sentía apoyado inexorablemente en él. Ningun medio de sustraerse. Era casi alguien. Gilliatt tenia la conviccion de un odio sordo que se esforzaba en disminuirle. De él dependía la fuga, pero puesto que no huía, tenia que habérselas con la hostilidad impenetrable.

No pudiendo echarle fuera, se le ponía debajo. ¿Quién? Lo Desconocido.

Lo Desconocido le comprimía, le ahogaba, le quitaba su sitio, le quitaba el aliento. Estaba magullado por lo invisible. Cada dia daba una vuelta mas el tornillo misterioso.

La situacion de Gilliatt se parecia á un duelo oscuro en que hay un traidor.

La coalicion de fuerzas secretas le rodeaba, y comprendia que estaban resueltas á desprenderse de él. Asi es como el ventisquero arroja el pedrusco errático.

Silenciosamente, y como quien no hace nada, aquella coalicion latente le cubria de andrajos y de sangre, y le ponía, si así puede decirse, fuera de combate antes de combatir. No por eso trabajaba él menos, pero á medida que la obra se hacia, el obrero se deshacia.

Hubiérase dicho que aquella naturaleza salvaje, temiendo el alma, habia tomado el partido de estenuar al hombre. Gilliatt era terco, y aguardaba.

El abismo empezaba por gustarle. ¿Qué haria el abismo en seguida?

La doble Douvre, dragon de granito emboscado en alta mar, habia admitido á Gilliatt. Le habia dejado entrar y le dejaba hacer. Esta aceptacion se asemejaba á la hospitalidad de una boca abierta.

El desierto, la estension, el espacio en que encuentra el hombre tantas contradicciones, la inclemencia muda de los fenómenos que siguen su curso, la gran ley general implacable y pasiva, el flujo y reflujo, el escollo, pléiada negra de la cual cada roca es una estrella de torbellinos, centro de irradiacion de corrientes, no sé qué conjuracion de la indiferencia de las cosas contra la temeridad de un ser, el invierno, las nubes, el mar asediador, envolvian á Gilliatt, le acorralaban lentamente, se cerraban en cierto modo en torno suyo, y le separaban de los vivientes como una mazmorra que se formase alrededor de un hombre.

Todo contra él, nada á favor suyo; estaba aislado, abandonado, debilitado, minado, olvidado.

Gilliatt tenia los bolsillos de su chaqueton vacíos, sus herramientas melladas ó insuficientes, sed y hambre durante el dia, frio durante la noche, heridas y andrajos, harapos sobre supuraciones, agujeros en la ropa y en la carne, las manos destrozadas, los pies ensangrentados, los miembros estenuados, el semblante lívido, una llama en los ojos.

Llama soberbia, la voluntad visible. El ojo del hombre está formado de modo que en él se percibe su virtud. Nuestra pupila dice qué cantidad de hombre hay en nosotros.

Nosotros nos afirmamos por la luz que brilla debajo de nuestras cejas. Las pequeñas conciencias guiñan el ojo, las grandes echan relámpagos.

Si nada brilla debajo del párpado, nada piensa en el cerebro, nada ama en el corazon.

El que ama quiere, y el que quiere alumbra y resplandece. La resolucion pone fuego en la mirada, fuego admirable que se compone de la combustion de los pensamientos tímidos.

Los obstinados son los sublimes.

El que no es mas que bravo, no tiene mas que una accesion, el que no es mas que valiente, no tiene mas que un temperamento, el que no es mas que animoso, no tiene mas que una virtud; el obstinado en lo verdadero es el único que tiene grandeza.

Casi todo el secreto de los grandes corazones está en esta palabra: *perseverando*.

La perseverancia es al valor lo que la rueda es á la palanca; es la renovacion perpetua del punto de apoyo.

Que el fin sea la tierra ó sea el cielo, todo consiste en ir al fin; en el primer caso está Colon, en el segundo está Jesus.

No dejando discutir su conciencia ni desarmar su voluntad, se obtiene el sufrimiento y el triunfo. En el órden de los hechos morales el caer no excluye el cernerse. De la caida sale la ascension.

Las medianías se dejan disuadir por el obstáculo especioso; los fuertes, no. Perecer es su tal vez, conquistar es su certeza.

Ya podeis dar á Estéban toda especie de buenas razones para que no se deje lapidar. El desden á las objeciones razonables engendra esta sublime victoria vencida que se llama el martirio.

Todos los esfuerzos de Gilliatt parecian agarrados á lo imposible; el éxito era pequeño ó lento, y era preciso gastar mucho para obtener poco, y hé aquí lo que le hacia magnánimo, hé aquí lo que le hacia patético.

Que para levantar cuatro tablones encima de un buque náufrago, para cortar y aislar en este buque la parte susceptible de salvamento, para acomodar á aquella cosa perdida cuatro cabrias con sus cables, se hubiesen necesitado tantos preparativos, tantos trabajos, tantas pruebas, tantas noches de frio, tantos dias de hambre, ahí estaba la miseria del trabajo solitario.

Fatalidad en la causa, necesidad en el efecto.

Gilliatt habia hecho mas que aceptar esta miseria, la habia querido.

Temiendo un competidor, porque un competidor hubiera podido ser un rival, no habia buscado auxiliar.

La aniquiladora empresa, el riesgo, el peligro, la tarea multiplicada por sí misma, la absorcion posible del salvador por el salvamento, el hambre, la fiebre, la desnudez, el apuro, todo lo habia tomado para sí solo.

Habia tenido este egoismo.

Se hallaba bajo una especie de espantosa campana neumática. La vitalidad le abandonaba poco á poco, y él apenas lo notaba.

La estenuacion de las fuerzas no estenuía la voluntad. El creer no es mas que la segunda potencia; el querer es la primera. Las montañas proverbiales que la fe remueve, nada son al lado de lo que hace la voluntad.

Todo el terreno que Gilliatt perdía en vigor lo ganaba en tenacidad.

La decadencia del hombre fisico bajo la accion contrariadora de aquella salvaje naturaleza conducia al engrandecimiento del hombre moral.

Gilliatt no sentia la fatiga, ó, por mejor decir, no la consentia. El consentimiento del alma negado á los desfallecimientos del cuerpo es una fuerza inmensa.

Gilliatt veía los pasos que daba su trabajo, y no veía otra cosa. Era miserable sin saberlo. Su fin, al cual tocaba casi, le alucinaba. Arrostraba todas las penas sin

que se le ocurriese mas pensamiento que éste: ¡Adelante!

Su obra se le subia á la cabeza. La voluntad embriaga.

El hombre se puede embriagar de su alma, y esta borrachera se llama el heroísmo.

Gilliatt era una especie de Robinson del Océano.

Pero un Robinson luchando, un Robinson combatiendo y haciendo frente á las plagas, un Robinson conquistador, y si tales palabras no fuesen demasiado grandes para un pobre marinero, pescador de cangrejos y langostas, diríamos: un Robinson Prometeo.

SUB UMBRA.

Algunas veces, por la noche, Gilliatt abria los ojos y miraba la sombra.

Se sentia estrañamente conmovido.

Los ojos abiertos sobre lo negro. Situación lúgubre; ansiedad.

Un indecible techo de tinieblas; una alta oscuridad sin buzo posible; mezclada con esta oscuridad la luz, no sé qué luz vencida y sombría; claridad reducida á polvo; ¿es esto una semilla? ¿es esto una ceniza? millones de luces, ninguna claridad; una vasta ignición que no dice su secreto, una difusion de fuego en polvo que parece una ban-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



que se le ocurriese mas pensamiento que éste: ¡Adelante!

Su obra se le subia á la cabeza. La voluntad embriaga.

El hombre se puede embriagar de su alma, y esta borrachera se llama el heroísmo.

Gilliatt era una especie de Robinson del Océano.

Pero un Robinson luchando, un Robinson combatiendo y haciendo frente á las plagas, un Robinson conquistador, y si tales palabras no fuesen demasiado grandes para un pobre marinero, pescador de cangrejos y langostas, diríamos: un Robinson Prometeo.

SUB UMBRA.

Algunas veces, por la noche, Gilliatt abría los ojos y miraba la sombra.

Se sentía estrañamente conmovido.

Los ojos abiertos sobre lo negro. Situación lúgubre; ansiedad.

Un indecible techo de tinieblas; una alta oscuridad sin buzo posible; mezclada con esta oscuridad la luz, no sé qué luz vencida y sombría; claridad reducida á polvo; ¿es esto una semilla? ¿es esto una ceniza? millones de luces, ninguna claridad; una vasta ignición que no dice su secreto, una difusion de fuego en polvo que parece una ban-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

dada de centellas detenida, el desorden del torbellino y la inmovilidad del sepulcro, el problema ofreciendo una abertura de precipicio, el enigma mostrando y ocultando su cara, el infinito disfrazado de negro, hé aquí la noche. Al hombre le pesa esta superposicion.

Esta amalgama de todos los misterios á la vez, lo mismo del misterio cósmico que del misterio fatal, agobia la cabeza humana.

La presión de la sombra obra en sentido inverso sobre las diferentes especies de almas.

El hombre delante de la noche se reconoce incompleto. Ve la oscuridad y siente la enfermedad. El cielo negro es el hombre ciego.

El hombre, cara á cara con la noche, se abate, se arrodilla, se prosterna, se arrastra hácia un escondrijo, ó quisiera tener alas.

Casi siempre desea huir, desea evitar la presencia informe de lo desconocido. Se pregunta lo que es aquello; tiembla, se abate, ignora, también algunas veces quiere ir allí.

¿Ir allí? ¿dónde?

Allí.

¿Dónde está allí? ¿qué hay allí?

Esta curiosidad es evidentemente la de las cosas prohibidas, porque respecto al particular todos los puentes alrededor del hombre están rotos.

Falta el arco de lo infinito. Però lo prohibido es un abismo, y todo abismo atrae.

Donde no va el pie, puede alcanzar la mirada; donde la mirada se detiene, puede el espíritu proseguir el camino, y no hay hombre, por débil é insuficiente que sea, que no pruebe á andar por él.

El hombre, segun su naturaleza, está en acecho ó está de muestra delante de la noche. Para unos es una compresion, para otros es una dilatacion. El espectáculo es sombrío, se mezcla con él lo infinito.

¿Es la noche serena? Su fondo es de sombra. ¿Es tempestuosa? Su fondo es de humo. Lo ilimitado se rehusa y se ofrece á la vez, cerrado á la esperimentacion, abierto á la conjetura.

Innumerables chispas de luz vuelven mas negra la oscuridad sin fondo. Carbunclos, diamantes, astros. Presencias confirmadas en lo Ignorado; pavorosos retos de ir á tocar aquellas claridades. Son miras de creacion en lo absoluto; son signos de distancia allí donde no hay ya distancia; son no sé qué numeracion imposible, y sin embargo real, de las distancias de las profundidades.

Un punto microscópico que brilla, despues otro, despues otro, despues otro; aquello es lo imperceptible, es lo enorme.

Aquella luz es un foco, aquel foco es una estrella, aquella estrella es un sol, aquel sol es un universo, aquel universo es nada. Todo número es cero delante de lo infinito.

Aquellos universos, que no son nada, existen. Al hacerlos constar se nota la diferencia que separa el ser nada del no ser.

Lo inaccesible añadido á lo inesplicable, tal es el cielo. De su contemplacion se desprende un fenómeno sublime: el engrandecimiento del alma por el estupor.

El horror sagrado es propio del hombre; la bestia ignora este miedo. La inteligencia halla en este terror augusto su eclipse y su prueba.

La sombra es una; de ahí el horror. Al mismo tiempo es compleja; de ahí el espanto.

Su unidad abruma nuestro espíritu, y quita el deseo de resistir.

Su complejidad hace que se mire á todos lados; parece que hay que temer bruscas arremetidas.

El hombre se rinde, y se guarda. Se halla en presencia de Todo, de lo cual nace la sumision, y de Varios, de lo cual nace la desconfianza. La unidad de la sombra contiene un múltiple, múltiple misterioso, visible en la materia, sensible en el pensamiento.

La sombra es silenciosa, razon de mas para estar al acecho.

La noche — el que esto escribe lo ha dicho en otra parte — es el estado propio y normal de la creacion especial de que formamos parte.

El dia, breve en la duracion como en el espacio, no es mas que una proximidad de estrella.

El prodigio nocturno universal no se cumple sin roces, y todos los roces de una máquina tal son contusiones á la vida. Los roces de la máquina son lo que nosotros llamamos el Mal.

Sentimos en esta oscuridad el mal, repulsa latente al orden divino, blasfemia implícita del hecho rebelde al ideal.

El mal complica no se sabe qué teratología de mil cabezas, el vasto conjunto cósmico.

El mal está en todo y en todas partes presente para protestar.

Es huracan, y atormenta á un buque en su marcha; es caos, y contraresta el nacimiento de un mundo.

El Bien tiene la unidad, el Mal tiene la ubicuidad. El mal desconcierta la vida, que es una lógica. Hace devorar la mosca por el pájaro y el planeta por el cometa.

El mal es un borron en la creacion.

La oscuridad nocturna está llena de un vértigo. El que la profundiza se sumerge en ella y forcejea como el que se ahoga.

No hay fatiga comparable al exámen de las tinieblas. Es el estudio de lo borrado.

Ningun lugar definitivo donde descansar el espíritu. Puntos de partida sin punto de llegada.

El cruzamiento de soluciones contradictorias, todas las encrucijadas de la duda ofreciéndose al mismo tiempo, la ramificacion de los fenómenos esfoliándose sin límite alguno y renovándose indefinidamente, todas las leyes vertiéndose la una en la otra, una promiscuidad insondable que hace que la mineralizacion vegete, que la vegetacion viva, que el pensamiento pese, que el amor eche rayos y que la gravitacion ame; el inmenso frente de

ataque de todas las cuestiones desarrollándose en lo oscuridad sin límites; lo entrevisto esbozando lo ignorado; la simultaneidad cósmica en plena aparición, no á la mirada, sino á la inteligencia, en el grande espacio indistinto; lo invisible convertido en vision.

Es la Sombra.

El hombre está debajo de ella.

Él no conoce los pormenores, pero lleva, en cantidad proporcionada á su espíritu, el peso monstruoso del conjunto.

Esta obsesion impulsaba á los pastores caldeos hácia la astronomía. Revelaciones involuntarias salen de los poros de la creacion; un trasudor de ciencia se establece en cierto modo por sí mismo, é invade al ignorante.

Todo solitario, bajo esta impregnacion misteriosa, se hace á menudo, sin tener conciencia de ello, un filósofo natural.

La oscuridad es indivisible. Está habitada, habitada sin movimiento por lo absoluto, habitada tambien con movimiento.

En ella se mueve algo, cosa que inquieta. Una formacion sagrada cumple allí sus fases. Premeditaciones, potencias, destinaciones queridas, elaboran allí en comun una obra desmesurada. Una vida terrible y horrible está allí dentro.

Hay allí vastas evoluciones de astros, la familia de las estrellas, la familia planetaria, el pólen zodiacal, el Quid divinum de las corrientes, de los effluvios, de las polariza-

ciones y de las atracciones; hay allí adhesion y antagonismo, un magnífico flujo y reflujo de antítesis universal, lo imponderable en libertad en medio de los centros; hay allí la savia en los globos, la luz fuera de los globos, el átomo errante, el germen disperso, curvas de fecundacion, encuentros de cópula y de combate, profusiones inauditas, distancias que parecen sueños, circulaciones vertiginosas, hundimientos de mundos en lo incalculable, prodigios persiguiéndose unos á otros en las tinieblas, un mecanismo de una vez por todas, jadeos de esferas en fuga, ruedas que se sienten girar; el sabio conjetura, el ignorante consiente y tiembla; aquello es y se oculta; es inespugnable, está fuera de alcance, está fuera de ataque.

El hombre está convencido hasta la opresion. Tiene sobre sí no se sabe qué evidencia negra. No puede coger nada. Se halla aplastado por lo impalpable.

En todas partes lo incomprendible; en ninguna lo inteligible.

Y á todo lo dicho añádese la cuestion formidable: ¿esta Inmanencia es un Ser?

Estamos bajo la sombra. Miramos. Escuchamos.

Sin embargo, la tierra oscura marcha y rueda; las flores tienen conciencia de este movimiento enorme; el silencio se abre á las once de la noche, y el amerócalo á las cinco de la mañana. ¡Sorprendentes regularidades!

En otras profundidades la gota de agua se hace mundo, el infusorio pulula, la fecundidad gigantesca sale del animalillo microscópico, lo imperceptible ostenta su gran-

deza, el sentido inverso de la inmensidad se manifiesta; una diatomea en una hora produce mil trescientos millones de diatomeas.

¡Qué proposicion de todos los enigmas á la vez!

Lo irreductible está allí.

El hombre está obligado á la fe. Creer por fuerza, tal es el resultado.

Pero tener fe no basta para estar tranquilo. La fe tiene no sé qué estraña necesidad de forma. De ahí las religiones. Nada es tan molesto como una creencia sin contorno.

Sea lo que quiera lo que se piense y lo que se desee, sea la que quiera la resistencia que el hombre encuentre en sí mismo, mirar la sombra no es mirar, es contemplar.

¡Qué hacer de estos fenómenos? ¡Cómo moverse bajo su convergencia. Descomponer esta presion es imposible. ¡Qué desvarío se agrega á todos esos lindes misteriosos?

¡Cuántas revelaciones abstrusas, simultáneas, balbucientes, oscureciéndose por su mismo tropel, especies de tartamudeces del verbo!

La sombra es un silencio; pero este silencio lo dice todo.

Una conclusion se desprende de ella magestuosamente: Dios.

Dios es la nocion incomprensible. Esta nocion está en el hombre. Los silogismos, las controversias, las negaciones, los sistemas, las religiones, pasan por encima sin menoscabarla.

La sombra toda entera la afirma.

Pero la turbacion está en todo el resto. ¡Inmanencia formidable!

La inesplicable inteligencia de las fuerzas se manifiesta por la conservacion de toda esta oscuridad en equilibrio.

El universo cuelga; nada cae. La dislocacion incesante y desmesurada se verifica sin accidente y sin fractura. El hombre participa de este movimiento de traslacion, y llama su destino á la cantidad de oscilacion que experimenta.

¿Dónde empieza el destino? ¿Dónde concluye la naturaleza? ¿Qué diferencia hay entre un acontecimiento y una estacion, entre una pesadumbre y una lluvia, entre una virtud y una estrella?

¿Una hora no es una ola?

Las ruedas en movimiento continuo, sin responder al hombre, continúan su revolucion impasible. El cielo estrellado es una vision de ruedas, de volantes y de contrapesos. Es la contemplacion suprema, duplicada por la suprema meditacion. Es toda la realidad y toda la abstraccion. Nada mas allá.

El hombre se siente cogido. Se halla á discreccion de la sombra. No hay evasion posible.

Se encuentra en el encaje de las ruedas, es parte integrante de un Todo ignorado, siente lo desconocido que tiene en sí fraternizar misteriosamente con un desconocido que tiene fuera de sí. Este sentimiento es el anuncio sublime de la muerte.

¡Qué angustia y al mismo tiempo qué arrobamiento!
 ¡Estar adherido á lo infinito, verse inducido por esta adherencia á atribuirse á sí mismo una inmortalidad necesaria, ¿quién sabe? una eternidad posible, sentir en el prodigioso oleaje de este diluvio de vida universal la obstinacion insumergible del Yo! ¡Mirar los astros y decir: yo soy una alma como vosotros! ¡Mirar la oscuridad y decir: yo soy un abismo como tú!

Tales enormidades son la Noche.

Todo esto, aumentado por la soledad, pesaba sobre Gilliatt.

¿Lo comprendia? No.

¿Lo sentia? Sí.

Gilliatt era un grande espíritu turbio y un gran corazón salvaje.

VI.

GILLIATT HACE TOMAR POSICION Á LA PANZA.

El salvamento de la máquina, meditado por Gilliatt, era, como hemos dicho ya, una verdadera evasión, y conocida es la paciencia que las evasiones requieren. Conocidas son tambien las mañas de que es preciso valerse. Estas mañas van hasta el milagro; la paciencia va hasta la agonía.

Un prisionero, Thomas, por ejemplo, en el monte Saint-Michel, encuentra el medio de meter en su jergon la mitad de un muro.

Otro, en Tulle, en 1820, corta plomo de la plataforma que cerca la cárcel. ¿Con qué cuchillo? no se puede

adivinar. Derrite el plomo. ¿Con qué fuego? se ignora. Vacía el plomo que ha derretido. ¿En qué molde? se sabe, en un molde de miga de pan; con aquel plomo y aquel molde hace una llave, y con esta llave abre una cerradura de la cual nunca había visto más que el agujero.

Gilliatt tenía de esas habilidades inauditas. Capaz era de subir y bajar el acantilado de Boisrosé.

Era el Trenck de un buque perdido y el Latude de una máquina.

El mar, carcelero, le vigilaba.

Digamos, sin embargo, que por ingrata y mala que fuese la lluvia, Gilliatt había sacado partido de ella. Había recogido un poco de agua dulce; pero su sed era inextinguible, y vaciaba su jarro casi tan pronto como lo llenaba.

Al llegar el último día de abril ó primero de mayo, estaba todo dispuesto.

El entarimado de la máquina estaba como enjaulado entre los ocho cables de las cabrias, cuatro á un lado y cuatro á otro. Las diez y seis aberturas por donde pasaban los cables estaban aserradas en la cubierta y en la carena. El empañado había sido también cortado con la sierra, las costillas con el hacha, el herraje con la lima y el forro con el escoplo.

La parte de quilla á que se sobreponía la máquina estaba cortada en cuadro y pronta á deslizarse con la máquina sosteniéndola.

Toda aquella espantosa balumba no dependía más que

de una cadena, y esta no dependía más que de una li-
madura.

Cuando se está tan cerca de la conclusión, la prisa es prudencia.

La marea estaba baja, y de consiguiente el momento era oportuno.

Gilliatt había conseguido desmontar el árbol de las ruedas, cuyas estremidades podían ser un obstáculo é impedir levar el ancla. Había podido amarrar verticalmente una pieza tan pesada á la jaula misma de la máquina.

Era ya tiempo de concluir. Gilliatt, como hemos dicho ya, no estaba fatigado, no queriendo estarlo, pero estaban fatigadas sus herramientas. El yunque de piedra se había hendido.

El fuelle empezaba á trabajar mal.

Siendo de agua de mar la cascada hidráulica, se habían formado en las junturas del aparato sedimentos de sal que dificultaban su juego.

Gilliatt se trasladó al ancon del Homme para inspeccionar la pared y asegurarse de que todo se hallaba en buen estado, particularmente las cuatro argollas de babor y estribor; levó en seguida el ancla, y se colocó á remo con la panza entre los dos Douvres.

El espacio intermedio de los Douvres podía admitir la panza. Había allí bastante fondo y bastante escotadura.

Gilliatt había reconocido desde el primer día que podía colocar la panza debajo de la Duranda.

La maniobra era sin embargo excesiva, exigía una pre-

cision de relojero, y la insercion de la barca en el escollo era tanto mas delicada cuanto que, por lo que queria hacer Gilliatt, era necesario entrar por la popa, con el gobernalte delante.

Convenia que el mástil y los aparejos de la panza quedasen mas acá del buque náufrago, por el lado del boquete.

Estas complicaciones en la maniobra hacian la operacion difícil hasta para el mismo Gilliatt. No bastaba, como para entrar en el ancon del Homme, remar un poco sino que era menester empujar, tirar, bogar y andar á un mismo tiempo.

Gilliatt consiguió su objeto, pero no tardó menos de un cuarto de hora.

En quince ó veinte minutos la panza se acomodó debajo de la Duranda, donde quedó casi como embutida. Gilliatt echó las dos anclas formando horquilla.

La mayor se colocó de manera que contrarestase el viento mas fuerte y mas temible, que era el Oeste. Después, por medio de una palanca y un cabrestante, Gilliatt embarcó en la panza las dos cajas que contenian las ruedas desmontadas, cuyas eslingas estaban todas dispuestas.

Las dos cajas formaron lastre.

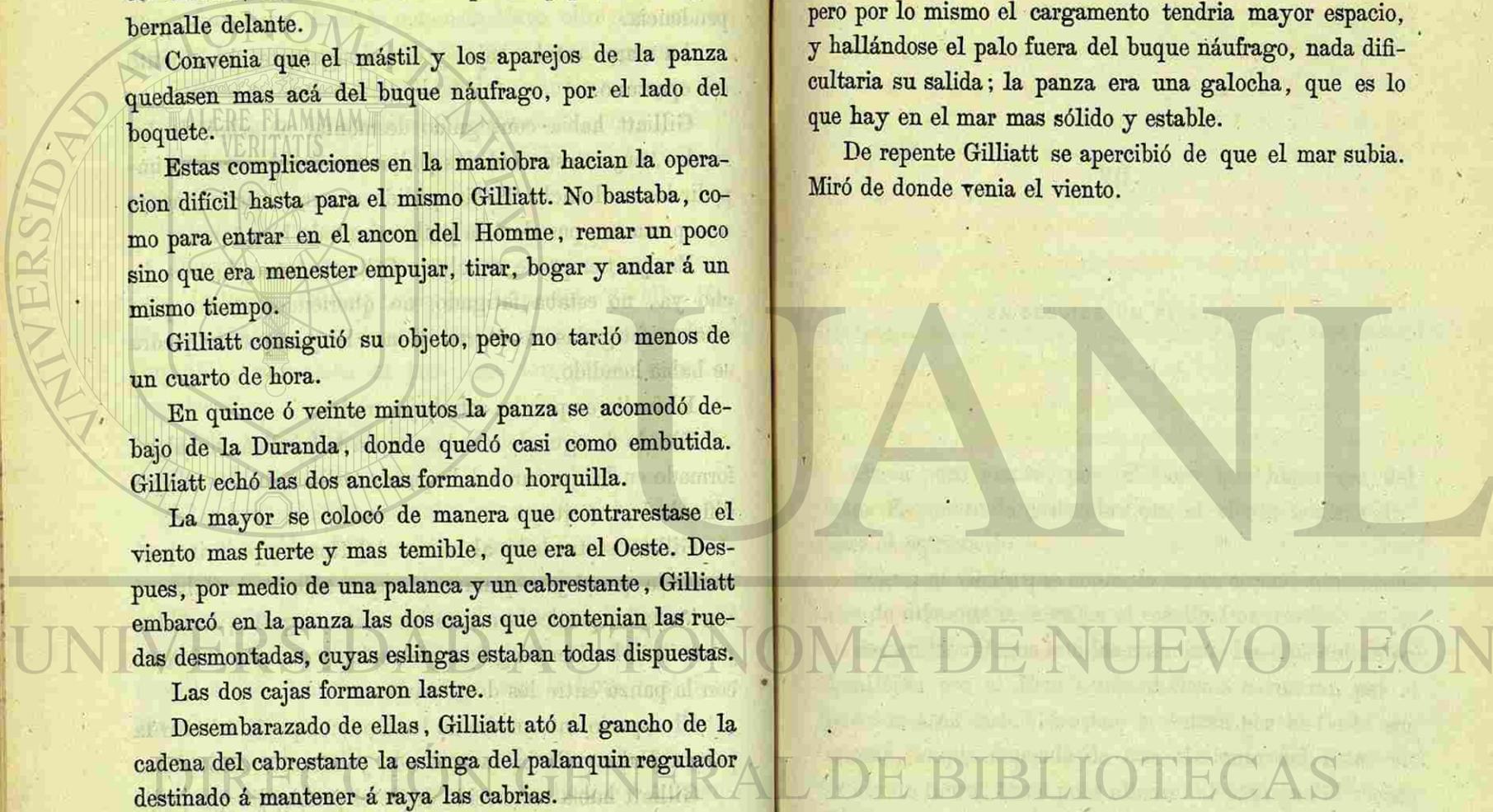
Desembarazado de ellas, Gilliatt ató al gancho de la cadena del cabrestante la eslinga del palanquin regulador destinado á mantener á raya las cabrias.

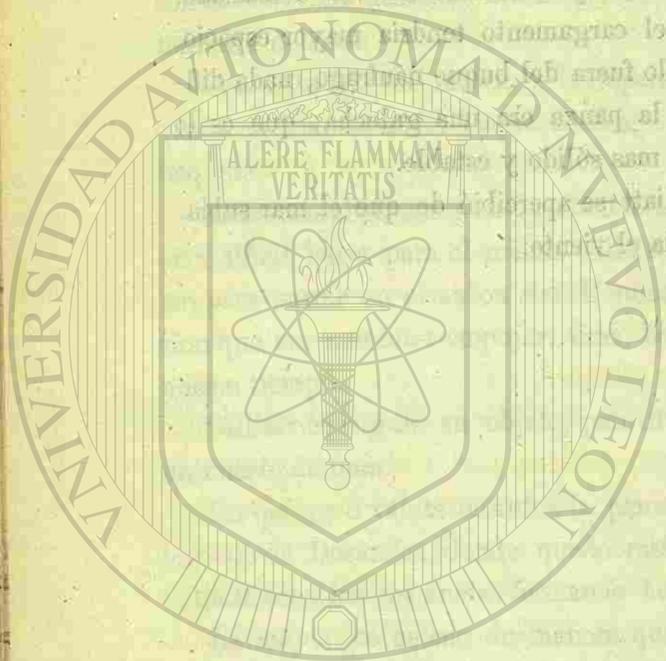
Para lo que Gilliatt meditaba, los defectos de la panza eran buenas cualidades. La panza no tenia cubierta, lo que

aumentaba la capacidad para el cargamento, pudiendo este descansar en la misma sentina.

Tenia el mástil muy adelante, tal vez demasiado, pero por lo mismo el cargamento tendria mayor espacio, y hallándose el palo fuera del buque náufrago, nada dificultaria su salida; la panza era una galocha, que es lo que hay en el mar mas sólido y estable.

De repente Gilliatt se apercibió de que el mar subia. Miró de donde venia el viento.





VII.

EN SEGUIDA UN PELIGRO.

Hacia poco viento, pero el poco que hacia era del Oeste. Es una mala costumbre que el viento contrae durante el equinoccio.

Segun el viento que sopla, la marea ascendente se conduce de diferente manera en el escollo Douvres.

Segun las ráfagas que las empujan, las olas entran en el callejon por el Este ó por el Oeste. Si entran por el Este son asaz apacibles, pero si entran por el Oeste son furiosas, lo que depende de que el viento del Este, viniendo de tierra, tiene poco aliento, al paso que el viento del Oeste, que atraviesa el Atlántico, trae todo el soplo de la inmensidad.

Muy poco viento aparente, siendo Oeste, es alarmante. Arroja las anchas olas de la estension ilimitada, y arroja demasiada agua á la vez en el estrecho del escollo.

El agua que se emboca ó cuela violentamente es siempre temible. Sucede con el agua como con la muchedumbre; una multitud es un líquido; cuando la cantidad que puede entrar es menor que la que quiere entrar, hay en la muchedumbre aplastamientos y en el agua convulsiones.

Reinando el Poniente, aunque sea la mas débil brisa, los Douvres tienen que sufrir dos asaltos diarios. La marea sube, el flujo aprieta, la roca resiste, la boca del escollo no se abre, la ola empujada violentamente salta y ruge, y una marejada furiosa azota las fachadas interiores del escollo. Asi es que los Douvres, al menor viento del Oeste, ofrecen este espectáculo singular: fuera, en el mar, la calma; en el escollo, una tormenta.

Este tumulto local y circunscrito, no tiene nada de tempestad; no es mas que una conmocion de olas, pero terrible.

En cuanto á los vientos del Norte y del Sur, toman el escollo al sesgo y no ocasionan sino muy poca resaca en el estrecho. Se debe tener presente que la entrada por el Este confina con la roca el Homme, y que la abertura temible del Oeste se halla en la estremidad opuesta, precisamente entre los dos Douvres.

En esta abertura del Oeste se hallaba Gilliatt con la Duranda encallada y la panza anclada.

Parecia inevitable una catástrofe. Esta catástrofe inminente tenia, en cantidad débil pero suficiente, el viento que necesitaba.

Antes de muy pocas horas, la marea alta debia empeñar la batalla en el estrecho de los Douvres. Oíase ya el rumor de las primeras olas.

Aquella hinchazon de agua, reflujo de todo el Atlántico, tendria en pos de sí la totalidad del mar. Ninguna borrasca, ninguna cólera; no mas que una simple ola soberana conteniendo en sí una fuerza de impulsión que, salida de América para terminar en Europa, tiene dos mil leguas de trayecto.

Esta ola gigantesca del Océano encontrará la resistencia del escollo y, replegada ante los dos Douvres, torres de entrada, pilares del estrecho, hinchada por el flujo y por el obstáculo, rechazada por la roca, empujada por el viento, hará violencia al escollo, penetrará, con todas las contorsiones del obstáculo sufrido y todos los frenesies del agua contrariada, entre los dos muros, hallará allí á la panza y á la Duranda, y las hará pedazos.

Se necesitaba un escudo contra semejante eventualidad, y Gilliatt lo tenia.

Era menester impedir que la marea penetrase de golpe, prohibirla chocar con todo dejándola subir, cerrarla el paso sin negarle la entrada, resistir y ceder, prevenir la compresion del agua en el estrecho, que era todo el peligro, reemplazar la irrupcion por la introduccion, aplacar el furor y la brutalidad de la ola, obligar á esta furia á

morigerarse. Era menester sustituir al obstáculo que irrita, el obstáculo que apacigua.

Gilliatt, con su destreza, mas fuerte que la fuerza, ejecutando una maniobra de camello en la montaña ó de pipí en el bosque, utilizando para sus zancadas oscilantes y vertiginosas la menor piedra saliente, saltando al agua, saliendo del agua, nadando en los remolinos, trepando por las rocas, con una cuerda entre los dientes y un martillo en la mano, desató el calabrote que mantenía suspendido y arrimado al basamento de la Douvre menor el trozo de bordaje de la proa de la Duranda; formó con pedazos de cable una especie de goznes agarrando las tablas á los grandes clavos hincados en el granito; hizo girar alrededor de los goznes aquella armazon semejante á la puerta de una esclusa; la presentó de lado, como un gobernalle, á la ola que se encargó ella misma de aplicar una de las estremidades á la Douvre mayor, mientras los goznes de cuerda sujetaban en la Douvre menor la otra estremidad; procuró despues en la mayor la misma sujecion por medio de los clavos de precaucion que habia clavado de antemano; amarró sólidamente la tabla-zon al doble pilar de la boca del estrecho; cruzó sobre ella una cadena como un talabarte sobre una coraza, y en menos de una hora quedó levantado un dique contra la marejada y la calleja del escollo quedó cerrada como por una puerta.

El poderoso aparato, pesada mole de tablones y de tablas, que, puesto de plano hubiera sido una almadia, y

verticalmente era una muralla, habia sido, con el auxilio de las olas, manejado por Gilliatt con la destreza de un volatinero. Pudiérase casi decir que se la habia jugado de puño á la marea creciente antes que ella lo notase.

Era uno de aquellos casos en que Juan Bart hubiera pronunciado la famosa frase que dirigia al mar cuantas veces se sobreponia á un naufragio: *¡te has fastidiado, inglés!*

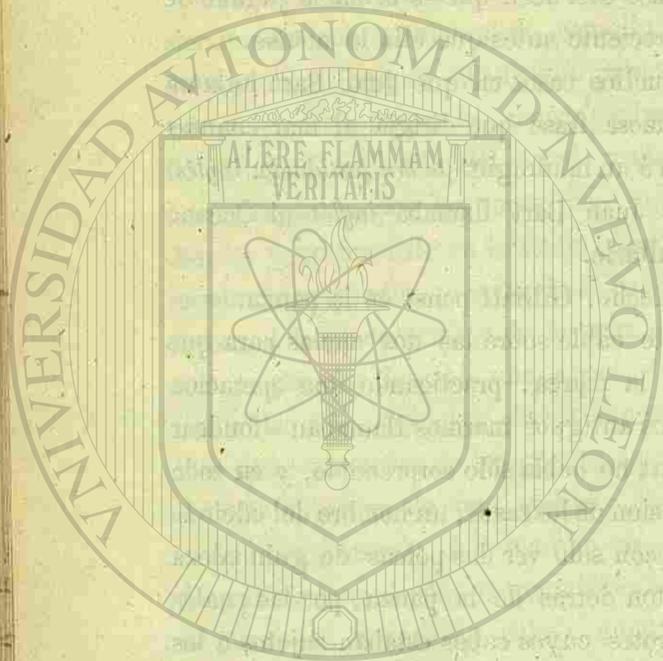
Sabido es que Juan Bart llamaba *inglés* al Océano cuando queria insultarle.

Barreado el estrecho, Gilliatt pensó en la panza.

Devanó bastante cable sobre las dos anclas para que pudiese subir con la marea, practicando una operacion análoga á la que los antiguos marinos llamaban «fondear con barloas.» Gilliatt no habia sido sorprendido, y en todo demostraba la prevision de los casos; un hombre del oficio lo hubiera reconocido con solo ver dos poleas de guindaleza colgadas de un moton detrás de la panza, por las cuales pasaban dos calabrotos cuyos cabos estaban sujetos á los argáneos de las dos anclas.

El flujo sin embargo habia aumentado; seguia la marea creciendo, y habia llegado el momento en que los choques de las olas, aun estando el mar en calma, podian ser mas rudos. Se realizó lo que Gilliatt habia combinado.

El oleaje se desplegabá violentamente hácia el dique, llegaba á él, se hinchaba, y pasaba por debajo. Hácia fuera habia marejada, dentro infiltracion. Gilliatt habia imaginado algo parecido á las horcas caudinas del mar. La marea estaba vencida,



VIII.

PERIPECIA ANTES QUE DESENLACE.

Había llegado el momento temible.

Tratábase de meter la máquina en la barca.

Gilliatt permaneció pensativo algunos instantes, con el codo del brazo izquierdo apoyado en la mano derecha y la frente en la mano izquierda.

Subió después al buque naufrago, del cual debía sacarse una parte, la máquina, y dejar otra, el esqueleto.

Cortó las cuatro eslingas que á babor y estribor tenían asidas del casco de la Duranda las cuatro cadenas de la chimenea. Como las eslingas eran de cuerda, bastó para cortarlas la navaja.

Las cuatro cadenas, libres y sin atadura, quedaron colgadas á lo largo de la chimenea.

Desde la Duranda subió Gilliatt al aparato que habia construido, golpeó con el pie los tablones, inspeccionó los motones, tocó los cables, examinó las cuerdas, se aseguró de que no estaban profundamente mojadas, se convenció de que nada faltaba, de que estaba seguro todo, y despues, saltando de lo alto de los bureles á la cubierta, tomó posición, cerca del cabrestante, en la parte de la Duranda que debia quedar enclavada en los Douvres. Aquel era su sitio de trabajo.

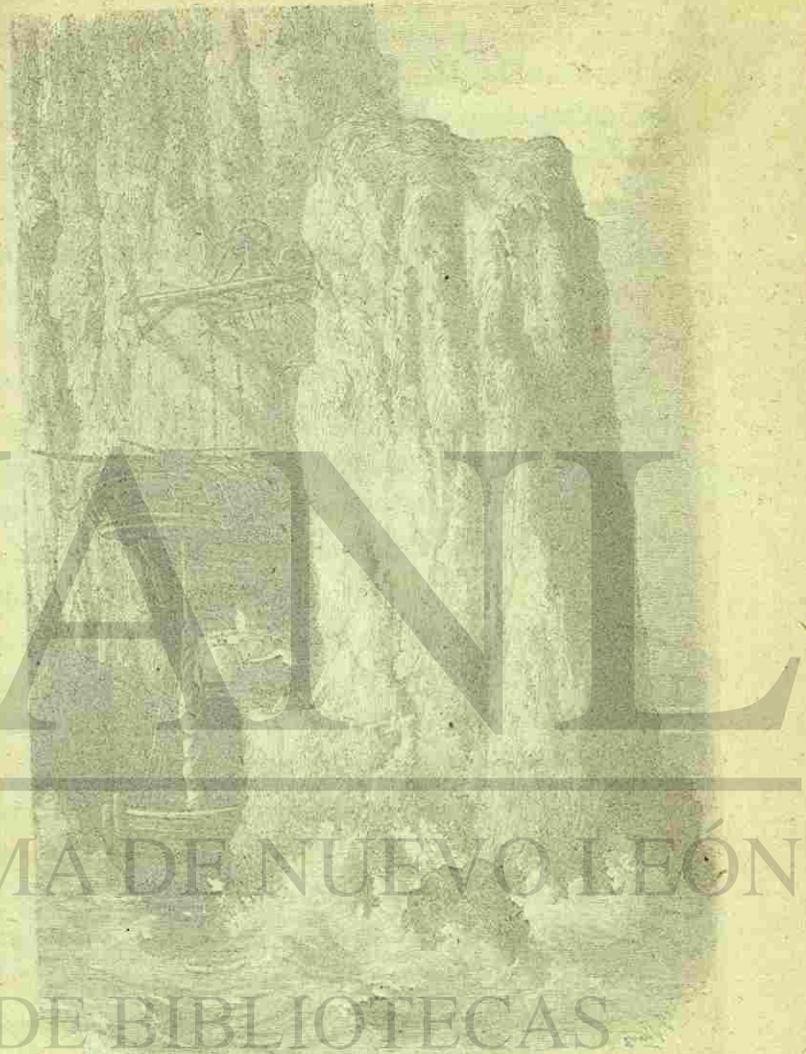
Grave, sin mas conmocion que la conveniente, echó una última mirada á las cabrias, cogió una lima y empezó á cortar la cadena de que estaba todo suspendido.

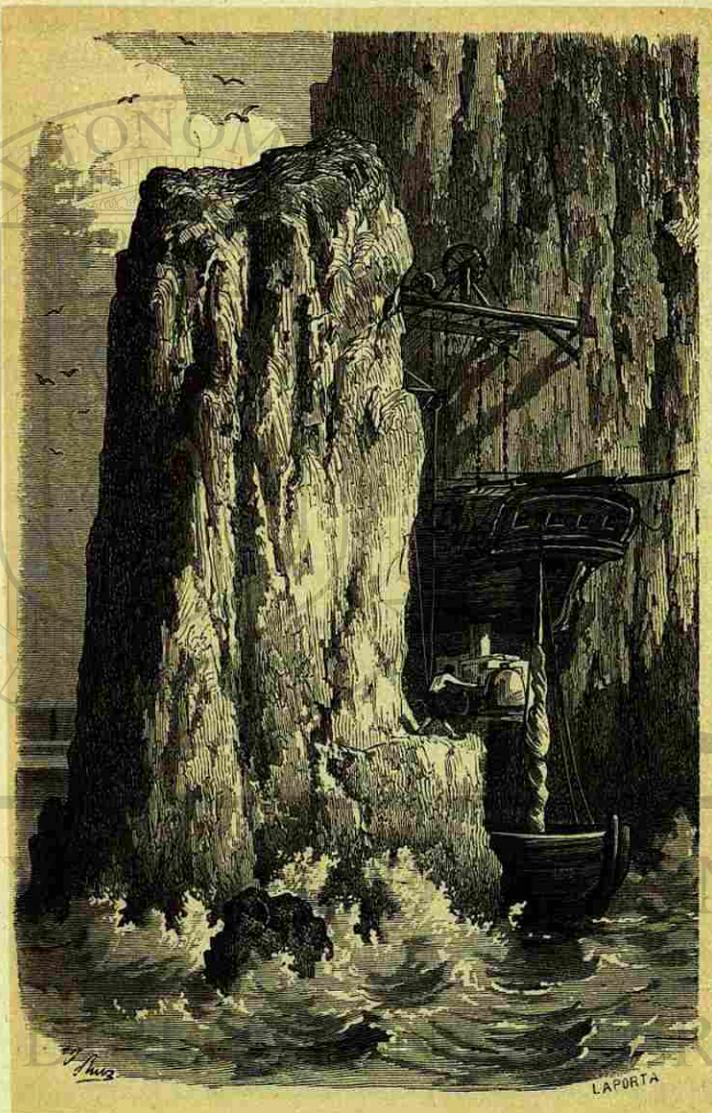
El rechino de la lima se confundia con los mugidos del mar. La cadena del cabrestante, agarrada al palanquin regulador, se hallaba al alcance de Gilliatt, muy cerca de su mano.

Se oyó de repente un chasquido. La cadena que mordea la lima, cortada ya hasta mas de la mitad, acababa de romperse; todo el aparato se bamboleó.

Gilliatt no tuvo tiempo mas que de apoderarse del palanquin.

La cadena rota flageló el peñasco, los ocho cables se tendieron, toda la mole serrada y cortada se arrancó del buque náufrago, cuyo vientre se abrió, y apareció debajo de la quilla el entarimado de hierro de la máquina que pesaba sobre los cables.





LA SALVACION DE LA MÁQUINA.

Si Gilliatt no se hubiera asido á tiempo del palanquin, aquello hubiera sido una caida. Pero estando allí su mano terrible, no fue mas que una descension.

Cuando Pieter Bart, hermano de Juan Bart, aquel poderoso y sagaz borracho, aquel pobre pescador de Dunquerque que tuteaba al gran almirante de Francia, salvó la galera Langeron que naufragaba en la bahía de Amblertense, cuando para sacar aquella pesada mole flotante de en medio de las rompientes de la bahía furiosa, rolló la vela mayor atándola con juncos marinos, cuando quiso que éstos, rompiéndose por sí mismos, diesen la vela al viento, se confió á la rotura de los juncos como Gilliatt á la de la cadena, y dió pruebas del mismo extraño arrojito coronado del mismo éxito sorprendente.

El palanquin, cogido por Gilliatt, se mantuvo firme y obró admirablemente.

Recuérdese que su funcion era de amortiguar las fuerzas, concentradas en una sola y reducidas á un movimiento colectivo.

Aquel palanquin tenia alguna relacion con una bolina, solo que, en lugar de orientar una vela, equilibraba un mecanismo.

Gilliatt, en pie y con el puño en el cabrestante, tenia, si asi puede decirse, la mano en el pulso del aparato.

Aquí resplandeció la invencion de Gilliatt.

Se produjo una notable coincidencia de fuerzas.

Mientras la máquina de la Duranda, desprendida toda entera, bajaba hácia la panza, la panza subia hácia la

máquina. El buque náufrago y el buque salvador, ayudándose mutuamente en sentido inverso, iban al encuentro uno del otro. Se buscaban, y se ahorraban la mitad del trabajo.

El flujo, hinchándose sin ruido entre los dos Douvres, levantaba la embarcacion y la aproximaba á la Duranda.

La marea estaba mas que vencida, estaba domesticada. El Océano formaba parte del mecanismo.

El agua subiendo levantaba la panza sin choque, suavemente, casi con precaucion, como si hubiese sido de porcelana y temiese romperla.

Gilliatt combinaba y proporcionaba los dos trabajos, el del agua y el del aparato, é inmóvil en el cabrestante, especie de estatua temible obedecida por todos los movimientos á la vez, regulaba la lentitud de la descension por la lentitud de la subida.

Ningun sacudimiento en el agua ni en las cabrias. Habia una estraña colaboracion de todas las fuerzas naturales, sumisas.

Por un lado, la gravitacion, acarreando la máquina; por otro, la marea, acarreando la barca. La atraccion de los astros, que es el flujo, y la atraccion del globo, que es la gravedad, parecian entenderse para servir á Gilliatt. En su subordinacion, no vacilaban, ni se detenian, y bajo la presion de un alma, eran potencias pasivas convertidas en auxiliares activos.

La obra avanzaba por minutos; el intervalo entre la panza y el buque náufrago disminuia insensiblemente.

La aproximacion se verificaba silenciosamente y con una especie de terror del hombre que estaba allí.

El elemento recibia una órden y la ejecutaba en el acto.

Casi en el momento preciso de dejar la marea de subir, dejaron los cables de devanarse. Súbitamente, pero sin conmocion, los motones se detuvieron. La máquina, como colocada con la mano, habia tomado puesto en la panza. En ella estaba recta, vertical, inmóvil, sólida. La tabla de sostenimiento se apoyaba por sus cuatro esquinas y á plomo en la sentina.

La cosa estaba hecha.

Gilliatt miraba como un loco.

El infeliz no estaba mimado ni viciado por la alegría, y casi se dobló bajo el peso de una felicidad inmensa.

Sintió que se le doblaban todos los miembros, y delante de su triunfo, él, que no habia tenido hasta entonces una turbacion, empezó á temblar.

Contempló la panza bajo el buque náufrago, y la máquina dentro de la panza. Apenas daba crédito á sus ojos.

Hubiérase dicho que no se prometia conseguir lo que habia conseguido. De sus manos habia salido un prodigio, y lo miraba con pasmo.

Este pasmo duró poco.

Gilliatt hizo el movimiento de un hombre que acaba de despertarse, cogió la sierra, cortó los ocho cables, y despues, separado de la panza, gracias á la subida del

flujo, no mas que unos diez pies, saltó á ella, tomó un rollo de cuerdas, hizo cuatro eslingas, las pasó por las argollas preparadas de antemano, y por ambos lados amarró á la orla de la panza las cuatro cadenas de la chimenea que una hora antes estaban amarradas á la orla de la Duranda.

Amarrada la chimenea, Gilliatt desembarazó lo alto de la máquina, á que estaba adherido un pedazo de la Duranda.

Gilliatt lo desclavó, y libró á la panza de aquel cúmulo de tablas que echó entre las rocas. Era un aligeramiento útil.

Por lo demás, la panza, como era de prever, se habia mantenido firme bajo el sobrepeso de la máquina. La panza no se habia hundido sino hasta una línea conveniente de flotacion.

La máquina de la Duranda, aunque pesada, lo era menos que el monton de piedras y el cañon que un día le sirvieron en Ham de su cargamento.

Todo estaba pues concluido. No habia ya mas que hacer que marcharse cuanto antes.

En la panza de la Duranda se habia hecho un agujero para el escape de vapor. En la parte superior de la chimenea se habia hecho un agujero para el escape de los gases. En la parte inferior de la chimenea se habia hecho un agujero para el escape de los líquidos. En la parte superior de la chimenea se habia hecho un agujero para el escape de los gases. En la parte inferior de la chimenea se habia hecho un agujero para el escape de los líquidos.

IX.

EL ÉXITO FRUSTRADO APENAS CONSEGUIDO.

No habia concluido todo.

Estaba claramente indicada la necesidad de abrir la boca del estrecho cerrada con un trozo del casco de la Duranda, y conducir en seguida la panza fuera del escollo. En el mar todos los minutos son urgentes.

Habia poco viento y poco oleaje, y la tarde, que estaba muy buena, prometia una hermosa noche. Pero aunque el agua estaba tranquila, empezaba el reflujo á hacerse sentir, y el momento para marchar era escelente. Se tendria la marea descendente para salir de los Douvres y la marea ascendente para entrar en Guernesey, pudiendo la barca hallarse en Saint-Sampson al rayar el dia.

flujo, no mas que unos diez pies, saltó á ella, tomó un rollo de cuerdas, hizo cuatro eslingas, las pasó por las argollas preparadas de antemano, y por ambos lados amarró á la orla de la panza las cuatro cadenas de la chimenea que una hora antes estaban amarradas á la orla de la Duranda.

Amarrada la chimenea, Gilliatt desembarazó lo alto de la máquina, á que estaba adherido un pedazo de la Duranda.

Gilliatt lo desclavó, y libró á la panza de aquel cúmulo de tablas que echó entre las rocas. Era un aligeramiento útil.

Por lo demás, la panza, como era de prever, se habia mantenido firme bajo el sobrepeso de la máquina. La panza no se habia hundido sino hasta una línea conveniente de flotacion.

La máquina de la Duranda, aunque pesada, lo era menos que el monton de piedras y el cañon que un día le sirvieron en Ham de su cargamento.

Todo estaba pues concluido. No habia ya mas que hacer que marcharse cuanto antes.

En la panza de la Duranda se habia preparado un espacio para el escape de la chimenea. En la parte superior de la chimenea se habia hecho un agujero que permitia el escape de la chimenea. En la parte inferior de la chimenea se habia hecho un agujero que permitia el escape de la chimenea.

IX.

EL ÉXITO FRUSTRADO APENAS CONSEGUIDO.

No habia concluido todo.

Estaba claramente indicada la necesidad de abrir la boca del estrecho cerrada con un trozo del casco de la Duranda, y conducir en seguida la panza fuera del escollo. En el mar todos los minutos son urgentes.

Habia poco viento y poco oleaje, y la tarde, que estaba muy buena, prometia una hermosa noche. Pero aunque el agua estaba tranquila, empezaba el reflujo á hacerse sentir, y el momento para marchar era escelente. Se tendria la marea descendente para salir de los Douvres y la marea ascendente para entrar en Guernesey, pudiendo la barca hallarse en Saint-Sampson al rayar el dia.

Pero se presentó un obstáculo imprevisto. En la prevision de Gilliatt habia habido un vacío.

La máquina estaba libre, pero no la chimenea.

La marea, acercando la panza al buque naufrago suspendido en el aire, habia aminorado los peligros de la descension y abreviado el salvamento; pero esta disminucion de intervalo habia dejado la parte superior de la chimenea metida en la especie de cuadro abierto que ofrecia el casco de la Duranda. La chimenea estaba allí como encerrada entre cuatro paredes.

El servicio prestado por la marea no era tan beneficioso como á primera vista parecia. Hubiérase dicho que el mar, obligado á obedecer, habia tenido segundas intenciones.

Verdad es que lo que el flujo habia hecho, el reflujo iba á deshacerlo.

La chimenea, de poco mas de tres toesas de elevacion, estaba metida como ocho pies en la Duranda, y como el nivel del agua iba á bajar doce pies, la chimenea, descendiendo con la panza, tendria aun cuatro pies de holgura y podria sacarse enteramente.

¿Pero cuánto tiempo requeria la operacion? Seis horas.

Dentro de seis horas seria ya cerca de media noche.

¿Cómo tratar de salir á hora semejante? ¿qué rumbo seguir por entre todas aquellas rompientes ya tan inestricables durante el dia? ¿Cómo arriesgarse en medio de las mas hondas tinieblas á penetrar en aquella emboscada de arrecifes?

Fuerza era aguardar al dia siguiente, perdiendo seis horas que hacian por lo menos perder doce.

Ni siquiera se podia pensar en anticipar el trabajo volviendo á abrir la boca del escollo. El dique volveria á ser necesario en la próxima marea.

Gilliatt quedó condenado á la inaccion.

Cruzarse de brazos era lo único que no habia hecho desde que se hallaba en el escollo Douvres.

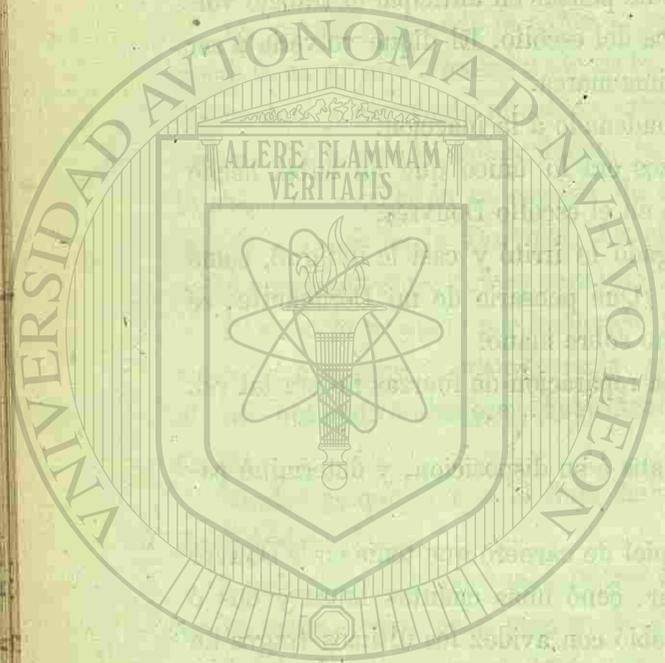
Este reposo obligado le irritó y casi le indignó, como si fuese culpa suya. ¿Qué pensaria de mí Deruchette, se dijo, si me viese mano sobre mano?

Sin embargo, una reparacion de fuerzas no era tal vez inútil.

La panza se hallaba á su disposicion, y determinó pasar en ella la noche.

Fué á buscar la piel de carnero que tenia en la Douvre mayor, volvió á bajar, cenó unas cuantas lapas y dos ó tres erizos de mar, bebió con avidez los últimos tragos de agua dulce de su barril casi vacío, se envolvió en la piel cuya lana le causó placer, se tendió como un mastin cerca de la máquina, se echó la chaqueta encima de los ojos, y se quedó dormido.

Dormido profundamente. Se suele dormir así despues de las cosas hechas.



Y
LAS ADVERTENCIAS DEL MAR

En medio de la noche, de pronto, y como impelido por un resorte, se despertó.

Abrió los ojos.

Los Douvres encima de su cabeza estaban como alumbrados por la reverberación de una grande ascua blanca. En toda la fachada negra del escollo había como el reflejo de un incendio.

¿De dónde procedía aquel fuego?

Del agua.

El mar tenía un aspecto extraordinario.

Parecía que el agua estaba incendiada. A cuanto podía

estenderse la mirada, dentro y fuera del escollo, todo el mar arrojaba llamas.

No eran llamas rojas, ni tenían nada de comun con las llamas vivientes de los cráteres y de las fraguas. Ningun chisporroteo, ningun ardor, ninguna púrpura, ningun ruido.

Rastros azules imitaban en el agua pliegues de sudario. Palpitaba en las olas un ancho resplandor pálido. Aquello no era un incendio, sino el espectro de un incendio.

Era algo parecido al incendio lívido de un interior de sepulcro producido por una llama de sueño.

Figurémonos tinieblas alumbradas.

La noche, la vasta noche, turbia y difusa, parecía ser el combustible de aquel fuego helado. Era una claridad en cierto modo ciega.

La sombra entraba como elemento en aquella luz fantasma.

Los marinos de la Mancha conocen todas esas indescripibles fosforescencias, llenas de avisos para el navegante.

En ninguna parte son mas sorprendentes que en el Gran V, junto á Isigny.

Es una luz que quita á las cosas su realidad, volviéndolas como transparentes por medio de una penetracion espectral.

Las rocas no son mas que lineamentos.

Los cables de las áncoras parecen barras de hierro caldeadas hasta la temperatura blanca. Las redes de los pescadores parecen debajo del agua fuego tejido á punto de

mallá. La mitad del remo es de ébano, y la otra mitad, la que se halla en el agua, es de plata.

Al caer del remo al mar, las gotas de agua salpican de estrellas las olas.

Toda barca arrastra en pos de sí un cometa. Los marineros mojados y luminosos parecen hombres que arden. El que mete la mano en el agua, la saca cubierta de un guante de llama; pero es una llama muerta, que no se siente. El brazo es un tizon encendido.

Se ven las formas que hay en el mar rodar bajo las olas fuego abajo. La espuma centellea. Los peces son lenguas de fuego y pedazos de relámpago que serpentean en una profundidad pálida.

Aquella claridad habia atravesado los párpados cerrados de Gilliatt, el cual, gracias á ella, se habia despertado.

Se habia despertado á tiempo.

El reflujo habia bajado, y venia un nuevo flujo.

La chimenea de la máquina, desencajada durante el sueño de Gilliatt, iba á introducirse de nuevo en la abertura del buque náufrago que tenia encima.

Subia lentamente.

Na faltaba mas que un pie para que la chimenea volviese á atascarse en la Duranda.

La subida de un pie es para el flujo cuestion de media hora, y, de consiguiente, era media hora el tiempo que Gilliatt tenia para impedir un segundo atascamiento.

Se levantó sobresaltado.

Por urgente que fuese la situación, no pudo hacer mas que permanecer algunos minutos en pie, considerando la fosforescencia y meditando.

Gilliatt conocia el mar á fondo. Aunque maltratado con frecuencia por él, era desde mucho tiempo su compañero.

Este ser misterioso que se llama el Océano no podia tener nada en el pensamiento que Gilliatt no lo adivinase.

A fuerza de observacion, de delirio y de soledad, Gilliatt se habia hecho profeta del tiempo, un *hecter wise*, como dicen los ingleses.

Gilliatt corrió á las guindalezas y arrió cable; despues, no hallándose ya sujeto por las anclas, cogió el vichero de la panza, y apoyándole en las rocas, impelió la barca á algunas brazas mas allá de la Duranda, muy cerca del dique. Habia *mucho caldo*, como dicen los marineros de Guernesey.

En menos de diez minutos la panza fue sacada de debajo del casco náufrago. No habia ya cuidado de que la chimenea fuese de nuevo cogida en el lazo. El flujo podia subir.

Sin embargo, no parecia que Gilliatt tratase de partir.

Consideró de nuevo la fosforescencia, y levó anclas, pero no para zarpar, sino para anclar la panza de nuevo y mas sólidamente, si bien es verdad que fondeó mas cerca de la salida.

Hasta entonces no habia echado mas que las dos áncoras de la panza, y no se habia servido aun de la peque-

ña de la Duranda, que, como se recordará, encontró en las rompientes.

Esta ancla se la habia reservado para casos urgentes, y la dejó al efecto en un rincon de la panza en un monton de cuerdas y poleas de guindaleza, habiendo de antemano guarnecido su cable de bosas muy quebradizas.

Gilliatt echó esta tercer ancla, procurando amarrar el cable á un calabrote que tenia uno de sus extremos atado en relíngua al rezon, y el otro á la orla de la panza.

Asi practicó una especie de horca en forma de pata de ganso mucho mas fuerte que la de dos anclas, todo lo cual indicaba una viva preocupacion y un aumento de precauciones.

Cualquier marino hubiera reconocido en aquella operacion algo parecido al ancladero de un tiempo forzado, cuando es de temer que una corriente tome el buque por sotavento.

La fosforescencia, que Gilliatt vigilaba y en que tenia fijas las miradas, le amenazaba tal vez, pero al mismo tiempo le servia. Sin ella hubiera sido prisionero del sueño y juguete de la noche.

La fosforescencia le habia despertado y le alumbraba.

Una luz ambigua iluminaba el escollo. Pero aquella claridad, por sospechosa que á Gilliatt pareciese, habia tenido la gran ventaja de hacerle visible el riesgo y posible la maniobra.

En lo sucesivo, cuando Gilliatt quisiese hacerse á la vela, la panza, que llevaba la máquina, estaba libre.

Solo que cada vez parecia menos que Gilliatt pensase en partir. Anclada la panza, fué á su almacen á buscar la cadena mas fuerte que en él habia, y agarrándola á los clavos clavados en los Douvres, fortificó interiormente con ella el dique de maderos y tablones ya esteriormente protegido por la otra cadena cruzada.

Lejos de abrir la salida, acababa de cerrarla.

Brillaba aun la fosforescencia, pero iba disminuyendo. Verdad es que empezaba á rayar el dia.

De repente Gilliatt se puso á escuchar con atencion.

XI.

AL BUEN ENTENDEDOR, SALUD.

Le pareció oir, en una lontananza inmensa, algo débil é indistinto.

A ciertas horas, las profundidades tienen un ruido sordo.

Escuchó por segunda vez. El ruido lejano volvió á oirse. Gilliatt sacudió la cabeza con el ademan del que sabe lo que una cosa es.

Algunos minutos despues, se hallaba al otro extremo del escollo, en su entrada hácia el Este, libre hasta entonces, y á martillazos hincó grandes clavos en el granito de los dos lados de aquella boca próxima al peñasco el

Homme, como lo habia hecho en la boca de los Douvres.

Las grietas de aquellas peñas estaban todas preparadas y bien guarnecidas de madera, que era casi toda de corazon de encina.

Estando el escollo muy déstrozado, tenia muchas hendiduras en que pudo Gilliatt clavar mas clavos aun que en el basamento de los dos Douvres.

Llegó un momento en que la fosforescencia se habia estinguido como por un soplo, y fue reemplazada por un crepúsculo sucesivamente mas luminoso.

Clavados los clavos, Gilliatt arrastró maderos, luego cuerdas, luego cadenas, y sin cejar un instante en su trabajo, sin distraerse, empezó á construir en la boca del Homme, con tablas fijas horizontalmente y atadas con cables, uno de esos diques de bovedilla que la ciencia ha prohijado y que califica con el nombre de rompe-olas.

Los que han visto, por ejemplo, en la Rocquaine, en Guernesey ó en Bourg-d'ean en Francia, el efecto que producen algunas estacas clavadas en la roca, comprenderán el poder de un aparato tan sencillo.

El rompe-olas es la combinacion de lo que se llama en Francia espiga con lo que en Inglaterra se llama dick.

Los rompe-olas son los caballos de frisa de las fortificaciones contra las tempestades.

No se puede luchar contra el mar sino sacando partido de la divisibilidad de su fuerza.

El sol, sin embargo, se habia levantado perfectamente puro. El cielo estaba claro, y el mar en calma.

Gilliatt apresuraba su trabajo. Tambien él estaba sereno, pero en su serenidad habia ansiedad.

Saltaba de una roca á otra, del dique al almacén y del almacén al dique. Volvia arrastrando, como un loco, ya una varenga, ya un burel. La utilidad de aquel conjunto se manifestó. Era evidente que Gilliatt se hallaba en presencia de una eventualidad prevista.

Una fuerte barra de hierro le servia de espeque para remover los tablones.

El trabajo se ejecutaba con tanta prontitud, que mas parecia un crecimiento que una construccion.

Quien no ha visto trabajar á un ingeniero militar, no puede formarse idea de una rapidez semejante.

La boca del Este era aun mas angosta que la del Oeste. No tenia mas que 5 ó 6 pies de abertura, y esta circunstancia favorecia á Gilliatt.

Siendo muy reducido el espacio que tenia que fortificar y cerrar, la armadura podria ser mas sólida siendo mas sencilla, y asi es que le bastaban tablas horizontales, siendo inútiles los pies derechos.

Colocadas las primeras traviesas del rompe-olas, Gilliatt se colocó encima de ellas y escuchó.

El ruido sordo se hacia espresivo.

Gilliatt continuó su construccion. La apuntaló con las dos serviolas de la Duranda agarradas á la trabazon de las tablas por medio de drizas pasadas por las tres ruedas de polea, y anudó el todo con cadena.

Esta construccion no era mas que una especie de zarzo

colosal, que tenía por varillas albitanas y por mimbres encinas.

Parecía estar como trenzada.

Gilliatt multiplicaba las ligaduras, y añadía clavos donde le parecía conveniente.

Habiendo tenido á su disposición en el buque náufrago mucho hierro redondo, había podido proveerse de una gran cantidad de clavos.

Mientras trabajaba, mascaba galleta. Tenía sed, pero no podía beber por falta absoluta de agua potable. En la cena de la víspera no había dejado en el barril ni una gota de agua.

Unió otras tres ó cuatro tablas, y subió de nuevo al dique. Escuchó.

El ruido en el horizonte había cesado. Todo era silencio.

El mar estaba tranquilo y soberbio, haciéndose acreedor á los madrigales que le dirigen los poetas clásicos cuando están contentos de él, — «un espejo,» — «un lago,» — «una balsa de aceite,» — «una alegría,» — «un corderillo.» — El azul profundo del cielo correspondía al verde profundo del Océano.

El cielo y el Océano eran un záfiro y una esmeralda que podían admirarse mutuamente.

No tenían reconvención alguna que dirigirse. Ni una nube arriba, ni un copo de espuma abajo, dominando magníficamente todo aquel esplendor el sol de abril. Era imposible ver un tiempo mas hermoso.

En el extremo horizonte rayaba el cielo una larga fila negra de aves de paso. Se daban mucha prisa. Se dirigían á tierra.

Parece que había en su vuelo algo de fuga.

Gilliatt se ocupó de nuevo en levantar el rompeolas.

Lo subió tan alto como le fue posible, es decir, todo lo alto que le permitió la disposición de las rocas.

Hacia medio día, le pareció el sol mas cubierto de lo regular. La hora del medio día es la hora crítica del día.

Puesto en pie sobre la robusta armazón que acababa de construir, Gilliatt examinó el espacio.

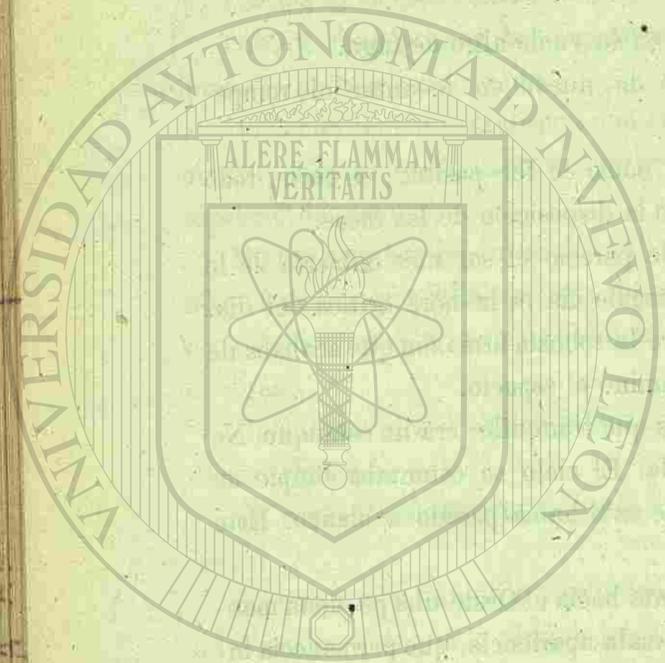
El mar estaba mas que tranquilo; era un estanque. No se veía en él una vela. El cielo se ostentaba limpio en todas partes, si bien de azul había pasado á blanco. Este blanco era singular.

Había en el horizonte hacia el Oeste una pequeña mancha de mal carácter y mala apariencia, que permanecía inmóvil en el mismo punto, pero crecía. Cerca de las rompientes, el oleaje se estremecía con mucha suavidad.

Gilliatt había hecho muy bien en construir un rompeolas.

Una tempestad se acercaba.

El abismo se decidía á dar la batalla.



LIBRO TERCERO,

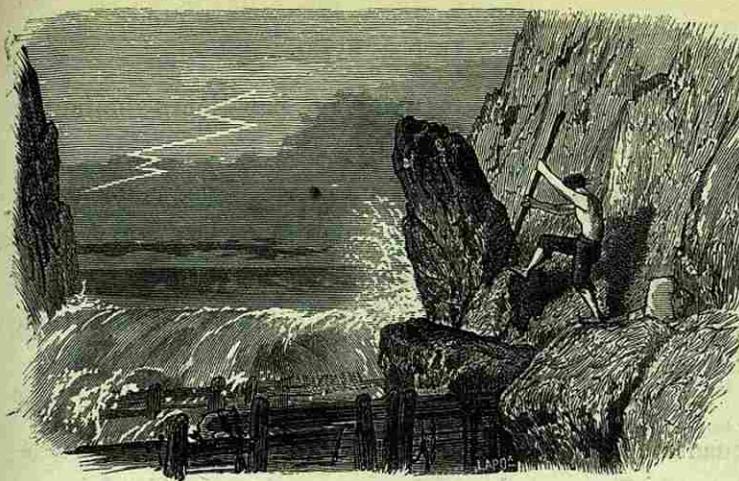
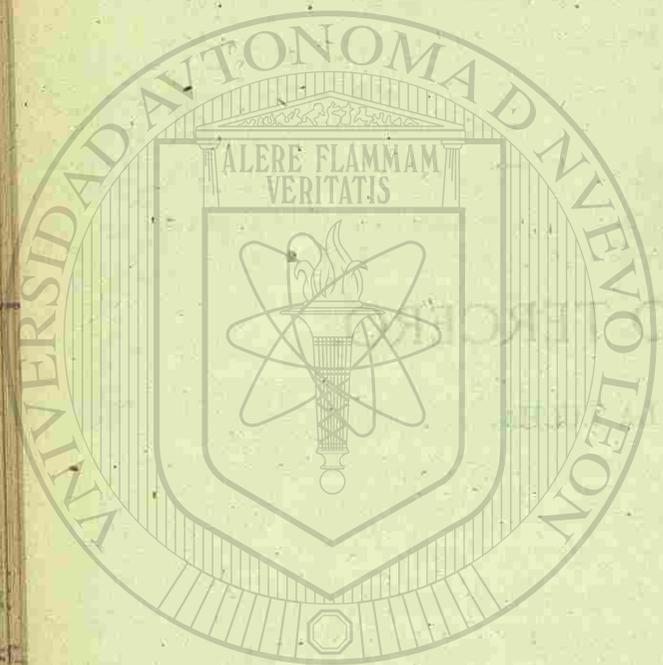
LA LUCHA.

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





I.

LOS ESTREMOS SE TOCAN Y LOS CONTRARIOS SE ANUNCIAN.

Nada es tan amenazador como el equinoccio rezagado. Hay en el mar un fenómeno feroz que se podría llamar la llegada de los vientos del golfo.

En todas las estaciones, particularmente en la época de las sicigias, el mar, cuando menos se piensa, queda sumido en una tranquilidad extraña.

Se apacigua su prodigioso movimiento perpetuo, y él queda como aletargado, lánguido; parece que quiere descansar; diríase que está fatigado.

Todas las enseñas marítimas, lo mismo el cataviento del laud pescador que el gallardete del buque de guerra,

cuelgan á lo largo de los palos. Los pabellones almirantes, reales, imperiales, duermen.

De pronto empiezan todos á moverse discretamente.

Aquella es la ocasion á propósito, si hay nubes, para espiar cómo se forman y acumulan; si es puesta de sol, para examinar la rubicundez de la tarde; si es de noche hace luna, para estudiar los halos y parelias.

Aquel es el momento en que el capitán ó jefe de escuadra que tiene la fortuna de poseer uno de aquellos Cristales-de-Tempestad cuyo inventor es desconocido, debe observarlo con el microscopio y tomar sus precauciones contra el viento del Sur si la mistura ofrece un aspecto de azúcar quemado, y contra el viento del Norte si la mistura se deshoja en cristalizaciones parecidas á barrilla ó á palos de abeto.

Aquel es el momento en que el pobre pescador irlandés ó breton, despues de haber consultado algun gnomon misterioso grabado por los romanos ó por los demonios en una de aquellas enigmáticas piedras rectas que se llaman en Bretaña *menhir* y en Irlanda *cruach*, saca su barca del agua.

Sin embargo, la serenidad del cielo y del Océano persiste. La mañana empieza espléndida y la aurora se sonríe, lo que llenaba de horror religioso á los antiguos adivinos, á quienes espantaba al parecer la hipocresía del sol. *Solem quis dicere falsum audeat?*

La sombría vision del posible latente está interceptada al hombre por la opacidad fatal de las cosas.

El mas temible y mas pérfido de los aspectos es la máscara del abismo.

Como se dice: anguila bajo roca, debia decirse: tempestad bajo calma.

Asi se pasan á veces algunas horas, algunos dias. Los pilotos asestan sus anteojos en todas direcciones.

El semblante de los marinos consumados tiene un gesto de severidad que se parece á la cólera decreta de que se apresta al combate.

Se oye de repente un gran murmullo confuso.

Nada se ve.

La estension permanece impassible.

Sin embargo, el ruido crece, aumenta, sube.

El diálogo se acentúa.

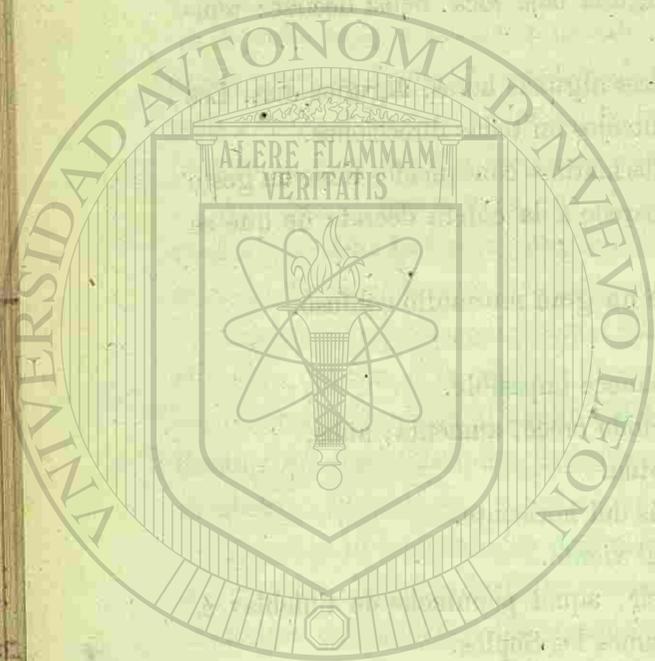
Hay alguien detrás del horizonte.

Alguien terrible, el viento.

El viento, es decir, aquel populacho de tinieblas á quienes nosotros llamamos los Soplos.

La inmensa canalla de la sombra.

La India les llamaba los Marouts, la Judea los Querubines, la Grecia los Aquilones. Son las invisibles aves de rapiña del infinito. Son los bóreas que llegan.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

LOS VIENTOS DEL GOLFO.

¿De dónde vienen? De lo inconmensurable.

Sus envergaduras necesitan el diámetro del abismo.

Sus alas desmedidas tienen necesidad del espacio indefinido de las soledades.

El Atlántico, el Pacífico, inmensidades azules, hé aquí lo que les conviene.

Ellos las vuelven sombrías. En ellas vuelan á bandadas. El comandante Page vió en cierta ocasion en alta mar siete sifones á la vez. Allí son feroces. Premeditan los desastres. Se ocupan en la hinchazon efimera y en la hinchazon eterna de las olas.

Lo que pueden se ignora, lo que quieren se desconoce. Son las esfinges del abismo, y Gama es su Edipo.

En aquella oscuridad de la estension que siempre se agita, aparecen con semblante nebuloso. El que percibe sus lineamentos lívidos en la dispersion que es el horizonte del mar, se siente en presencia de la fuerza irreducible. Diríase que la inteligencia humana les inquieta, y se arman contra ella. La inteligencia es invencible, pero el elemento es inespugnable. ¿Qué hacer contra la ubicuidad que no se puede coger?

El soplo se hace maza, y luego se vuelve otra vez soplo. Los vientos combaten devastando y se defienden desvaneciéndose. El que tropieza con ellos tiene que reducirse á simples espedientes. Su asalto diverso y lleno de repercusiones desconcierta. Tienen tanta huida como ataque. Son los impalpables tenaces. ¿Cómo triunfar de ellos?

La proa del buque Argos, esculpida en un roble de Dódena, que al mismo tiempo que proa era piloto, les hablaba. Ellos brutalizaban aquella proa diosa. Cristóbal Colón, viéndoles venir hácia la *Pinta*, les dirigía desde cubierta los primeros versículos del Evangelio según San Juan. Surcouf les insultaba. *Hé aquí la trinca de tunos*, decía. Napier les disparaba cañonazos.

Ellos ejercen la dictadura del caos.

Es suyo el caos. ¿Qué hacen de él?

Algo que es implacable.

El antro de los vientos es mas monstruoso que el antro de los leones ¡Cuántos cadáveres bajo sus pliegues sin

fondo! Los vientos azotan sin piedad la gran masa oscura y amarga. Se les oye siempre, y ellos no escuchan nada.

Cometen actos que parecen crímenes. No se sabe contra quién arrojan las blancas moles de espuma.

¡Cuán impía ferocidad en el naufragio! ¡qué insulto á la Providencia! Parece que escupen á Dios. Son los tiranos de los lugares desconocidos.

Luoghi spaventosi, murmuraban los marineros de Venecia.

Los espacios estremecidos experimentan sus vias de hecho. Lo que sucede en aquellos grandes abandonos es inesplicable.

Alguien á caballo está mezclado con la sombra. El aire mete un ruido de bosque. No se percibe nada, y se oyen caballerías.

Es medio día, y de repente viene la noche; un tornado pasa. Es media noche, y de repente viene el día: el efluvio polar se alumbra.

Los torbellinos alternan en sentido inverso, y forman una especie de danza repugnante.

Una nube demasiado pesada se rompe por la mitad, y cae al mar hecha pedazos. Otras nubes de color de púrpura dan luz y truenan, y luego se oscurecen lúgubrementemente; la nube que ha vaciado el rayo se ennegrece como una ascua que se apaga.

Sacos de lluvia se rompen y disuelven en bruma. Allí una fragua en que llueve; mas allá una ola de que se desprende una llama.

Los albores del mar debajo del aguacero alumbran lontananzas sorprendentes; se desfiguran sin cesar enormes moles de que se destacan monstruos errantes. Inmensos fosos ahuecan las nubes. Los vapores giran, las olas saltan; las náyades ruedan ébrias; á lo lejos, hasta perderse de vista, el mar macizo y blando se mueve sin perder terreno; todo es lívido, y salen de aquella palidez gritos desesperados.

En el fondo de la oscuridad inaccesible, tiritan grandes gavillas de sombra.

Y hay parasismos momentáneos.

El rumor se convierte en tumulto y la ola pequeña se hace grande.

El horizonte, superposicion confusa de oleadas, oscilacion sin fin, murmura continuamente en voz baja; saltan en él de una manera estraña restos fracasados; diríase que hay hidras que estornudan.

Sobrevienen bocanadas de aire frío, y despues bocanadas de aire caliente. La trepidacion del mar anuncia un pavor de que participa todo.

Inquietud, angustia, terror profundo de las aguas.

De repente el huracan acude como una fiera para beber en el Océano; succion inaudita; el agua sube hácia la boca invisible, se forma una ventosa, el tumor se hincha; es el sifon, la manga, la tromba marina, el Prester de los antiguos, estalactita arriba, estalagmita abajo, doble cono inverso giratorio, una punta en equilibrio sobre otra, beso de dos montañas, una montaña de espuma que se levanta,

una montaña de nube que descende; espantoso cóito de la ola y de la sombra.

La tromba marina, como la columna de la Biblia, es tenebrosa de dia y luminosa de noche.

Delante de la tromba marina el trueno calla como si tuviese miedo.

La vasta perturbacion de las soledades tiene un diapasón; temible crescendo: el chubasco, la ráfaga, la borrasca, el temporal, la tormenta, la tempestad, la tromba, las siete cuerdas de la lira de los vientos, las siete notas del abismo.

El cielo es un plano, el mar una esfera; un soplo pasa, y todo se trasfigura, todo es furia y mezcolanza.

Tales son aquellos lugares severos.

Los vientos corren, vuelan, se abaten, concluyen, vuelven á empezar, se ciernen, silban, mugen, rien; frenéticos, lascivos, desenfrenados, jugando caprichosamente con la ola irascible. Son unos ahulladores que tienen una armonía. Vuelven sonoro todo el cielo.

Soplan en la nube como en una trompeta, soplan en el espacio, y cantan en el infinito, con todas las voces amalgamadas de los clarines, de las bocinas, de los clarinetes, de los trompones, una especie de tocata prometeana.

Quien los oye escucha á Pan.

Y lo que hay mas espantoso es que juegan.

Tienen una colosal alegría compuesta de sombra.

Forman en las soledades la batida ó montería de los buques. Sin tregua, dia y noche, en todas las estaciones,

en el trópico como en el polo, haciendo resonar su loca trompa, arrastran por entre las encrucijadas de la nube y de la ola su caza mayor, los náufragos. Son cabezas de motin, y se divierten.

Hacen junto á las rocas ahullar á sus perros que son las olas. Combinan las nubes y las descomponen.

Petrifican, como con millones de manos, la liquidez del agua inmensa.

El agua es dócil porque es incompresible. Se desliza bajo cualquier presion ó esfuerzo. Si se la empuja por un lado, se escapa por el otro. Asi es como se hace ola. En esta conversion está su libertad.

III.

ESPLICACION DEL RUIDO QUE OIA GILLIATT.

La gran venida de los vientos hácia tierra se verifica en los equinoccios, en cuyas épocas la balanza del trópico y del polo se equilibra, y la colosal marea atmosférica vierte su flujo sobre un hemisferio y su refujo sobre el otro.

Hay constelaciones que significan dichos fenómenos, la Balanza y el Acuario.

Aquella es la hora de las tempestades.

El mar espera y guarda silencio.

Algunas veces el cielo tiene mal cariz. Está pálido, y como velado por una telaraña oscura. Los marinos miran con ansiedad el aspecto severo de la sombra.

en el trópico como en el polo, haciendo resonar su loca trompa, arrastran por entre las encrucijadas de la nube y de la ola su caza mayor, los náufragos. Son cabezas de motin, y se divierten.

Hacen junto á las rocas ahullar á sus perros que son las olas. Combinan las nubes y las descomponen.

Petrifican, como con millones de manos, la liquidez del agua inmensa.

El agua es dócil porque es incompresible. Se desliza bajo cualquier presion ó esfuerzo. Si se la empuja por un lado, se escapa por el otro. Asi es como se hace ola. En esta conversion está su libertad.

III.

ESPLICACION DEL RUIDO QUE OIA GILLIATT.

La gran venida de los vientos hácia tierra se verifica en los equinoccios, en cuyas épocas la balanza del trópico y del polo se equilibra, y la colosal marea atmosférica vierte su flujo sobre un hemisferio y su refujo sobre el otro.

Hay constelaciones que significan dichos fenómenos, la Balanza y el Acuario.

Aquella es la hora de las tempestades.

El mar espera y guarda silencio.

Algunas veces el cielo tiene mal cariz. Está pálido, y como velado por una telaraña oscura. Los marinos miran con ansiedad el aspecto severo de la sombra.

Pero mas temen aun su apariencia alegre. Un cielo de equinoccio risueño es la tempestad que se hace la gatita muerta. Viendo cielos semejantes, la Torre de los Llorones de Amsterdam se llenaba de mujeres que examinaban el horizonte.

Cuando la tempestad vernal ó autumnal tarda en llegar, es prueba de que acumula mayor número de fuerzas. Atesora para la devastacion. Desconfiemos de sus tardanzas.

Ange decía: *El mar es buen pagador.*

Cuando la tardanza es mucha, el mar no manifiesta su impaciencia sino por una calma mayor. La tension magnética se revela solamente por lo que se podría llamar la inflamacion del agua. Salen del mar resplandores. Aire eléctrico, agua fosfórica.

Los marineros se sienten cansados y como molidos. Es un tiempo particularmente peligroso para los iron-clads; su casco de hierro puede acarrear falsas indicaciones de compás y ser causa de su perdicion.

Asi pereció el buque de vapor trasatlántico el Yowa.

En tales ocasiones, el aspecto del mar para los que están familiarizados con él, es extraño. Diríase que desea y teme la llegada del huracan.

Del mismo modo son acogidos ciertos himeneos, aunque muy conformes con las leyes de la naturaleza.

La leona en celo huye delante del leon. El mar tambien está en celo, y de ahí su temblor.

Va á celebrarse el inmenso matrimonio.

Este matrimonio, como las bodas de los antiguos emperadores, se solemniza con actos de esterminio. Es una fiesta sazonada de desastres.

Sin embargo, de allá abajo, del golfo, de las latitudes inespugnables, del lívido horizonte de las soledades, del fondo de la libertad sin límites, llegan los vientos.

Atended, hé aquí el hecho equinoccial.

Una tempestad es una conspiracion. La antigua mitología entreveia esas personalidades indistintas mezcladas con la gran naturaleza difusa.

Eolo se pone de acuerdo con Bóreas.

La buena inteligencia del elemento con el elemento es necesario. Ellos se reparten sus respectivos papeles.

Hay impulsos que dar á la ola, á la nube, al effluvio; la noche es un auxiliar, y es menester contar con ella.

Hay brújulas que desviar, fanales que extinguir, faros que esconder, estrellas que ocultar. Es preciso que el mar coopere.

Toda tempestad llega precedida de un murmullo. Hay detrás del horizonte un cuchicheo preliminar de los huracanes.

Y este cuchicheo es el que se oye en la oscuridad, á lo lejos, por encima del temeroso silencio del mar.

Y este cuchicheo temible es el que Gilliatt había oido. La fosforescencia habia sido el primer aviso; el murmullo lejano era el segundo.

Si el demonio Legion existe, este demonio es indudablemente el viento.

El viento es múltiple, pero el aire es uno.

Consecuencia: toda tempestad es mista. La unidad de aire así lo exige.

En una tempestad se halla complicado todo el abismo. El Océano entero está en una borrasca. La totalidad de sus fuerzas entra en ella en línea y toma en ella parte.

Una ola es el abismo de abajo; un soplo es el abismo de arriba.

Habérselas con una tormenta, es habérselas á la vez con todo el mar y con todo el cielo.

Messier, el hombre de la marina, el astrónomo pensativo del zaquizamí de Cluny, decía: *el viento de todas partes está en todas partes.*

Él no creía en los vientos encarcelados, aunque fuese en mares cerrados. Para él no había vientos mediterráneos. Decía que los reconocía al pasar.

Afirmaba que tal día, á tal hora, el John del lago de Constancio, el antiguo Favonio de Lucrecio, había atravesado el horizonte de París; que tal otro día lo había atravesado el Bore del Adriático, y tal otro el Boso giratorio que pretende hallarse encerrado en el círculo de los Cíclades. Especificaba sus efluvios. No creía que el ábrego que gira entre Malta y Túnez y el ábrego que gira entre Córcega y las Baleares, se hallasen en la imposibilidad de escaparse. No admitía que hubiese vientos en jaula como osos.

Decía: «toda lluvia viene del trópico, y todo rayo viene del polo.»

En efecto, el viento se satura de electricidad en la intersección de los coluros, que marca las estremidades del eje, y se satura de agua en el ecuador, trayéndonos de la Línea el líquido y de los polos el fluido.

Ubicuidad, hé aquí lo que es el viento.

No es decir que no existan las zonas ventosas.

Nada está mas evidentemente demostrado que la existencia de esos itinerarios de corrientes continuas, y un día la navegacion aérea, servida por los aire-buques, á quienes, por manía de hablar griego, llamamos aeroscafos, utilizará las líneas principales.

La canalización del aire por el viento es incontable.

Hay ríos de viento, arroyos de viento, arroyuelos de viento, si bien las ramificaciones del aire se forman á la inversa de las ramificaciones del agua, pues en el aire los arroyuelos proceden de los arroyos y los arroyos de los ríos, en lugar de parar aquellos en éstos, de lo que resulta, en lugar de la concentracion, la dispersion.

Y esta dispersion es la que forma la solidaridad de los vientos y la unidad de la atmósfera. Una molécula dislocada disloca la otra.

Todo el viento se mueve á la vez.

A estas profundas causas de amalgama añádase el relieve del globo, taladrando la atmósfera con todas sus montañas, haciendo nudos y torsiones en los cursos del viento, y determinando contra-corrientes en todos sentidos. Irradiacion ilimitada.

El fenómeno del viento es la oscilacion de dos océanos uno sobre otro; el océano de aire, sobrepuesto al océano de agua, se apoya en esta base fugitiva, y participa de sus temblores y vacilaciones.

Lo indivisible no se comparte. No hay tabique entre una ola y otra.

Las Islas de la Mancha experimentan la impulsión del cabo de Buena-Esperanza. La navegación universal hace frente á un monstruo único. Todo el mar es la misma hidra.

Las olas cubren el mar como una especie de piel de pez. Océano es Ceto.

A esta unidad se subordina lo innumerable.

IV.

TURBA, TURMA.

Para el compás, hay treinta y dos vientos, es decir, treinta y dos direcciones; pero estas direcciones pueden subdividirse indefinidamente. El viento, clasificado por direcciones, es incalculable; clasificado por especies, es el infinito.

Delante de su enumeración retrocedería Homero.

La corriente polar choca con la corriente tropical. Hé aquí el frío y el calor combinados; el equilibrio empieza por el choque; de éste sale la ola de los vientos, hinchada, desparramada, y cortada en todos sentidos en feroces corrientes.

La dispersion de los soplos sacude hácia los cuatro ángulos del horizonte la prodigiosa y enmarañada melena del aire.

Allí están todos los rumbos: el viento del Gulf-Stram que tanta bruma arroja sobre Terra-Nova; el viento del Perú, region de cielo mudo donde nunca el hombre ha oido tronar; el viento de la Nueva Escocia en que agita sus alas el Gran Auk, *Alca impennis*, de pico rayado; los torbellinos de Hierro de los mares de China; el viento de Mozambique que sacude las pangayas y los juncos; el viento eléctrico del Japon denunciado por el gong; el viento de África que habita entre la montaña de la Tabla y la montaña del Diablo donde se desencadena; el viento del ecuador que pasa por encima de los vientos alisios, y traza una parábola cuyo vértice mira siempre hácia el Oeste; el viento plutónico que sale de los cráteres y es el temible soplo de la llama; el extraño viento propio del volcan Awa que hace siempre salir del Norte una nube de color de aceituna; el monzon de Java, contra el cual se han construido las fortalezas que se llaman *casas de huracan*; la tramontana con encrucijadas que los ingleses llaman *bush*, zarzal; los chubascos arqueados del estrecho de Magallanes observados por Horsburg; el poderoso viento del Suroeste, llamado Panpero en Chile y Rebojo en Buenos Aires, que se lleva el condor á alta mar y le salva del hoyo en que le aguarda, bajo una piel de buey recién desollado, el salvaje echado de espaldas y blandiendo con los pies su grande arco; el viento químico que, segun Le-

mery, forma en la nube piedras de trueno; el harmatan de los cafres; el arroja-nieve polar, que se unce á los témpanos eternos y los arrastra; el viento del golfo de Bengala que va hasta Nijni-Novogorod á saquear el triángulo de barracas de madera donde se celebra la feria de Asia; el viento de las Cordilleras, agitador de las grandes olas y de los grandes bosques; el viento de los archipiélagos de Australia donde los cazadores de miel ahuyentan los enjambres salvajes ocultos bajo las ramas del encaliptus gigante; el jaloque, el cierzo, el aquilon, los vientos de sequía, los vientos de inundacion, los diluvianos, los tóridos, los que arrojan á las calles de Génova el polvo de las llanuras del Brasil, los que obedecen á la rotacion diurna, los que la contrarían y hacen decir á Herrera: *Mal viento torna contra el sol*; los que van apareados, puestos de acuerdo para atropellarlo todo, deshaciendo el uno lo que hace el otro, y los antiguos vientos que atacaron á Cristóbal Colon en la costa de Veraguas, y los que por espacio de cuarenta dias, desde el 21 de octubre al 28 de noviembre de 1850, pusieron en un brete á Magallanes al abordar el Pacífico, y los que desmantelaron la Armada Invencible y soplaron contra Felipe II.

Hay mas vientos aun, ¿y cómo enumerarlos todos?

Hay los vientos portadores de sapos y langostas que lanzan nubes de animales por encima del Océano; los que operan lo que se llama «el salto de viento» y cuya funcion consiste en rematar á los náufragos; los que de una sola bocanada dislocan el cargamento de un buque y obli-

gan á éste á continuar inclinado su derrota; los vientos que construyen los circumscumuli; los vientos que construyen los circumstrati; los pesados vientos ciegos entumecidos por la lluvia; los vientos del granizo; los vientos de la calentura; los vientos cuya aproximacion pone en ebullicion las salsas (1) y minas de azufre de Calabria; los que hacen centellear el pelo de las panteras de África que recorren las malezas del cabo de Hierro; los que vienen sacudiendo fuera de su nube, como una lengua de trigonocéfalo (2), el espantoso rayo ahorquillado; los que traen nieves negras. Tal es el ejército. El escollo Douvres, en el momento de construir Gilliatt su quebranta-olas, oía de aquella muchedumbre armada el galope lejano.

Acabamos de decirlo, el viento es todos los vientos.

La horda toda entera llegaba,

Ella á un lado.

Al otro Gilliatt.

(1) Se ha dado este nombre á unos montecillos de arcilla, de forma cónica que en su vértice presentan una abertura en forma de embudo, de que salen pasado mucho tiempo, y con paratismos variados, gases y lodo arcilloso que derramándose por los lados del cono lo aumenta continuamente, de suerte que dichos montecillos deben su existencia á la acumulacion y consolidacion del lodo que sale del embudo.—(N. del T.)

(2) Género de serpientes muy venenosas, cuyas especies son esencialmente americanas y se parecen mucho á los córalos ó serpientes de cascabel, aunque carecen del cascabel caudal. Su veneno es casi tan activo y peligroso como el de dichos reptiles, teniendo lo mismo que ellos escavaciones y fosas detrás de las ventanas de la nariz. El tipo es la víbora con lengua de saeta ó trigonocéfalo amarillo (*trigonocephalus lanceolatus*), que se encuentra frecuentemente en la Martinica.—(N. del T.)

V.

GILLIATT PUEDE OPTAR.

Las misteriosas fuerzas habian escogido bien el momento.

El azar, si existe, es hábil.

Mientras la panza habia permanecido en el ancon del Homme, y la máquina habia estado encajonada en el buque náufrago, Gilliatt era inespugnable.

La panza estaba en seguridad, la máquina bien resguardada; los Douvres, que se habian apoderado de la máquina, la condenaban á una destruccion lenta, pero la protegian contra una sorpresa.

En todos los casos quedaba á Gilliatt un recurso. La

máquina destruida no le destruía á él. Le quedaba la panza para salvarse.

Pero aguardar que la panza hubiese salido del fondeadero donde era inaccesible, dejarla penetrar en el desfiladero de los Douvres, abstenerse de toda hostilidad hasta verla también cogida por el escollo, permitir á Gilliatt llevar á cabo el salvamento, el arrastre y trasborde de la máquina, no oponerse á este maravilloso trabajo que todo lo trasladaba á la panza, consentir en el éxito, hé aquí el lazo. Bien se dejaba entrever, como una especie de lineamiento siniestro, la sombría perfidia del abismo.

A aquella hora, la máquina, la panza, Gilliatt, estaban reunidos en el desfiladero de peñascos. No formaban juntos mas que uno solo.

Estrellar la panza contra el escollo, echar á pique la máquina, ahogar á Gilliatt, era cuestion de un esfuerzo único sobre un solo punto.

Todo podia concluir á la vez, al mismo tiempo y sin dispersion; todo podia aplastarse de un solo golpe.

Ninguna situacion mas crítica que la de Gilliatt.

La esfinge posible, sospechada por los visionarios en el fondo de la sombra, parecia presentarle un dilema.

Quédate, ó véte.

Irse era una insensatez, quedarse era espantoso.

VI.

EL COMBATE.

Gilliatt subió á la Douvre mayor.

Desde allí veía todo el mar.

El Oeste era sorprendente. Salía de él una muralla.

Una gran muralla de nube, cerrando la estension de un extremo á otro, subía lentamente del horizonte hácia el cenit.

Aquella muralla, rectilínea, vertical, sin una grieta en su altura, sin un rasguño en parte alguna, parecia construida con escuadra y tirada á cordel. Era una nube que parecia de granito.

Su escarpe, perfectamente vertical, á la estremi-

máquina destruida no le destruía á él. Le quedaba la panza para salvarse.

Pero aguardar que la panza hubiese salido del fondeadero donde era inaccesible, dejarla penetrar en el desfiladero de los Douvres, abstenerse de toda hostilidad hasta verla también cogida por el escollo, permitir á Gilliatt llevar á cabo el salvamento, el arrastre y trasborde de la máquina, no oponerse á este maravilloso trabajo que todo lo trasladaba á la panza, consentir en el éxito, hé aquí el lazo. Bien se dejaba entrever, como una especie de lineamento siniestro, la sombría perfidia del abismo.

A aquella hora, la máquina, la panza, Gilliatt, estaban reunidos en el desfiladero de peñascos. No formaban juntos mas que uno solo.

Estrellar la panza contra el escollo, echar á pique la máquina, ahogar á Gilliatt, era cuestion de un esfuerzo único sobre un solo punto.

Todo podia concluir á la vez, al mismo tiempo y sin dispersion; todo podia aplastarse de un solo golpe.

Ninguna situacion mas crítica que la de Gilliatt.

La esfinge posible, sospechada por los visionarios en el fondo de la sombra, parecia presentarle un dilema.

Quédate, ó véte.

Irse era una insensatez, quedarse era espantoso.

VI.

EL COMBATE.

Gilliatt subió á la Douvre mayor.

Desde allí veía todo el mar.

El Oeste era sorprendente. Salía de él una muralla.

Una gran muralla de nube, cerrando la estension de un extremo á otro, subía lentamente del horizonte hácia el cenit.

Aquella muralla, rectilínea, vertical, sin una grieta en su altura, sin un rasguño en parte alguna, parecia construida con escuadra y tirada á cordel. Era una nube que parecia de granito.

Su escarpe, perfectamente vertical, á la estremi-

dad Sur, se doblaba un poco hácia el Norte como una plancha de hierro combada, y ofrecia el vago deslizamiento de un plano inclinado. Aquel muro de bruma se ensanchaba y crecia sin que su entablamento ó cornisamento dejase un solo instante de ser paralelo á la línea de horizonte casi indistinta en la oscuridad progresiva.

Aquella muralla del aire, toda de una sola pieza, subia silenciosamente.

Ni una ondulacion, ni un pliegue, ni una prominencia que la desfigurasen ó desconcertasen. Aquella inmovilidad en movimiento era lúgubre.

El sol, pálido detrás de no sé qué trasparencia morbosa, iluminaba aquel lineamento apocalíptico. La nube invadia ya casi la mitad del espacio.

Aquello era algo parecido á la salida de una montaña de sombra entre la tierra y el cielo.

Era la ascension de la noche en pleno dia.

Hacia en el aire un calor de estufa. Una humedad tibia se desprendia de aquella mole misteriosa. El cielo, que de azul habia pasado á blanco, de blanco habia pasado á pardo. Parecia una gran pizarra. El mar, debajo, empañado y plomizo, era otra pizarra enorme.

Ni un soplo, ni una ola, ni un ruido.

El mar desierto, en cuanto alcanzaba la vista. Ninguna vela por ningun lado. Las aves marítimas se habian escondido. Se sentia la traicion en el infinito.

El engruesamiento de toda aquella sombra se amplificaba insensiblemente.

La movediza montaña de vapores que se dirigia hácia los Douvres era una de aquellas nubes que se podrian llamar nubes de combate. Nubes ambiguas y vizcas.

Por en medio de aquellos hacinamientos oscuros mira no sé qué estrabismo (1).

Aquella aproximacion era terrible.

Gilliatt examinó detenidamente la nube y dijo entre dientes: Tengo sed, tú me darás agua.

Permaneci6 algunos momentos inmóvil con la mirada clavada en la nube. Hubiérase dicho que media la tempestad.

Tenia su gorra en el bolsillo del chaqueton; la sacó y se la puso en la cabeza. Cogi6 del agujero, que por tanto tiempo habia sido su vivienda, su reserva de utensilios; se puso las polainas y se echó á la espalda el capote como un caballero que se arma en el momento de la accion.

Ya se sabe que no tenia zapatos, pero las rocas habian curtido y encallecido sus pies desnudos.

Puesto su traje de guerra, examinó su quebrantolas, empuñó resueltamente la cuerda de nudos, bajó de la meseta de la Douvre, se puso de pies en las rocas de abajo, y corri6 á su almacen. Algunos instantes despues estaba trabajando.

La vasta nube muda pudo oír sus martillazos. ¿Qué hacia Gilliatt? Con los clavos, cuerdas y tablones que le quedaban construia en la boca del Este un segundo dique, de 10 ó 12 pies, detrás del primero.

(1) Vista defectuosa de los vizcos.

El silencio seguía siendo profundo. Ni siquiera se movían los tallos de yerba de las rendijas del escollo.

El sol desapareció de repente. Gilliatt levantó la cabeza.

La nube ascendente acababa de alcanzar el sol. Aquello fue como una extinción del día, reemplazado por una reverberación dudosa y pálida.

La muralla de nube había variado de aspecto. No tenía ya su unidad. Se había fruncido horizontalmente al llegar al cenit desde donde pesaba sobre el resto del cielo. Tenía picos.

La formación de la tempestad se dibujaba en ella como en una sección de trinchera. Se distinguían las capas de la lluvia y los depósitos del granizo. No había en ella relámpagos, sino un horrible resplandor difuso, pues bien puede la idea de horror asociarse á la idea de luz.

Se oía la vaga respiración de la tempestad. Aquel silencio palpitaba oscuramente.

Gilliatt, silencioso también, veía cómo se agrupaban encima de su cabeza todas aquellas moles de bruma y cómo se componía la deformidad de las nubes.

Pesaba y se extendía en el horizonte una faja de niebla de color de ceniza, y en el cenit una faja de color de plomo; lívidos harapos colgaban de las nubes de arriba sobre las nieblas de abajo. Todo el fondo, que constituía el muro de nubes, era descolorido, lechoso, térreo, triste, indescriptible.

Una delgada nube blanquecina trasversal, llegada no

se sabe de dónde, cortaba oblicuamente, del Norte al Sur, la alta muralla sombría. Una de las estremidades de la nube se arrastraba por el mar. En el punto en que tocaba la confusión de las olas, se percibía en la oscuridad una bocanada de vapor rojizo.

Debajo de la larga nube pálida, nubecillas muy bajas y muy negras volaban en sentido inverso unas de otras como si no supiesen qué hacer. La poderosa nube del fondo crecía á la vez en todas partes, aumentaba el eclipse, y continuaba su interposición lúgubre.

Hacia el Este, detrás de Gilliatt, no había más que un pórtico de cielo claro que iba á cerrarse. Sin que se sintiese la impresión de ningún viento, una extraña difusión de plumazón cenicienta pasó, desparramada y desmenuzada, como si alguna ave gigantesca acabase de ser desplumada detrás de aquel muro de tinieblas. Se había formado un techo negro compacto que, en el extremo horizonte, llegaba al mar y se mezclaba allí con la noche. Se sentía algo que avanzaba, algo vasto y pesado y feroz. La oscuridad se condensaba. De repente estalló un inmenso trueno.

El mismo Gilliatt sintió el sacudimiento. Hay algo de sueño en el trueno. Aquella realidad brutal en la región visionaria tiene algo que aterroriza.

Parece que se oye la caída de un mueble en la cámara de los gigantes.

No acompañó al estruendo ningún resplandor eléctrico. Fue como un trueno negro. Se restableció el silencio.

Hubo una especie de intervalo como cuando se toma posición.

Después, aparecieron uno tras otro y lentamente grandes relámpagos informes. Eran relámpagos mudos.

A cada uno de ellos se iluminaba todo.

El muro de nubes era ya otro. Había bóvedas y arcos. Se distinguían en él siluetas. Se esbozaban cabezas monstruosas; parecía que se tendían cuellos; elefantes cargados con sus torres se entreveían y se desvanecían.

Una columna de bruma, recta, redonda y negra, coronada de un vapor blanco, remedaba la chimenea de un vapor colosal engullido que calentaba su caldera bajo el agua y echaba humo. Ondeaban sábanas de nube. Se veían al parecer banderas desplegadas.

En el centro, bajo rojizas densidades, se hundía inmóvil un núcleo de niebla densa, inerte, impenetrable á las chispas eléctricas, especie de feto asqueroso en el vientre de la tempestad.

Gilliatt sintió de repente que una bocanada de aire le desgreñaba. Unas cuantas gotas de agua se aplastaron en la roca en torno suyo.

Después se oyó un segundo trueno. Se levantó viento.

La sombra había concluido sus preliminares. El primer trueno había removido el mar, el segundo hendió la muralla de arriba á abajo; se hizo un agujero por el cual salió toda el agua en suspensión, la grieta se convirtió en una boca llena de lluvia, y empezó el vómito de la tempestad.

El instante fue espantoso.

Aguacero, huracan, relámpagos, rayos, olas hasta las nubes, espuma, truenos, torsiones frenéticas, gritos, ronquidos, silbidos, todo á un mismo tiempo. Desencadenamiento de monstruos.

El viento soplabá fulminante. La lluvia no caía, se desplomaba.

Para un pobre hombre, comprometido, como Gilliatt, con una barca cargada, en un desfiladero de rocas en alta mar, no podía haber crisis mas amenazadora.

El peligro de la marea, de que Gilliatt había triunfado, era muy poca cosa comparado con el peligro de la tempestad. Hé aquí cuál era la situación:

Gilliatt, á cuyo rededor todo era precipicio, en el último minuto y delante del peligro supremo descubría una hábil estrategia.

Había tomado su punto de apoyo en el enemigo mismo; se había asociado el escollo; el peñasco Douvres, antes su adversario, era su segundo en aquel inmenso duelo. Gilliatt lo había colocado á sus órdenes. De aquel sepulcro Gilliatt había hecho su fortaleza. Se había almenado en aquella formidable mole del mar.

Allí estaba bloqueado, pero murado. Se hallaba, si así puede decirse, recostado en el escollo, frente á frente del huracan. Había barreado el estrecho, aquella calle de olas. Era lo único que podía hacer. Parece que también se puede hacer entrar en razón al Océano, que es un déspota, por medio de barricadas.

La panza por tres lados podia considerarse como segura. Estrechamente encerrada entre las dos fachadas interiores del escollo, anclada en pata de ganso, se hallaba al Norte abrigada por la Douvre menor, al Sur por la mayor. ¡tajos salvajes, mas acostumbrados á causar naufragios que á impedirlos!

Al Oeste se hallaba protegida por la trabazon de tablonés amarrada y clavada á las rocas, barrera experimentada que habia resistido victoriosamente el rudo flujo de la alta marea, verdadera puerta de ciudadela que tenia por jambas y dintel las mismas columnas del escollo, los dos Douvres. Nada habia que temer por aquel lado.

Todo el peligro estaba por la parte del Este.

Por la parte del Este no habia mas que el quebranta-olas. Un quebranta-olas es un aparato de pulverizacion. Debe por lo menos estar compuesto de dos bovedillas, y Gilliatt habia solo tenido tiempo para construir una.

Se ocupaba en construir la segunda teniendo ya encima la tempestad.

Afortunadamente el viento llegaba del Noroeste. El mar comete torpezas. El Noroeste, que es el antiguo galerno, produce poco efecto en las rocas Douvres.

Asaltaba el escollo de través, y no arrojaba las olas ni contra la una, ni contra la otra de las dos bocas del desfiladero, de suerte que, en lugar de entrar en una calle, se estrellaba contra un muro. La tempestad habia atacado mal.

Pero los ataques del viento son torcidos, y era de te-

mer alguna virada súbita. Si esta virada se hacia por el lado del Este antes que se hubiera construido la segunda bovedilla del quebranta-olas, el peligro era grande.

La invasion de la calleja de rocas por la tempestad se verificaria, y estaba todo perdido.

El atolondramiento de la tempestad iba creciendo. Toda tempestad es un golpe tras otro, y esta es su fuerza, y tambien es su falta. A fuerza de ser una rabia, permite á la inteligencia armarse contra ella, y el hombre se defiende, pero ¡con cuántas dificultades!

Nada es mas monstruoso.

Nada de descanso, nada de interrupcion, nada de tregua, ni un solo instante para tomar aliento. Hay no sé qué cobardía en esa prodigalidad de lo inagotable, en que parece verse el pulmon de lo infinito que sopla.

Toda la inmensidad en tumulto se arrojaba contra el escollo Douvres. Se oian innumerables voces. ¿Quién gritaba? Allí estaba el antiguo terror pánico.

Habia momentos en que parecia que la tempestad hablaba como si diese alguna voz de mando. Y luego clamores, clarines, trepidaciones estrañas y el gran rugido magestuoso que los marinos llaman *reto del Océano*.

Las espirales indefinidas y fugitivas del viento silbaban encrespando las olas, y éstas convertidas en discos eran arrojadas contra las rompientes como gigantescos guijarros por atletas invisibles. La enorme espuma coronaba todas las rocas. Torrentes arriba, babas abajo. Despues redoblábanse los mugidos.

Ningun rumor humano ó bestial podria dar idea de los estruendos mezclados con aquellas dislocaciones del mar.

La nube cañoneaba, el granito ametrallaba, la ola escalaba. Ciertos puntos parecian inmóviles; en otros el viento corria veinte toesas por segundo. El mar, á cuanto alcanzaba la vista, estaba blanco; diez leguas de agua de jabon llenaban el horizonte.

Se abrian puertas de fuego. Algunas nubes parecian incendiadas por las otras, y sobre aquel cúmulo de ascuas algunos nubarrones negros tenian todas las apariencias de una humareda. Configuraciones flotantes chocaban entre sí y se amalgamaban desfigurándose recíprocamente.

Caía una agua inmensurable. Se oía fuego por compañías en el firmamento. En el centro de la bóveda sombría habia una especie de banasta de que caian en mezclanza el sifon, el granizo, los chubascos, los fuegos fosfóricos, la noche, la luz, los rayos. ¡Tan formidables son las inclinaciones del abismo!

En nada de eso parecia fijar Gilliatt la atencion. Tenia inclinada la cabeza sobre su trabajo.

Empezaba á levantar la segunda bovedilla. A cada trueno contestaba con un martillazo, y esta cadencia resonaba en el caos. Tenia la cabeza descubierta. Una ráfaga le habia arrebatado su gorra de marinero.

La sed le acosaba. Tenia probablemente calentura. En torno suyo en los agujeros de las rocas se habian formado algunos charcos, cuya agua cogia él de cuando en cuando en el hueco de la mano y la bebia.

Despues, sin examinar siquiera el estado de la tempestad, volvía á su faena.

Todo podia depender de un instante. Sabia lo que le esperaba si no concluía á tiempo su quebranta-olas. ¿A qué perder un minuto en mirar cómo se acerca el semblante de la muerte?

El trastorno era inmenso en torno suyo. Habia mucho estrépito y movimiento.

De cuando en cuando parecia que el rayo bajaba por una escalera. Los sacudimientos eléctricos volvian sin cesar á los mismos puntos del escollo, dotados probablemente de alguna atraccion metálica.

Habia piedras de granizo del tamaño del puño. Gilliatt tuvo que sacudir los pliegues de su chaqueton, cuyos bolsillos estaban llenos de pedriscos.

La tormenta venia del Oeste, y azotaba la barrera de los Douvres; pero Gilliatt, con razon, tenia en esta barrera la mayor confianza. Formada de un gran trozo de proa de la Duranda, recibía con rigidez el choque de las olas; la elasticidad es una resistencia; los cálculos de Stevenson establecen que contra el oleaje, elástico él tambien, una armadura de madera, de una dimension dada, trabada y encadenada de cierta manera, es un obstáculo mas poderoso que un break-water de cal y canto. La barrera de los Douvres llenaba todas las condiciones; estaba además tan ingeniosamente amarrada, que el agua, golpeándola por encima, era como el martillo que ahonda el clavo; la apoyaba mas y mas en la roca y la conso-

lidaba. Hubiera sido necesario para demolerla derribar los Douvres.

La ráfaga, en efecto, no conseguía mas que enviar á la panza, por encima del obstáculo, algunos esputos espumosos. Por aquel lado la tempestad, gracias al dique, abortaba en escupiduras.

Gilliatt volvió la espalda á esos imponentes esfuerzos. Sentía tranquilamente detrás de él aquella rabia inútil.

Los copos de espuma, volando en todas direcciones, parecían vedijas de lana. El agua copiosa é irritada inundaba las rocas, subía encima de ellas, entraba dentro, penetraba en la red de hendiduras interiores, y volvía á salir de las masas graníticas por estrechas grietas, especies de bocas inagotables que en medio de aquel diluvio formaban tranquilas fuentejillas.

En distintos puntos hebras de plata caían graciosamente desde los agujeros al mar.

Se estaba concluyendo la bovedilla de refuerzo de la barrera del Este.

Algunos nudos mas de cuerda y de cadena, y quedaria en disposicion de luchar á su vez.

Apareció de repente una gran claridad, cesó la lluvia, se diseminaron las nubes, el viento acababa de variar, se abrió en el cenit una especie de alta ventana crepuscular, y los relámpagos se extinguieron. Hubiérase dicho que habia llegado el fin. Y se estaba en el principio.

La variacion del viento era del Suroeste al Nordeste.

La tempestad iba á romper de nuevo las hostilidades

con un nuevo ejército de huracanes. El Norte iba á dar el violento asalto. Los marinos llaman á esa segunda parte tan temida *la ráfaga de la gran prueba*. El viento del Sur trae mas agua, el del Norte mas electricidad.

Ahora la agresion, viniendo del Este, atacaba el punto débil. Gilliatt suspendió su trabajo, y observó.

Se colocó encima de una roca saliente y vertical detrás de la segunda bovedilla casi terminada.

Si el primer zarzo de quebranta-olas fuese llevado por el agua, hundiria el segundo, aun no consolidado, y bajo esta demolicion quedaria aplastado Gilliatt. Éste, en el punto que acababa de escoger, seria despedazado antes de ver sumergirse en el abismo la panza, la máquina y toda su obra. Tal era la eventualidad. Gilliatt la aceptaba, y aunque terrible, la queria. Queria morir, necesitaba morir en aquel naufragio de todas sus esperanzas; morir el primero, porque la máquina le causaba el efecto de una persona.

Levantó con la mano izquierda los cabellos que humedecidos por la lluvia le caían sobre los ojos, cogió con la mano derecha su pesado martillo, se inclinó hácia atrás, siendo su actitud amenazadora tambien, y esperó.

No esperó mucho tiempo. El resplandor de un rayo dió la señal, se cerró la pálida abertura del cenit, una bocanada de aire de chubasco sopló de pronto, se oscureció todo, y no hubo ya mas luz que la de los relámpagos. Empezaba el sombrío ataque. Una ola poderosa, visible á la luz de los relámpagos repetidos casi sin interrupcion, se levantó hácia el Este, mas allá del peñasco el Homme. Pa-

recia un inmenso rodillo de cristal. Era de un color verde blanquinoso y sin espuma, y barria todo el mar. Avanzaba hácia el quebranta-olas. A medida que se acercaba, se hinchaba; era no sé qué ancho cilindro de tinieblas que rodaba sobre el Océano. El trueno gruñía sordamente.

La ola alcanzó el peñasco el Homme, se dividió en dos y cada trozo fue por su lado. Al volverse á unir, los dos trozos no formaron mas que una montaña de agua, que se hizo perpendicular al quebranta-olas, al cual era antes paralela. Era una ola que tenia la forma de una viga. Era un ariete arrojado contra el quebranta-olas. El choque fue rugidor. Todo se desvaneció en la espuma. El hombre que habia puesto un bozal al Océano no descansaba.

Afortunadamente la tormenta estuvo algun tiempo divagando. Las olas volvieron á encarnizarse en las partes muradas del escollo, lo que fue una repetición de que se aprovechó Gilliatt para completar la bovedilla de refuerzo. En este trabajo se pasó todo el día.

La tormenta siguió ejerciendo su violenta acción contra el flanco del escollo con una solemnidad lúgubre. La urna de agua y la urna de fuego que se hallan en las nubes se vertían sin vaciarse. Las ondulaciones altas y bajas del viento remedaban los movimientos de un dragon.

Siendo el día tan oscuro como una noche, cuando ésta llegó, no se notó siquiera.

Por lo demás, la oscuridad no era completa. Las tempestades, iluminadas y cegadas por el rayo, tienen intermitencias de visible y de invisible. Todo es blanco, y lue-

go todo es negro. El espectador asiste á la salida de las visiones y al regreso de las tinieblas.

Una zona de fósforo, de un color rojo boreal, flotaba como un andrajo de llama espectral detrás de las densas nubes, de lo que resultaba una vasta palidez. La lluvia era luminosa. Aquellas claridades ayudaban á Gilliatt y le dirigian. Hubo una ocasión en que se volvió y dijo al relámpago: ¡alúmbreme! Gracias á su resplandor, pudo levantar la bovedilla de refuerzo mas aun que la primitiva. El quebranta-olas se completó casi del todo. Como Gilliatt amarraba á la roda culminante un cable de refuerzo, el viento le sopló de lleno en la cara, lo que le hizo levantar la cabeza. El viento se habia de pronto inclinado al Nordeste, y volvía por consiguiente á empezar el ataque de la boca del estrecho. Gilliatt echó una mirada á lo lejos. El quebranta-olas iba á ser arrollado nuevamente. Venía una nueva ola. Esta ola acometió rudamente, y siguió otra y despues otra y despues otra, cinco ó seis en tumulto, casi juntas, y por fin una última que fue espantosa.

Esta que era como un total de fuerzas, tenia no sé qué figura de ser viviente. No hubiera sido difícil que la imaginación hubiese dado á aquel entumecimiento y á aquella transparencia aspectos de agallas y de aletas. La ola se rompió y se hizo polvo en su choque con el quebranta-olas.

Su forma casi animal se destrozó en el rechazo. Aquello fue, en la pesada mole de rocas y de tablas, algo parecido al vasto aplastamiento de una hidra. La ola al morir devastaba. Parecía que se encaramaba y mordía. Re-

movió el escollo un profundo temblor con el cual se mezclaban gruñidos de bestia. La espuma se asemejaba á la salida de un leviatan. Al bajar, la espuma dejó ver una avería. El último escalamiento habia causado estragos. El quebranta-olas habia sufrido. Una larga y pesada viga, arrancada de la bovedilla anterior, habia sido arrojada, por encima de la barrera de atrás, contra la roca vertical que momentáneamente habia escogido Gilliatt para puesto de combate. Felizmente, no habia vuelto á subir á ella. De otra suerte hubiera quedado muerto en el acto.

Hubo en la caída de la viga una singularidad, y que impidiendo á la viga rebotar, libró á Gilliatt de contragolpes. Como vamos á ver, en cierto modo hasta le fue útil.

Entre la roca saliente y el escarpe interior del desfiladero, habia un intervalo, una muesca bastante parecida á la entalladura de una hacha ó al alvéolo de una cuña.

Una de las estremidades del tablon, echado al aire por la ola, se habia embutido, al caer, en el alvéolo, y éste se habia dilatado. Ocurrióse á Gilliatt una idea. Pesar sobre la estremidad opuesta.

El tablon, sujeto por un extremo en la hendidura de la roca que él mismo habia ensanchado, salia recto como un brazo tendido, el cual se prolongaba paralelamente á la fachada interior del desfiladero, y la estremidad libre del tablon se alejaba de este punto de apoyo unas diez y ocho ó veinte pulgadas; lo que era una buena distancia para los esfuerzos que habian de practicarse.

Gilliatt con los pies, las rodillas y los puños se apun-

taló contra el escarpe, y apoyó sus dos hombros contra la enorme palanca. El tablon era largo, lo que aumentaba la fuerza de su peso. La roca estaba ya conmovida. Sin embargo, tuvo que multiplicar cuatro veces sus esfuerzos. Le caia de sus cabellos tanto sudor como lluvia. El cuarto esfuerzo fue frenético. Hubo un ronquido en la roca, la muesca prolongada y hendida se abrió como una mandíbula, y la pesada mole cayó en el estrecho del desfiladero con un estrépito terrible á que replicaron los truenos.

Cayó todo entero, si es lícito hablar así, es decir, sin romperse. Figurémonos una torre que se precipita toda como si fuese de una sola pieza. El tablon convertido en palanca siguió al peñasco, y el mismo Gilliatt, cediendo también, estuvo próximo á caer. En aquel punto habia poca agua y el fondo estaba cubierto de chinarras.

El monolito, en un embate de espuma que salpicó á Gilliatt, quedó echado entre las dos grandes rocas paralelas del desfiladero y formó una muralla trasversal, especie de eslabon que unia los dos escarpes. Sus dos extremos tocaban el desfiladero, y siendo demasiado largo, su vértice, que era de roca musgosa, se rompió al encajarse.

Resultó de esta caída un callejon sin salida muy singular, que aun actualmente puede verse. El agua, detras de aquella barrera de piedra, está casi siempre tranquila.

Aquella trinchera era mas invencible aun que el trozo de la proa de la Duranda embutida entre los dos Douvres.

Fue una trinchera que intervino muy á tiempo.

Habia continuado la marejada. La ola se obstinaba

siempre contra el obstáculo. La primera bovedilla atacada empezaba á desarticularse. Una sola malla deshecha es en un quebranta-olas una avería grave. El ensanche del agujero es inevitable, y no hay medio de repararlo en el acto, porque el oleaje se llevaría al trabajador.

Una descarga eléctrica que alumbró el escollo descubrió á Gilliatt el estrago que se hacia en el quebranta-olas.

Los tablonos se habian aflojado, los cabos de cuerda y de cadena empezaban á ser juguete del viento, y habia una abertura en el centro del aparato. La segunda bovedilla estaba intacta.

El pedrusco, tan poderosamente echado por Gilliatt en el estrecho detrás del quebranta-olas, era la mas sólida de las barreras, pero tenia el defecto de ser una barrera demasiado baja. El oleaje no podia romperla, pero podia pasar por encima de ella. Y no habia que pensar en levantarla mas. Solo podian sobreponerse útilmente á aquella barrera de piedra masas de roca; ¿pero cómo desprenderlas, cómo arrastrarlas, cómo consolidarlas?

Se colocan tablas sobre tablas, no rocas sobre rocas.

Gilliatt no era Encédalo. La poca elevacion de aquel pequeño istmo de granito preocupaba á Gilliatt.

No tardó en dejarse sentir esta falta. Las ráfagas no dejaban en paz el quebranta-olas, y hacian algo mas que encarnizarse con él; hubiérase dicho que no se ocupaban mas que de su destruccion. Se oia una especie de pataleo sobre aquella amazon tan traqueteada.

De repente un pedazo de burel, destacado de aquella

dislocacion, saltó mas allá de la segunda bovedilla, y fué á parar al desfiladero donde el agua se apoderó de él y lo arrastró á las sinuosidades de la calleja. Allí Gilliatt lo perdió de vista. Era probable que el trozo de viga fuese á chocar con la panza. Afortunadamente, en el interior del escollo, el agua, cerrada por todos lados, se resentia apenas del sacudimiento exterior. Habia poca marejada, y el choque no podia ser muy rudo. Por lo demás, Gilliatt no habia tenido tiempo de ocuparse de aquella avería, si era avería realmente. Todos los peligros se presentaban á un mismo tiempo. La tempestad se concentraba en el punto vulnerable, y delante de él estaba la inminencia.

Hubo un momento en que por una connivencia siniestra, interrumpiéndose los relámpagos, la oscuridad fue profunda. La nube y la ola no formaron mas que un solo enemigo, y se oyó un golpe sordo. A este golpe sucedió un fracaso. Gilliatt adelantó la cabeza.

La bovedilla, que era el frente de la barrera, estaba hundida. Se veian saltar en las olas las estremidades de las vigas, y el mar se servia del primer quebranta-olas para batir en brecha el segundo. Gilliatt espermentó lo que espermentaria el general que viese derrotada su vanguardia.

La segunda fila de tablonos resistió el choque. La armadura de tablonos estaba muy reciamente atada y apuntalada. Pero la bovedilla rota era pesada, y estaba á discrecion de las olas que la arrojaban, y la volvian á coger, y la volvian á arrojar, conservando siempre todo su volúmen, porque la impedian hacerse pedazos las ligaduras que aun

conservaba. Así es como las cualidades que le había dado Gilliatt como aparato de defensa hacían de ella una excelente máquina de destrucción. Era un escudo convertido en maza. Además, las quebraduras le daban puntas; salían de su superficie numerosos clavos y astillas, y estaba como cubierta de dientes y de espolones. No había para ser manejada por la tempestad otra arma contundente más temible y más propia. Ella era el proyectil y el mar era la catapulta. Los golpes se sucedían con una especie de regularidad trágica. Gilliatt, pensativo detrás de aquella puerta tapiada por él, oía como llamaba el mar á ella, queriendo entrar.

Reflexionaba amargamente que, sin la chimenea de la Duranda tan fatalmente retenida, á aquellas horas habría ya entrado en Guernesey y en el puerto con la panza en seguridad y la máquina salvada. Se realizó lo que temía. Hubo un fraccionamiento que produjo un ruido como de estertor. Toda la armazón del quebranta-olas á la vez, las dos armaduras confundidas y desmenuzadas á un mismo tiempo, fueron arrastradas por las olas á la barrera de piedra como una montaña contra otra, y allí se detuvieron.

Aquello no fue más que un caos, una informe maleza de tablones, penetrable á las olas que seguían pulverizándola. Aquella muralla vencida agonizaba heroicamente.

El mar la había despedazado, y aun él se rompía en ella. Estaba derribada, y hasta cierto punto era aun eficaz. La roca formando barrera, obstáculo sin retroceso posible, la sujetaba por el pie.

Como hemos dicho, el desfiladero era muy estrecho en

aquel punto; la ráfaga victoriosa había hecho retroceder, destrozado y machacado, el quebranta-olas todo entero en el estrecho, y la violencia misma del empuje, apilando las vigas y hundiendo las unas en las fracturas de las otras, había hecho de aquella demolición un aplastamiento sólido.

Lo que estaba destruido se había hecho inmóvil. No se arrancaron más que algunos tablones que dispersó el oleaje.

Uno de ellos hendió el aire muy cerca de Gilliatt, que sintió en la frente el viento que arrojaba con ímpetu.

Pero algunas de las grandes olas, que vuelven en las tormentas con una periodicidad imperturbable, saltaban por encima del arruinado quebranta-olas, y al caer en el desfiladero, á pesar de los recodos que en ésta había, agitaban el agua. El estrecho empezaba á agitarse en demasía. El beso oscuro de las olas á las rocas se acentuaba.

¿Cómo impedir que la agitación se propagase hasta la panza? No necesitarían mucho tiempo aquellas ráfagas para volver tempestuosa toda el agua interior, y unas cuantas olas bastarían para abrir la barca y tragarse la máquina.

Gilliatt se estremecía. Pero no se desconcertaba. No había derrota posible para su grande alma. El huracán había encontrado la coyuntura favorable, y se engolfaba frenéticamente entre las dos paredes del estrecho.

De repente, á alguna distancia detrás de Gilliatt, resonó y se prolongó en el desfiladero un chasquido más espantoso que todo lo que Gilliatt había oído hasta entonces.

El chasquido procedía del lado en que se hallaba la panza. Sucedia algo funesto. Gilliatt corrió á la barca.

Desde la boca del Este en que se hallaba, no podía ver la panza á causa de las tortuosidades del desfiladero. Al llegar á la última vuelta se detuvo esperando un relámpago.

El relámpago llegó y le mostró la situación.

La arremetida del mar en la boca del Este habia coincidido con una arremetida del viento en la boca del Oeste.

En este punto se iniciaba un desastre.

La panza no tenia ninguna avería visible. Del modo que estaba anclada, ofrecia poco blanco á los embates del viento y de las olas, pero el esqueleto de la Duranda amenazaba desplomarse. Aquella ruina presentaba á la tempestad mucha superficie. Se hallaba enteramente fuera del agua, y se ofrecia al aire toda entera. El agujero, practicado en ella por Gilliatt para extraer la máquina, habia acabado de debilitar el casco. La quilla estaba cortada. Era un esqueleto que tenia rota la columna vertebral. El huracan habia sido recio.

No hubo necesidad de mas. El puente se habia plegado como un libro que se abre. Se habia producido un desmembramiento, que fue la causa del chasquido que, en medio de la tormenta, habia llegado á oídos de Gilliatt.

Lo que éste vió al acercarse parecia irremediable.

La incision en cuadro practicada por él se habia convertido en una úlcera, de que el viento habia hecho una fractura. Esta rotura trasversal dividia en dos el buque náufrago. La parte posterior, próxima á la panza, habia permanecido firme en su torno de rocas. La parte anterior, la que hacia frente á Gilliatt, colgaba. Una fractura, en tanto que no se completa, es un gozne. Aquella mole oscilaba

alrededor de sus roturas, como si éstas fuesen bisagras, y el viento la balanceaba con imponente ruido.

Afortunadamente la panza no se hallaba debajo.

Pero el balance conmovia la otra mitad del casco aun incrustada é inmóvil entre los dos Douvres.

De la conmocion está muy cerca el arrancamiento.

Obstinándose el viento, la parte dislocada podia súbitamente arrastrar la otra, que casi estaba tocando con la panza, y en tal caso ésta con la máquina cederia á tan ruda pesadumbre y bajaria al abismo. Gilliatt comprendió el peligro. Era para él la gran catástrofe. ¿Cómo conjurarla?

Gilliatt era de los que hacen brotar el éxito del mismo peligro. Meditó un momento.

Fué á su arsenal y cogió el hacha. El martillo habia trabajado bien; habia llegado su vez á la segur.

Gilliatt subió al buque náufrago. Sentó el pie en la parte de cubierta que no se habia doblado, é inclinado encima del precipicio que separaba los dos Douvres, se dió prisa á acabar de romper los tablones ya medio fracturados y en cortar las ligaduras que aun quedaban en el casco destrozado. Consumar la separacion de los dos trozos del buque náufrago, dejar en su lugar la mitad de él que estaba enclavada, echar al agua la otra mitad que era juguete del viento, auxiliar á la tempestad, tal era la operacion.

Era una operacion mas peligrosa que difícil.

La mitad del casco que estaba colgando, sacudida por el viento y por su propio peso, no estaba adherida sino por algunos puntos.

El conjunto del buque náufrago se asemejaba á una ventana con dos puertas en que una de ellas medio desclavada golpease la otra. Cinco ó seis tablas solamente, dobladas y resquebrajadas, pero no rotas, se mantenian aun firmes. Sus fracturas crugian y se ensanchaban á cada acometida del cierzo, y el hacha no tenia que hacer otra cosa, si así puede decirse, que ayudar al viento. Las pocas adherencias, que tan fácil volvian el trabajo, contribuian á que éste fuese mas peligroso.

Todo podia á la vez venirse abajo y arrastrar á Gilliatt en la caída. La tempestad se hallaba en su parasismo. No habia sido mas que tremenda, y se hizo horrible.

La convulsion del mar invadió el cielo.

La nube hasta entonces habia sido soberana, parecia ejecutar lo que queria, daba el impulso, infundia á las olas su locura, conservando al mismo tiempo no sé qué lucidez siniestra. Abajo estaba la demencia, encima estaba la cólera. El cielo es el soplo, el Océano es no mas que la espuma. De ahí la autoridad del cielo. El huracan es genio.

Sin embargo, la embriaguez de su propio horror le habia turbado. No era mas que torbellino. Era la ceguera engendrando la noche.

Hay en las tormentas un momento insensato, que es para el cielo como un vapor que se le sube al cerebro.

El cielo se pone ebrio. El abismo no sabe lo que se hace. Fulmina rayos á tientas. Nada mas espantoso. Es la hora horrible. La trepidacion del escollo llegaba á su colmo. Toda tempestad tiene una misteriosa orientacion, que

en aquel instante la pierde. Es el mal lado de la tempestad. En aquel instante, *el viento*, decia Tomás Fuller, *es un loco furioso*. En aquel instante se hace en las tempestades ese gasto continuo de electricidad que Piddington llama *la cascada de relámpagos*. En aquel instante aparece en lo mas negro de la nube, no se sabe por qué, para espiar el azoramiento universal, un círculo de resplandor azul que los antiguos marinos españoles llamaban *el ojo de la tempestad*.

Este ojo lúgubre miraba á Gilliatt.

Por su parte, Gilliatt observaba la nube. Ahora levantaba la cabeza. Despues de cada hachazo se erguia altanero.

Estaba ó parecia estar demasiado perdido para que no le dominase el orgullo. ¿Desesperaba? No. Ante el supremo arrebató de rabia del Océano era tan prudente como atrevido. Solo ponía los pies en los puntos sólidos del buque náufrago. Tambien él estaba en su parasismo. Su vigor se habia decuplicado. Estaba ébrio de intrepidez.

Sus hachazos resonaban como desafíos. Parecia haber ganado en lucidez lo que la tempestad habia perdido. ¡Conflicto patético! Por una parte lo inagotable, por otra lo infatigable. Estaba por ver quién venceria á quién.

Las terribles nubes modelaban en la inmensidad máscaras de gorgonas; todo se mezclaba para producir la mayor intimidacion posible; la lluvia venia de las olas, la espuma de las nubes; las fantasmas del viento se encorbaban; aspectos de meteoros aparecian purpúreos y se eclipsaban, haciéndose la oscuridad mas monstruosa despues de estos desvanecimientos; un chaparrón único venia

de todos lados; todo era ebullicion; la sombra en masa se desbordaba; los cúmulos cargados de granizo, desgarrados, cenicientos, parecian presa de un frenesí giratorio; se oia en el aire un ruido de granos secos que se pasan por una criba; las electricidades inversas estudiadas por Volta producian de una á otra nube su juego fulminante; las prolongaciones del rayo eran espantosas; los relámpagos tocaban casi á Gilliatt. Éste parecia asombrar al abismo.

Iba y venia sobre la Duranda vacilante, haciendo temblar la cubierta bajo sus pasos, golpeando, tajando, cortando, tronchando, con el hacha en la mano, lívido por los relámpagos, desmelenado, descalzo, haraposo, con el rostro cubierto de salivazos del mar, grande en aquella cloaca de truenos. Solo la destreza puede luchar contra el delirio de las fuerzas. La destreza era el triunfo de Gilliatt. Quería producir una caída general de toda la porcion de buque dislocada. Al efecto debilitaba las partes próximas á derrumbarse sin romperlas completamente, dejando algunas fibras que sostuvieran el resto. Detúvose de repente con el hacha levantada. La operacion estaba hecha. El trozo entero se desprendió. Esta mitad del esqueleto se deslizó entre los dos Douvres debajo de Gilliatt, que estaba de pie sobre la otra mitad, inclinado y observando. Cayó verticalmente en el agua, salpicó las rocas y se detuvo en la angostura antes de tocar al fondo. Quedó bastante fuera del agua para dominar el oleaje á una altura de mas de 12 pies; el tablero vertical formaba muralla entre los dos Douvres; lo mismo que la roca atravesada echada en el estrecho un poco mas

arriba, dejaba apenas filtrar la espuma por sus dos estremidades; ésta fue la quinta barricada improvisada por Gilliatt contra la tempestad en aquella calle del mar. El huracán, ciego, habia trabajado en la construcción de esta última barricada. Era una fortuna que la proximidad de las paredes hubiera impedido á este dique llegar al fondo.

De este modo tenia mayor altura; además, el agua podia sin obstáculo pasar por debajo, lo cual aumentaba la fuerza de las tablas. Lo que pasa por debajo no salta por encima. Este es, en parte, el secreto del dique flotante.

Desde aquel momento, hiciera la borrasca lo que quisiera, nada habia que temer por la panza y la máquina. El agua no podia ya circular á su alrededor.

Entre la cerca de los Douvres que los cubria por el Oeste, y el nuevo dique que los protegía por el Este, ningún golpe de mar ni de viento podia alcanzarlos.

Gilliatt habia utilizado la catástrofe para la salvacion. La tempestad, al fin, le habia ayudado.

Hecho esto, tomó de un charco de lluvia un poco de agua en el hueco de la mano, bebió y dijo al huracán: ¡zopenco! Para la inteligencia que combate es una alegría irónica hacer constar que la vasta estupidez de las fuerzas furiosas solo ha conducido á prestarle servicios, y Gilliatt sentia la inmemorial necesidad de insultar al enemigo, necesidad que se remonta á los héroes de Homero.

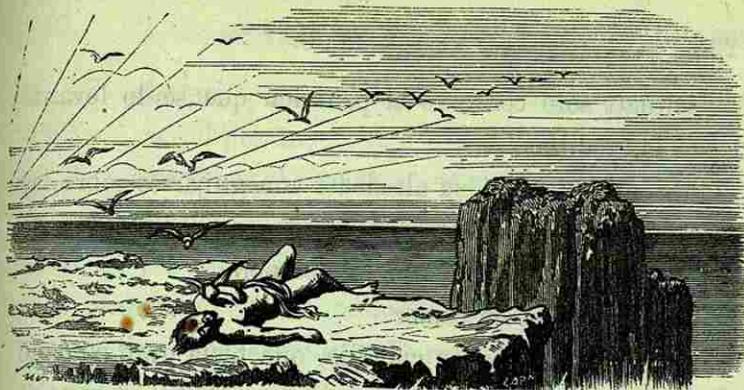
Gilliatt bajó á la panza y se aprovechó de la luz de los relámpagos para examinarla. Ya era tiempo de socorrer á la pobre barca; habia sido violentamente sacudida en la

hora precedente y empezaba á torcerse. Gilliatt en este golpe de vista sumario no reconoció avería alguna. Sin embargo, era indudable que habia recibido violentos choques.

Ya calmada el agua, el casco se habia enderezado por sí mismo; las anclas se habian conducido bien; en cuanto á la máquina, sus cuatro cadenas la habian mantenido admirablemente. Apenas habia Gilliatt acabado esta revista, cuando un objeto blanco pasó muy cerca de él y se sumergió en la sombra. Era una paviota. No puede haber en las tormentas aparicion mas agradable. Cuando las aves llegan, el huracan se retira. Otra señal escelente, la tronada aumentaba. Las supremas violencias de la tempestad la desorganizan. Todos los marinos saben que la última prueba es ruda pero corta. El esceso de rayos anuncia el fin. La lluvia se detuvo repentinamente. Solo se oia en las nubes un redoble gruñon. El huracan cesó como una tabla que cae al suelo. Se quebró por decirlo asi. El inmenso aparato de las nubes se deslizó. Una rendija de cielo claro se percibió entre las tinieblas. Gilliatt quedó estupefacto; estaba en pleno dia. La tempestad habia durado mas de veinte horas. El viento que la habia traido se la llevó. Una oscuridad difusa llenó el horizonte. Las brumas rotas y fugitivas se amasaron en tumultuosa mezclanza, hubo de extremo á extremo de la línea de las nubes un movimiento de retirada, se oyó un largo rumor decreciente, cayeron algunas rezagadas gotas de lluvia, y toda aquella sombra henchida de truenos huyó como una barahunda de carros terribles. De repente el cielo quedó azul.

LIBRO CUARTO.

LOS DOBLES FONDOS DEL OBSTACULO.



I.

NO ES EL ÚNICO QUE TIENE HAMBRE.

Quando se despertó tuvo hambre.

El mar se apaciguaba. Pero quedaba aun bastante agitación para que la partida inmediata fuese imposible. Además, el día estaba muy avanzado. Con el cargamento que llevaba la panza, para llegar á Guernesey á media noche era preciso partir al amanecer.

Aunque el hambre le apremiaba, Gilliatt empezó por desnudarse, único medio de poder entrar en calor.

Su ropa estaba empapada por el chubasco; pero el agua de lluvia había lavado la del mar, gracias á lo cual podía secarse.

Gilliatt solo conservó el pantalon que se lo levantó hasta las rodillas.

Estendió y fijó á su alrededor con guijarros sobre las prominencias de las rocas su camisa, su chaqueton, su capote, sus polainas y la piel de carnero.

Despues pensó en comer.

Gilliatt recurrió á su cuchillo, que tenia gran cuidado de afilar y mantener siempre en buen estado, y arrancó del granito algunas lapas de la misma especie próximamente que las del Mediterráneo. Ya se sabe que las lapas se comen crudas. Pero despues de tantos, tan diversos y tan rudos trabajos, la pitanza era demasiado frugal. Ya no habia galleta. En cuanto al agua, no le faltaba. Estaba mas que provisto de ella, estaba inundado.

Se aprovechó de la circunstancia de estar bajando la marea para registrar por entre las rocas buscando langostas. Tenia bastante terreno á su disposicion para poder esperar buena caza.

Pero no reflexionaba que ya no podia cocer nada. Si se hubiese tomado la molestia de acercarse á su almacen; lo hubiese hallado hundido por la lluvia. Su madera y su carbon estaban anegados, y de la provision de estopa que le servia de yesca, no habia una sola hebra que no estuviera mojada. No habia, pues, ningun medio de encender fuego. Por lo demás, el fuelle estaba desorganizado; el tejadillo del fogon de la fragua estaba deshecho; el huracan habia saqueado el laboratorio. Con los útiles que se habian salvado de la avería, Gilliatt podia, en rigor, trabajar

como carpintero, pero de ningun modo como herrero. Pero Gilliatt, por el pronto, no se ocupaba de su taller.

Arrastrado por el estómago, se arrojó sin mas reflexion á la persecucion de su merienda. Empezó su persecucion, no por el interior del escollo, sino por su parte exterior que era el lado opuesto de las rompientes. Allí era donde diez semanas antes la Duranda habia barado en los arrecifes. Para la caza que perseguia Gilliatt, el exterior del desfiladero era preferible á su interior. Los cangrejos tienen la costumbre de tomar el aire cuando ha bajado la marea, y tambien la de tomar el sol. Son unos seres diformes á quienes agrada el resplandor del mediodia, y es una cosa estraña su salida del agua en plena luz. Su aparicion casi indigna. Cuando se les ve, con su torpe paso oblicuo, subir pesadamente, de uno á otro escalon, los picos inferiores de las rocas como los peldaños de una escalera, fuerza es confesar que el Océano tiene tambien asquerosas sabandijas.

Dos meses hacia que de aquellas sabandijas vivia Gilliatt.

Aquel dia sin embargo los cangrejos y las langostas no parecian. La tempestad les habia obligado á guarecerse en sus escondrijos y no se habian aun tranquilizado. Tenia Gilliatt en la mano su navaja abierta y arrancaba de cuando en cuando algun molusco debajo de la ova. Iba andando y comiendo.

No debia estar lejos del punto en que sieur Clubin se habia perdido.

Mientras Gilliatt tomaba el partido de contentarse con unos cuantos esquineros y erizos de mar, sintió bajo sus pies una impresión extraña. Un gran cangrejo, espantado por su aproximación, acababa de saltar al agua y no se hundió lo suficiente para que Gilliatt le perdiese de vista.

Gilliatt se echó á correr detrás del crustáceo por el basamento del escollo. El cangrejo huía.

De pronto Gilliatt le perdió de vista.

El cangrejo acababa de meterse en alguna grieta debajo de la roca.

Gilliatt se agarró á las partes salientes y estiró el cuello para ver debajo de los desplomos.

En efecto, allí había una fragosidad, donde debía haberse refugiado el cangrejo. Aquello era algo más que una grieta. Era una especie de pórtico.

El mar entraba por debajo del pórtico, pero no era allí profundo. Se veía el fondo cubierto de guijarros. Aquellos guijarros eran verdosos y estaban tapizados de confervas, lo que indicaba que no quedaban nunca en seco. Parecían cabezas de niños con cabellos verdes.

Gilliatt se puso la navaja entre dientes, agarrándose con los pies y con las manos bajó al agua desde lo alto del escarpe. El agua le llegaba casi á los hombros.

Penetró por debajo del pórtico. Se halló en un corredor sin tipo ni carácter especial con un esbozo de bóveda ojiva encima de su cabeza. Las paredes eran lisas y bruñidas. No veía al cangrejo. Hacía pie. Avanzaba en un decrecimiento de día. Empezaba á no distinguir nada.

A los quince pasos, no había ya encima de él bóveda alguna. Estaba fuera del corredor. Allí había más espacio, y por consiguiente más luz; por otra parte sus pupilas se habían dilatado, y así es que veía bastante claro. Tuvo una sorpresa.

Acababa de entrar en aquella extraña cueva visitada por él un mes antes.

Solo que había entrado en ella por el mar.

Acababa de pasar por aquel arco que había visto anegado, y que en ciertas mareas bajas era practicable.

Sus ojos se iban acostumbrando. Veía cada vez mejor. Estaba atónito. Había vuelto á encontrar aquel extraordinario palacio de la sombra, aquella bóveda, aquellos pilares, aquellas púrpuras, aquella vegetación de pedrería, y en el fondo aquella cripta, casi santuario, y aquella piedra, casi altar.

Se cuidaba poco de estos pormenores, pero tenía en la memoria el conjunto, y volvía á verlo.

Volvía á tener en su presencia, á cierta altura en el escarpe, la cueva en la cual había penetrado otra vez, y que desde el punto en que ahora se hallaba parecía inaccesible.

Volvía á ver junto al arco ojivo aquellas grutas bajas y oscuras, especie de cuevas en la cueva, que ya había observado de lejos. Se hallaba cerca de ellas. La que tenía más próxima había quedado en seco y era fácilmente accesible.

Más cerca aun de aquel hundimiento notó, encima del

nivel del agua, al alcance de su mano, una hendidura horizontal en el granito. Allí estaba probablemente el canchero. Metió en ella el puño tan adentro como le fue posible, y empezó á buscar palpando por el tenebroso agujero.

Sintió de pronto que le asian del brazo.

Lo que sintió en aquel momento fue un horror indescriptible.

Cierta cosa que era delgada, áspera, chata, helada, viscosa y viviente acababa de enroscarse en la sombra alrededor de su brazo desnudo. Aquella cosa le subía hasta el pecho. Era la presión de una correa y la vuelta de una barrena. En menos de un segundo una espiral desconocida le había invadido la muñeca y el codo y le tocaba el hombro.

La punta escarbaba su sobaco.

Gilliatt se echó hácia atrás, pero apenas pudo moverse.

Estaba como clavado.

Cogió con su mano izquierda que había quedado libre la navaja que tenía entre los dientes, y se apuntaló contra el peñasco con un esfuerzo desesperado para sacar su brazo derecho. No consiguió más que irritar, si así puede decirse, aquella ligadura viva, que se cerró con más fuerza. Era elástica como el cuero, sólida como el acero, fría como la noche.

Una segunda correa, estrecha y aguda, salió de la hendidura de la roca. Era como una lengua que sale de

una boca. Lamió espantosamente la cintura desnuda de Gilliatt, y prolongándose de pronto, desmesurada y sutil, se aplicó á su tegumento y le rodeó todo el cuerpo.

Al mismo tiempo, una angustia inaudita, con nada comparable, henchía los crispados músculos de Gilliatt, que sentía en su cutis surcos redondos horribles. Le parecía que innumerables labios, pegados á su carne, intentaban beber su sangre.

Una tercera correa ondeó fuera de la roca, tentó á Gilliatt, y le flageló los lomos como un rebenque. Y se fijó en ellos.

La angustia, llegada á su paroxismo, es muda.

Gilliatt no lanzó ni un solo grito.

Había allí bastante luz para que pudiese ver las repugnantes formas á él aplicadas.

Una cuarta ligadura, rápida como una flecha, se ciñó alrededor de su vientre.

Era imposible cortar ni arrancar aquellas correas pegajosas que se adherían estrechamente al cuerpo de Gilliatt por infinidad de puntos. Cada uno de estos puntos era un foco de espantoso y extraño dolor. Era un dolor parecido al que experimentaríamos el que se sintiese tragado á la vez por un gran número de bocas demasiado pequeñas.

Una quinta prolongación brotó del agujero. Se superpuso á las otras y se replegó sobre el diafragma de Gilliatt. La compresión, uniéndose á la ansiedad, permitía apenas á Gilliatt respirar.

Aquellas correas, que terminaban en punta, iban en-

sanchándose como hojas de espada á medida que se acercan á la empuñadura. Las cinco partian evidentemente del mismo centro. Andaban y trepaban por el cuerpo de Gilliatt, el cual sentia mudar de sitio aquellas presiones que le parecian oscuras.

De pronto, por debajo de la grieta salió una ancha viscosidad redonda y chata. Era el centro. Las cinco correas arrancaban de él como arrancan de su eje los rayos de una rueda, y en el lado opuesto de aquel disco inmundo se distinguia la raiz de otros tres palpos ó tentáculos que habian quedado en el agujero de la roca.

En medio de aquella viscosidad habia dos ojos que miraban.

Aquellos ojos veian á Gilliatt.

Gilliatt vió que se las habia con un pulpo.

II.

EL MONSTRUO.

Para creer en el pulpo, es menester haberle visto.

Comparadas con el pulpo, las antiguas hidras mueven á risa.

Momentos hay en que nos sentimos inclinados á pensar que lo mas vago de nuestros sueños encuentra en lo posible imanes que atraen sus lineamentos, y de esas oscuras fijaciones del sueño salen verdaderos seres. El desconocido dispone del prodigio, y se sirve de él para componer el monstruo.

Orfeo, Homero y Hesiodo no han podido crear mas que la Quimera; Dios ha hecho el pulpo.

sanchándose como hojas de espada á medida que se acercan á la empuñadura. Las cinco partian evidentemente del mismo centro. Andaban y trepaban por el cuerpo de Gilliatt, el cual sentia mudar de sitio aquellas presiones que le parecian oscuras.

De pronto, por debajo de la grieta salió una ancha viscosidad redonda y chata. Era el centro. Las cinco correas arrancaban de él como arrancan de su eje los rayos de una rueda, y en el lado opuesto de aquel disco inmundo se distinguia la raiz de otros tres palpos ó tentáculos que habian quedado en el agujero de la roca.

En medio de aquella viscosidad habia dos ojos que miraban.

Aquellos ojos veian á Gilliatt.

Gilliatt vió que se las habia con un pulpo.

II.

EL MONSTRUO.

Para creer en el pulpo, es menester haberle visto.

Comparadas con el pulpo, las antiguas hidras mueven á risa.

Momentos hay en que nos sentimos inclinados á pensar que lo mas vago de nuestros sueños encuentra en lo posible imanes que atraen sus lineamentos, y de esas oscuras fijaciones del sueño salen verdaderos seres. El desconocido dispone del prodigio, y se sirve de él para componer el monstruo.

Orfeo, Homero y Hesiodo no han podido crear mas que la Quimera; Dios ha hecho el pulpo.

Cuando Dios quiere, sobresale en lo execrable.

El por qué de esa voluntad es el espanto del pensador religioso. Estando admitidos todos los ideales, si el terror es un objeto, el pulpo es una obra maestra. La ballena tiene la enormidad, el pulpo es pequeño. El hipopótamo tiene una corteza, el pulpo carece de armadura.

La jararaca tiene un silbido, el pulpo es mudo. El rinoceronte tiene un cuerno, el pulpo no tiene cuerno alguno. El alacran tiene un dardo, el pulpo no tiene dardo. El buthus tiene tenazas, el pulpo no tiene tenazas. El aluato tiene una cola que ase, el pulpo no tiene cola. El tiburón tiene aletas cortantes, el pulpo no tiene aletas. El murciélago vampiro tiene en las alas uñas, el pulpo no tiene alas. El erizo tiene espinas, el pulpo no tiene espinas. El peje-espada tiene un estoque, el pulpo no tiene estoque. El torpedo tiene un rayo, el pulpo no tiene efuvio alguno. El escuerzo tiene un virus, el pulpo no tiene virus. El león tiene zarpas, el pulpo no tiene zarpas. El águila tiene un pico, el pulpo no tiene pico. El cocodrilo tiene una boca armada de dientes, el pulpo no tiene dientes. El pulpo no tiene masa muscular, ni grito amenazador, ni coraza, ni cuerno, ni dardo, ni tenazas, ni cola asidora ó contundente, ni aletas cortantes, ni alas con uñas, ni espinas, ni espada, ni descarga eléctrica, ni virus, ni veneno, ni garras, ni pico, ni dientes.

Y el pulpo es sin embargo el mas formidablemente armado de todos los animales.

¿Qué es pues el pulpo? Es la ventosa.

En los escollos de alta mar, allí donde el agua ostenta y oculta todos sus esplendores, en los huecos de las rocas no visitadas, en las cuevas desconocidas en que abundan las vegetaciones, los crustáceos y las almejas, bajo las profundas portadas del Océano, el nadador que, seducido por los encantos de la perspectiva, se aventura demasiado, se espone á un terrible encuentro. Si alguna vez tenéis próximo un encuentro semejante, no seais curiosos, y huid pronto. La entrada en ciertos parajes deslumbra, pero llena de terror la salida.

Hé aquí lo que es este encuentro, siempre posible en las rocas de alta mar.

Una forma cenicienta oscila en el agua, gruesa como el brazo, y que tiene de longitud una media vara. Es un arambel, un andrajo, que se asemeja á un paraguas cerrado que no tiene mango. Avanza poco á poco. De repente se abre, y ocho rayos como los de una rueda se estienden rudamente alrededor de una cara que tiene dos ojos. Aquellos rayos viven; hay cierta fosforescencia en su movimiento ondulatorio; es una especie de rueda; desplegada tiene 4 ó 5 pies de diámetro. ¡Espansion espantosa! Aquella cosa se arroja sobre su víctima.

La hidra lanza el harpon al hombre.

La bestia inmunda se aplica á su presa, la cubre y la ata con sus largas correas. Por debajo es amarillenta, por encima es de color de tierra. Ningun pintor seria capaz de copiar su inesplicable matiz de polvo; diríase que es un animal formado de ceniza que vive en el agua. Es una

araña por su forma y un camaleon por su colorido. Cuando se irrita, se vuelve violáceo. Y ¡cosa espantosa! es blando. Sus nudos estrangulan; su contacto paraliza.

Tiene un aspecto de escorbuto y de gangrena. Es una enfermedad que se ha hecho monstruo.

Es inarrancable. Se adhiere estrechamente á su presa. ¿Cómo? Por el vacío.

Las ocho antenas, anchas en su origen, se van adelgazando, afilando, y terminan en agujas. Debajo de cada una de ellas se prolongan paralelamente dos filas de pústulas decrecientes, las gruesas junto á la cabeza, las pequeñas en la punta. Cada fila tiene veinte y cinco; de suerte que se cuentan por cada antena cincuenta pústulas, y el animal todo entero tiene cuatrocientas. Cada pústula es una ventosa.

Dichas ventosas son cartílagos cilíndricos córneos, lívidos. En la especie mayor van disminuyendo de diámetro desde el de un peso duro al de una lenteja, y salen del animal y entran en él. Pueden hundirse en la presa mas de una pulgada.

Es un aparato de succion que tiene toda la delicadeza de un teclado de órgano. Se prolonga, y luego se contrae. Obedece á la menor intencion del animal. La sensibilidad mas esquisita no iguala á la contractilidad de aquellas ventosas, siempre proporcionada á los movimientos interiores del animal y á los incidentes exteriores. Aquel dragon es una sensitiva.

Tal es el monstruo que los marinos llaman pulpo, que

la ciencia llama cefalopodo, y que la leyenda llama araken. Los marineros ingleses le llaman devit-fich, el pez-diablo. Le llaman tambien *blood-sucker*, chupador de sangre.

En las islas de la Mancha se le llama la *pieuvre*.

Es muy raro en Guernesey, muy pequeño en Jersey, muy grande y bastante frecuente en Serk.

Una estampa de la edicion de Buffon por Somsini representa un cefalopodo sujetando una fragata. Dionisio Monfort opina que el pulpo de las grandes latitudes tiene en efecto suficiente fuerza para echar á pique un buque. Bory Saint-Vincent lo niega, pero afirma que en nuestras regiones el pulpo ataca al hombre. Id á Serk, y cerca de Brecg-Hou os enseñarán el hueco de roca en que algunos años atrás un pulpo acometió, cogió y ahogó á un pescador de cangrejos. Se engañan Páron y Lamarek cuando dudan que el pulpo pueda nadar, careciendo de aletas natatorias.

El que estas líneas escribe ha visto con sus propios ojos en Serk, en la cueva llamada los Boutiques, un pulpo persiguiendo á nado á un hombre que se estaba bañando. El pulpo fue muerto, y se vió al medirle que tenia 4 pies ingleses de envergadura y se pudieron contar sus cuatrocientos chupadores, que el animal al agonizar echaba fuera de sí convulsivamente.

Segun Dionisio Monfort, uno de esos observadores cuya intuicion á alta dosis hace bajar ó subir hasta la magia, el pulpo tiene casi pasiones de hombre; el pulpo odia. En efecto, en lo absoluto, ser diforme es odiar.

Lo feo se debate bajo una necesidad de eliminacion que le vuelve hostil.

El pulpo nadando permanece, si asi puede decirse, en la vaina. Nada con todos sus pliegues cerrados. Representémonos una manga cosida con un puño dentro. Este puño, que es la cabeza, empuja el líquido y avanza con un vago movimiento ondulatorio. Sus dos ojos, aunque grandes, se distinguen poco por ser del color del agua.

El pulpo, cuando está cazando ó en acecho, se oculta, se achica, se condensa, se reduce á la mas simple expresion. Se confunde con la penumbra. Tiene el aspecto de un pliegue de la ola. A todo se parece, menos á un ser viviente.

El pulpo es el hipócrita. No se fija en él la atencion, y de pronto, cuando menos se piensa, se abre.

Una viscosidad que tiene una voluntad, ¿puede haber cosa mas espantosa? ¡Un moco petrificado por el odio!

En el mas bello azul del agua limpia se levanta esta repugnante voraz estrella del mar. El pulpo no tiene avance previsto, lo que es terrible. Casi siempre el nadador que le ve ya está cogido por él.

Por la noche, sin embargo, particularmente en la estacion del cielo, el pulpo es fosforescente. Es un espantajo que tiene tambien sus amores. Aguarda el himeneo. Se hace bello, se compone, se ilumina, y desde lo alto de alguna roca se le puede ver debajo en las profundas tinieblas dilatándose en una irradiacion pálida. ¡Sol espectro!

El pulpo nada, y tambien anda. Es algo pez, lo que

no impide que sea algo reptil. Se arrastra en el fondo del mar. Utiliza para andar sus ocho patas. Trepa á la manera de la oruga.

No tiene huesos, no tiene sangre, no tiene carne. Está hueco. No tiene nada dentro. Es un pellejo. Se pueden volver de dentro á fuera sus ocho tentáculos como los dedos de un guante.

Tiene un solo orificio, en el centro de sus rayos. ¿Este orificio es el ano? ¿Es la boca? Es las dos cosas.

La misma abertura ejerce las dos funciones. La entrada es la salida.

El animal todo entero es frio.

Zoófitos hay en el Mediterráneo bien repugnantes.

Es un odioso contacto el de una gelatina animada que se pega al nadador, el cual hunde en ella las manos, hincan en ella las uñas, y la destroza sin matarla, la arranca sin quitarla, especie de ser glutinoso y tenaz que se escurre entre los dedos; pero no hay repugnancia comparable á la que inspira la súbita aparicion del pulpo. Medusa servida por ocho serpientes.

No, no hay sobresalto semejante al que produce la constriccion del cefalopodo.

El cefalopodo es la máquina neumática que atrae. El hombre que tiene que habérselas con el cefalopodo lucha con el vacío con patas. Ni zarpadas, ni dentelladas; todo se reduce á una escarificacion indecible. Un mordisco es temible, pero no tanto como una succion. La garra es nada comparada con la ventosa. La garra es la fiera que entra

en la carne del hombre; la ventosa es el hombre mismo que entra en la fiera. Los músculos de la víctima se hinchan, sus fibras se retuercen, su tegumento estalla bajo una pesadumbre inmundada, la sangre brota y se mezcla horriblemente con la linfa del molusco. La fiera se sobrepone á su presa por mil bocas infames; la hidra se incorpora con el hombre. y el hombre se amalgama con la hidra. La hidra y el hombre no forman mas que un solo ser. Es una pesadilla horrible. El tigre no puede hacer mas que devorarnos; el pulpo ¡qué horror! nos aspira. Atrae al hombre y se lo asimila, y el hombre atado, pegado, impotente, se siente poco á poco vaciado todo él en aquel espantoso saco, que es un monstruo. Mas allá de una cosa tan terrible como es el ser comido vivo, hay otra que no puede espresarse, cual es la de ser bebido vivo.

La ciencia empieza negando tan estraños animales, siguiendo su costumbre de escesiva prudencia hasta en presencia de los hechos; despues se decide á estudiarlos, y los disecciona, los clasifica, los incluye en catálogos, los pone un rótulo; se procura de ellos ejemplares; los espone bajo fanal en los museos; los califica de moluscos, invertebrados, radiados; comprueba sus aproximaciones: un poco más allá de los camaleones, un poco mas acá de las gibias; encuentra que aquellas hidras del agua salada tienen un análogo en el agua dulce, el argironaecto; los divide en especie mayor, mediana, menor; admite con menos repugnancia la especie menor que la mayor, siguiendo la tendencia de la ciencia que en todas las regiones es mas es-

pontáneamente microscópica que telescópica; examina su construccion y les llama cefalopodos, cuenta sus antenas y les llama octopodos. Y nada mas. Pero donde la ciencia les deja, la filosofía les coge.

La filosofía estudia á su vez estos seres. Va menos lejos y mas lejos que la ciencia. No los disecciona, los medita. Donde ha trabajado el escalpelo, introduce la hipótesis. Busca la causa final, profundo tormento del pensador. Los pulpos son criaturas que le inquietan respecto del Creador. Son las sorpresas diformes, los aguafiestas del contemplador que se vuelve loco al comprobar su existencia. Los pulpos son las formas queridas del mal. ¿Qué hacer en presencia de aquellos blasfemos de la creación contra la creación misma? ¿Qué partido tomar?

El posible es una matriz formidable. El misterio se concreta en monstruos. Trozos de sombra salen de una roca, la inmanencia, se rasgan, se destacan, ruedan, flotan, se condensan, toman prestado de la negrura y enormidad del ambiente, experimentan polarizaciones desconocidas, adquieren vida, se componen no sé qué forma con la oscuridad y no sé qué alma con el miasma, y se van, siendo aun larvas, por en medio de la vitalidad. Son algo como las tinieblas que se hacen bestias. ¿Por qué? ¿De qué sirve eso? Vuelta á la cuestion eterna.

Los pulpos tienen tanto de fantasmas como de monstruos. Están probados y son improbables. Ser es su hecho, no ser seria su derecho. Son los anfibios de la muerte. Su inverosimilitud complica su existencia. Tocan la frontera

humana y pueblan el límite quimérico. Negais el vampiro y se os aparece el pulpo. Su hormigüeo es una certidumbre que desconcierta nuestra seguridad. El optimismo, que es sin embargo lo verdadero, se desconcierta delante de ellos. Se hallan en la estremidad visible de los círculos negros, señalan la transición de nuestra realidad á otra.

Parece que pertenecen á aquel comienzo de seres terribles que el soñador entrevé confusamente por la carrera de la noche.

Semejantes prolongaciones de monstruos, primero dentro de lo invisible y despues dentro de lo posible, han sido sospechadas, percibidas tal vez, por el éstasis severo y la mirada fija de los magos y de los filósofos. De ahí entre los profanos la congetura de un infierno. El demonio es el tigre de lo invisible. La bestia montés de las almas ha sido denunciada al género humano por dos inspirados, uno que se llama Juan y otro que se llama Dante.

Si en efecto los círculos de la sombra continúan indefinidamente, si despues de un eslabon hay otro, si esta agravacion persiste en progresion ilimitada, si esta cadena, de la cual nosotros hemos resuelto dudar, existe, es cierto que el pulpo en una estremidad prueba que está Satanás en la otra.

Es cierto que el malvado en un extremo prueba que está la maldad en el otro.

Toda mala bestia, como toda inteligencia perversa, es una esfinge.

¡Esfinge terrible que propone el enigma terrible, el enigma del mal!

Esta perfeccion del mal es la que ha hecho inclinar algunas veces á grandes pensadores hácia la creencia en el dios doble, hácia el temible bi-frente de los maniqueos.

Un tapiz de seda chino, robado en el palacio del emperador de la China durante la última guerra, representa al tiburón comiéndose al cocodrilo, al cocodrilo comiéndose la serpiente, á la serpiente comiéndose al águila, al águila comiéndose la golondrina, á la golondrina comiéndose la oruga.

Toda la naturaleza que tenemos delante de los ojos es comedora y comida. Las presas se muerden unas á otras.

Sin embargo, hay sabios que son tambien filósofos, y por consiguiente benévolos para la creacion, que hallan ó creen hallar la esplicacion satisfactoria. El objeto final deslumbra, entre otros, á Bonnet de Ginebra, al misterioso espíritu exacto que se dió por rival á Buffon, como mas adelante se dió á Geoffroy Saint-Hilaire por rival á Cuvier. La esplicacion seria la siguiente: la muerte en todas partes exige el enterramiento en todas partes. Los voraces son sepultureros.

Todos los seres entran unos en otros. Podredumbre es nutricion. ¡Limpieza espantosa del globo! El hombre, carnívoros, es tambien un enterrador. Nuestra vida está formada de muerte. Tal es la ley aterradora. Nosotros somos sepulcros.

En nuestro mundo crepuscular, esta fatalidad del orden produce monstruos. Direis: ¿y por qué? Hélo aquí.

¿No hay otra explicacion? ¿No tiene la pregunta otra respuesta? Pero entonces, ¿por qué no otro orden? La cuestion renace.

Vivamos, sea lo que quiera.

Pero procuremos que la muerte sea para nosotros progreso. Aspiremos á mundos menos tenebrosos.

Sigamos á la conciencia que á ellos nos guia.

Y no lo olvidemos jamás, lo bueno no se encuentra sino por medio de lo mejor.

III.

OTRA FORMA DE COMBATE EN EL ABISMO.

Tal era el ser al cual hacia algunos instantes que Gilliatt pertenecia. Aquel monstruo era el habitante de aquella gruta. Era el espantoso genio del lugar, especie de sombrío demonio del agua. Todas aquellas magnificencias tenian por centro el horror. Un mes antes, el dia en que Gilliatt penetró en la gruta por primera vez, lo enorme tenia un cortorno entrevisto por él en los pliegues del agua secreta, y el contorno era el pulpo. El pulpo estaba allí en su casa. Cuando Gilliatt, entrando por segunda vez en la cueva persiguiendo al cangrejo, habia percibido la grieta donde creia que se habia refugiado el crustáceo, en la grieta

En nuestro mundo crepuscular, esta fatalidad del orden produce monstruos. Direis: ¿y por qué? Hélo aquí.

¿No hay otra explicacion? ¿No tiene la pregunta otra respuesta? Pero entonces, ¿por qué no otro orden? La cuestion renace.

Vivamos, sea lo que quiera.

Pero procuremos que la muerte sea para nosotros progreso. Aspiremos á mundos menos tenebrosos.

Sigamos á la conciencia que á ellos nos guia.

Y no lo olvidemos jamás, lo bueno no se encuentra sino por medio de lo mejor.

III.

OTRA FORMA DE COMBATE EN EL ABISMO.

Tal era el ser al cual hacia algunos instantes que Gilliatt pertenecia. Aquel monstruo era el habitante de aquella gruta. Era el espantoso genio del lugar, especie de sombrío demonio del agua. Todas aquellas magnificencias tenían por centro el horror. Un mes antes, el dia en que Gilliatt penetró en la gruta por primera vez, lo enorme tenia un contorno entrevisto por él en los pliegues del agua secreta, y el contorno era el pulpo. El pulpo estaba allí en su casa. Cuando Gilliatt, entrando por segunda vez en la cueva persiguiendo al cangrejo, habia percibido la grieta donde creia que se habia refugiado el crustáceo, en la grieta

ta se hallaba el pulpo en acecho. ¿Hay quien no se haya hecho cargo de lo que es un acecho? Un pájaro no se atrevería á empollar, un pollo no se atrevería á salir del huevo, una flor no se atrevería á abrirse, un pecho no se atrevería á criar, un corazon no se atrevería á amar, un espíritu no se atrevería á tender su vuelo, si pensase en las paciencias siniestras emboscadas en el abismo. Gilliatt habia metido su brazo en el agujero, y el pulpo le habia atrapado. Le tenia sujeto. Gilliatt era la mosca de aquella araña.

Estaba metido en el agua hasta la cintura, con los pies crispados en la redondez de guijarros resbaladizos, con el brazo derecho apretado y amarrado por las enroscaduras de las correas del pulpo, y con la espalda desapareciendo casi bajo los repliegues y cruzamientos de aquel vendaje horrible. De los ocho brazos del pulpo, tres estaban adheridos á la roca y cinco á Gilliatt. De esta manera el monstruo, aferrado por un lado al granito y por el otro al hombre, tenia á Gilliatt encadenado en la roca. Gilliatt tenia sobre sí doscientos cincuenta pulpos. ¡Complicacion de angustia y de tedio! ¡Estar encerrado en un puño desmedido cuyos dedos elásticos, de cerca de un metro de longitud, están interiormente llenos de pústulas vivientes que escarban la carne! Lo hemos dicho, no hay medio de arrancarse del poder del pulpo, el cual liga con tanta mas violencia cuanto mayores son los esfuerzos que se hacen para librarse de él. Aprieta cada vez mas. Su esfuerzo crece á proporcion del de su presa. Mas sacudimiento produce mas contriccion.

Gilliatt no tenia mas que un recurso, su navaja.

No tenia libre mas que la mano izquierda, pero ya sabemos que se servia de ella poderosamente. De él se hubiera podido decir que tenia dos manos derechas.

En la mano izquierda tenia abierta su navaja.

No se cortan las antenas del pulpo; están formadas de un tejido inextricable que resbala bajo la hoja, y además están de tal manera hincadas en la carne del hombre, que es imposible cortarlas sin que se lastime la parte á que se adhieren. El pulpo es formidable, y sin embargo hay una manera de vencerle muy conocida de los pescadores de Serk. No lo ignora nadie que los haya visto ejecutar en el mar ciertos movimientos rápidos. Las marsoplas están tambien en el secreto del procedimiento, pues tienen un modo de morder á los pulpos y á todos los individuos de su especie que les corta la cabeza. De ahí proceden todos esos calamares, gibias y pulpos que se encuentran en alta mar decapitados. El pulpo no tiene en efecto mas parte vulnerable que la cabeza. Gilliatt no lo ignoraba. No habia visto jamás un pulpo de tan grandes dimensiones, y así es que de pronto le sorprendió el encuentro. Otro se hubiera turbado. Para acabar con el pulpo como para acabar con el toro hay un momento de que es preciso aprovecharse. Este momento es aquel en que el toro humilla la cerviz y el pulpo adelanta la cabeza. Es un instante rápido. El que lo desperdicia está perdido. Cuando acabamos de decir no habia durado mas que algunos minutos. Gilliatt sin embargo sentia aumentarse la absorcion de las doscientas cincuenta ventosas. El pulpo es traidor. Lo primero que procura es atontar su presa. Lo

primero que hace es agarrar, y luego aguarda cuanto puede.

Gilliatt tenia su navaja. Las succiones aumentaban.

Miraba al pulpo que le miraba á él. De repente el animal destacó de la roca su sesta antena, y dirigiéndola hácia Gilliatt, procuró cogerle el brazo izquierdo.

Al mismo tiempo adelantó rápidamente la cabeza. Un momento mas, y su boca-ano se aplicaba al pecho de Gilliatt. Gilliatt, sangrado en un costado, y con los dos brazos agarrados era hombre muerto. Pero Gilliatt vigilaba. Acechado acechaba. Evitó la antena, y en el momento de ir el animal á morder su pecho, su mano armada cayó sobre el monstruo. Hubo dos convulsiones en sentido inverso, la del pulpo y la de Gilliatt. Fue la lucha de dos relámpagos.

Gilliatt hundió la punta de su cuchillo en la viscosidad viviente, y con un movimiento giratorio semejante á la torsion de un latigazo, describiendo un círculo alrededor de los dos ojos, arrancó la cabeza como se arranca un diente. Quedó todo concluido. El animal cayó. Pareció un vendaje que se desprende. Destruida la bomba aspirante, se deshizo el vacío. Las cuatrocientas ventosas soltaron á la vez la roca y el hombre. Aquel pingajo se fué al fondo del agua. Gilliatt, jadeando aun por la fatiga del combate, pudo percibir sobre los guijarros dos montones gelatinosos informes, la cabeza á un lado, y al otro lo demás. Decimos lo demás, porque no se puede decir el cuerpo. No obstante, Gilliatt, temiendo alguna reincidencia convulsiva de la agonía, se puso fuera del alcance de los tentáculos. Pero el monstruo estaba bien muerto. Gilliatt cerró su navaja.

IV.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo 1825 MONTERREY, MEXICO

NADA SE OCULTA Y NADA SE PIERDE.

Era ya tiempo de que matase al pulpo. Gilliatt estaba casi ahogado; su brazo derecho y su espalda se presentaban amoratados; en ellos se esbozaban mas de doscientos tumores, y de algunos brotaba sangre. El remedio para curar tantas lesiones era el agua salada. Gilliatt se sumergió en ella. Al mismo tiempo se restregaba con la palma de la mano, bajo cuyas fricciones las abolladuras desaparecian.

Retrocediendo y hundiéndose mas en el agua, se halló, sin apercibirse de ello, cerca de la especie de tumba, ya notada por él, que habia junto á la grieta de que habia salido el formidable pulpo.

La tumba se prolongaba oblicuamente, y quedaba en seco, bajo las grandes paredes de la cueva. Los guijarros que se habian allí acumulado habian levantado el fondo encima del nivel de las mareas ordinarias. Aquella escabrosidad era un arco de bóveda rebajado de medio punto, por el cual podia entrar un hombre agachándose. La claridad verde de la gruta submarina penetraba en la especie de tumba, y la alumbraba débilmente.

Sucedió que, mientras friccionaba apresuradamente su entumecido cutis, Gilliatt levantó maquinalmente la cabeza.

Su mirada se abismó en la tumba.

Sintió Gilliatt un estremecimiento.

Le pareció ver en la sombra, en el fondo de aquel agujero, una especie de cara que reía.

Gilliatt ignoraba la palabra alucinamiento, pero conocia el hecho. Los misteriosos encuentros con lo inverosímil, que para salir del paso llamamos alucinamientos, están en la naturaleza. Ilusiones ó realidades, pasan visiones que el que allí se encuentra las percibe. Gilliatt, como hemos dicho, era un soñador. Tenia la grandeza de hallarse alguna vez alucinado como un creyente fanático. No se puede ser impunemente el soñador de los lugares solitarios. Creyó, hombre nocturno como era, en uno de aquellos espejismos de que mas de una vez habia experimentado el asombro.

La escabrosidad figuraba con bastante exactitud un horno de cal. Era una especie de nicho bajo de forma de asa de cesto, cuyos arcos aviajados iban estrechándose

hasta la estremidad de la cripta donde el piso de guijarros y la bóveda de roca se juntaban, terminando en un callejon sin salida.

Entró allí, é inclinando la frente, se dirigió hácia el objeto que habia en el fondo.

Algo en efecto reía.

Era una cabeza de muerto.

Y habia mas que la cabeza, habia el esqueleto.

Un esqueleto humano estaba echado en aquella tumba.

Gilliatt echó alrededor una mirada.

Estaba cercado de innumerables cangrejos.

Ninguno de ellos se movia, y ofrecian el aspecto que ofreceria un hormiguero muerto. Estaban todos inertes. Estaban todos vacíos.

Sus grupos, sembrados sin concierto, formaban en el pavimento de guijarros de la cueva constelaciones diformes.

Gilliatt, con la mirada fija en otra parte, habia andado por encima de ellos sin notarlos.

En el extremo de la cripta á que Gilliatt habia llegado, la muchedumbre de cangrejos era mas considerable. Aquello era un erizamiento inmóvil de antenas, patas y mandíbulas. Tenazas abiertas se sostenian rectas y no se cerraban nunca. Las cajas óseas no se movian bajo su corteza de espinas; algunas, vueltas al revés, ostentaban su hueco livido. Aquel baturrillo parecia un tropel de sitiadores y ofrecia el aspecto de una maleza.

Debajo de aquel monton se hallaba el esqueleto.

Se percibían, en medio del revoltijo de tentáculos y conchas, el cráneo con sus estrías, las vértebras, los fémures, las tibias, los largos dedos nudosos con sus correspondientes uñas. La caja del pecho estaba llena de cangrejos. Allí había latido un corazón cualquiera. Musgos marinos tapizaban las cuevas de los ojos. Las lapas habían dejado su baba en las fosas nasales. Por lo demás, no había en aquel rincón de roca ni fucos, ni yerbas, ni un soplo de aire. Ningún movimiento. Los dientes parecían reírse.

Y lo que más inquietaba de esta risa era la imitación que de ella hacía la calavera.

Aquel maravilloso palacio del abismo, recamado é incrustado de todas las pedrerías del mar, se revelaba por fin y divulgaba su secreto. Era una guarida habitada por un pulpo; era una tumba en que yacía un hombre.

La inmovilidad espectral del esqueleto y de los animaluchos oscilaba vagamente, á causa de la reverberación de las aguas subterráneas que temblaban bajo aquella petrificación. Los cangrejos, inmunda turba, acababan al parecer de saciar su apetito. Parecía que aquellas cáscaras y conchas se comían aquella osamenta. Nada tan extraño como aquellos gusanos muertos sobre aquella presa muerta. ¡Sombrias continuaciones de la muerte!

Gilliatt se hallaba en el comedor del pulpo.

¡Vision lúgubre, en que se dejaba coger en fragante el horror profundo de las cosas! Los cangrejos se habían comido el hombre, y el pulpo se había comido los cangrejos.

No había junto al cadáver ningún resto de vestido. Sin

duda el hombre á que pertenecía había sido cogido desnudo.

Gilliatt, atento y escudriñador, empezó á quitar los cangrejos de encima del hombre. ¿Quién era aquel hombre? El cadáver estaba admirablemente disecado. Hubiérase dicho que era una preparación anatómica; la carne toda estaba eliminada, no quedaba ni un músculo, ni faltaba un solo hueso. Si Gilliatt hubiese sido del oficio, habría podido convencerse. Los periostios descubiertos eran blancos, limpios y como bruñidos. Sin algunas manchas verdes de confervas diseminadas por distintos puntos, hubiera el esqueleto sido de marfil. Los tabiques cartilaginosos estaban delicadamente adelgazados y conservados. La tumba forma joyerías siniestras.

El cadáver estaba como enterrado debajo de los cangrejos muertos.

Gilliatt le desenterraba.

Se inclinó de repente.

Acababa de distinguir alrededor de la columna vertebral una especie de cinto.

Era un cinturón de cuero que había evidentemente estado sujeto con hebilla encima del vientre del hombre antes que muriese.

El cuero estaba enmohecido. La hebilla estaba cubierta de orín.

Gilliatt tiró del cinturón. Las vértebras resistieron, y tuvo que romperlo para sacarlo. Estaba intacto. Empezaba á formarse en él una corteza de mariscos.

Lo palpó, y percibió en el interior un objeto duro y de forma cuadrada. No había que pensar en deshacer la hebilla. Cortó el cuero con su navaja.

El cinturón contenía una cajita de hierro y algunas monedas de oro. Gilliatt contó hasta 20 guineas.

La cajita de hierro era una caja de tabaco de marinero, que se abría por medio de un resorte. Estaba muy enmohecida y muy cerrada. El resorte, completamente oxidado, no tenía juego.

La navaja volvió á sacar á Gilliatt de apuros. Con la punta de la hoja hizo saltar la tapa de la caja.

La caja se abrió.

No había dentro más que papel.

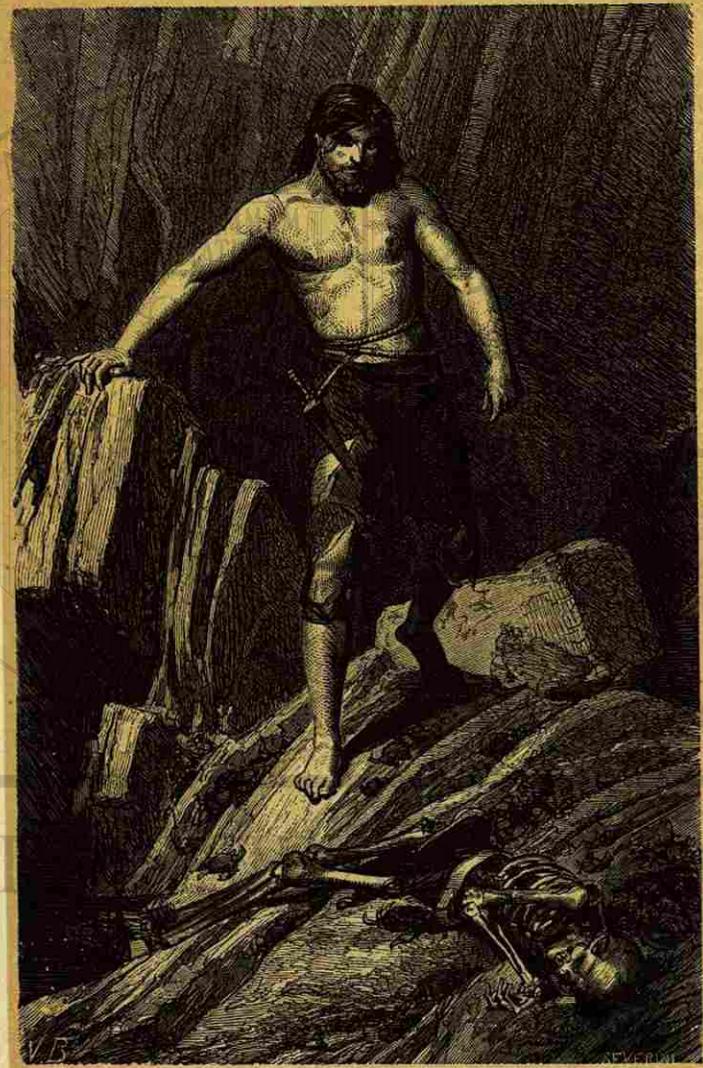
Un legajito de hojas muy delgadas y bien dobladas tapizaba el fondo de la caja. Las hojas estaban húmedas, pero no deterioradas. La caja herméticamente cerrada las había preservado. Gilliatt las examinó.

Eran billetes de banco de 1,000 libras esterlinas cada uno, que formaban juntos 75,000 francos.

Gilliatt los volvió á doblar y á meter en la caja, en la cual quedó aun espacio suficiente para colocar también las 20 guineas, y la cerró lo mejor que pudo.

Empezó á examinar el cinto.

El cuero, que se conocía haber sido barnizado exteriormente, estaba sin barnizar en su interior. En este fondo tosco y amarillo había trazados algunos caracteres con tinta negra indeleble. Gilliatt descifró las letras y leyó: *Sieur Clubin.*



GILLIATT ENCUENTRA EL ESQUELETO DE CLUBIN.

V.

EN EL INTERVALO QUE SEPARA SEIS PULGADAS DE DOS
PIES HAY DONDE ALOJAR Á LA MUERTE.

Gilliatt volvió á meter la caja en el cinto, y metió el cinto en el bolsillo de su pantalon.

Dejó el esqueleto á los cangrejos, con el pulpo muerto á su lado.

Mientras Gilliatt estaba entretenido con el pulpo y con el esqueleto, el flujo creciente habia inundado el corredor por donde habia entrado. Gilliatt no pudo subir sino buzando por debajo del arco, lo que hizo sin trabajo alguno, pues conocía la salida, y era maestro en la gimnasia del mar.

Se entrevé el drama que se habia representado allí diez

semanas antes. Un monstruo habia cogido á otro. El pulpo habia cogido á Clubin.

Se habia efectuado, en la sombra inexorable, lo que casi podríamos llamar el encuentro de las hipocresías. Habia habido, en el fondo del abismo, un abordaje entre dos existencias formadas de expectativa y de tinieblas, y una de ellas, que era la bestia, habia ejecutado á la otra que era el alma. ¡Siniestras justicias!

El cangrejo se nutre de carroña, el pulpo se nutre de cangrejos. El pulpo detiene al pasar á un animal que nada, una nutria, un perro, un hombre si puede, bebe la sangre, y deja en el fondo del agua el cuerpo muerto. Los cangrejos son los escarabajos necroforos del mar. La carne podrida los atrae; acuden, comen el cadáver, y el pulpo se los come á ellos. Las cosas muertas desaparecen en el cangrejo, el cangrejo desaparece en el pulpo. Hemos ya indicado esta ley.

Clubin habia sido el cebo del pulpo.

El pulpo le habia sujetado y ahogado; los cangrejos le habian devorado. Una ola cualquiera le habia arrojado dentro de la cueva, hasta el fondo de la fragosidad donde Gilliatt acababa de encontrar su cadáver.

Gilliatt se marchó, escarbando en las rocas, buscando erizos y lapas, y no queriendo cangrejos, porque si los hubiese comido, le hubiera parecido que comia carne humana. Por lo demás, él solo pensaba en cenar lo mejor posible antes de partir. Nada en lo sucesivo le detenia. A las grandes tempestades sucede siempre una calma que dura

á veces algunos dias. Ningun peligro habia respecto del mar. Gilliatt estaba resuelto á partir al dia siguiente. Importaba conservar durante la noche, á causa de la marea, el dique colocado entre los Douvres; pero Gilliatt pensaba deshacerlo al rayar el alba, dirigir la panza fuera del escollo, y hacerse á la vela para Saint-Sampson. La apacible brisa que soplabá, que era Sudeste, era precisamente el viento que mas le convenia.

Entrábase en el primer cuarto de luna de mayo; los dias eran largos.

Cuando Gilliatt, terminada su excursion en las rocas, y casi satisfecho su estómago, volvió al canal de los Douvres donde estaba la panza, el sol se habia puesto, y el crepúsculo duplicaba su luz con la del medio-claro de luna que se podria llamar claro de creciente. El flujo habia alcanzado su plenitud, y empezaba á bajar. La chimenea de la máquina, enhiesta encima de la panza, habia sido cubierta por las espumas de la tempestad con una capa de sal que la luna plateaba.

Esto recordó á Gilliatt que la tormenta habia arrojado dentro de la panza mucha agua de lluvia y de mar, y que, queriendo partir el dia siguiente, era menester achicar la barca.

Al dejar la panza para ir á caza de cangrejos, habia observado que habia cerca de seis pulgadas de agua en la sentina. Su achicador ó pala de desagüe bastaba para echar aquella agua fuera.

Al volver á la barca, Gilliatt se estremeció con un

movimiento de terror. Había dentro de la panza cerca de dos pies de agua.

¡Incidente terrible! la panza hacia aguas.

En el tiempo que estuvo fuera Gilliatt, la barca se había llenado poco á poco. Cargada como estaba, veinte pulgadas de agua eran un exceso peligroso. A poco más, se iría á pique. Si Gilliatt hubiera tardado una hora más en llegar, no hubiera hallado probablemente fuera del agua más que la chimenea y el mástil.

Ni un minuto podía perder deliberando. Era menester buscar la vía de agua, tatarla y luego achicar la barca, ó por lo menos aligerarla. Las bombas de agua de la *Duranda* se habían perdido en el naufragio; Gilliatt estaba reducido al achicador de la panza.

Lo primero era buscar la vía de agua. No había nada más apremiante. Gilliatt empezó á trabajar inmediatamente, sin darse siquiera tiempo de vestirse, no obstante estar tiritando. Ya no sentía el hambre ni el frío.

La panza siguió llenándose. Afortunadamente no hacía viento. El más mínimo balance la hubiera echado á pique.

La luna se ocultó. Gilliatt, á tientas, encorvado, metido en el agua hasta más de la mitad del cuerpo, buscó mucho tiempo. Descubrió al fin la avería.

Durante la tormenta, en el momento crítico en que la panza se había torcido, la robusta barca había tocado el fondo y chocado con bastante violencia contra la roca. Uno de los picos de la *Douvre* menor había hecho en el casco, á estribor, una fractura.

La vía de agua estaba desgraciadamente, y casi podríamos decir pérfidamente, situada junto al punto de encuentro de dos puercas, lo que, unido al sobresalto ocasionado por la tormenta, había impedido á Gilliatt, en su exámen oscuro y rápido durante lo más fuerte de la borrasca, percibir la avería.

La fractura alarmaba porque era ancha, pero si bien estaba sumergida á la sazón por la crecida interior del agua, tranquilizaba la circunstancia de hallarse encima de la línea de flotación.

En el instante de hacerse la grieta, el oleaje se hallaba rudamente sacudido en el estrecho, y no había ya nivel de flotación; las olas habían penetrado por la rotura en la panza, ésta bajo este sobrepeso se había hundido algunas pulgadas, y, aun después de apaciguado el mar, el peso del líquido infiltrado, haciendo subir la línea de flotación, había colocado la grieta debajo del agua. De ahí la inminencia del peligro. La crecida había aumentado de seis pulgadas á veinte. Pero consiguiendo tapar la vía de agua, se podría achicar la barca, la cual, una vez vaciada, volvería á su flotación normal, la fractura saldría del agua, y, en este caso, la reparación sería fácil, ó por lo menos posible.

Gilliatt, como hemos dicho, tenía aun en bastante buen estado sus herramientas de carpintería.

¡Pero cuántas incertidumbres antes de llegar á poder servirse de ellas! ¡cuántos peligros! ¡cuántas malas contingencias! Gilliatt oía cómo el agua brotaba inexorable.

Un sacudimiento bastaba para que zozobrase todo. ¡Qué miseria! Tal vez no era ya tiempo.

Gilliatt se acusó amargamente a sí propio. Debía haber visto inmediatamente la avería. Debían haberse advertido las seis pulgadas de agua en la sentina. Había estado estúpido atribuyendo aquellas seis pulgadas de agua á la lluvia y á la espuma. Se reconvino por haber dormido, por haber comido; se reconvino por su fatiga, se reconvino hasta por la tempestad y por la noche. Todo era culpa suya.

Las imprecaciones que vertía contra sí mismo se mezclaban con la agitacion de su trabajo y no le impedían obrar.

Habia hallado la via de agua, y este era el primer paso; el segundo era cegarla. En aquel momento no le era dado hacer mas. No se ejerce bien el arte de carpintero debajo del agua.

Era una circunstancia favorable que la rotura del casco se hubiese verificado en el espacio comprendido entre las dos cadenas que sujetaban á estribor la chimenea de la máquina. Estas cadenas podían contribuir á sujetar el tapón de estopa.

El agua sin embargo ganaba terreno. La crecida había subido otros dos pies. A Gilliatt, puesto en pie, el agua le pasaba de las rodillas.

VI.

DE PROFUNDIS AD ALTUM.

En la reserva de aparejos de la panza, Gilliatt tenía á su disposición un encerado embreado bastante grande provisto en sus cuatro esquinas de largas agujetas.

Cogió el encerado, amarró dos de sus ángulos por medio de las agujetas á dos eslabones de las cadenas de la chimenea por el lado de la via de agua, y echó por encima de la orla el encerado. Este cayó como una sábana entre la Douvre menor y la barca y se sumergió en el agua. Queriendo entrar el oleaje en la sentina lo aplicó contra el casco al agujero. Cuanto mas el agua empujaba, tanto mas se adhería el encerado. Estaba éste pegado á la

Un sacudimiento bastaba para que zozobrase todo. ¡Qué miseria! Tal vez no era ya tiempo.

Gilliatt se acusó amargamente a sí propio. Debía haber visto inmediatamente la avería. Debían haberse advertido las seis pulgadas de agua en la sentina. Había estado estúpido atribuyendo aquellas seis pulgadas de agua á la lluvia y á la espuma. Se reconvino por haber dormido, por haber comido; se reconvino por su fatiga, se reconvino hasta por la tempestad y por la noche. Todo era culpa suya.

Las imprecaciones que vertía contra sí mismo se mezclaban con la agitacion de su trabajo y no le impedían obrar.

Habia hallado la via de agua, y este era el primer paso; el segundo era cegarla. En aquel momento no le era dado hacer mas. No se ejerce bien el arte de carpintero debajo del agua.

Era una circunstancia favorable que la rotura del casco se hubiese verificado en el espacio comprendido entre las dos cadenas que sujetaban á estribor la chimenea de la máquina. Estas cadenas podían contribuir á sujetar el tapón de estopa.

El agua sin embargo ganaba terreno. La crecida había subido otros dos pies. A Gilliatt, puesto en pie, el agua le pasaba de las rodillas.

VI.

DE PROFUNDIS AD ALTUM.

En la reserva de aparejos de la panza, Gilliatt tenía á su disposición un encerado embreado bastante grande provisto en sus cuatro esquinas de largas agujetas.

Cogió el encerado, amarró dos de sus ángulos por medio de las agujetas á dos eslabones de las cadenas de la chimenea por el lado de la via de agua, y echó por encima de la orla el encerado. Este cayó como una sábana entre la Douvre menor y la barca y se sumergió en el agua. Queriendo entrar el oleaje en la sentina lo aplicó contra el casco al agujero. Cuanto mas el agua empujaba, tanto mas se adhería el encerado. Estaba éste pegado á la

fractura por la misma marejada. La herida de la barca tenía ya un apósito.

La tela embreada se interponía entre el interior de la sentina y las olas de afuera. No entraba ya una gota de agua. La vía de agua estaba encubierta, pero no cerrada con estopas. Aquello era un paliativo.

Gilliatt cogió la pala de desagüe, y empezó á achicar la panza. Era ya tiempo. El trabajo le hizo entrar un poco en calor, pero su fatiga era estremada. Se veía obligado á confesar que no llegaría al fin y que no lograría secar la sentina. Había apenas comido, y sufría la humillación de sentirse estenuado.

Media los progresos de su trabajo por el descenso del nivel del agua á sus rodillas. Era un descenso lento.

Además, la vía de agua no estaba mas que interrumpida. El mal estaba paliado, no reparado.

El encerado, empujado por el oleaje dentro de la fractura, empezaba á formar tumor en la sentina. Parecía que había un puño debajo de la tela empeñado en romperla. La tela, sólida y embreada resistía; pero la hinchazón y la tirantez aumentaban, y no había seguridad de que la tela no cediese, pudiendo el tumor abrirse de un momento á otro, en cuyo caso volvería á empezar la irrupción del agua.

Llegado este caso, no hay marinero que no sepa que el único remedio es un tapon. Se echa mano de cuantos trapos se encuentran, de cuanto en la lengua especial se llama *forro*, y se repele como se puede dentro de la grieta el tumor del encerado.

Gilliatt carecía de «forros.» Había consumido en sus faenas cuantos guñapos y estopas había almacenado, y muchos materiales se llevó también la ráfaga.

En rigor, hubiera podido hallar algunos restos registrando entre las rocas. La panza se había aligerado lo suficiente para poder él separarse de ella un cuarto de hora; ¿pero cómo hacer sin luz un registro semejante? La oscuridad era completa. No había luna; no había mas que el sombrío cielo estrellado. Gilliatt no tenía ningun resto de jarcia seca para hacerse una mecha, ningun sebo para improvisar una vela, ningun fuego para encenderla, ningun farol para resguardarla del aire. Todo estaba confuso é indistinto en la barca y en el escollo. Se oía el agua zumbar alrededor del casco herido, y ni siquiera se veía la grieta, de suerte que Gilliatt tuvo que conocer con el tacto la tensión creciente del encerado. Imposible era hacer á oscuras una investigación útil de los harapos de tela y de cordaje diseminados por las rompientes. ¿Cómo, sin ver muy claro, rebuscar arameles entre las rocas?

Gilliatt miraba tristemente la noche. Se veían muchas estrellas, y no se veía ni una vela.

Habiendo disminuido dentro de la barca la masa líquida, la presión exterior aumentaba. La hinchazón del encerado tomaba proporciones alarmantes. Crecía incesantemente. Era como un absceso llegado para abrirse al estado de madurez. La situación, momentáneamente mejorada, volvía á ser amenazadora.

Un tapon era imperiosamente reclamado por las cir-

cunstances. Gilliatt no tenia mas que sus vestidos.

Recuérdese que los habia puesto á secar en los picos de la Douvre menor.

Fué á recogerlos y los puso en la orla de la panza.

Tomó su capote embreado, y de rodillas dentro del agua, lo metió en la grieta, echando hácia fuera el tumor del encerado, y por consiguiente vaciándolo. Despues del capote, introdujo la piel de carnero, despues de la piel la camisa de lona, despues de la camisa el chaqueton. El agujero se lo tragó todo.

No tenia encima mas que una prenda de ropa, el pantalon, que se lo quitó para afianzar el tapon. No parecia que éste fuese insuficiente.

El tapon salia fuera de la grieta envuelto en el encerado. El oleaje, queriendo entrar, empujaba el obstáculo, lo ensanchaba útilmente sobre la fractura, y lo consolidaba. Era una especie de compresa exterior.

Interiormente, habiendo sido repelido solamente al centro de la hinchazon, quedaba alrededor del agujero y del tapon un rodete circular del encerado, tanto mas adherente, cuanto que las desigualdades mismas de la fractura le retenian. La via de agua estaba cegada.

Pero nada podia darse mas precario. Las agudas esquilas de la fractura que fijaban el encerado podrian taldrarlo, y por los agujeros volveria á entrar el agua. Gilliatt, en la oscuridad, ni siquiera se apercibiria de ello. Era poco probable que el tapon resistiese hasta asomar el dia. La ansiedad de Gilliatt tomaba otra forma, pero él la

sentia crecer al mismo tiempo que sentia abandonarle sus fuerzas.

Volvió á su tarea de vaciar la sentina, pero sus brazos, agotadas ya sus fuerzas, podian apenas levantar el achicador lleno de agua. Estaba desnudo, y tiritaba.

Gilliatt veia acercarse siniestramente la última estrechidad.

Cruzó su espíritu la idea de una eventualidad posible.

En alta mar podia haber una vela.

Podia ayudarle un pescador que por casualidad pasase por las aguas de los Douvres. Habia llegado el momento en que tenia absoluta necesidad de un colaborador. Un hombre y una linterna, y todo podia salvarse. Siendo dos, seria fácil vaciar la sentina, y estando restañado el líquido de la barca, libre ésta del sobrepeso que la abrumaba, subiria, recobraría su nivel de flotacion, saldria del agua la grieta, podria ejecutarse la recorrida, y reemplazar inmediatamente el tapon con una pieza de bordaje, y el aparato provisional aplicado á la fractura con un reparo definitivo.

De otra suerte, era menester aguardar el dia, estar esperando toda la noche. ¡Funesto retraso, que podia ser la perdicion!

Gilliatt experimentaba la calentura de la urgencia.

Si por casualidad habia á la vista el farol de un buque, Gilliatt podria, desde lo alto de la Douvre mayor, hacer señales. El tiempo estaba en calma, no soplabla viento alguno, el mar permanecia tranquilo, y un hom-

bre, agitándose en el estrellado fondo del cielo, podía ser visto. El capitán de un buque, y aunque no sea más que el patrón de una barca, no se halla durante la noche en las aguas de los Douvres sin tomar la precaución de dirigir al escollo un anteojo de larga vista.

Gilliatt esperaba ser visto.

Escaló el buque náufrago, llevó la mano á la cuerda de nudos, y subió á la Douvre mayor.

¡Ni una vela en el horizonte! ¡Ni un fanal! El agua á cuanto alcanzaba la vista estaba desierta.

No había auxilio ni resistencia posibles.

Gilliatt se sintió desarmado, lo que no le había sucedido aun hasta entonces.

La fatalidad oscura le dominaba. Él, con su barca, con la máquina de la Duranda, con todo su trabajo hecho, con todo el éxito obtenido, con todo su valor, pertenecía al abismo. No había medio de luchar, y estaba condenado á una actitud pasiva. ¿Cómo impedir al flujo aparecer, al agua subir, á la noche continuar? El tapon era su único punto de apoyo. Gilliatt para componerlo y completarlo se había estenuado y quedado desnudo; no podía fortificarlo, ni afirmarlo; el tapon había de quedar tal cual era, y todo esfuerzo había fatalmente concluido.

El mar tenía á su discreción aquel aparato improvisado aplicado á la vía de agua. ¿Cómo se comportaría aquel obstáculo inerte? Ahora era él, no era ya Gilliatt quien combatía. Era un guiñapo quien tenía á su cargo la gran misión, no era un ingenio. La hinchazón de una ola bas-

taba para destapar el agujero. Toda la cuestión se reducía á un poco más ó menos de presión.

Todo iba á desenlazarse por una lucha maquinal entre dos cantidades mecánicas. Gilliatt no podía en lo sucesivo ayudar á su auxiliar, ni contrarestar al enemigo. No era más que el espectador de su vida ó de su muerte. Aquel Gilliatt, que había sido una providencia, se hallaba en el minuto supremo reemplazado por una resistencia inconsciente.

Ninguno de los peligros, ninguno de los horrores que Gilliatt había atravesado, se acercaba á éste.

Al llegar al escollo Douvres, se había visto cercado y como cogido por la soledad. Esta soledad hacía más que rodearle, le envolvía. Mil amenazas á la vez le habían enseñado los puños. El viento estaba allí, próximo á soplar; el mar estaba allí, próximo á rugir. Era imposible tapar aquella boca, el viento; era imposible quitar los dientes á aquella mandíbula, el mar. Y sin embargo, Gilliatt había luchado; hombre, había combatido cuerpo á cuerpo con el Océano, se había agarrado por el cuello con la tempestad.

Había además hecho frente á otras ansiedades y á otras necesidades. Había tenido que habérselas con todos los apuros. Tuvo necesidad de trabajar sin herramientas, de remover grandes moles sin auxilio, de resolver problemas sin ciencia, de beber y comer sin provisiones, de dormir sin cama y sin techo.

En aquel escollo, caballete trágico, había sido sucesivamente torturado por las diversas fatalidades atormenta-

doras de la naturaleza, madre cuando bien le parece, verdugo cuando así le place.

Habia vencido al aislamiento, vencido al hambre, vencido á la sed, vencido al frío, vencido á la calentura, vencido al trabajo, vencido al sueño. Habia encontrado para cerrarle el paso los obstáculos coaligados. Despues de las privaciones, el elemento; despues de la marea, la tormenta; despues de la tempestad, el pulpo; despues del monstruo, el espectro. ¡Lúgubre ironía final!

En aquel escollo, del cual habia contado Gilliatt salir triunfante, Clubin muerto acababa de mirarle riendo.

La risa fisgona del espectro tenia razon. Gilliatt se veia perdido, Gilliatt se veia tan muerto como Clubin.

El invierno, el hambre, la fatiga, el buque naufrago que habia que destrozarse, la máquina que habia que trastabalar, las violencias del equinoccio, el viento, el trueno, el pulpo, todo era nada comparado con la via de agua. Se podia tener, y Gilliatt habia tenido, contra el frío el fuego, contra el hambre los mariscos de las rocas, contra la sed la lluvia, contra las dificultades del salvamento la industria y la energía, contra la marea y la tempestad el quebranta-olas, contra el pulpo la navaja. Contra la via de agua, nada.

El huracan le dejaba este adios siniestro, última hostilidad, estocada traidora, ataque insidioso del vencido al vencedor. La tempestad huyendo arrojaba esta flecha en pos de sí. La derrota volvía la cara y hería. Era la puñalada páfida del abismo.

Se combate la tempestad; pero ¿cómo combatir un rezumo, una resudacion?

Si el tapon cedia, si volvía á abrirse la via de agua, nada podia evitar que la panza se fuese á pique. Era la ligadura de la arteria que se deshace. Y una vez sumergida la panza en el fondo del agua, con el sobrepeso de la máquina, no habia ningun medio de sacarla á flote. El magnánimo esfuerzo de dos meses titánicos conducía en definitiva á un anonadamiento. Volver á empezar era imposible. Gilliatt no tenia ya ni fragua, ni materiales. Tal vez, al rayar el alba, iba á presenciar cómo su obra toda entera se hundía lenta é irremediabilmente en el abismo.

Es cosa horrible sentir debajo de sí la fuerza sombría.

El abismo le atraía.

Sumergida su barca, no le quedaba mas recurso que morir de hambre y de frío, como el otro, como el naufrago del peñasco el Homme.

Durante dos largos meses las conciencias y las providencias que se hallan en lo invisible habian asistido al siguiente espectáculo: á un lado las estensiones, las olas, los vientos, los relámpagos, los rayos los meteoros, al otro, un hombre; á un lado el infinito, al otro un átomo.

Y habia habido batalla.

Y hé aquí que tal vez tan gran prodigio abortaba.

Así es como conducía á la impotencia aquel heroismo inaudito, así es como concluía por la desesperacion aquel formidable combate aceptado, aquella lucha de Nada contra Todo, aquella Iliada de uno solo.

Gilliatt como loco miraba el espacio.

No tenia siquiera una pieza de ropa. Estaba desnudo delante de la inmensidad.

Entonces, en medio de la postracion causada por toda aquella enormidad desconocida, no sabiendo ya lo que de él se queria, confrontándose con la sombra, en presencia de aquella oscuridad irreducible, entre el rumor de las aguas, de las corrientes, de las olas, de las espumas, de las ráfagas, debajo de las nubes, debajo de los soplos, debajo de la vasta fuerza dispersa, debajo de aquel misterioso firmamento de las olas, de los astros, y de las tumbas, debajo de la intencion posible mezclada con todas estas cosas desmedidas, teniendo en torno suyo y debajo el Océano, y encima las constelaciones, bajo lo insondable se anonadó, renunció á toda resistencia, se echó cuan largo era sobre la roca, con el semblante vuelto á las estrellas, vencido, y juntando las manos delante de la profundidad terrible, gritó en lo infinito: ¡Misericordia!

Aterrado por la inmensidad, oró.

Allí estaba solo, en aquella noche, encima de aquella roca, en medio de aquel mar, caido de fatiga, como herido por un rayo, desnudo como el gladiador en el circo, solo que en lugar de circo tenia el abismo, en lugar de fieras, las tinieblas, en lugar de los ojos del pueblo, la mirada de lo desconocido, en lugar de vestales, estrellas, en lugar de César, Dios. Le pareció que se sentia disolverse en el frio, en el cansancio, en la impotencia, en la oracion, en la sombra, y sus ojos se cerraron.

VII.

HAY UN OIDO EN LO DESCONOCIDO.

Pasaron algunas horas.

El sol salió deslumbrador.

Su primer rayo alumbró en la meseta de la Douvre mayor una forma inmóvil.

Esta forma era Gilliatt.

Seguia echado en la roca.

Aquella desnudez helada y aterida no se revelaba con ningun calofrio. Los párpados cerrados estaban descoloridos. Hubiera sido difícil determinar si era ó no cadáver.

Parecia que el sol le miraba.

Si aquel hombre desnudo no estaba muerto, le faltaba.

tan poco para estarlo, que la menor bocanada de aire frío le hubiera rematado.

El viento empezó á exhalar, tibio y vivificador, el aliento primaveral de mayo.

El sol sin embargo se iba mostrando en el profundo cielo azul, y su rayo menos horizontal tomó un color de púrpura. Su luz se hizo calor, y envolvió á Gilliatt.

Gilliatt no se movía. Respiraba con una de esas respiraciones próximas á extinguirse que con dificultad empañarian un espejo.

El sol prosiguió su ascension, cayendo sus rayos sobre Gilliatt cada vez menos oblicuos.

El viento, que hasta entonces no habia sido mas que tibio, se hizo caliente.

Aquel cuerpo rígido y desnudo seguía sin movimiento, si bien el cutis parecía menos lívido.

El sol, aproximándose al cenit, cayó á plomo sobre la meseta de la Douvre. Una prodigalidad de luz cayó desde lo alto del cielo, uniéndose á ella la vasta reverberacion del mar sereno; la roca empezó á entibiarse, é hizo entrar en calor al hombre.

Un suspiro levantó el pecho de Gilliatt.
Gilliatt vivía.

Siguió el sol prodigándole sus caricias, casi ardientes.

El viento, que era ya viento de Mediodía y de verano, se acercó á Gilliatt como una boca, soplando suavemente.

Gilliatt se movió.

La tranquilidad del mar era inesplicable. Murmuraba

con un murmullo de nodriza cerca de su rorro. Parecía que las olas mecían el escollo.

Las aves marítimas, que conocían á Gilliatt, se cercian inquietas encima de él. Su inquietud no era ya su inquietud salvaje. Tenía no sé qué de tierno y fraternal. Las pobres aves gritaban débilmente. Parecía que llamaban á Gilliatt. Una paviota, que sin duda le amaba, se permitió la familiaridad de acercársele y hablarle, y como él al parecer no la oía, se puso encima de su hombro y le picó en los labios cariñosamente.

Gilliatt abrió los ojos.

Las aves, contentas y ariscas, se fueron.

Gilliatt se incorporó, se desperezó como un león que acaba de despertarse, corrió al borde de la plataforma y dirigió su primera mirada al estrecho de los Douvres.

Allí estaba la panza intacta. El tapon se habia mantenido en el agujero. El mar probablemente no la habia tratado con mucha aspereza.

Todo estaba salvado.

Gilliatt no sentía ya cansancio alguno. Sus fuerzas estaban reparadas. Su desvanecimiento habia sido un sueño.

Achicó la panza, puso en seco la sentina y estando la avería fuera ya de la línea de flotacion, se vistió, bebió, comió, estuvo alegre.

La vía de agua, examinada de día, requería mas trabajo de lo que él habia creído. Era una avería bastante grave. No tuvo Gilliatt demasiado con todo el día para repararla.

Al día siguiente, después de haber deshecho la barrera y vuelto á abrir la salida del desfiladero, vestido con los harapos que habían triunfado de la vía de agua, llevando encima el cinto de Clubin con los 75,000 francos, de pie en la panza reparada al lado de la máquina salvada, con buen viento y con mar admirable, salió Gilliatt del escollo **Douvres.**

Puso la proa hácia Guernesey.

En el momento de alejarse del escollo, cualquiera que se hubiese hallado allí le hubiera oído tararear la canción **Bonny Dundee.**

TERCERA PARTE.

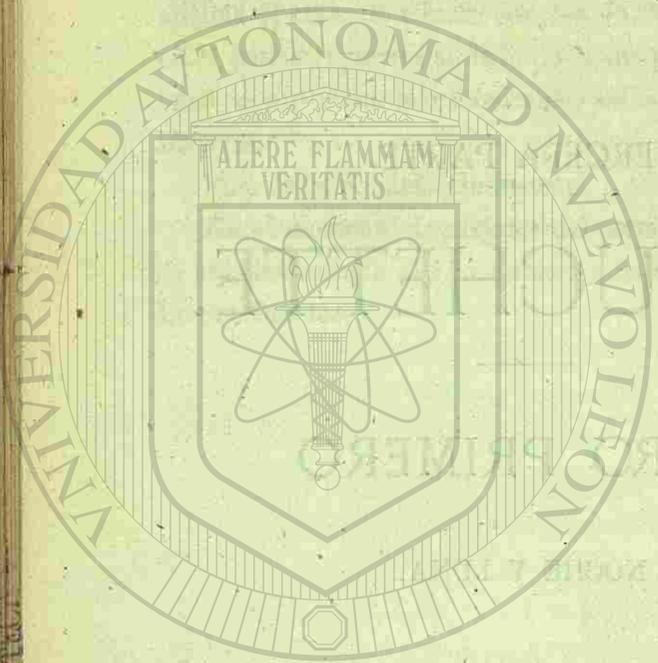
DERUCHETTE.

LIBRO PRIMERO

NOCHE Y LUNA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

LA CAMPANA DEL PUERTO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El Saint-Sampson de hoy es casi una ciudad; el Saint-Sampson de cuarenta años atrás era casi una aldea.

Llegada la primavera y concluidas las veladas de invierno, se trasnochaba poco, y la gente solía acostarse al anochecer. Saint-Sampson era una antigua parroquia subalterna que había conservado la costumbre de apagar la luz temprano. Allí todo el mundo se acostaba y se levantaba con el día. Las antiguas aldeas normandas son como las gallinas.

Digamos además que Saint-Sampson, esceptuando algunas familias acomodadas de la clase media, es una po-

blación de canteros y de carpinteros de ribera. El puerto es un puerto de recorridas. En él todo el día se estraen piedras ó se construyen tablonés; donde quiera el pico y el martillo. Hay un manejo perpetuo de encina y de granito. Al anochecer los trabajadores están cansados y duermen como troncos. Los trabajos rudos hacen los sueños pesados.

En una tarde de los primeros días de mayo, después de haber contemplado algún tiempo el creciente de la luna en los árboles y escuchado los pasos de Deruchette que de noche se paseaba sola por el jardín de los Bravées, mess Lethierry se había metido en su cuarto con vistas al puerto y se había acostado. Dulce y Gracia estaban ya en la cama. Todos en la casa dormían, á escepcion de Deruchette. Todos dormían también en Saint-Sampson. No había puerta ni ventana que no estuviese cerrada. No transitaba nadie por las calles. Unas cuantas luces, semejantes á las guiñadas de ojos que van á extinguirse, brillaban en distintas cerceras, anunciando que iban á acostarse los criados. Hacia ya un buen rato que habían dado las nueve en el vetusto campanario romano cubierto de hiedra que se reparte con la iglesia de Saint-Brelade de Jersey la rareza de tener por fecha cuatro números uno: 1111, lo que significa *mil ciento once*.

La popularidad de mess Lethierry en Saint-Sampson estaba subordinada al estado de sus negocios. Habiendo éstos andado mal, se formó á su rededor el vacío. Fuerza es creer que la mala suerte ahuyenta las amistades y que

la gente poco afortunada lleva consigo la peste, á juzgar por la prontitud con que se la obliga á hacer cuarentena y aislarse. Los mozos acomodados de la población evitaban la presencia de Deruchette. Era tal el aislamiento alrededor de los Bravées, que en ellos no se supo siquiera el grande acontecimiento local que ponía en movimiento todas las lenguas de Saint-Sampson. El rector de la parroquia, el reverendo Joë Ebenezer Caudray, era rico. Su tío, el magnífico dean de Saint-Asaph, acababa de morir en Londres. Había traído la noticia el buque correo *Cashmere* llegado de Inglaterra aquella misma mañana, y en la rada de Sant-Pierre Port se percibía aun su mástil. El *Cashmere* debía salir para Southampton el día siguiente al medio día, embarcándose en él, según pública voz y fama, el reverendo rector, llamado apremiantemente á Inglaterra para la abertura oficial del testamento, sin contar las otras urgencias de una gran sucesión que recogía. Durante todo el día, Saint-Sampson había dialogado confusamente. El *Cashmere*, el reverendo Ebenezer, su tío muerto, su riqueza, su partida, sus promociones posibles en el porvenir, constituían el fondo de todos los rumores. Una sola casa, que nada sabía absolutamente, había permanecido silenciosa, los Bravées. Mess Lethierry se había echado encima de su hamaca, sin desnudarse.

Echarse encima de su hamaca era su único recurso desde la catástrofe de la Duranda. Tenderse sobre su camastro es el recurso de todo preso, y mess Lethierry estaba preso por la tristeza. Se echaba, y esta circunstancia

era una tregua, un recobro de aliento, una suspension de ideas. ¿Dormía? No. ¿Velaba? Tampoco. Propiamente hablando, hacia dos meses y medio, que eran los trascurridos desde la catástrofe, que mess Lethierry estaba como sonámbulo. No había aun vuelto á su asiento. Se hallaba en aquel estado misto y difuso que solo conocen los que han sufrido grandes contratiempos. Sus reflexiones no eran pensamientos, su sueño no era reposo. Ni de día era un hombre despierto, ni de noche un hombre dormido. Estaba en pie, y despues se echaba, hé aquí todo. Cuando estaba en su hamaca, se desmemoriaba algo, y á eso él llamaba dormir; las quimeras flotaban en él y encima de él; la nube nocturna, llena de apariencias confusas, cruzaba su cerebro; el emperador Napoleon le dictaba sus memorias; habia varias Deruchettes; estraños pájaros poblaban los árboles, y las calles de Lonsle-Sauluier se convertian en serpientes. La pesadilla era la espera de la desesperacion. Pasaba sus noches delirando, y sus dias soñando.

Permanecía algunas veces toda la tarde inmóvil en la ventana de su cuarto que, como dijimos, daba al puerto, con la cabeza baja, los codos apoyados en la piedra y las manos en las sienes, con la espalda vuelta al mundo entero, con la vista fija en la argolla de hierro clavada en la pared de su casa á algunos pies de su ventana, donde en otro tiempo se amarraba la Duranda. Miraba tristemente la herrumbre que se apoderaba de la argolla.

Mess Lethierry estaba reducido á la funcion maquina de vivir.

No á otra cosa quedan reducidos los hombres mas animosos privados de su idea realizable. Tal es el efecto de las existencias vaciadas. La vida es el viaje, la idea es el itinerario. El que pierde el itinerario se para. Perdido el objeto, la fuerza muere. La suerte tiene un oscuro poder discrecional. Puede con su rara magia tocar hasta nuestro ser moral. La desesperacion es casi la destitucion del alma. Solo resisten los corazones muy grandes. Y no siempre.

Si la absorcion puede llamarse meditacion, mess Lethierry meditaba continuamente en el fondo de una especie de precipicio turbio. Se le escapaban frases ingenuas como la siguiente: No me queda mas que hacer que pedir allá arriba mi billete de partida.

Notamos una contradiccion en aquella naturaleza, complexa como el mar de que Lethierry era, si asi puede decirse, el producto; mess Lethierry no oraba.

Ser impotente es una fuerza. En presencia de nuestras dos grandes cegueras, el destino y la naturaleza, el hombre en su impotencia encuentra el punto de apoyo, la oracion.

El hombre se hace auxiliar por el terror; pide socorro á su miedo; la ansiedad aconseja hincar las rodillas.

La oracion es una enorme fuerza propia del alma y de la misma especie que el misterio. La oracion se dirige á la magnanimidad de las tinieblas; la oracion mira el misterio con los mismos ojos de la sombra, y delante de la poderosa fijeza de la mirada suplicante se siente un desarme posible del Desconocido.

Esta posibilidad entrevista es por sí sola un consuelo. Mess Lethierry no oraba.

Mientras fue feliz, Dios existía para él, existía, si así puede decirse, en carne y hueso; Lethierry le hablaba, le empeñaba su palabra, casi le daba de cuando en cuando un apretón de manos. Pero en la desgracia de Lethierry, fenómeno bastante frecuente, Dios se había eclipsado. Así sucede siempre cuando un individuo se forma un buen Dios, que es un buen hombre.

No había para Lethierry, en el estado en que se hallaba su alma, mas que una visión bien marcada, la sonrisa de Deruchette. Fuera de esta sonrisa, todo era negro.

Hacia algún tiempo, á causa sin duda de la pérdida de la Duranda, de que ella representaba el rechazo ó repercusión, la encantadora sonrisa de Deruchette era menos frecuente. Deruchette parecía estar preocupada. Se habían estinguido sus monadas de pájaro y de niño. No se la veía ya por la mañana, al dispararse el cañonazo de leva, hacer una reverencia y decir al sol saliente: «*bien venido, día!* Tómate la molestia de entrar.» Tenía á veces una actitud muy seria, cosa triste en un ser tan dulce. Se esforzaba sin embargo en sonreír á mess Lethierry, y en distraerle, pero su alegría se marchitaba mas cada día y se cubría de polvo, como las alas de la mariposa que tiene un alfiler que atraviesa su cuerpo. Añádase que, ya sea por la tristeza que le causaba la de su tío, pues hay dolores de reflejo, ya sea por otras razones, parecía desde algún tiempo inclinarse mucho á la religion. Sabido es que en tiempo del

antiguo rector M. Jaquemin Hérode, no iba á la iglesia mas que unas cuatro veces al año. Desde algún tiempo la frecuentaba muy asiduamente. No faltaba á ningún oficio, ni del domingo, ni del jueves. Las almas piadosas de la parroquia veían con satisfacción su enmienda. Porque es una gran dicha que una jóven, que tantos peligros corre cerca de los hombres, se vuelva hácia Dios.

Así al menos los pobres padres pueden vivir descansados respecto de amoríos.

Por la tarde, siempre que el tiempo lo permitía, se paseaba una ó dos horas por el jardín de los Bravées. Allí estaba tan pensativa casi como mess Lethierry, y siempre sola. Deruchette era la última que se acostaba, lo que no impedía que Dulce y Gracia tuviesen siempre fijadas en ella sus miradas, por ese instinto de acecho que se mezcla con la domesticidad; el espiar disminuye la displicencia que causa el servir.

En cuanto á mess Lethierry, en el estado de preocupación en que se hallaba su ánimo, no notaba las pequeñas alteraciones que habían sufrido las costumbres é inclinaciones de Deruchette. Él además no había nacido para dueña. Ni siquiera se había apercibido de la exactitud de Deruchette á los oficios de la parroquia. Tenaz en su preocupación contra los clérigos y sus cosas, no le hubieran dado ningún gusto tantas visitas á la iglesia.

No es decir que su misma situación moral no estuviese también en camino de modificarse. La tristeza es nube y varía de forma.

Ya lo hemos dicho, las almas fuertes quedan algunas veces, bajo el peso de ciertos infortunios, destituidas casi, no completamente. Los caracteres enérgicos y de gran virilidad, tales como Lethierry, se reaccionan tarde ó temprano. La desesperacion tiene grados ascendentes. Del anadamiento se sube al abatimiento; del abatimiento á la afliccion, de la afliccion á la melancolía. La melancolía es un crepúsculo, donde el dolor se funde en un júbilo sombrío.

La melancolía es el placer de estar triste.

Estas atenuaciones elegíacas no estaban hechas para Lethierry. Ni la naturaleza de su temperamento, ni el género de su infortunio consentian semejantes matices, solo que en el momento en que acabamos de encontrarle de nuevo, el desvarío de su primera desesperacion tendia, hacia ya una semana próximamente, á disiparse; Lethierry, sin estar menos triste, estaba menos inerte, permanecia siempre sombrío, pero no ya aburrido, taciturno ó indiferente á todo; recobraba cierta percepcion de los hechos y de los acontecimientos, y empezaba á experimentar algo del fenómeno que se podria llamar el regreso á la realidad.

Asi es que durante el dia, en la sala baja, no escuchaba las palabras de la gente, pero las oia. Una mañana Gracia, muy satisfecha, dijo á Deruchette que mess Lethierry habia quitado la faja de un periódico.

Esta semi-acceptacion de la realidad es, como se sabe, un buen síntoma. Es la convalecencia. Las grandes des-

gracias son un atontamiento del cual se sale poco á poco. Pero la mejoría hace en un principio el efecto de una agracion. El estado de delirio anterior embotaba el dolor. Lethierry veia turbio, sentia poco; ahora se le ha aclarado la vista, no se le escapa nada, todo recuerdo hace brotar sangre de su herida. Esta se aviva. El dolor se acentúa con todos los pormenores que se perciben. Todo renace visible en la memoria. Hallarlo todo es llorarlo todo. En este regreso á la realidad hay toda especie de resabios amargos. El hombre se siente mejor y peor. Asi lo experimentaba Lethierry. Sufria mas distintamente.

Quien habia vuelto á mess Lethierry al sentimiento de la realidad fue un sacudimiento.

Digamos cuál fue éste.

Una tarde, hácia el 15 ó el 20 de abril, llamaron á la puerta de la sala baja de los Bravées con dos golpes que daban á entender que quien llamaba era el cartero. Dulce abrió. En efecto, era una carta.

Esta carta venia del mar, y estaba dirigida á mess Lethierry, y timbrada en Lisboa.

Dulce entregó la carta á mess Lethierry, que estaba encerrado en su cuarto. Mess Lethierry cogió la carta, y la dejó maquinalmente encima de la mesa, sin mirarla siquiera. La carta estuvo mas de una semana, sin abrir, donde Lethierry la habia dejado.

Una mañana sin embargo, Dulce dijo á mess Lethierry:

—Señor, la carta que os entregué está llena de polvo, ¿no quereis que se lo quite?

Lethierry pareció hacer memoria:

—Venga la carta, dijo.

Y la abrió.

Leyó lo siguiente:

«En alta mar, 10 de marzo.

»Mess Lethierry, de Saint-Sampson.

»Recibireis con placer noticias mias.

»Me hallo á bordo del *Tamaulipas*, caminando hácia Novolver. Hay en la tripulacion un marinero llamado Ahier-Tostevin, de Guernesey, que volverá y os contará algunas cosas. Me aprovecho del encuentro del buque *Hernan Cortés*, que va á Lisboa, para que esta carta llegue á vuestras manos.

»Asombraos. Soy hombre de bien.

»Tan hombre de bien como sieur Clubin.

»Debo creer que vos sabeis lo que me ha sucedido; sin embargo, no estará demás que yo os lo diga.

»Hélo aquí:

»Os he devuelto vuestros capitales.

»Os habia tomado prestados, un poco incorrectamente, 50,000 francos. Antes de salir de Saint-Malo, he entregado para vos á sieur Clubin, el hombre de vuestra confianza, tres billetes de banco de 1,000 libras cada uno, lo que forma un total de 75,000 francos. Este reembolso os parecerá sin duda suficiente.

»Sieur Clubin ha tomado vuestros intereses y recibido vuestro dinero con energía. Me ha parecido muy celoso, por cuyo motivo os lo advierto.

»El otro hombre de vuestra confianza,

»Rantaine.»

«*Postdata*. Sieur Clubin tenia un revolver, razón por la cual yo no tengo un recibo.»

Tocad un torpedo, tocad una botella de Leyde cargada, y espermentareis lo que espermentó mess Lethierry al leer la carta de Rantaine.

Debajo de aquel sobre, en aquel pliego de papel doblado que tan poco le llamó la atencien en el primer momento, habia una conmocion.

Reconoció la letra, reconoció la firma. Respecto del hecho, no pudo de pronto comprenderlo.

La conmocion fue tal que le levantó, si asi puede decirse, el espíritu.

El fenómeno de los 75,000 francos confiados por Rantaine á Clubin era el lado útil del sacudimiento, por lo mismo que, siendo un enigma, obligaba á trabajar al cerebro de Lethierry. Formar una conjetura, es para el pensamiento una ocupacion sana. El racionio se dispierta, y se invoca la lógica.

Desde algun tiempo la opinion pública de Guernesey estaba ocupada en juzgar de nuevo á Clubin, el hombre honrado que por espacio de tantos años habia sido tan unánimemente admitido en la circulacion del general aprecio. Empezaba á haber interrogaciones, empezaban á suscitarse dudas, y hasta se hacian ya apuestas en pro y en contra. Se habian producido luces singulares. Clubin empezaba á aclararse, es decir, que se volvía negro.

Una informacion judicial se habia abierto en Saint-Malo para averiguar el paradero del guarda-costas 619.

La perspicacia legal habia equivocado el camino como sucede alguna vez. Habia partido del supuesto de que el guarda-costas debió ser enganchado por Zuela y haberse embarcado en el Tamaulipas para Chile. Esta hipótesis ingeniosa habia acarreado muchas aberraciones. La miopía de la justicia no habia siquiera divisado á Rantaine. Pero andando el tiempo, los magistrados instructores habian descubierto otros rastros. El oscuro negocio se habia complicado. Clubin habia hecho su entrada en el enigma. Se habia establecido una coincidencia, una relacion tal vez, entre la partida del Tamaulipas y la pérdida de la Duranda. En el figon de la puerta Dinan, donde Clubin creia no ser conocido, se le habia reconocido perfectamente; el tabernero habia hablado; Clubin habia comprado una botella de aguardiente. ¿Para quién? El armero de la calle Saint-Vincent habia hablado; Clubin habia comprado un revolver. ¿Contra quién? El posadero de la Venta Jean habia hablado; á Clubin se le habia echado de menos. El capitán Gertrais-Gaboureau habia hablado; Clubin se empeñó en partir no obstante todas las advertencias, y sabiendo que iba á tropezar con la niebla. La tripulacion de la Duranda habia hablado. De hecho, habia faltado el cargamento y se habia hecho mal la estiva, negligencia que se comprende bien si el capitán queria perder el buque.

El pasajero de Guernesey habia hablado; Clubin habia creído naufragar en los Hanois.

Las gentes de Torteval habian hablado; Clubin habia estado allí algunos dias antes de perderse la Duranda, y se habia paseado junto á Plainmont cerca de los Hanois. Llevaba una maleta. «Habia partido con ella, y vuelto sin ella.» Los alcanzados habian hablado; habia parecido que su historia podia referirse á la desaparicion de Clubin, sin mas condicion que la de reemplazar los aparecidos con contrabandistas.

Habia, en fin, hallado la misma casa hechizada de Plainmont; gentes decididas á proveerse de datos la habian escalado, y ¿qué habian hallado dentro? precisamente la maleta de Clubin.

El resguardo de Torteval se habia apoderado de la maleta, y la habia hecho abrir. Contenia provisiones de boca, un antejo de larga vista, un cronómetro, trajes de hombre y ropa blanca con las iniciales de Clubin.

Con todo lo dicho, en las conversaciones de Saint-Malo y de Guernesey, hacia cada cual su composicion de lugar, y se formaba una especie de baratijo.

Se acercaban unos á otros lineamentos confusos; se comprobaba el singular desprecio á todas las advertencias, una aceptacion de los peligros de la niebla, una negligencia sospechosa en la estiva, una botella de aguardiente, un timonel ébrio, una sustitucion del capitán al timonel, y un movimiento del timon por lo menos muy torpe.

El heroismo de permanecer en el buque naufrago iba pareciendo una gatada, una bribonada. Se convenia en que Clubin habia equivocado el escollo.

Admitida la intencion de barar, se comprendia que hubiese escogido los Hanois, desde donde era fácil ganar á nado la costa, y aguardar en la casa hechizada la ocasion de evadirse.

La maleta completaba la demostracion. Con qué lazo esta aventura se unia á la otra aventura, á la del guarda-costas, se ignoraba completamente.

Se adivinaba una correlacion. y nada mas. Se entreveia, respecto del guarda-costas número 619, todo un drama trágico.

Clubin tal vez no representaba en él papel alguno, pero se le veia entre bastidores.

No todo se explicaba por el fraude en la derrota de la Duranda.

Habia un revolver de que no se habia hecho uso, y que se referia probablemente á algun otro negocio.

El olfato del pueblo es fino y justo.

El instinto público sobresale en esas restauraciones de la verdad formadas de piezas y retazos.

Pero en los hechos de que se desprendia un fraude verosímil, habia serias incertidumbres.

Todo estaba cogido, todo concordaba; pero faltaba la base.

No se pierde un buque por el mero capricho de perderlo. No se corren todos los riesgos de la niebla, del escollo, de la natacion, del refugio y de la fuga, sin un interés. ¿Cuál podia haber sido el interés de Clubin?

Se veia su acto, no se veia su motivo.

De ahí una duda en los ánimos. Donde no hay motivo parece que no puede haber acto.

El vacío era grande.

La carta de Rantaine llenaba este vacío.

La carta de Rantaine daba el motivo de Clubin. Tratábase de robar 75,000 francos.

Rantaine era el Dios en la máquina. Bajaba de la nube con una luz en la mano.

Su carta era el rayo de claridad final.

Lo explicaba todo, y anunciaba además un testigo, Ahier-Tostevin.

¡Cosa decisiva! explicaba el uso del revolver. Era incontestable que Rantaine se hallaba perfectamente informado. Su carta hacia tocarlo todo con el dedo.

Nada habia que pudiese alcanzar la maldad de Clubin. Habia premeditado el naufragio como lo probaba la maleta llevada á la casa hechizada. Y aun suponiéndole inocente, aun admitiendo el naufragio fortuito, ¿no debió en el último momento, resuelto como estaba á morir en el buque náufrago, entregar para mess Lethierry los 75,000 francos á los hombres que se salvaban en la lancha? Habia evidencia. ¿Y cuál habia sido el paradero de Clubin? Probablemente habia sido víctima de su error. Habia sin duda perecido en el escollo Douvres.

Esa andamiada de conjeturas, muy conformes, como se ve, con la realidad, ocupó por espacio de muchos dias el espíritu de mess Lethierry. La carta de Rantaine le prestó el servicio de obligarle á pensar. Tuvo un primer

sacudimiento de sorpresa, y luego hizo un esfuerzo para reflexionar. Y otro esfuerzo hizo aun mas difícil; procuró informarse. Tuvo que aceptar y hasta que buscar conversaciones. Al cabo de ocho dias, habia vuelto á ser hasta cierto punto un hombre práctico; su espíritu habia recobrado la habitual adherencia de otro tiempo, y estaba casi curado. Habia salido del estado turbio.

Admitiendo que mess Lethierry hubiese podido alimentar alguna esperanza de reembolso, la carta de Rantaine la desvanecia completamente.

La carta de Rantaine añadió á la catástrofe de la Duranda el nuevo naufragio de 75,000 francos. Le hizo conocer el paradero de cantidad tan considerable, lo suficiente para hacerle lamentar su pérdida. La carta de Rantaine le mostró el fondo de su ruina.

De ahí un dolor nuevo y muy agudo, que acabamos de indicar. Empezó, lo que no habia hecho en dos meses, á preocuparse de su casa, de su porvenir, de las reformas y economías que tenia que adoptar. ¡Pequeña desazon de mil puntas, peor casi que la desesperacion! Esperimentar la desgracia en sus mas insignificantes pormenores, disputar palmo á palmo al hecho realizado el terreno que acaba de ganar, es odioso. El peñasco de la desgracia que abruma, se acepta, no su polvo. El conjunto agovia, lo circunstanciado tortura. La catástrofe hiere como un rayo, pero sus pormenores incomodan.

Los pormenores son la humillacion que agrava el aplastamiento. Son una segunda anulacion, muy repug-

nante, que se añade á la primera. Se baja de un salto á la nada. Despues del sudario, los girones de este sudario mismo. ¡Tratar de reducirse! No hay mas triste pensamiento.

Quedar arruinado, parece cosa sensible. Golpe violento; brutalidad de la suerte; es la catástrofe una vez por todas. Sea. Se la acepta. Todo está concluido. El hombre queda arruinado. Bueno, es como si hubiera muerto. Pero no; vive, y al dia siguiente lo nota. ¿Qué se lo hace notar? Algunos alfilerazos. Tal transeunte, que antes os saludaba, no os saluda; llueven las facturas de los comerciantes; hay uno de vuestros enemigos que ríe. Le hace tal vez reir el último chiste de Arnal, pero es lo mismo, el chiste no le parece tan gracioso sino porque vos estais arruinado. Leeis vuestra decadencia hasta en las miradas indiferentes; los que se sientan á vuestra mesa encuentran que tres platos son demasiado; vuestros defectos saltan á los ojos de todo el mundo; las ingratitudes, no esperando ya nada, se manifiestan completamente; todos los imbéciles han previsto lo que os sucede; los malvados os destrozan, los peores os compadecen. Y luego cien circunstancias mezquinas. La náusea sucede á las lágrimas. Bebáis vino, beberéis sidra. ¡Dos criadas! Sobra con una. Es menester despedir una de ellas, y hacer trabajar mas á la otra. Hay en el jardin demasiadas flores; plantad patatas. Vended en el mercado la fruta que dábais á los amigos. En cuanto á los pobres, no hay que pensar en ellos, siendo vos pobre tambien. ¡La compostura! ¡cuestion grave! Quitar una cinta á una mu-

jer, ¡qué suplicio! ¡Negar el adorno á quien os da la belleza! ¡Parecer un avaro! Ella acaso os diga:—¡Cómo! ¡habéis quitado las flores de mi jardín, y vais á quitarlas también de mi sombrero!—¡Ay! ¡condenarla á llevar vestidos raídos! La mesa de familia es silenciosa. Os figurais que alrededor vuestro se murmura. Los semblantes amados están recelosos. Hé aquí lo que es decaer. Es volver á morir todos los días. Caer no es nada, es la fragua. Decaer es consumirse á fuego lento.

La caída es Waterloo; la decadencia es Santa Helena. La suerte, encarnada en Wellington, tiene alguna dignidad; pero cuando se hace Hudson Lowe, ¡qué villanía! El destino se vuelve estúpido. Se ve al hombre de Campo-Formio regateando un par de medias de seda. Empequeñecimiento de Napoleon que empequeñece á Inglaterra.

¡Waterloo y Santa Helena! Todo hombre arruinado ha atravesado estas dos fases, reducidas á proporciones vulgares.

En la noche que hemos ya indicado, que era una de las primeras de mayo, Lethierry, dejando á Deruchette paseando en el jardín á la claridad de la luna, se había acostado mas triste que nunca.

Todos esos pormenores mezquinos y enfadosos, complicaciones de las fortunas perdidas, todas esas preocupaciones de tercer orden, que empiezan por ser insípidas y acaban por ser lúgubres, bullian en su espíritu. ¡Tosco cúmulo de miserias! Mess Lethierry comprendia que su caída era irremediable. ¿Qué iba á hacer? ¿Qué iba á ser de él? ¿Qué sacri-

ficios tendria que imponer á Deruchette? ¿A quién despediria, á Dulce ó á Gracia? ¿Venderia los Bravées? ¿No se veria reducido á abandonar la isla? No ser nada, donde se ha sido todo, es en efecto una decadencia insoportable.

¡Y decir que todo habia concluido! ¡Recordar aquellas travesías que enlazaban Francia con el archipiélago, aquellos martes de partida, aquellos viernes de regreso, aquella multitud en el malecon, aquellos grandes cargamentos, aquella industria, aquella prosperidad, aquella navegacion directa y altiva, aquella máquina en que el hombre ponía su voluntad, aquella caldera omnipotente, aquel humo, aquella realidad! El buque de vapor es la brújula completa; la brújula indica el camino recto, el vapor lo sigue. Aquella propone, ésta ejecuta. ¿Dónde estaba su Duranda, aquella magnífica y soberana Duranda, aquella señora del mar, aquella reina que le hacia rey? Haber sido en su país el hombre idea, el hombre éxito, el hombre revolucion! ¡Y renunciar á todo! ¡abdicar! ¡no ser ya! ¡hacer reir! ¡Ser un saco en que hubo alguna cosa! ¡Ser el pasado cuando se ha sido el porvenir! ¡escitar la orgullosa compasion de los idiotas! ¡ver triunfar la rutina, la terquedad, el carril, el egoismo, la ignorancia! ¡ver cómo vuelven á empezar bestialmente las idas y venidas de buques góticos traqueados por las olas! ¡ver la chochez rejuvenecida! ¡haber perdido toda su vida! ¡haber sido la luz y sufrir el eclipse! ¡Ay! ¡cuán hermosa era sobre las olas aquella chimenea altiva, aquel prodigioso cilindro, aquel pilar con capitel de humo, aquella columna mayor que la

Vendome, porque sobre la una no hay mas que un hombre y sobre la otra habia el progreso! El Océano estaba debajo. Era la certeza en plena mar. ¿Y esto se habia visto en aquella pequeña isla, en aquel pequeño puerto, en aquel pequeño Saint-Sampson? ¡Sí, se habia visto! ¡Cómo! ¡se habia visto, y no se volverá á ver ya!

Tal era la obsesion de dolor que torturaba á Lethierry.

Hay sollozos del pensamiento. No habia tal vez sentido jamás tan amargamente su pérdida. Cierta embotamiento sucedió á tan agudas sensaciones. Se amodorró bajo la pesadumbre de su tristeza.

Permaneció próximamente dos horas con los párpados cerrados, durmiendo poco, soñando mucho, calenturiento. Estos entorpecimientos encubren un oscuro trabajo del cerebro, muy fatigoso. A cosa de media noche, poco antes ó poco despues, sacudió su letargo. Se despertó, abrió los ojos, y como su ventana estaba pegada á su hamaca, vió un espectáculo extraordinario.

Habia delante de su ventana una forma, una forma inaudita, la chimenea de un buque de vapor. Mess Lethierry se incorporó súbitamente. La hamaca osciló como en los balances de una tempestad. Lethierry miró. Habia en la ventana una vision. El puerto lleno de claridad de luna se encerraba como en un marco en los cristales de la ventana, y en medio de aquella claridad, muy cerca de la casa, se destacaba, recta, redonda y negra, una silueta soberbia.

Allí habia el tubo de una máquina.

Lethierry saltó de su hamaca, corrió á la ventana, se

asomó, y reconoció la chimenea. Tenia delante la chimenea de la Duranda. Se hallaba en su sitio acostumbrado.

Sus cuatro cadenas la tenian sujeta á la orla de un buque, en el cual, debajo de ella, se distinguía una mole que tenia un contorno complicado.

Lethierry retrocedió, volvió la espalda á la ventana, y se dejó caer sentado en la hamaca.

Se volvió, y percibió de nuevo la vision.

Un momento despues, un momento insuficiente para la luz de un relámpago, se hallaba en el malecon con un farol en la mano.

Se hallaba amarrada á la antigua argolla de la Duranda una barca que un poco hácia popa llevaba una mole maciza de que salia la chimenea enhiesta delante de la ventana de los Bravées. La proa de la barca se prolongaba, al nivel del malecon, fuera del esquinazo de la pared de la casa.

No habia nadie en la barca.

Era una barca de una forma tal, que todo Guernesey hubiera podido dar una descripcion exacta de ella. Era la panza.

Lethierry saltó á bordo de la barca. Corrió hácia la mole que veía al otro lado del mástil. Era la máquina.

Allí estaba, íntegra, completa, intacta, sentada en cuadro sobre su plancha de fundicion, la caldera con todos sus tabiques; el árbol de las ruedas estaba enhiesto y amarrado cerca de la caldera, la bomba ocupaba su lugar correspondiente; nada faltaba.

Lethierry examinó la máquina.
El farol y la luna se ayudaban mutuamente para alumbrarle.

Pasó revista á todo el mecanismo.

Vió las dos palas que estaban á un lado. Examinó el árbol de las ruedas. Pasó al camarote, que encontró vacío.

Volvió á la máquina y la tocó. Metió la cabeza en la caldera. Se puso de rodillas para verla interiormente.

Dejó en el horno su farol cuya luz iluminó todo el mecanismo y produjo casi la ilusion de una máquina encendida.

Soltó despues una carcajada, y levantándose, con la mirada fija en la máquina, con los brazos tendidos hácia la chimenea, gritó: ¡Socorro!

La campana del puerto estaba en el malecon á pocos pasos; corrió hácia ella, cogió la cadena y empezó á repicar la campana impetuosamente.

II.

SIGUE LA CAMPANA DEL PUERTO.

Gilliatt, en efecto, despues de una travesía sin incidente, aunque algo lenta por el pesado cargamento de la panza, habia llegado á Saint-Sampson cerrada ya la noche, mas cerca de las diez que de las nueve.

Gilliatt habia calculado la hora. Se habia verificado la media marea. Habia luna y agua para entrar en el puerto.

La pequeña abra estaba dormida. Habia fondeados en la ensenada algunos buques, con las velas cargadas, encapilladas las copas, y sin fanales. Se percibian en el fondo algunas barcas que se estaban recorriendo, en seco en el carenero. Gruesos cascos desarbolados, levantando enci-

ma de su bordaje, descoyuntado las puntas curvas de su costillaje desmantelado, se parecían bastante á escarabajos muertos echados de espaldas, con las patas al aire.

Gilliatt, no bien hubo pasado el boquete del puerto, examinó el andén y el malecón. Ni en los Bravées, ni en ninguna otra parte, había luz alguna. No transitaba nadie, exceptuando tal vez un solo hombre, que acababa de entrar en el presbiterio ó de subir de él. Y no podía asegurar Gilliatt que fuese una persona, esfumando la noche todo lo que dibuja y no haciendo la luna nada que no sea indeciso. La distancia se añadía á la oscuridad. Además, el presbiterio se hallaba situado en el otro lado del puerto, en un solar en que actualmente hay una cala cubierta.

Gilliatt había atracado silenciosamente al pie mismo de los Bravées, y había amarrado la panza á la argolla de la Duranda debajo de la ventana de mess Lethierry.

Después saltó á tierra por encima del bordaje.

Dejando detrás á la panza, Gilliatt dió vuelta á la casa, tomó una callejuela, luego otra, no miró siquiera en la encrucijada el camino que conduce al Bu de la Calle, y á los pocos minutos se detuvo en aquel esquinazo en que había una malva campestre que tenía en junio flores de color de rosa, acebos, hiedra y ortigas. Allí es donde oculto entre zarzas, sentado en una piedra, muchas veces en los días de verano, por espacio de largas horas y hasta de meses enteros, había contemplado por encima de la tapia del jardín de los Bravées, tan fácil de saltar, y por entre las ramas de los árboles, dos ventanas

de un cuarto de la casa. Encontró la piedra, encontró las zarzas, encontró la tapia siempre baja, el ángulo oscuro como siempre, y como una alimaña que vuelve á su cobil, mas bien deslizándose que andando, se agazapó. Luego que estuvo sentado, se quedó inmóvil. Miró. Volvía á ver el jardín, las alamedas, los arriates de flores, las dos ventanas de la casa. La luna le mostraba aquel cuadro. Es horrible en ciertas ocasiones que el hombre se vea obligado á respirar. Gilliatt hacía cuanto le era dado para impedirse.

Le parecía ver un paraíso fantasma. Tenía miedo de que todo aquello se disipase. Era casi imposible que aquellos seres se hallasen realmente ante sus ojos, y si se hallaban, no podía ser sino con la inminencia de desaparición que tienen siempre las cosas divinas. Un soplo, y todo se disiparía. Gilliatt temblaba.

Muy cerca, delante de él, en el jardín, en la orilla de un sendero, había un banco de madera pintado de verde. Acordémonos de este banco.

Gilliatt miraba las dos ventanas. Pensaba en un sueño posible de alguien en aquel cuarto. Detrás de aquella pared, se dormía. Hubiera querido no estar donde estaba, y hubiera preferido morir á marcharse. Pensaba en un aliento que levantaba un pecho. ¡Ella, aquel espejismo, aquella blancura en una nube, aquella obsesión flotante de su espíritu, estaba allí! Pensaba en aquel inaccesible que estaba dormido, y tan cerca, y como al alcance de su éxtasis; pensaba en la mujer imposible entregada al sue-

ño, y visitada, ella también, por las quimeras; pensaba en la criatura deseada, lejana, inaccesible, con los ojos cerrados, con la frente en la mano; pensaba en el misterio del sueño del ser ideal; pensaba en los sueños que puede formar un sueño. No se atrevía á pensar mas allá y sin embargo pensaba; se arriesgaba hasta llegar á las faltas de respeto del delirio; le turbaba la cantidad de forma femenina que puede tener un ángel; la hora nocturna abierta para las miradas furtivas á los ojos tímidos; él se reconvenía por ir tan lejos; temía cometer una profanación con solo reflexionar; á pesar suyo, forzado, obligado, estremecido, miraba en lo invisible. Experimentaba la sensación, y casi el dolor, de figurarse un corpiño sobre una silla; una manta echada sobre el tapiz, una cintura desabrochada, una manteleta. Se imaginaba un corsé, un cordon con herretes que se arrastraba por el suelo, unas medias, unas ligas. Tenía el alma en las estrellas.

Las estrellas están formadas lo mismo para el corazón humano de un pobre como Gilliatt que para el corazón humano de un millonario. Al llegar á cierto grado de pasión, todo hombre está sujeto á profundas ofuscaciones. Razon es demás para experimentarlas la circunstancia de tener una naturaleza áspera y primitiva. El salvajismo se agrega al desvarío.

El enagenamiento es una plenitud que se desborda como otra cualquiera. Ver aquellas ventanas era para Gilliatt casi demasiado.

De pronto la vió á ella misma.

De entre el ramaje de un bosquecillo ya poblado por la primavera, salió, con una inefable lentitud espectral y celestial, una figura, un vestido, un semblante divino, una casi claridad debajo de la luna.

Gilliatt se sintió desfallecer. Era Deruchette.

Deruchette se acercó. Se detuvo. Dió algunos pasos para alejarse, volvió á detenerse, y luego se sentó en el banco de madera. La luna plateaba los árboles, algunas nubes divagaban entre las estrellas pálidas, el mar hablaba á media voz á las cosas de la sombra, la ciudad dormía, del horizonte subía una bruma, reinaba una profunda melancolía. Deruchette inclinaba la frente, y tenía los ojos pensativos que miran atentamente sin mirar nada; estaba sentada de perfil, con la cabeza casi descubierta, llevando una gorra desatada que permitía ver en su delicada nuca la raíz de los cabellos, rollaba maquinalmente una cinta de su gorra alrededor de uno de sus dedos, la penumbra modelaba sus manos de estatua, su vestido era de uno de esos colores quebrados que la noche hace parecer blancos, los árboles se movían como si fuesen accesibles al encanto que de ella se desprendía, veíase la punta de uno de sus pies, había en sus pestañas inclinadas hácia abajo la vaga contracción que anuncia una lágrima reprimida ó un pensamiento rechazado, sus brazos tenían la indecisión encantadora de no hallar donde apoyarse, alguna cosa un poco flotante se mezclaba con toda su actitud; no tanto era una luz como un resplandor y mas parecía una gracia que una diosa, los pliegues in-

feriores de su corpiño eran esquisitos, y su adorable semblante meditaba virginalmente. Tan cerca estaba, que estaba terrible. Gilliatt la oía respirar.

Habia en la enramada un ruiñeñor que cantaba. El paso del viento por las ramas ponía en movimiento el infame silencio nocturno. Deruchette, hermosa y sagrada, aparecía en aquel crepúsculo como el resultado de aquellos rayos y de aquellos perfumes; todo aquel encanto inmenso y disperso se refería misteriosamente á ella, y en ella se condensaba, y se dilataba en ella. Parecía Deruchette el alma flor de toda aquella sombra.

Toda aquella sombra, flotante en Deruchette, pesaba sobre Gilliatt. Gilliatt estaba loco. Lo que experimentaba no se puede espresar con palabras; la conmoción es siempre nueva y el vocablo ha servido ya siempre; de ahí la imposibilidad de espresar la conmoción. La postración del encanto existe. Ver á Deruchette, verla á ella misma, ver su vestido, ver su gorra, ver la cinta que vuelve alrededor de uno de sus dedos, ¿es acaso posible figurarse una cosa semejante? ¿Estar cerca de ella, es acaso posible? ¡Y oír respirar! ¡respira pues! entonces respiran los astros. Gilliatt se estremecía. Era el mas miserable y el mas insensato de todos los hombres. No sabía qué hacer. El delirio de verla le anonadaba. ¡Cómo! pensaba, ¿es ella quien está allí, y soy yo quien está aquí?» Sus ideas, ilusas y fijas, se detenían en aquella criatura como en un carbunco. Miraba aquella nuca y sus cabellos. No se decía siquiera que todo aquello era suyo, que antes de

poco, mañana tal vez, él tendría el derecho de tocar aquella gorra, el derecho de tentar aquella cinta. Soñar hasta tal extremo, hubiera sido un exceso de audacia que ni siquiera concebía. Tocar con el pensamiento, es casi tocar con la mano. El amor era para Gilliatt como la miel para el oso, el sueño esquisito y delicado. Pensaba confusamente. No sabía lo que tenía. El ruiñeñor cantaba. Gilliatt se sentía espirar.

Levantarse, saltar la tapia, acercarse, decir soy yo, hablar á Deruchette, no se le ocurrió semejante idea. Si se le hubiera ocurrido, hubiera huido. Si algo parecido á un pensamiento llegaba á brotar en su espíritu, era éste, era que Deruchette estaba allí, que él no tenía necesidad de mas, y que la eternidad empezaba.

Un ruido sacó á ella de su enagenación y á él de su éxtasis. Alguno andaba en el jardín. No permitían los árboles ver quién era. Era un paso de hombre.

Deruchette levantó los ojos.

Los pasos se acercaron, y cesó luego su ruido. La persona que andaba acababa de detenerse. Debía estar muy cerca. La senda en que estaba el banco se perdía entre dos espesillos. Allí estaba aquella persona, en aquel espacio intermedio, á algunos pasos del banco.

La casualidad había dispuesto de tal modo las espesuras de las ramas, que Deruchette veía al recién llegado, pero no le veía Gilliatt.

La luna proyectaba en el suelo, desde el bosquecillo al banco, una sombra.

Miró á Deruchette.

Ella estaba muy pálida. Su boca entreabierta iniciaba un grito de sorpresa. Se habia medio levantado del banco y dejado caer en él de nuevo; se notaba en su actitud una mezcla de fuga y de fascinacion. Su asombro era un encanto lleno de miedo. Casi tenia en los labios el centelleo de la sonrisa y en los ojos un brillo de lágrimas. Estaba como trasfigurada por una presencia. No le parecia que el ser que veía fuese de la tierra. Habia en su mirada la reverberacion de un ángel.

El ser, que para Gilliatt no era mas que una sombra, habló. Una voz salió del espejillo, mas dulce que una voz de mujer, y que era sin embargo una voz de hombre. Gilliatt oyó estas palabras:

—Señorita, yo os veo todos los domingos y todos los jueves; me han dicho que antes no frecuentábais tanto la iglesia. Es una observacion que se ha hecho, perdonadme. Yo nunca os habia hablado porque tal era mi deber; hoy este mismo deber me obliga á hablaros. Debo desde luego dirigirme á vos. El *Cashmere* parte mañana, á lo que se debe que haya venido. Todas las noches os paseais por vuestro jardin. Seria en mí una indiscrecion conocer vuestras costumbres, si no abrigase el proyecto que abrigo. Señorita, vos sois pobre, y yo desde ayer soy rico. ¿Me quereis para marido?

Deruchette juntó sus dos manos en ademan de súplica, y miró al que le hablaba, muda, con las pupilas inmóviles, temblando de pies á cabeza.

La voz prosiguió:

—Yo os amo. Dios no ha hecho el corazon del hombre para que calle. Puesto que Dios promete la eternidad, es evidente que quiere que dos sean uno. Hay para mí en la tierra una mujer, sois vos. Pienso en vos como en una oracion. En Dios está mi fe y en vos mi esperanza. Las alas que yo tengo vos las llevais. Sois mi vida, y hasta mi cielo.

—Señor, dijo Deruchette, no hay nadie en la casa para contestaros.

La voz se levantó de nuevo:

—Yo he tenido este dulce sueño. Dios no prohíbe los sueños. Me haceis el efecto de una gloria. Os amo apasionadamente, señorita. Vos sois la santa inocencia. Yo sé que esta es la hora en que todo el mundo está acostado, pero no podia escoger otro momento. ¿Recordais aquel pasaje de la Biblia que nos han leído? Génesis, capítulo veinte y cinco. Yo nunca mas he dejado de pensar en él. Lo he vuelto á leer con frecuencia. El reverendo Hérode me decia: teneis necesidad de una mujer rica. Yo le contesté: No, tengo necesidad de una mujer pobre. Señorita, os hablo sin acercarme, y hasta retrocederé si no quereis que mi sombra toque vuestros pies. Vos sois aquí la soberana; vendreis á mí si quereis. Amo y espero. Sois la forma viviente de la bendicion.

—Señor, balbuceó Deruchette, yo no sabia que me observasen los domingos y jueves.

La voz continuó:

—Nada se puede contra las cosas angélicas. Toda la ley es amor. El matrimonio es Canaan. Vos sois la belleza prometida. ¡Oh, llena de gracia, yo os saludo!

Deruchette respondió:

—Yo no creía conducirme peor que las demás personas que eran exactas. La voz prosiguió:

—Dios ha puesto su intencion en las flores, en la aurora, en la primavera, y quiere que se ame. Vos sois bella en esta oscuridad sagrada de la noche. Este jardin ha sido cultivado por vos, y en sus perfumes hay algo de vuestro aliento. Señorita, los encuentros de las almas no dependen de ellas. No era culpa nuestra. Vos asistiais á los oficios, y yo estaba allí; hé aquí todo. Yo no he hecho mas que comprender que os amaba. Algunas veces mis miradas se fijaron en vos. Hice mal, ¿pero cómo ha de ser? todo ha venido mirándoos. No pude evitarlo. Hay voluntades misteriosas que están encima de nosotros. El primero de los templos es el corazon. No aspiro á mas paraíso terrenal que á tener vuestra alma en mi casa, ¿lo consentís? Mientras he sido pobre, nada he dicho. Sé vuestra edad. Teneis veinte y un años y yo veinte y seis. Mañana parto, y si no accedeis á mi demanda, no volveré. ¿Quereis ser mi prometida? A pesar mio, mis ojos mas de una vez han dirigido ya á los vuestros esta pregunta. Os amo, respondédme. Hablaré á vuestro tio apenas pueda recibirme, pero entre tanto me dirijo á vos. A Rebecca es á quien se pide Rebecca. A no ser que vos no me ameis.

Deruchette inclinó la frente, y murmuró:

—¡Oh! ¡yo le adoro!

Lo dijo con una voz tan baja, que solo lo oyó Giliatt.

Permaneció con la frente baja como si el semblante en la sombra pusiera en la sombra el pensamiento.

Hubo una pausa. Las hojas de los árboles no se movian. Era uno de aquellos momentos severos y pacíficos en que al sueño de las cosas se agrega el de los seres, y en que la noche parece escuchar las palpitaciones de la noche clara. En medio de tanto recogimiento, se levantaba, con una armonía que completa un silencio, el ruido inmenso del mar.

La voz repuso:

—Señorita.

Deruchette se estremeció.

La voz continuó:

—¡Ay! yo espero.

—¿Qué esperais?

—Vuestra respuesta.

—Dios lo ha oido, dijo Deruchette.

La voz se hizo entonces casi sonora, y al mismo tiempo mas dulce que nunca. Las palabras salieron del espesillo, como de un tizon ardiendo.

—Tú eres mi prometida. Levántate, y ven. Que el techo azul en que están los astros asista á esta aceptacion de mi alma por tu alma, y que nuestro primer beso se mezcle con el firmamento.

Deruchette se levantó, y permaneció inmóvil, con la

mirada fija, sin duda en otra mirada. Después, con paso lento, con la cabeza erguida, con los brazos caídos y los dedos de las manos separados como cuando se anda á oscuras por un lugar desconocido, se dirigió hácia el espejillo y desapareció.

Un momento después, en lugar de una sombra en la arena había dos, dos que se confundían, y Gilliatt veía á sus pies alzarse aquellas dos sombras.

El tiempo huye de nosotros como de un reloj de arena, y nosotros no tenemos el sentimiento de esta fuga, sobre todo en ciertos instantes supremos.

A un lado aquella pareja, que ignoraba que tuviese un testigo y no le veía, al otro este mismo testigo que no veía tampoco á la pareja, pero que sabía que estaba allí, ¿cuántos minutos permanecerían en semejante suspensión misteriosa?

Sería imposible decirlo.

Se oyó de repente un ruido lejano, y una voz gritó: ¡Socorro! y sonó la campana del puerto. Es probable que la felicidad, celestial y ébria, no oyese el tumulto.

Siguió el repique de la campana. El que hubiera buscado á Gilliatt en el ángulo de la pared, no le hubiera encontrado.

LIBRO SEGUNDO

EL RECONOCIMIENTO EN PLENO DESPOTISMO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mirada fija, sin duda en otra mirada. Después, con paso lento, con la cabeza erguida, con los brazos caídos y los dedos de las manos separados como cuando se anda á oscuras por un lugar desconocido, se dirigió hácia el espejillo y desapareció.

Un momento después, en lugar de una sombra en la arena había dos, dos que se confundían, y Gilliatt veía á sus pies alzarse aquellas dos sombras.

El tiempo huye de nosotros como de un reloj de arena, y nosotros no tenemos el sentimiento de esta fuga, sobre todo en ciertos instantes supremos.

A un lado aquella pareja, que ignoraba que tuviese un testigo y no le veía, al otro este mismo testigo que no veía tampoco á la pareja, pero que sabía que estaba allí, ¿cuántos minutos permanecerían en semejante suspensión misteriosa?

Sería imposible decirlo.

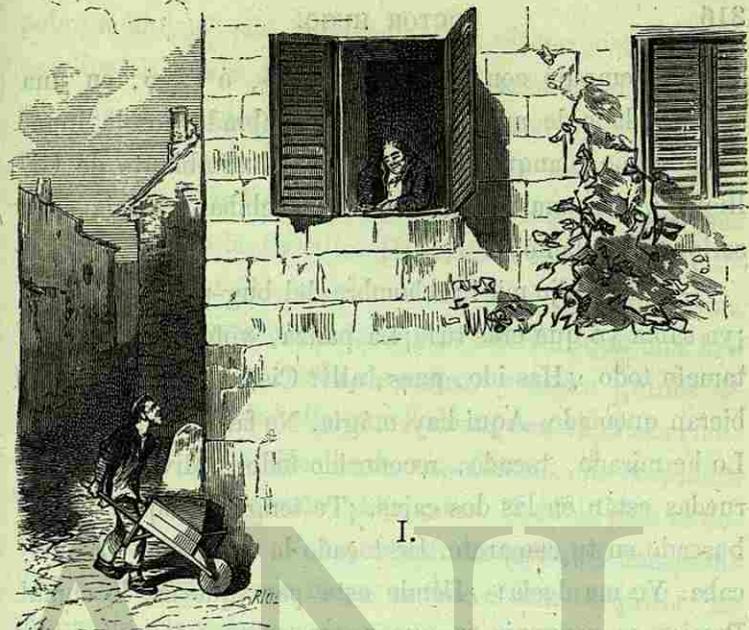
Se oyó de repente un ruido lejano, y una voz gritó: ¡Socorro! y sonó la campana del puerto. Es probable que la felicidad, celestial y ébria, no oyese el tumulto.

Siguió el repique de la campana. El que hubiera buscado á Gilliatt en el ángulo de la pared, no le hubiera encontrado.

LIBRO SEGUNDO

EL RECONOCIMIENTO EN PLENO DESPOTISMO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

ALEGRIA RODEADA DE ANGUSTIAS.

Mess Lethierry agitaba la campana con entusiasmo. De pronto se detuvo. Un hombre acababa de volver el ángulo del malecon. Era Gilliatt.

Mess Lethierry corrió hacia él, ó, por mejor decir, se echó á él, le cogió la mano con las dos suyas, y le miró un momento con los dos ojos y en silencio, uno de aquellos silencios que son la esplosion que no sabe por dónde salir.

Despues con violencia, sacudiéndole y tirando de él, y apretándole en sus brazos, hizo entrar á Gilliatt en la sala baja de los Braveés, cuya puerta, que quedó medio

abierta, empujó con el pie, se sentó, ó cayó, en una silla, al lado de una gran mesa alumbrada por la luna, cuyo reflejo blanqueaba vagamente el semblante de Gilliatt, y con una voz en que se mezclaban carcajadas y sollozos, exclamó:

— ¡Ah! ¡hijo mio! ¡el hombre del bug-pipe! ¡Gilliatt! ¡ya sabia yo que eras tú! ¡La panza, voto á san! cuéntamelo todo. ¿Has ido, pues, allí? Cien años atrás te hubieran quemado. Aquí hay mágia. No falta ni un tornillo. Lo he mirado, tocado, reconocido todo. Adivino que las ruedas están en las dos cajas. ¡Te tengo ya aquí! Te he buscado en tu camarote. He tocado la campana. Te buscaba. Yo me decia: ¿Dónde está para que me lo coma! Preciso es convenir en que pasan cosas extraordinarias. Este animal vuelve del escollo Douvres. Me trae la vida. ¡Fuego de Dios! eres un ángel. Sí, sí, sí, es mi máquina. Nadie lo creerá. Lo verán, y dirán: No es verdad. ¡No falta nada, nada! Ni una serpentina, ni un piton. El tubo de coger el agua no ha hecho movimiento. Es increíble que no haya habido avería. No hay mas que dar á todo con un poco de aceite. ¿Pero cómo lo has hecho? ¡Y decir que Duranda va á viajar de nuevo! El árbol de las ruedas está desmontado como por un joyero. Dame tu palabra de honor de que no estoy loco.

Se puso en pie, respiró, y prosiguió:

— Júramelo. ¡Qué revolucion! Me pellizco, para saber si estoy soñando. No sueño. Tú eres mi hijo, mi querido hijo, mi buen Dios. ¡Hijo mio! ¡Haber ido á buscar mi

pobre máquina! ¡En plena mar! ¡en el mas pícaro de los escollos! He visto cosas muy maravillosas en el curso de mi vida. Pero ninguna como ésta. He visto á los parisienses que son de la piel del diablo. Te aseguro que no harian lo que has hecho tú. Lo que has hecho tú es mas que la toma de la Bastilla. He visto á los gauchos cultivar las pampas (1), no tienen mas arado que una rama de árbol que forma codillo, ni mas rastrillo que una hoz de espinas con una cuerda de cuero, y cogen granos de trigo grandes como avellanas. Todo es una vagatela comparado con lo tuyo. Has hecho un milagro, un verdadero milagro. ¡Ah! ¡picaruelo! Abrázame. Todo el pais te deberá su prosperidad. ¡Van á refunfunar en Saint-Sampson! Voy á ocuparme desde luego en hacer otra barquilla. Es admirable, la máquina no tiene nada roto. Señores, ha ido á los Douvres. Y ha ido enteramente solo. ¡Los Douvres! un peñasco que no hay otro peor. ¿Lo sabes? ¿te lo han dicho? está probado, fue hecho adrede, Clubin hizo encallar la Duranda para estafarme el dinero que tenia que entregarme. Emborrachó á Tangrouille. Es una piratería larga de contar; te la contaré otro dia. ¡Y yo, bestia de mí, que tenia confianza en Clubin! Pero él lo habrá pagado, el pícaro, porque no habrá podido salir del escollo. ¡Hay un Dios, canalla! ¿Lo ves, Gilliatt? pronto, manos á la obra, vamos á construir otra Duranda. Le daremos veinte pies mas. Hoy se hacen los buques mas largos.

(1) Llanuras estensas de América.

Compraré madera en Dantzick y en Brema. Ahora, que tengo la máquina, me fiarán. Renacerá la confianza.

Mess Lethierry se detuvo, levantó los ojos, y con una mirada que parecía ver el cielo atravesando el techo, dijo entre dientes: Hay Dios.

Después se puso el dedo medio de la mano derecha entre las dos cejas, con la uña apoyada en la raíz de la nariz, lo que indica que cruza un proyecto por el cerebro, y repuso:

—Es igual; pero para empezarlo todo en grande escala, no me hubiera venido mal un poco de metálico sonante. ¡Ah! ¡si yo tuviese mis tres bank-notes, los 75,000 francos que ese pillastre de Rantaine me ha devuelto y que ese pillastre de Clubin me ha robado!

Gilliat, sin decir una palabra, sacó de su bolsillo algo y se lo puso delante. Era el cinto de cuero que había traído. Lo abrió y dejó encima de la mesa el cinto, en cuyo interior permitía la luna leer el apellido de *Clubin*; sacó del cinto una caja, y de la caja tres pedazos de papel doblados que desdobló y presentó á mess Lethierry.

Mess Lethierry examinó los tres pedazos de papel. Había bastante claridad para que el número mil y la palabra *Thousand* fuesen perfectamente visibles. Mess Lethierry cogió los tres billetes; los colocó encima de la mesa uno al lado de otro, los miró, miró á Gilliat, quedó un momento como privado, y después aquello fue como una erupción después de una explosión.

—¡Esto mas! ¡Eres prodigioso! ¡Mis billetes de banco!

¡Los tres! ¡mil cada uno! ¡mis 75,000 francos! Has, ido pues, hasta el infierno. Es el cinto de Clubin. ¡Válgame Dios! leo dentro un nombre inundo. Gilliatt trae la máquina, y además el dinero. Es un hecho que bien merece consignarse en los periódicos. Compraré madera de primera calidad. Todo lo adivino, habrás encontrado el esqueleto. Habrás encontrado á Clubin podrido en cualquier parte. Tomaremos el abeto en Dantzick y el roble en Brema, haremos un buen casco, pondremos el roble dentro y el abeto fuera. En otro tiempo estaban los buques peor contruidos y duraban mas, porque la madera estaba mejor curada y no se construía tanto. Acaso hagamos el casco de olmo. El olmo es bueno para las partes anegadas, y si está tan pronto en seco como en el mar, se pudre; es menester que el olmo esté siempre mojado, que se cubra de agua. ¡Qué hermosa Duranda vamos á tener! No me harán la forzosa. No tendré necesidad de crédito. Tengo el dinero contante. ¿Se ha visto algo parecido á Gilliatt? Yo estaba hundido, aplastado, muerto. ¡Y él me levanta en un quitame allá esas pajas! ¡Y yo que ni siquiera pensaba en él! Me había olvidado completamente. Pero ahora me acuerdo de todo! ¡Pobre muchacho! Ya lo sabía, vas á casarte con Deruchette.

Gilliatt se apoyó de espaldas en la pared, como si vacilase, y muy quedo, pero muy distintamente, dijo:

—No.

Mess Lethierry experimentó un sobresalto.

—¿Cómo no?

Gilliatt respondió:

—No la amo.

Mess Lethierry pasó á la ventana, la abrió y la volvió á cerrar, se acercó de nuevo á la mesa, cogió los tres billetes de banco, los dobló; puso encima de ellos la caja de hierro, se rascó la cabeza, cogió el cinto de Clubin, lo arrojó violentamente contra la pared, y dijo:

—Algo pasa.

Abismó sus dos manos en sus dos bolsillos, y repuso:

—¿Con que no amas á Deruchette! ¿es decir que en obsequio mío tocabas el bug-pipe?

Gilliatt, siguiendo apoyado en la pared, palidecía como un hombre próximo á exhalar el último suspiro. A medida que él se ponía pálido, mess Lethierry se ponía colorado.

—¡Vaya un imbécil! ¡No ama á Deruchette! Pues bien, haz lo posible para amarla, porque no se ha de casar mas que contigo. ¡Qué me cuentas! ¡Si creerás que yo te creo! ¿Estás acaso enfermo? Corriente, manda á buscar al médico, pero no digas extravagancias. No es posible que hayais tenido ya tiempo de reñir, y de tronar tú con ella. ¡Verdad es que los enamorados son tan bestias! Veamos, ¿tienes razones? Si las tienes, dilas. No somos tan gansos que nos convenzamos sin oír razones. Además, yo tengo torpes los oídos, y acaso haya oído mal. Repite lo que has dicho.

Gilliatt replicó.

—He dicho que no,

—Has dicho que no. ¡Y sigues en tus trece! ¡Tú tienes algo, de seguro! ¡Has dicho que no! Hé aquí una estupidez que traspasa los límites del mundo conocido. Por menos de lo que tú haces se encierra en una casa de orates á muchos individuos, y les echan chorros de agua en la cabeza. ¡Ah! ¡tú no amas á Deruchette! ¡Es pues por amor á mí, que no soy mas que un buen hombre, por lo que has hecho todo lo que has hecho? ¡Es por la linda cara del papá por lo que has ido á los Douvres, has pasado frio, has pasado calor, has pasado hambre y sed hasta roerte los puños, has comido cuatro lapas, has tenido por cuarto de dormir la niebla, la lluvia y el viento, y has ejecutado la incomparable proeza de devolverme la máquina como se devuelve á una hermosa jóven el perrito faldero que se habia escapado! ¡Y la tempestad de hace tres dias! ¿Te imaginas que no me he hecho cargo de ella? ¡No te habrá dado poco que bregar! ¿Nada mas que para darte el gusto de salvar mi pobre barca, has serrado, cortado, cepillado, arrastrado, calafateado, hincado, clavado? ¡Nada mas que para darte este gusto, has hecho tú solo milagros! ¡Ah! ¡idiota! ¡malos ratos me has dado sin embargo con tu bug-pipe! ¡Vaya un instrumento! En Bretaña le llaman binion (gaita). ¡Siempre la misma tocata, animal, ¿Con que no amas á Deruchette? No sé qué mal bicho te ha picado. Ahora me acuerdo de todo; yo estaba en aquel rincón, cuando Deruchette dijo: Yo me casaré con él. ¡Y se casará contigo! ¡Dices que no la amas! Cuanto mas reflexiono, menos comprendo. O tú estás loco, ó lo estoy yo. ¡Y no

dice una palabra! No es lícito hacer todo lo que has hecho para venir al cabo á decir: No amo á Deruchette. No se presta un servicio á un hombre para encolerizarle. Pues bien, si tú no te casas con ella, se quedará para vestir imágenes. Por de pronto te necesito, ¿entiendes? Tú serás el piloto de la Duranda. ¡Si te habrás figurado que te me vas á escapar! ¡Quíá! amiguito, no te suelto. Eres muy mio. Ni siquiera te escucho. ¡Dónde hay un marinero como tú! Eres el hombre que necesito. ¡Pero habla!

La campana habia despertado á los de la casa y á los de los alrededores. Dulce y Gracia se habian levantado y acababan de entrar en la sala baja, atónitas, sin decir una palabra. Gracia tenia una vela en la mano. Un grupo de vecinos de la clase media, marinos y campesinos, formado repentinamente, estaba fuera en el malecon, embebido con petrificación y asombro en la contemplacion de la chimenea de la Duranda en la panza. Algunos, oyendo la voz de Lethierry en la sala baja, empezaban á penetrar en ella silenciosamente por la puerta medio abierta. Entre dos caras de comadreras asomaba la suya sieur Landoys, el cual por una casualidad feliz se hallaba siempre donde hubiera sentido no estar. Las grandes alegrías desean tener un público. Les place el punto de apoyo algo inconsistente que ofrece siempre una muchedumbre. Mess Lethierry se apercibió de pronto de que estaba rodeado de gente. Aceptó desde luego el auditorio.

—¡Ah! ¡vosotros aquí! me alegro mucho. Ya sabeis la novedad que hay. Gilliatt ha estado en los Douvres y ha

traido la máquina. ¡Felices, sieur Landoys! Ahora mismo, cuando me he despertado, he visto la chimenea. Estaba debajo de mi ventana. No falta á la máquina ni un clavo. Se hacen grabados de Napoleon, y yo doy mas importancia á lo que acaba de pasar que á la batalla de Austerlitz. Acabais ahora de levantaros de la cama, buenas gentes. Mientras dormís, viene la máquina de la Duranda. Mientras vosotros, vecinos, os calais el gorro de dormir y apagais la vela, hay gentes que son héroes. Somos un atajo de cobardes y de haraganes, nos entretenemos cuidando nuestros reumatismos, y mientras tanto hay quien hace de las suyas. Hay quien va donde debe ir y se porta como debe portarse. El hombre del Bu de la Calle llega del escollo Douvres. Ha pescado la Duranda en el fondo del mar y el dinero en el bolsillo de Clubin, que es un agujero aun mas hondo. ¿Pero cómo te has manejado? Todos los diablos estaban contra tí, el viento y el mar, el mar y el viento. Es verdad que tú eres hechicero. Los que asi te llaman no van ya del todo descaminados. ¡La Duranda ha vuelto! ya pueden venir tempestades; hay quien sabe atarlas corto. Amigos míos, os anuncio que ya no hay naufragios. He visitado la máquina. Está como nueva, entera, no le falta nada. Diríase que salió ayer de la fábrica. Ya sabeis que el agua que sale se va del buque por un tubo colocado en otro por el cual pasa el agua que entra para utilizar el calor; pues bien, los dos tubos están intactos. ¡Toda la máquina, toda, toda, toda! ¡hasta las ruedas! ¡Sí, sí, tú te casarás con ella.

—¿Con quién? ¿con la máquina? preguntó sieur Landoys.

—No, con la muchacha, y también con la máquina. Con las dos. Será el capitán. Good bye, capitán Gilliatt. ¡Vamos á tener otra Duranda! ¡Va á haber muchos negocios, mucha circulación, mucho comercio, muchos cargamentos de carneros y bueyes! No daría Saint-Sampson por Londres. Y hé aquí el autor. Os digo que es toda una aventura. Mañana sábado se leerá todo en la gaceta al tío Mauger. Gilliatt el malo es muy malo. ¿Pero y esos luses de oro?

Mes Lethierry acababa de notar que había oro en la caja colocada encima de los billetes de banco. Cogió la caja, la vació en la palma de la mano, y puso encima de la mesa el puñado de guineas.

—Para los pobres. Sieur Landoys, entregad de mi parte esta friolera al condestable de Saint-Sampson. Ya conocéis la carta de Rantaine. Os la enseñé el otro día; pues bien, tengo los billetes de banco. Hay con qué comprar roble y olmo y hacer un buque en regla. Consideradlo todo. ¿Recordais el mal tiempo de hace tres días? ¡Qué atrocidad de viento y de lluvia! El cielo disparaba cañonazos. Y Gilliatt estaba en los Douvres, y descolgaba la máquina del buque naufrago como yo descuelgo mi reloj. Gracias á él vuelvo á ser algo. La galeota del tío Lethierry vuelve al servicio, señores y señoras. Una cáscara de nuez con dos ruedas y un tubo de pipa, hé aquí una invención que siempre me ha admirado. Yo siempre me dije:

¡he de hacer una! Es cosa que viene de lejos, es una idea que se me ocurrió, leyendo un periódico que se ocupaba del asunto, en París, en el café que hace esquina á la calle Christine y á la calle Dauphine. ¿Sabeis que Gilliatt no encontraría dificultad alguna en meterse en el bolsillo la máquina de Marly y en pasearse con ella? Es un hombre de hierro forjado, de acero templado, de diamante, es un marino como no hay otro, un mozo extraordinario, mas admirable que el príncipe de Hohlnlohe. Hé aquí lo que se llama un hombre de provecho. Ninguno de nosotros es una gran cosa. Nosotros somos todos lobos de mar, el león de mar es él. ¡Viva Gilliatt! No sé lo que ha hecho, pero ha sido un diablo, ¿cómo quereis que le niegue la mano de Deruchette?

Hacia algunos instantes que Deruchette estaba en la sala. No había dicho una palabra ni movido el menor ruido. Había entrado como una sombra. Estaba sentada, casi desapercibida, en una silla, detrás de mess Lethierry que permanecía en pie, locuaz, tempestuoso, alegre, abundante en gestos y hablando alto. Poco despues, hubo otra aparición muda. Un hombre vestido de negro, con corbata blanca, con el sombrero en la mano, se había detenido en el umbral de la puerta medio cerrada. Había ya muchas velas en el grupo que había ido creciendo poco á poco. Las luces iluminaban lateralmente al hombre vestido de negro, cuyo perfil, de una blancura joven y encantadora se destacaba del fondo oscuro con una pureza de medalla. Apoyaba su codo en el ángulo de un cuarteron de la puerta,

y su frente en su mano izquierda, actitud, sin él saberlo, graciosa que hacia resaltar la magnitud de la frente por la pequeñez de la mano. Había un pliegue de angustia en el ángulo de sus labios contraidos. Examinaba y escuchaba con una atención profunda. Al reconocer en él al reverendo Ebenezer Candray, rector de la parroquia, los concurrentes se habían separado para dejarle pasar, pero él permaneció en el dintel de la puerta. Había vacilación en su continente y decisión en su mirada, que se encontraba á menudo con la de Deruchette. En cuanto á Gilliatt, por casualidad ó espresamente, permanecía en la sombra, y no se le veía sino muy confusamente.

Mess Lethierry no percibió de pronto á M. Ebenezer, pero percibió á Deruchette. Se dirigió á ella, y la besó con todo el entusiasmo que puede contener un beso en la frente. Al mismo tiempo tendía los brazos hácia el rincón oscuro en que estaba Gilliatt.

—Deruchette, dijo, vuelves á ser rica, y hé aquí á tu marido.

Deruchette levantó la cabeza con estravío y miró en la oscuridad.

Mess Lethierry repuso:

—Se celebrarán las bodas en seguida, si puede ser mañana; obtendremos las dispensas necesarias; aquí las formalidades no son pesadas; el dean hace lo que quiere; cualquiera se casa en menos que canta un gallo; no es como en París, donde se necesitan amonestaciones, proclamas, plazos, y qué sé yo cuántas cosas, y tú podrás

jactarte de ser la mujer de un valiente, y no hay que decir de un buen marino, como le calificué desde el primer día cuando le ví volver de Herm con el cargamento de piedras y el cañon por añadidura. Ahora viene de los Douvres, con su fortuna, y la mia, y la de todo el país; es un hombre de quien se hablará como de ningun otro; tú dijiste que te casarías con él, y con él te casarás, y tendreis chiquillos, y yo seré abuelo, y tú tendrás la gloria de ser la lady de un gallardo mozo, que trabaja, que es útil, que es sorprendente, que vale él solo por ciento, que salva las invenciones de los demás, que es una providencia, y tú al menos no te habrás casado, como todas las ricachas necias de este país, con un soldado ó con un cura, es decir, con el hombre que mata ó con el hombre que miente. ¡Pero qué haces tú en ese rincón, Gilliatt? No se te vé. ¡Dulce! ¡Gracia! todos, alumbrad. Iluminad á giorno á mi yerno. Yo os desposo, hijos míos, y hé aquí á mi yerno, á Gilliatt del Bu de la Calle, que es un buen muchacho, un gran marinero, y yo no tendré otro yerno, y tú no tendrás otro marido, doy mi palabra de honor al buen Dios. ¡Ah! ¿sois vos señor cura? Vais á casar á ese par de muchachos.

La mirada de mess Lethierry acababa de caer sobre el reverendo Ebenezer.

Dulce y Gracia habían obedecido. Dos bujías puestas encima de la mesa alumbraban á Gilliatt desde la cabeza á los pies.

—¡Qué hermoso es! exclamó Lethierry.

Gilliatt estaba horrible.

Estaba tal como habia salido, aquella misma mañana, del escollo Douvres, haraposó, con los codos agujereados, con la barba larga, los cabellos desgreñados y ásperos, los ojos quemados y encendidos, la cara desollada, las manos ensangrentadas, los pies descalzos. Algunas de las pústulas del pulpo estaban aun visibles en sus velludos brazos.

Lethierry le contemplaba.

—Es mi verdadero yerno. ¡Cómo se ha batido con el mar! ¡Está cubierto de andrajos! ¡Qué espaldas! ¡qué patas! ¡qué hermoso es!

Gracia corrió hácia Deruchette, y le sostuvo la cabeza. Deruchette acababa de desmayarse.

II.

LA MALETA DE CUERO.

Desde el amanecer Saint-Sampson estaba en pie y Saint-Pierre Port empezaba á llegar. La resurreccion de la Duranda metia en la isla un ruido comparable al que en el mediodía de Francia metió la Salette. En el malecon se agolpó la multitud para mirar la chimenea que salia de la panza: Todos hubieran querido ver y tocar un poco la máquina; pero Lethierry, despues de haber de nuevo y á la luz del dia inspeccionado triunfalmente las piezas, habia ajustado en la panza dos marineros encargados de impedir que la muchedumbre se acercase á ella. Tenian todos que contentarse con contemplar la chimenea. La

Estaba tal como habia salido, aquella misma mañana, del escollo Douvres, haraposó, con los codos agujereados, con la barba larga, los cabellos desgreñados y ásperos, los ojos quemados y encendidos, la cara desollada, las manos ensangrentadas, los pies descalzos. Algunas de las pústulas del pulpo estaban aun visibles en sus velludos brazos.

Lethierry le contemplaba.

—Es mi verdadero yerno. ¡Cómo se ha batido con el mar! ¡Está cubierto de andrajos! ¡Qué espaldas! ¡qué patas! ¡qué hermoso es!

Gracia corrió hácia Deruchette, y le sostuvo la cabeza. Deruchette acababa de desmayarse.

II.

LA MALETA DE CUERO.

Desde el amanecer Saint-Sampson estaba en pie y Saint-Pierre Port empezaba á llegar. La resurreccion de la Duranda metia en la isla un ruido comparable al que en el mediodía de Francia metió la Salette. En el malecon se agolpó la multitud para mirar la chimenea que salia de la panza: Todos hubieran querido ver y tocar un poco la máquina; pero Lethierry, despues de haber de nuevo y á la luz del dia inspeccionado triunfalmente las piezas, habia ajustado en la panza dos marineros encargados de impedir que la muchedumbre se acercase á ella. Tenian todos que contentarse con contemplar la chimenea. La

multitud estaba admirada. No se hablaba mas que de Gilliatt. Se comentaba y aceptaba su apodo de Malo, y la admiracion tenia por remate esta frase: «No siempre conviene tener en la isla gentes capaces de llevar á cabo semejantes empresas.»

Desde fuera se veia á mess Lethierry sentado á la mesa delante de su ventana, y escribiendo, con la mirada de un ojo fija en el papel y la del otro fija en la máquina. Estaba de tal manera absorbido que no se interrumpió mas que una sola vez para llamar á Dulce y preguntar en qué estado se hallaba Deruchette. Dulce habia respondido: «La señorita se ha levantado, y ha salido.» Mess Lethierry habia replicado: «Hace bien en tomar el aire. Esta noche, á causa del calor, se ha sentido algo indispueta. Habia mucha gente en la sala. Y además la sorpresa, la alegría, amen de estar las ventanas cerradas. ¡Va á tener un excelente marido!» Y habia proseguido su tarea. Tenia ya rubricadas y cerradas dos cartas dirigidas á los mas notables constructores de Brema. Acababa de cerrar la tercera.

El ruido de una rueda en el malecon la hizo erguir el cuello. Se asomó á su ventana y vió salir del sendero por el cual se iba al Bu de la Calle un mozo de cordel arrastrando un carretón. El mozo se dirigia al lado de Saint-Pierre Port. Habia en el carretón una maleta de cuero amarillo con embutidos de clavos de cobre y estaño.

Mess Lethierry apostrofó al mozo.

—¿A dónde vas, muchacho?

El mozo se detuvo, y respondió:

—Al *Cashmere*.

—¿A qué?

—A llevar esta maleta.

—Corriente, llevarás tambien estas tres cartas.

Mess Lethierry abrió el cajón de su mesa, sacó un pedazo de bramante con que ató las tres cartas que acababa de escribir, y echó el paquete al mozo que lo recibió al vuelo con las dos manos.

—Dirás al capitán del *Cashmere* que soy yo quien escribe, y que tenga cuidado. Son cartas para Alemania. Brema por Londres.

—Yo no hablaré al capitán, mess Lethierry.

—¿Por qué?

—El *Cashmere* no está atracado al andén.

—¡Ah!

—Está en rada.

—Hace bien, á causa del mar.

—No podré hablar mas que al patrón del buque.

—Le recomendarás mis cartas.

—Sí, mess Lethierry.

—¿A qué hora se hace á la vela el *Cashmere*?

—A las doce.

—Hoy, al medio día, la marea sube. Tiene la marea en contra.

—Pero tiene el viento favorable.

—Muchacho, dijo mess Lethierry asestando su dedo índice á la chimenea de la máquina, ¿ves aquello?

es una cosa que se burla del viento y de la marea.

El mozo se metió las cartas en el bolsillo, volvió á coger la vera del carreton y siguió su camino hácia la ciudad.

Mess Lethierry llamó: ¡Dulce! ¡Gracia!

Gracia entreabrió la puerta.

—¿Qué me mandais, mess?

—Entra, y aguarda.

Mess Lethierry cogió un pliego de papel y se puso á escribir. Si Gracia, en pie detrás de él, hubiese sido curiosa y adelantado la cabeza mientras él escribía, hubiera podido leer por encima de su hombro lo siguiente:

«Escribo á Brema para que se me proporcione madera.

»Tengo citas todo el dia con carpinteros para el avaloro.

»La construccion marchará de prisa. Tú, por tu parte,

»vete á casa del dean para obtener las dispensas. Deseo

»que el matrimonio se haga cuanto antes; si puede ser,

»hoy mismo. Yo me ocupo de Duranda, ocúpate tú de

»Deruchette.»

Puso la fecha y firmó. LETHIERRY.

No se tomó la molestia de cerrar la carta. No hizo mas que doblarla, y se la entregó á Gracia.

—Lleva esto á Gilliatt.

—¿Al Bú de la Calle?

—Al Bú de la Calle.

LIBRO TERCERO

PARTIDA DEL CASHMERE.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

es una cosa que se burla del viento y de la marea.

El mozo se metió las cartas en el bolsillo, volvió á coger la vera del carreton y siguió su camino hácia la ciudad.

Mess Lethierry llamó: ¡Dulce! ¡Gracia!

Gracia entreabrió la puerta.

—¿Qué me mandais, mess?

—Entra, y aguarda.

Mess Lethierry cogió un pliego de papel y se puso á escribir. Si Gracia, en pie detrás de él, hubiese sido curiosa y adelantado la cabeza mientras él escribía, hubiera podido leer por encima de su hombro lo siguiente:

«Escribo á Brema para que se me proporcione madera.

»Tengo citas todo el dia con carpinteros para el avaloro.

»La construccion marchará de prisa. Tú, por tu parte,

»vete á casa del dean para obtener las dispensas. Deseo

»que el matrimonio se haga cuanto antes; si puede ser,

»hoy mismo. Yo me ocupo de Duranda, ocúpate tú de

»Deruchette.»

Puso la fecha y firmó. LETHIERRY.

No se tomó la molestia de cerrar la carta. No hizo mas que doblarla, y se la entregó á Gracia.

—Lleva esto á Gilliatt.

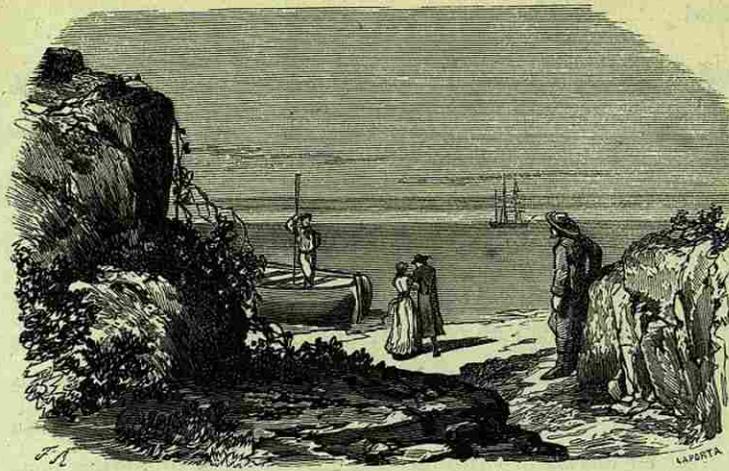
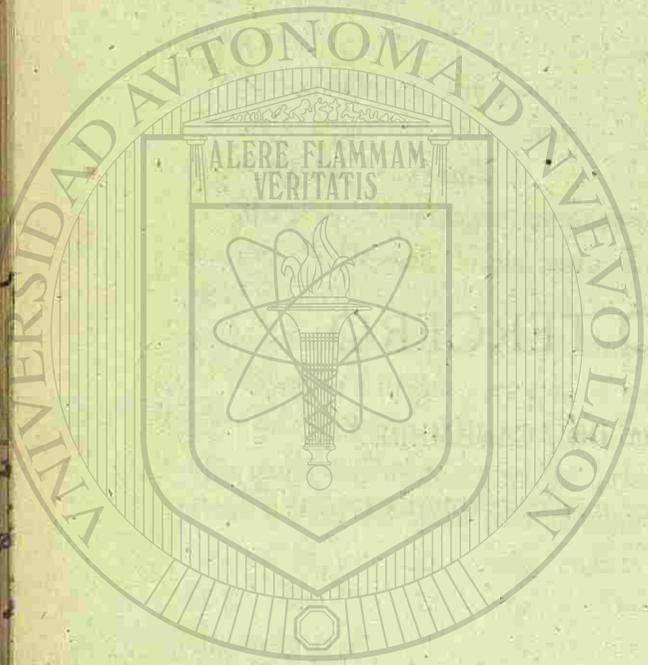
—¿Al Bú de la Calle?

—Al Bú de la Calle.

LIBRO TERCERO

PARTIDA DEL CASHMERE.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

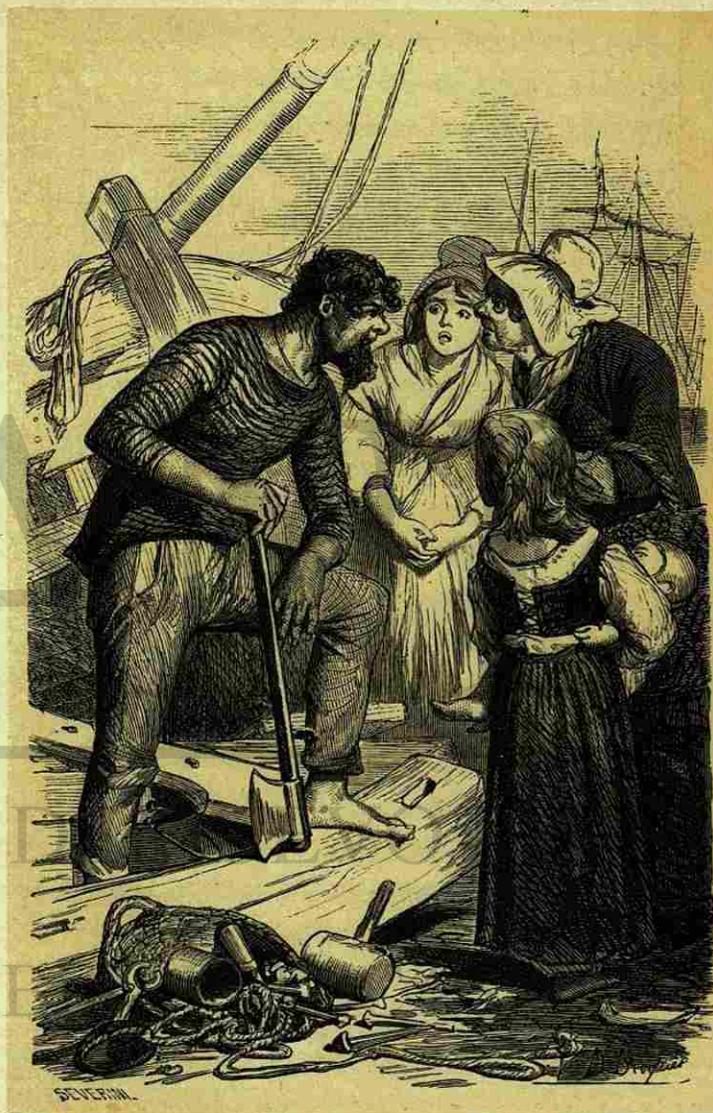


I.

EL HAVELET MUY CERCA DE LA IGLESIA.

Saint-Sampson no puede tener gente sin que Saint-Pierre Port quede desierto. Una cosa curiosa en un punto dado es una bomba aspirante. Las noticias circulan con rapidez en los países pequeños. Desde la salida del sol, ir á ver la chimenea de la Duranda debajo de las ventanas de mess Lethierry era el gran negocio de Guernesey. Delante de este acontecimiento se habian disipado todos los otros. Eclipse de la muerte del dean de Saint-Asaph; ya nadie se acordaba del reverendo Ebenezer Candray, ni de su repentina riqueza, ni de su partida en el *Cashmere*. La

máquina de la Duranda traída de los Douvres, tal era la orden del día. Nadie creía en tan gran milagro. El naufragio había parecido extraordinario, pero el salvamento parecía imposible. Todos para creer necesitaban ver. La preocupación era general. Largas procesiones de gentes acomodadas y no acomodadas, hombres, mujeres, familias enteras, madres con chiquillos, chiquillas con muñecas, se dirigían por todos los caminos á los Bravées para cerciorarse de la verdad con sus propios ojos, y volvían la espalda á Saint-Pierre Port, donde muchas tiendas quedaron cerradas. En Commercial-Arcade, la paralización de los negocios era absoluta; toda la atención estaba absorbida por la Duranda; ni un solo vendedor se había «estrenado,» esceptuando un joyero, que estaba asombrado porque había vendido una sortija de oro para matrimonio «á una especie» de hombre que le había preguntado de una manera muy «apremiante, como si tuviese mucha prisa, dónde vivía el «señor dean.» Las tiendas que permanecían abiertas eran puntos de reunión y de charla en que se comentaba de mil maneras el milagroso salvamento. No había un solo paseante en la Hijoreuse, llamada actualmente, sin saber por qué, Cambridge-Park; nadie había tampoco en High-Street, que se llamaba entonces la Grand Rue, ni en Smith-Street, que se llamaba entonces la calle de las Forges; nadie en Hauteville, y hasta la misma Esplanada estaba desierta. Parecía domingo. Una alteza real pasando revista á la milicia de la Ancresse no hubiera vaciado mejor la población. Tanto bullicio provocado por un nadie



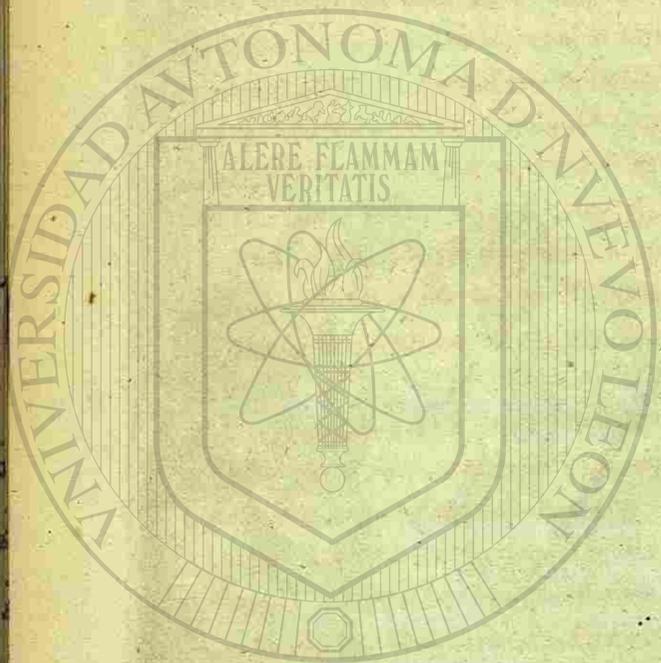
LOS VECINOS DE SAINT-SAMPSON.

como Gilliatt hacia encogerse de hombros á las personas graves y á los hombres correctos.

La iglesia de Saint-Pierre Port, con sus tres cimborios y sus flechas, se halla á la orilla del mar en el fondo del puerto, casi en el mismo desembarcadero. Da la bienvenida á los que llegan y el adios á los que se van. Es la letra mayúscula de la larga línea que forma la fachada de la ciudad que da al Océano.

Es al mismo tiempo parroquia de Saint-Pierre Port y deanato de toda la isla. Tiene por ecónomo al coadjutor del obispo, clérigo de muchas campanillas con plenos poderes.

El ancon de Saint-Pierre Port, actualmente muy hermoso y muy ancho puerto, era á la sazón, y aun no hace diez años, menos considerable que la ensenada de Saint-Sampson. Lo formaban dos gruesos murallones ciclópeos curvos que, partiendo de la playa á estribor y á babor, se juntaban casi en su estremidad, donde habia un faro blanco. Debajo del faro una boca estrecha, que conserva aun la doble argolla de la cadena con que se cerraba en la edad media, daba paso á los buques. Figurémonos una tenaza de langosta medio abierta, y nos habremos formado una idea exacta del ancon de Saint-Pierre Port. Aquella tenaza tomaba del abismo un poco de mar al cual obligaba á permanecer tranquilo. Pero soplando el viento del Este, habia marejada en la boca del puerto, éste se picaba, y lo mas prudente era no entrar en él, que es lo que habia hecho el *Cashmere*, el cual fondeó en bahía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

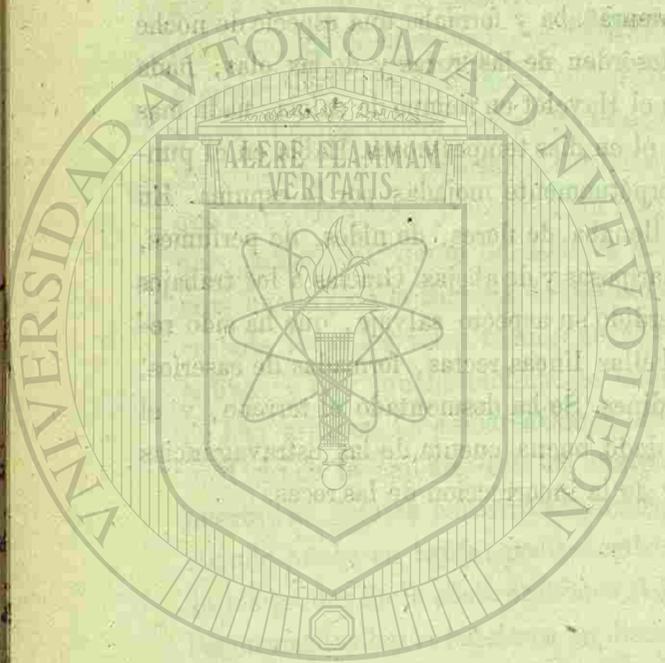
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los buques, cuando el viento es levante, suelen tomar este partido con que, amen de todo lo demás, se economizan los gastos de puerto. En tal caso, los bateleros comisionados de la ciudad, valiente tribu de marinos que el nuevo puerto ha destituido, embarcaban en sus lanchas, ya en el embarcadero, ya en las estaciones de la playa, á los viajeros, y los trasportaban con sus equipajes, por grueso que estuviere el mar y siempre sin accidente, á los buques que partian. El viento del Este es un viento de costado, muy bueno para la travesía de Inglaterra; con el viento de costado todas las velas toman; se navega á un largo ó á bolina, y hay mucha inclinacion lateral del buque, pero no hay arjadas. La embarcacion cabecea poco.

Cuando la embarcacion en marcha estaba dentro del puerto, en éste se embarcaban todos los pasajeros; pero cuando estaba en bahía, podian embarcarse en cualquiera de los puntos de la costa próximos al fondeadero. En todas las ensenadas habia bateleros «á discrecion.»

Una de estas ensenadas era el Havelet. Havelet, diminutivo de havre, que significa ancon, estaba muy cerca de la ciudad, pero tan solitario como si estuviera muy lejos. Debia su soledad al encajonamiento de los altos acantilados del fuerte George que le dominan. Se llegaba al Havelet por varias sendas. La mas directa corria á lo largo de la orilla, y si bien tenia la ventaja de conducir á la ciudad y á la iglesia en cinco minutos, ofrecia el inconveniente de estar cubierto por el agua dos veces al dia. Las demás sendas, mas ó menos ásperas, se hundian en

las escabrosidades de los tajos de peñas. El Havelet, hasta en medio del dia, se hallaba en una penumbra. Pedruscos inclinados colgaban de todas partes. Un bosque de espinos y malezas se enmarañaba y formaba una especie de noche apacible en el desórden de las rocas y de las olas; nada mas pacífico que el Havelet en tiempo de calma, nada mas tumultuoso que él en dias tempestuosos. Habia en él puntas de ramas perpétuamente mojadas por la espuma. En la primavera se llenaba de flores, de nidos, de perfumes, de pájaros, de mariposas y de abejas. Gracias á los trabajos recientes, ha perdido su aspecto salvaje, que ha sido reemplazado por bellas líneas rectas, formadas de caseríos, malecones y jardines. Se ha desmontado el terreno, y el buen gusto ha dado buena cuenta de las extravagancias de la montaña y de la incorreccion de las rocas.



CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

LAS DESESPERACIONES EN PRESENCIA UNAS DE OTRAS.

No eran aun las diez de la mañana; era *el cuarto antes*, como se dice en Guernesey.

Segun todas las apariencias, la afluencia de gente aumentaba en Saint-Sampson. Con su fiebre de curiosidad, vertiéndose toda la poblacion al Norte de la isla, el Ha-velet, que estaba en la parte del Mediodía, se hallaba mas desierto que nunca.

Veíase allí, sin embargo, un batel y un batelero. En el batel habia un saco de noche. El batelero aguardaba al parecer á alguno.

Distinguíase en la bahía el *Cashmere* anclado, el cual,

no debiendo zarpar hasta medio día, no hacia aun ninguna maniobra para aparejar.

Un transeunte, que desde cualquiera de las escalonadas cuestras del acantilado hubiese escuchado con atencion, habria oido en el Havelet un murmullo de palabras, y si se hubiese asomado por encima de algun tajo, habria visto á cierta distancia del batel, en un recodo de rocas y de ramas en que no podia penetrar la mirada del batelero, dos personas, un hombre y una mujer, Ebenezer y Deruchette.

Los oscuros reductos de la orilla del mar, que invitan á bañarse, no están siempre tan solitarios como se cree. En ellos algunas veces el que menos lo piensa es observado y escuchado. Los que allí se refugian y abrigan pueden ser fácilmente seguidos por entre las espesuras de las vegetaciones, gracias á la multiplicidad y encrucijadas de los senderos. Los granitos y los árboles, que ocultan á los que creen estar solos, pueden ocultar tambien un testigo.

Deruchette y Ebenezer, cogidos de las manos y en pie uno delante de otro, se devoraban mutuamente con sus miradas. Deruchette hablaba. Ebenezer permanecia silencioso. Una lágrima, cuajada y detenida entre sus párpados, vacilaba y no caia.

Habia en la frente religiosa de Ebenezer la huella de la pasion y del desconsuelo, á que se unia una resignacion desgarradora, una resignacion hostil á la fe, aunque venia de la fe misma. En su semblante, simplemente an-

gelical hasta entonces, habia un principio de espresion fatal. Aquel hombre, que no habia aun meditado mas que el dogma, empezaba á meditar la suerte, meditacion insalubre para un sacerdote. En ella la fe se descompone. No hay nada que perturbe tanto como flotar sobre lo desconocido. El hombre es el paciente de los acontecimientos. La vida es un estado de expectativa perpetua. No sabemos jamás de qué lado vendrá el súbito golpe de la suerte. Las catástrofes y las felicidades entran y salen como personajes inesperados. Tienen su ley, su órbita, su gravitacion, fuera del hombre. La conciencia tiene una lógica y la suerte otra, sin ninguna coincidencia recíproca. No hay nada previsto. Vivimos siempre amenazados de un golpe tras otro. La conciencia es la línea recta, la vida es el torbellino. Este torbellino arroja inopinadamente sobre la cabeza del hombre cáos negros y cielos azules. La suerte no posee el arte de las transiciones. Algunas veces la rueda gira con tanta velocidad, que el hombre distingue apenas el intervalo de una peripecia á otra y el eslabon que enlaza el día de ayer con el de hoy. Ebenezer era un creyente mezclado de raciocinio y un sacerdote complicado de pasion. Las religiones que prescriben el celibato saben lo que hacen. Nada destruye tanto al sacerdote como amar á una mujer. Toda especie de nubes sombreaba á Ebenezer.

Contemplaba á Deruchette demasiado.

Aquellos dos seres se idolatraban. En la pupila de Ebenezer brillaba la muda adoracion de la desesperacion.

Deruchette decia:

—No partireis. No tengo fuerza para veros partir. Ya lo veis, creia poderos decir adios, y no puedo. No es culpa mia. ¿Por qué vinisteis ayer? Si quereis marcharos, no debíais haber venido. Yo no os habia hablado nunca. Os amaba, pero no lo sabia. El primer dia, cuando M. Hérode leyó la historia de Rebecca y vuestras miradas se encontraron con las mias, sentí que se me abrazaban las emjillas, y pensé: ¡Oh! ¡cuán colorada debió ponerse Rebecca! Si antes de ayer me hubieran dicho que os amaba, me hubiera reido. Y hé aquí precisamente lo terrible de mi amor. Ha venido como una traicion, sin que yo me cuidase de él para nada. Iba á la iglesia, os veia, creia que todo el mundo era como yo. No os acrimino, vos nada habíais hecho para que yo os amase, no os habíais tomado molestia alguna, me mirábais, lo que nada tiene de particular, y vuestras miradas han hecho que yo os adore. No sé lo que me sucedia. Cuando cogíais el libro, este libro era la luz; cuando lo cogian otros, no era mas que un libro. Algunas veces me mirábais. Habláis de arcángeles, y érais vos el arcángel. Lo que vos decíais, yo lo pensaba en seguida. Antes de veros, no sé si creia en Dios. Despues, me he convertido en una mujer que reza. Yo decia á Dulce: Vísteme pronto que no quiero llegar tarde al oficio. Y corria á la iglesia. Ahora veo que lo que yo hacia era amar á un hombre. Entonces no lo sabia, y solia decirme: ¡Cuán devota me vuelvo! Vos sois quien me ha enseñado que yo no iba á la iglesia por el buen Dios. Iba

por vos, es verdad. Vos sois hermoso, hablais bien, y cuando levantábais los ojos al cielo, me parecia que teníais mi corazon en vuestras dos manos blancas. Estaba loca, y lo ignoraba. ¿Quereis que os diga vuestra falta? No es otra que la de haber entrado ayer en el jardin, y haberme hablado. Si nada me hubiéseis dicho, yo nada habria sabido. Os habríais marchado, y yo tal vez me hubiese puesto triste, pero lo que es ahora, me moriré. Ahora que sé que os amo, no es ya posible que os marcheis. ¿En qué pensais? Parece que no me escuchais siquiera.

Ebenezer respondió:

—Habeis oido lo que se dijo ayer.

—¡Ay!

—¿Qué quereis que yo le haga?

Callaron un momento. Ebenezer repuso:

—Yo no puedo hacer mas que una cosa, partir.

—Y yo no puedo hacer mas que otra, morir. ¡Oh! yo quisiera que no hubiese mar, que no hubiese mas que cielo. Me parece que así se arreglaria todo; partiríamos á un mismo tiempo. Vos no debíais haberme hablado. ¿Por qué me hablásteis? Habiéndome hablado, no podeis marchar. ¿Qué será de mí, si os vais? Os digo que moriré. Mucho habreis ganado con que yo esté en el cementerio. ¡Oh! tengo el corazon destrozado. Soy bien desgraciada. Y sin embargo mi tio no es malo.

Era la primera vez de su vida que Deruchette llamaba á mess Lethierry *mi tio*. Hasta entonces habia siempre dicho *mi padre*.

Ebenezer retrocedió un paso é hizo una señal al batelero. Se oyó el ruido del vichero en las rocas y el paso del barquero en el borde de su lancha.

—¡No! ¡no! exclamó Deruchette.

Ebenezer se acercó á ella.

—Es preciso, Deruchette.

—¡No! ¡jamás! ¿Por una máquina? ¿Es posible? ¿Visteis ayer el hombre horroroso? Vos no podeis abandonarme. Teneis ingenio, hallareis un medio para salir del paso. No era posible que me dijéreis que viniese aquí á hablar con vos esta mañana, con la idea de partir. Yo no os he hecho mal alguno. No os he dado ningun motivo de queja. ¿Y es en el buque que tenemos á la vista en el que vais á marcharos? No quiero. No me abandonareis. A nadie se abre el cielo para volvérselo á cerrar. Os digo que no partireis. No es hora todavía. ¡Oh! yo te amo.

Y abrazándole, cruzó sus diez dedos detrás de su cuello, como para formar con sus brazos enlazados un vínculo que sujetase á Ebenezer y dirigir con sus manos juntas una súplica á Dios.

El desató aquel nudo delicado que resistió cuanto pudo.

Deruchette cayó sentada sobre una roca saliente cubierta de hiedra, levantando con un gesto maquinal la manga de su vestido hasta el codo, descubriendo su encantador brazo desnudo, con una claridad desleida y pálida en sus ojos inmóviles. La lancha se acercaba.

Ebenezer cogió entre sus dos manos la cabeza de la

jóven. Ella era una vírgen que parecia una viuda y él un jóven que parecia un abuelo. Tocaba sus cabellos con una especie de precaucion religiosa; tuvo por algunos instantes fija en ella su mirada; despues depositó en su frente uno de aquellos besos bajo los cuales parece que debería nacer una estrella, y con un acento en que palpitaba la suprema angustia y en que se sentia el arrancamiento del alma, le dijo esta palabra, la palabra de las profundidades: ¡Adios!

Deruchette prorumpió en sollozos.

En aquel momento oyeron una voz lenta y grave que decia:

—¿Por qué no os casais?

Ebenezer volvió la cabeza. Deruchette levantó los ojos. Tenian delante á Gilliatt.

Acababa de llegar por una senda lateral.

Gilliatt no era ya el mismo hombre de la vispera. Se habia peinado y afeitado, se habia puesto zapatos, llevaba una camisa blanca de marinero con ancho cuello doblado, y vestia el traje de marinero mas nuevo que tenia. Se veía en su dedo meñique una sortija de oro. Parecia profundamente tranquilo. Su semblante era lívido.

Bronce que sufre, tal era su cara.

Le miraron atónitos. Aunque estaba desconocido, Deruchette le reconoció. En cuanto á las palabras que acababa de pronunciar, estaban tan distantes de lo que ellos pensaban en aquel momento, que se deslizaron por su espíritu sin penetrar en él.

Gilliatt repuso:

—¿Qué necesidad teneis de separaros? Casaos, y partireis juntos.

Deruchette se estremeció. Tembló de la cabeza á los pies. Gilliatt prosiguió:

—Miss Deruchette tiene veinte y un años. No depende mas que de sí misma. Su tio no es mas que su tio. Vosotros os amais...

Deruchette le interrumpió nuevamente:

—¿Cómo es que os hallais aquí?

—Casaos, prosiguió Gilliatt.

Deruchette empezó á comprender lo que el marinero decia, y balbuceó:

—Mi pobre tio...

—Negaria su consentimiento si el matrimonio tuviese que verificarse, dijo Gilliatt, pero una vez consumado el acto, lo aprobará sin repugnancia. Por otra parte, vais á partir. Cuando volvais, perdonará.

Gilliatt añadió con un acento amargo:—Y, además, él solo piensa en reconstruir su buque, lo que le ocupará durante vuestra ausencia. Tiene la Duranda para consolarle.

—No quisiera, tartamudeó Deruchette con una especie de asombro con que se mezclaba cierta alegría, no quisiera detrás de mí dejar pesadumbres.

—Estas no durarán mucho tiempo, dijo Gilliatt.

Ebenezer y Deruchette habian experimentado cierta turbacion, de la cual se iban reponiendo. A medida que la

turbacion decrecia, iban teniendo mas sentido las palabras de Gilliatt. En todo aquello habia aun interpuesta una nube, pero ellos no tenian interés en resistir. Al que quiere salvarnos se le deja que nos salve. A lo que está conforme con nuestros deseos no se oponen sino objeciones débiles. No se rehusa con fuerza el volver á entrar en el Eden. En la actitud de Deruchette, imperceptiblemente apoyada en Ebenezer, habia alguna cosa que formaba causa común con lo que Gilliatt decia. En cuanto al enigma de la presencia de aquel hombre y de sus palabras que, particularmente en el ánimo de Deruchette, producian varias especies de asombro, eran cuestiones que se dejaban á un lado. Aquel hombre les decia: Casaos. La cosa era clara. Si alguna responsabilidad habia, él la aceptaba toda para sí. Deruchette sentia confusamente que, por razones diversas, él estaba en su derecho. Lo que él decia de mess Lethierry era cierto. Ebenezer pensativo murmuró: Un tio no es un padre.

Sufria la corrupcion casuística de una peripecia repentina. Los escrúpulos probables del sacerdote se fundian y disolvian en su corazon amoroso.

La voz de Gilliatt se hizo breve y dura, y en ella se sentian las pulsaciones de su fiebre.

—Ahora mismo. El *Cashmare* parte dentro de dos horas. Teneis el tiempo suficiente, pero no mas que el tiempo suficiente; venid.

Ebenezer le miraba atentamente.

De pronto exclamó:

—Os reconozco. Vos sois quien me salvó la vida.

Gilliatt respondió:

—No me acuerdo.

—Allá abajo, en la punta de los Banques.

—No conozco ese punto.

—El día mismo de mi llegada.

—No perdamos tiempo, dijo Gilliatt.

—Y, no me engaño, sois el hombre mismo de anoche.

—Tal vez,

—¿Cómo os llamais?

Gilliatt levantó la voz.

—Barquero, aguardadnos. Vamos á volver. Miss, me habeis preguntado por qué me hallaba aquí, y la respuesta es muy sencilla: seguí vuestros pasos. Teneis veintiun años. En este país, cuando las personas son mayores de edad y dependen de sí mismas, se casan en un cuarto de hora. Tomemos la sonda de la orilla del mar. Es practicable, el mar no subirá hasta medio día. Pero inmediatamente. Seguidme.

Deruchette y Ebenezer se consultaban con la mirada. Estaban en pie uno junto al otro, sin moverse; estaban como atontados. Hay vacilaciones estrañas en el borde del abismo que se llama felicidad. Comprendian sin comprender.

—Se llama Gilliatt, dijo en voz baja Deruchette á Ebenezer.

Gilliatt repuso con una especie de autoridad:

—¿Qué aguardais? os digo que me sigais.

—¿A dónde? preguntó Ebenezer.

—Allí.

Y Gilliatt indicó el campanario de la iglesia.

Le siguieron.

Gilliatt iba delante. Su paso era firme. Ellos vacilaban.

A medida que se acercaban al campanario, se veía asomar en los puros y hermosos semblantes de Ebenezer y Deruchette alguna cosa que bien pronto seria una sonrisa. La aproximacion de la iglesia les iluminaba. En los ojos huecos de Gilliatt habia la noche.

Parecia un espectro que conducia dos almas al paraiso.

Ebenezer y Deruchette no se daban cuenta de lo que iba á suceder. La intervencion de aquel hombre era como la rama de que se ase el que se ahoga. Seguian á Gilliatt con la docilidad con que sigue el desesperado al primero que llega. El que se siente morir vacila poco en la aceptacion de los incidentes.

Deruchette, mas ignorante, era mas confiada.

Ebenezer soñaba.

Deruchette era mayor de edad. Las formalidades del matrimonio inglés son muy sencillas, sobre todo en los países autótonos donde los rectores de parroquia tienen un poder casi discrecional; ¿pero consentiria el dean en la celebracion del matrimonio sin informarse siquiera de si el tío consentia? Hé aquí una cuestion. Sin embargo, nada se perdía en probarlo. De todos modos, se conseguia una próroga.

¿Pero quién era aquel hombre?

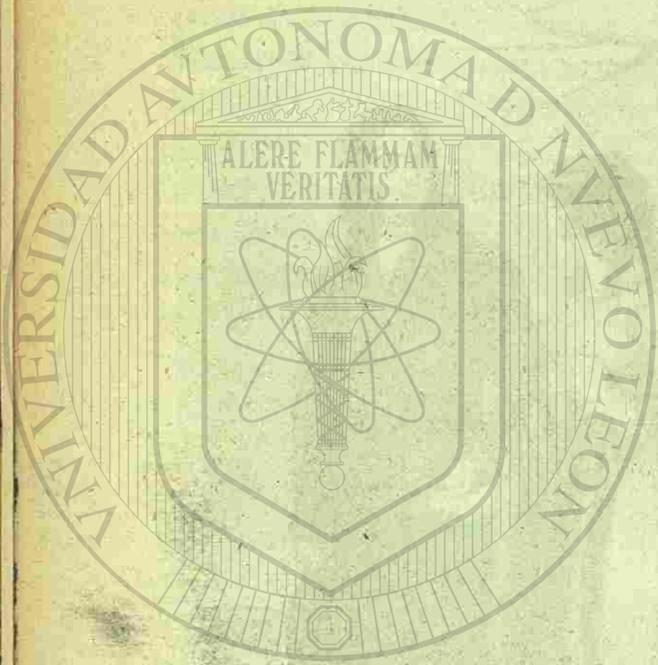
Y si era en efecto el mismo á quien mess Lethierry la noche antes habia declarado su yerno, ¿cómo esplicarse lo que estaba haciendo? Él, el obstáculo, se convertia en providencia. Ebenezer se prestaba á ello, pero daba á lo que sucedia el consentimiento tácito y rápido del hombre que se siente salvado.

El sendero era desigual, lleno de baches en algunos puntos y difícil. Ebenezer, absorbido, no fijaba la atencion en los charcos ni en los guijarros. De cuando en cuando Gilliatt se volvia y decia á Ebenezer:

—Cuidado con esas piedras, dad á miss la mano.



LA ENTREVISTA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

...una vez que se había leído una página re-
...de la escritura, en su línea, se había un escrito.
Al lado del registro se distinguían una pluma y un tra-
...
Al ver entrar al reverendo Jaquemin Hérode, al re-
...
—O sea, Jaquemin Hérode, hijo. Todo está pronto.
El dean, en efecto, se hallaba en traje de altar.
Hérode miró a Giliberto.
El reverendo dean añadió:
—Estoy a vuestras órdenes, reverendísimo.
Y se adelantó.

III.

LA PREVISION DE LA ABNEGACION.
...la república. Los estudios, según la dirección del
...del dean, que para él no había más que
...que Hérode, Jaquemin Hérode y Giliberto.
El dean no comprendía en su sentido ni a Hérode, ni a

Daban las diez y media cuando entraban en la iglesia.
A causa de la hora, y á causa también de la soledad
de la ciudad en aquel día, la iglesia estaba vacía.

En el fondo sin embargo, cerca de la mesa que, en las
iglesias reformadas, reemplaza al altar, había tres perso-
nas, que eran el dean, el evangelista y el registrador. El
dean, que era el reverendo Jaquemin Hérode, estaba sen-
tado; el evangelista y el registrador estaban en pie.

Encima de la mesa había el libro abierto.
Al lado, encima de una credencia, se veía otro libro,
el registro de la parroquia, abierto también, en el cual

una mirada atenta hubiera podido notar una página recientemente escrita, cuya tinta no se había aun secado. Al lado del registro se distinguían una pluma y un tintero.

Al ver entrar al reverendo Ebenezer Caudray, el reverendo Jaquemin Hérode se levantó.

—Os aguardaba, dijo. Todo está pronto.

El dean, en efecto, se hallaba en traje de oficial.

Ebenezer miró á Gilliatt.

El reverendo dean añadió:

—Estoy á vuestras órdenes, mi colega.

Y le saludó.

Su saludo no se estravió ni hácia la derecha, ni hácia la izquierda. Era evidente, siguiendo la direccion del rayo visual del dean, que para él no había allí presente mas que Ebenezer. Ebenezer era clergyman y gentleman (1). El dean no comprendía en su saludo ni á Deruchette, que estaba á su lado, ni á Gilliatt, que estaba detrás de él. Había en su mirada un paréntesis en que Ebenezer era el único admitido. La conservacion de esas distinciones forma parte del buen orden y consolida las sociedades.

El dean repuso con una amenidad graciosamente alternativa:

—Mi colega, os felicito doblemente. Vuestro tío ha muerto y tomáis mujer; hé aquí pues que sois rico por un lado y por otro feliz. Además, ahora, gracias al buque

(1) Que es como si dijéramos de la aristocracia del clero é hijodalgo.

(N. del T.)

de vapor que se va á restablecer, miss Lethierry es también rico, lo que apruebo. Miss Lethierry ha nacido en esta parroquia, y ha verificado la fecha de su nacimiento en el registro. Miss Lethierry es mayor de edad, y se pertenece. Además su tío, que es toda su familia, consiente. Vos quereis casaros inmediatamente á causa de vuestra partida. Lo comprendo, pero siendo este matrimonio de un rector de parroquia, hubiera deseado un poco mas de solemnidad. Abreviaré para complaceros. Lo esencial puede consignarse en el sumario. El acta está ya estendida en el registro que aquí teneis, y no hay ya mas que hacer que firmar. En los términos de la ley y fórmulas establecidas, el matrimonio puede celebrarse inmediatamente despues de la inscripcion. La declaracion requerida por la licencia se ha hecho debidamente. Yo cargo con la responsabilidad de una irregularidad insignificante, cual es la demanda de licencia que hubiera debido registrarse con siete dias de anticipacion; pero me doblo á la necesidad y urgencia de vuestra partida. Sea. Voy á casaros. Mi cvangelista será el testigo del esposo; en cuanto al testigo de la esposa...

El dean se volvió hácia Gilliatt.

Gilliatt hizo un movimiento de cabeza.

—No se necesita mas, dijo el dean.

Ebenezer permanecía inmóvil. Deruchette estaba en estásis, petrificada.

El dean continuó:

—Con todo, ahora hay un obstáculo.

Deruchette hizo un movimiento. El dean prosiguió :

—El enviado, aquí presente, de mess Lethierry, enviado que ha pedido por vos la licencia y ha firmado la declaración en el registro, — y con el pulgar de su mano izquierda designó á Gilliatt, lo que le eximia de articular este nombre plebeyo, — el enviado de mess Lethierry me ha dicho esta mañana que mess Lethierry, demasiado ocupado para venir en persona, deseaba que el matrimonio se verificase inmediatamente. Este deseo, expresado verbalmente, no basta. Yo, á causa de las dispensas que hay que otorgar y de la irregularidad cuya responsabilidad asumo, no puedo proceder con tanta ligereza que deje de informarme por mí mismo de la voluntad de mess Lethierry, á no ser que se me muestre su firma. Cualquiera que sea mi buena voluntad, no puedo contentarme con una palabra que se me dice haberse dado. Necesito algo escrito.

—En eso no hay inconveniente, dijo Gilliatt.

Y presentó al reverendo dean un papel.

El dean cogió el papel, echó sobre él una ojeada, pareció omitir la lectura de algunas líneas, sin duda inútiles, y leyó en alta voz:

—«...Véte á casa del dean para las dispensas. Deseo que el matrimonio se verifique cuanto antes. Ahora mismo sería lo mejor.»

Dejó el papel encima de la mesa, y prosiguió.

—Firmado Lethierry. Hubiera sido mas respetuoso dirigirme á mí la carta. Pero puesto que se trata de un colega, lo doy todo por bien hecho.

Ebenezer miró de nuevo á Gilliatt. Hay almas que se entienden. Ebenezer adivinaba que habia un fraude, pero no tuvo fuerza para denunciarlo, ni intencion tampoco. Fuese obediencia á un heroismo latente que vislumbraba, fuese aturdimiento de la conciencia por el golpe de felicidad que recibió, no dijo una palabra.

El dean tomó la pluma y, con auxilio del registrador, llenó los blancos de la página escrita en el registro, y luego, con un gesto, invitó á Ebenezer y á Deruchette á acercarse á la mesa.

Empezó la ceremonia.

Fue un momento extraño.

Ebenezer y Deruchette estaban al lado uno de otro delante del ministro. Cualquiera que haya soñado que se ha casado ó que se haya casado en realidad ha experimentado lo que ellos experimentaban.

Gilliatt se hallaba á alguna distancia en la oscuridad de los pilares.

Por la mañana, al levantarse, Deruchette desesperada, pensando en el ataud y en el sudario, se habia vestido de blanco (1). La idea de duelo fue propia para la boda. El traje blanco caracteriza desde luego á una desposada. La tumba es tambien un casamiento.

Un resplandor se desprendia de Deruchette. Nunca habia sido lo que era en aquel instante. Deruchette tenia el defecto de ser tal vez demasiado linda y no bastante

(1) En las islas de la Mancha y en otras muchas partes, el vestido blanco aunque es vestido de boda, es tambien traje de luto.

bella. Su hermosura pecaba por exceso de gracia, si por exceso de gracia se puede pecar. Deruchette en el estado normal, es decir fuera de la pasión y del dolor, era principalmente gentil, como alguna otra vez hemos indicado. La trasfiguración de la joven encantadora es la virgen ideal. Deruchette, engrandecida por el amor y por el sufrimiento, había tenido, permítasenos la palabra, esta anticipación súbita. Tenía el mismo candor con más dignidad, la misma frescura con más perfume. Era una cosa así como una margarita que se convierte en lirio.

Sus mejillas estaban aun humedecidas por el llanto que se había ya secado. Había tal vez una lágrima en algún rincón de su sonrisa. Las lágrimas secadas, vagamente visibles, son un sombrío y dulce adorno á la felicidad.

El dean, en pie junto á la mesa, puso un dedo encima de la Biblia abierta y preguntó en alta voz:

—¿Hay oposición?

Nadie respondió.

—Amen, dijo el dean.

Ebenezer y Deruchette se acercaron un paso más al reverendo Jaquemin Hérode.

El dean dijo:

—Joë Ebenezer Candray, ¿quieres que esa mujer sea tu esposa?

Ebenezer respondió:

—Quiero.

El dean repuso:

—Duranda Deruchette Lethierry, ¿quieres que ese hombre sea tu marido?

Deruchette, cuya alma agonizaba por exceso de alegría como una lámpara que se apaga por tener demasiado aceite, pronunció, ó, por mejor decir, murmuró:

—Quiero.

Entonces, siguiendo el bello rito del matrimonio anglicano, el dean miró alrededor ó hizo en la sombra de la iglesia esta pregunta solemne:

—¿Quién es el que da esa mujer á ese hombre?

—Yo, dijo Gilliatt.

Hubo un momento de silencio. Ebenezer y Deruchette sintieron no sé qué vaga opresión en medio de su encanto.

El dean puso la mano derecha de Deruchette en la mano derecha de Ebenezer, y Ebenezer dijo á Deruchette:

—Deruchette, te tomo por mi mujer, y ya seas mejor ó peor, más rica ó más pobre, enferma ó sana, te tomo para amarte hasta la muerte y te doy mi fe.

El dean puso la mano derecha de Ebenezer en la mano derecha de Deruchette, y Deruchette dijo á Ebenezer:

—Ebenezer, te tomo por mi marido, y ya seas mejor ó peor, más rico ó más pobre, estés enfermo ó estés sano, te tomo para amarte y obedecerte hasta la muerte, y te doy mi fe.

El dean repuso:

—¿Dónde está el anillo?

El anillo era lo imprevisto. Ebenezer, cogido improvisadamente, no tenía anillo.

Gilliatt se quitó la sortija de oro que llevaba en el dedo meñique, y la presentó al dean. Era probablemente el anillo «nupcial» comprado por la mañana al joyero de Commercial-Arcade,

El dean puso el anillo sobre el libro, y luego se lo entregó á Ebenezer. Este cogió la mano izquierda temblorosa de Deruchette, puso el anillo en su dedo anular, y dijo:

—Te ato con este anillo.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, dijo el dean.

—Que así sea, dijo el evangelista.

El dean levantó la voz:

—Oremos.

Ebenezer y Deruchette se volvieron hácia la mesa y se pusieron de rodillas.

Gilliatt, que permaneció en pie, bajó la cabeza.

Ellos se prosternaban delante de Dios, él se doblaba bajo el peso del destino.

IV.

PARA TU MUJER, CUANDO TE CASES.

Al salir de la iglesia, vieron al *Cashmere* que empezaba á aparejar.

—Llegais á tiempo, dijo Gilliatt.

Volvieron á tomar la senda del Havelet.

Ellos iban delante, y Gilliatt seguía detrás.

Ellos eran dos sonnámbulos. No habian en cierto modo hecho mas que variar de estravío. No sabian ni dónde estaban, ni lo que hacian; avanzaban maquinalmente, no se acordaban ya de la existencia de nada, se sentian el uno del otro, y no podian enlazar dos ideas. No se piensa en el éstasis como no se nada en el torrente. De en medio de

las tinieblas, se habian precipitado bruscamente á un Niágara de alegría. Pudiérase decir que experimentaban la felicidad del paraiso. No se hablaban, porque demasiadas cosas se decian con el alma. Deruchette apretaba contra su pecho el brazo de Ebenezer.

De cuando en cuando el paso de Gilliatt detrás de ellos les recordaba que él estaba allí. Estaban profundamente conmovidos, pero sin decir una palabra; el exceso de conmocion se resuelve en estupor. La suya era deliciosa, pero abrumadora. Estaban casados. Aplazaban; volverian á ver á Gilliatt; lo que éste hacia estaba bien hecho, hé aquí todo. En el fondo de sus corazones le daban las gracias ardorosa y vagamente. Deruchette se decia que ella tenia algo que desenredar, pero que lo desenredaria mas adelante. Entre tanto, aceptaban. Se sentian á la discrecion de aquel hombre decisivo y súbito, el cual con su autoridad les imponia la bienaventuranza. Era imposible dirigirle pregunta alguna ni entrar con él en conversacion. Se precipitaban á la vez sobre ellos demasiadas impresiones. Su ensimismamiento es perdonable.

Los hechos son á veces una granizada. Acribillan. Atontan. La brusquedad de los incidentes, cayendo sobre existencias habitualmente tranquilas, vuelve mas pronto ininteligibles los acontecimientos á aquellos á quienes hacen sufrir ó á los que de ellos se aprovechan. No comprenden su propia aventura. Se sienten aplastados sin adivinar cómo, ó coronados de dicha sin comprender de qué manera. Deruchette, en particular, habia en algunas ho-

ras recibido todas las conmociones; primero el deslumbramiento, Ebenezer en el jardin; despues la pesadilla, aquel monstruo declarado su marido; luego la desolacion, el ángel abriendo sus alas y próximo á partir; en seguida la alegría, una alegría inaudita, con un fondo indescifrable: el monstruo dándole el ángel, á ella, á Deruchette; el matrimonio brotando de la agonía; Gilliatt, la catástrofe de ayer, la salvacion de hoy. No se daba cuenta de nada. Era evidente que desde que amaneció, Gilliatt no habia tenido otra ocupacion que los preparativos de la boda; él lo habia hecho todo; habia respondido por mess Lethierry, visto al dean, pedido la licencia, firmado la declaracion requerida; hé aquí cómo pudo verificarse el matrimonio. Pero Deruchette no lo comprendia, y aunque hubiese comprendido el cómo, no habria comprendido el por qué.

Cerrar los ojos, dar gracias mentalmente, olvidar la tierra y la vida, dejarse llevar al cielo por aquel buen demonio, no habia otra cosa que hacer. Una aclaracion era demasiado larga, un agradecimiento era demasiado poco. Ella estaba en su dulce embrutecimiento de felicidad.

Les quedaba un poco de pensamiento, el suficiente para conducirse. Debajo del agua hay partes esponjosas que permanecen blancas. Tenian justa la cantidad de luz que se necesitaba para distinguir el mar de la tierra y el *Cashmere* de cualquier otro buque.

En algunos minutos llegaron á Havelet.

Ebenezer entró el primero en la lancha, y en el momento de irle á seguir, percibió Deruchette la sensacion

de la manga de su corpiño tirada suavemente. Era Gilliatt que había puesto un dedo en un pliegue de su vestido.

—Señora, dijo, vos no esperábais partir. He creído que podríais tener necesidad de algún traje y de alguna ropa blanca. A bordo del *Cashmere* encontrareis un cofre que contiene ropa de mujer. Es un cofre que procede de mi madre. Estaba destinado á la mujer que se casase conmigo. Permitidme ofrecérselo.

Deruchette medio volvió en sí de su enagenación, y se volvió hácia Gilliatt, el cual, con voz tan baja que apenas se oía, continuó:

—No trato de retardar vuestro viaje, pero creo, señora, que es menester os dé algunas esplicaciones. El día que se supo la desgracia de la Duranda, estábais sentada en la sala baja, y dísteis una palabra. No la recordais ya, y es muy natural. Nadie está obligado á recordar todas las palabras que da. Mess Lethierry estaba profundamente afigido. Verdad es que el buque perdido era bueno, y prestaba servicios. Circuló la noticia del desastre que puso al país en conmoción. Cosas son estas que, naturalmente, se han olvidado. Es el único buque perdido en aquellos escollos, y no se ha de estar pensando siempre en un accidente. Solo que lo que yo quería decir es que, como se decía que nadie iría á salvar la máquina, yo fui. Decían que era cosa imposible, ¡ay! otra era la cosa imposible. Os doy las gracias por haberme escuchado un instante. Comprendeis, señora, que si yo fui allí, no pensé ofenderos. Además, la cosa viene de muy lejos. Sé que

teneis prisa. Si hubiese tiempo, hablaríamos, y recordaríamos algo, pero son recuerdos que de nada sirven. La cosa se remonta á un día en que había nieve. Y despues, una vez que pasé, me pareció que os habíais sonreído. Así se esplica todo. En cuanto á lo de ayer, yo no había tenido tiempo de entrar en mi casa; salía del trabajo, estaba enteramente destrozado, os metí miedo, os sentísteis indispuesta; yo me conduje mal, no está bien presentarse á la gente como me presenté yo, os suplico que me perdoneis. Os he dicho casi todo lo que quería deciros. Vais á partir. Tendreis buen tiempo. El viento viene del Este. Adios, señora. No os parece mal que os diga algo, ¿no es verdad? no os hago perder mas que un minuto.

—Pienso en ese cofre, respondió Deruchette. ¿Por qué no lo conservais para vuestra esposa, cuando os caseis?

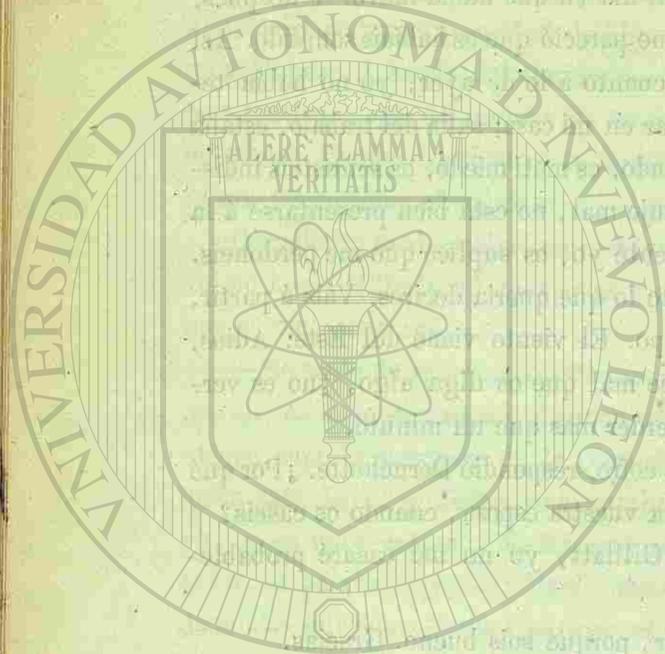
—Señora, dijo Gilliatt, yo no me casaré probablemente.

—Será de sentir, porque sois bueno. Gracias.

Y Deruchette se sonrió. Gilliatt le devolvió su sonrisa.

Despues ayudó á Deruchette á entrar en la lancha.

No había aun trascurrido un cuarto de hora, cuando la lancha en que estaban Ebenezer y Deruchette abordaba el *Cashmere* en bahía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Gilliatt siguió la orilla del agua, pasó rápidamente por Saint-Pierre Port, empezó luego á andar hácia Saint-Sampson á lo largo del mar, ocultándose de los que pudieran encontrarle, evitando los caminos concurridos, que por su culpa estaban llenos de transeuntes.

Sabido es que desde mucho tiempo habia adoptado una manera peculiar suya de cruzar el pais en todos sentidos sin que nadie le viera. Conocia todas las veredas, se habia formado itinerarios aislados y tortuosos; tenia la costumbre arisca de todos los que se reconocen poco simpáticos, y permanecia alejado de todo el mundo. Niño aun,

LA GRAN TUMBA.

®

viendo en el semblante de todos que era mal acogido, habia tomado el pliegue, que despues se convirtió en instinto, de permanecer aislado.

Dejó atrás la Esplanada, y despues la Salerie. De cuando en cuando se volvía, y veía detrás de él, en la rada, el *Cashmere* que acababa de hacerse á la vela. Hacia poco viento; por lo que Gilliatt andaba mas de prisa que el buque. Gilliatt andaba por las últimas rocas de la orilla del mar, con la cabeza baja. El flujo empezaba á subir.

Se detuvo un momento, y volviendo la espalda al mar, contempló por espacio de algunos minutos, mas allá de los peñascos que ocultaban el camino del Valle, un bosquecillo de encinas. Eran las encinas del lugar llamado las Basses Maisons. Allí, en otro tiempo, debajo de aquellos árboles, un dedo de Deruchette habia escrito su nombre, *Gilliatt*, en la nieve. Hacia mucho tiempo que aquella nieve se habia derretido.

Prosiguió su camino.

El día era el mas encantador que habia habido en todo aquel año. Aquella mañana tenia no sé qué de nupcial. Era uno de aquellos días primaverales en que mayo se despilfarra, se gasta todo entero; la creacion no tenia al parecer otro objeto que darse una fiesta y ser feliz. Bajo todos los rumores, los del bosque como los de la ciudad, los de las olas como los de la atmósfera, habia un arrullo. Las mariposas se posaban sobre las primeras flores. Todo era nuevo en la naturaleza, las yerbas, los musgos, las

hojas, los perfumes, los rayos de luz. Parecia que el sol no habia servido nunca. Las guijas estaban recién lavadas. La profunda cancion de los árboles estaba cantada por pájaros nacidos el día anterior. Es probable que su cáscara de huevo rota por su piquito estuviera aun en el nido. Ensayos de alas metían ruido entre el temblor de las ramas. Cantaban su primer canto, y volaban con su primer vuelo. Era una dulce charla de todos á la vez, abubillas, gallos, fringipalos, abejarucos, picamaderos, gilgueros, alondrillas, gorriones y zorzales. Las lilas, los lirios de los valles, los dafnes, las glicenias, formaban en los montes bravos una confusion de colores esquisitos. Una preciosa lentejuela de agua que se cria en Guernesey cubria los pantanos con una sábana de esmeralda. Las nevatillas y collalvas, que forman nidos tan pequeños y graciosos, se bañaban en las orillas. Por todos los espacios de la vegetacion se percibia el azul del cielo. Algunas nubecillas lascivas se perseguían en la azulada bóveda con ondulaciones de ninfas. Se creía sentir el roce de besos que se enviaban bocas invisibles. No habia tapia algo antigua que no tuviese, como un casado, un ramillete de alelías. Los endrinos estaban en flor, y en flor tambien los citisos; se veían racimos de flores blancas y amarillas que centelleaban entre las cruzadas ramas. La primavera echaba toda su plata y todo su oro en el inmenso canasto de los bosques. Los renuevos estaban todos frescos y verdes. Se oían en el aire gritos de regocijo. El verano hospitalario abría su puerta á los pájaros lejanos. Era el instante de

la llegada de las golondrinas (1). Los tallos de las alia-
gas recamaban los declives de los caminos hondos, aguar-
dando á los tallos de las ogicantas. Lo elegante y lo bello
estaban en buenas relaciones; lo soberbio se completaba
con lo gracioso; lo grande no ahogaba lo pequeño; no se
perdía nota alguna del concierto; las magnificencias mi-
croscópicas ocupaban su término en el cuadro de hermosu-
ra universal, en el cual se distinguía todo como en una
agua limpia. En todas partes una divina plenitud y una
turgencia misteriosa hacían adivinar el esfuerzo pánico y
sagrado de la savia laboriosa. El que brillaba, brillaba mas;
el que amaba, amaba mejor. Había himno en la flor y res-
plandor en el ruido. La grande armonía difusa se dilataba.
Lo que empieza á brotar provoca á lo que empieza á brotar,
y se establece una emulacion fecunda. Una turbacion, que
venía de abajo, y que venía también de arriba, conmovía
vagamente los corazones, corruptibles á la influencia
dispersa y subterránea de los gérmenes. La flor prometía
oscuramente el fruto; toda virgen soñaba; la reproduc-
cion de los seres, premeditada por la inmensa alma de la
sombra, se esbozaba en la irradiacion de todas las cosas.
En todas partes se veían desposorios. Había un himeneo
infinito y universal. La vida, que es la hembra, se apa-
reaba con el infinito, que es el macho. Hacia buen tiempo,
un tiempo claro, un tiempo caliente; por entre vallados,
dentro de las cercas, se veía á los niños riendo y jugando.

(1) Las golondrinas, que en nuestro país aparecen á principios de abril,
no llegan á las islas de la Mancha hasta mayo.

Algunos jugaban al tres en raya y á los cinciacos (1). Los
manzanos, los albérchigos, los cerezos, los perales, cu-
brian los vergeles con sus copas amarillentas ó encarna-
das. En la yerba, primulas (2) viscaperiscas, aquileis (3),
margaritas, gencianillas, y violetas y verónicas. Las bor-
rajas azules, los lirios cárdenos, pululaban mezclados con
esas pequeñas estrellas de color de rosa que florecen siem-
pre en grupos y que se llaman por lo mismo «compañe-
ras.» Corrian entre las piedras insectos enteramente do-
rados. Las siemprevivas en plena florecencia, adornaban
los lechos de bálago. Los zánganos de las colmenas es-
taban fuera. Las abejas trabajaban. La estension estaba
llena del murmullo de los mares y del zumbido de las
moscas. La naturaleza, permeable en primavera, estaba
húmeda de voluptuosidad.

Cuando Gilliatt llegó á Saint-Sampson, no había aun
agua en el fondo del puerto, y pudo cruzarlo á pie seco y
desapercibido por detrás de los cascos de los buques que se
estaban carenando ó recorriendo. Una hilera de piedras
chatas, algo distantes unas de otras, que había allí per-
manentemente, facilitaba el paso.

Gilliatt pasó sin ser visto. La multitud estaba en el
otro extremo del puerto, cerca de la boca, en los Bravées.
Allí estaba su nombre en todos los labios. Tanto se habla-

(1) Juegos de muchachos.

(2) Yerba de San Pablo.

(3) Especie de cebada que crece espontáneamente en algunos lugares hú-
medos de Europa.

ba de él, que nadie fijaba en él la atención. Gilliatt pasó, oculto en cierto modo por el ruido mismo que él metía.

Vió de lejos la panza en el mismo punto en que él la había amarrado, la chimenea de la máquina entre sus cuatro cadenas, un movimiento de calafates trabajando, siluetas confusas de gentes que iban y venían, y oyó la voz recia y alegre de mess Lethierry que daba órdenes.

Se hundió en la maleza.

No había nadie detrás de los Bravées, por hallarse delante de ellos toda la curiosidad escitada. Gilliatt tomó la senda que orlaba la tapia baja del jardín. Se detuvo en el ángulo en que crecía la malva campestre; volvió á ver la piedra en que se había sentado, y el banco de madera en que se había sentado Deruchette. Miró la tierra de la alameda donde había visto abrazarse dos sombras, que habían desaparecido.

Se puso de nuevo en marcha. Trepó por la colina del castillo del Valle, después volvió á bajar, y se dirigió al Bu de la Calle.

El Houmet-Paradis estaba solitario.

Su casa estaba tal como él la había dejado aquella misma mañana después de haberse vestido para ir á Saint-Pierre Port.

Había una ventana abierta que permitía ver desde fuera el bug-pipe colgado de un clavo.

Encima de la mesa se veía la pequeña Biblia dada como muestra de gratitud á Gilliatt por un desconocido, que era Ebenezer.

La llave estaba en la cerradura. Gilliatt se acercó, cerró la puerta con doble vuelta de llave, se metió ésta en el bolsillo y se alejó.

Se alejó, no por el lado de tierra, sino por el lado del mar.

Atravesó diagonalmente su jardín por lo más corto, sin tomar precaución ninguna respecto de los acirates, pero procurando no pisar las plantas que había cultivado porque eran del gusto de Deruchette.

Franqueó el parapeto y bajó á las rompientes.

Siguió la larga y estrecha línea de arrecifes que enlaza el Bu de la Calle con el grande obelisco de granito levantado en medio del mar que se llamaba la Corne de la Bete. Allí es donde estaba la silla Sild-Holm-Ur.

Pasaba de un arrecife á otro como un gigante de una á otra colina. Andar á zancadas por una cresta de rompientes es como correr por el alero de un tejado.

Una pescadora, que con los pies desnudos recorría á alguna distancia los charcos que había dejado la marea y que volvía á la playa, le gritó; ¡Cuidado! El mar está subiendo.

Él siguió avanzando.

Al llegar al gran peñasco de la punta llamada la Corne, que formaba un pináculo en el mar, se detuvo. Allí concluía la tierra. Estaba en el extremo del pequeño promontorio.

Miró.

En alta mar estaban pescando algunas barcas ancla-

dos, en las cuales se veían de cuando en cuando arroyos de plata reflejando el sol, formados por la salida del agua de las redes. El *Cahsmere* no se hallaba aun á la altura de Saint-Sampson, y habia tendido sus mayores. Estaba entre Herm y Gethou.

Gilliatt dió una vuelta alrededor de la roca, y llegó debajo de la silla Sild-Holm-Ur, al pie de aquella especie de escalera gastada, de la cual no hacia aun tres meses que habia ayudado á bajar á Ebenezer. Él la subió.

La mayor parte de los escalones estaban ya debajo del agua. No quedaban en seco mas que dos ó tres. Gilliatt se encaramó por ellos.

Éran los escalones que conducían á la silla Sild-Hohn-Ur. Gilliatt llegó á la silla; la contempló un momento, se puso la mano en los ojos y la hizo deslizarse lentamente de una á otra ceja, como para borrar el pasado, y despues se sentó en el hueco de la roca, con el escarpe á la espalda y el Océano á sus pies.

En el mismo momento el *Cahmere* se puso á lo largo de la gran torre redonda sumergida, custodiada por un cabo de escuadra y un cañon, que marca en la rada la mitad del camino entre Herm y Saint-Pierre-Port.

Encima de la cabeza de Gilliatt algunas flores se estremecían en las hendiduras de la roca. El agua se veía azul á cuanto podia alcanzar la vista. Soplando el viento del Este, habia poca resaca alrededor de Serk, desde donde no se veía de Guernesey mas que la costa occidental. Francia se distinguía á lo lejos como una bruma, y se per-

cibia igualmente la larga faja amarilla de las arenas de Carteaet. Pasaba con frecuencia alguna mariposa blanca. Gusta á las mariposas pasearse por el mar.

La brisa era muy floja. Todo el azul, lo mismo arriba que abajo, estaba inmóvil. Ningun temblor agitaba aquella especie de serpientes de un azul mas ó menos claro ó mas ó menos oscuro que indican en la superficie del mar las latentes torsiones de los bajíos.

El *Cashmere*, teniendo poco viento, habia, para coger la brisa, izado sus arrastraderas. Navegaba á todo trapo, pero como el viento era de costado, el efecto de las arrastraderas le obligaba á cerrar de muy cerca la costa de Guernesey. Habia ya traspasado la baliza de Saint-Sampson, y alcanzaba la colina del castillo del Valle. Estaba próximo á doblar la punta del Bu de la Calle.

Gilliatt le veía venir.

El aire y el agua estaban como adormecidos. La marea no se hacia por oleadas, sino por hinchazon. El nivel del agua se levantaba sin palpitations. El rumor de alta mar era tan débil que parecia el soplo de un niño.

En la direccion del ancon de Saint-Sampson se oían golpecitos sordos que eran martillazos. Procedían probablemente de los carpinteros que levantaban las cabrias para sacar la máquina de la panza. El eco de los martillazos llegaba difícilmente á Gilliatt, por la mole de granito en que se hallaba como embutido.

El *Cashmere* se acercaba con una lentitud fantástica. Gilliatt esperaba.

De pronto una sensacion de frio le hizo mirar hácia abajo. El agua le tocaba los pies.

Bajó los ojos y los volvió á levantar.

El *Cashmere* estaba muy cerca.

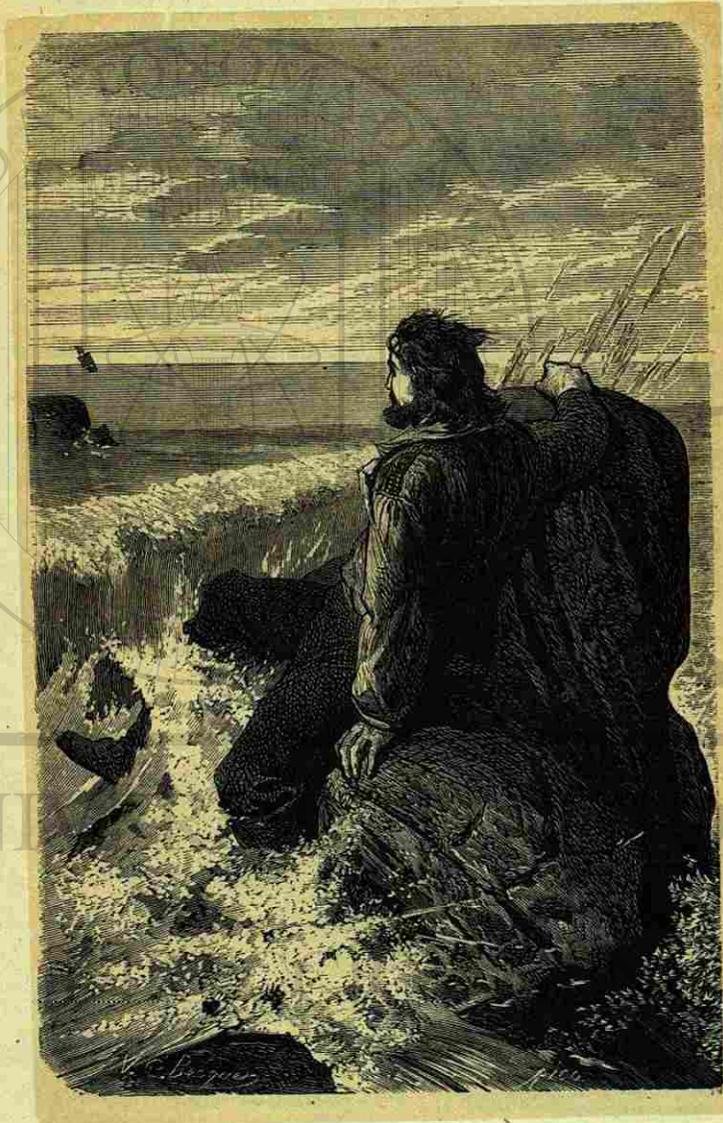
El acantilado en que las lluvias habian construido la silla Sild-Hohm-Ur era tan vertical, y habia allí tanta agua, que en tiempos de calma los buques podian sin peligro pasar á muy pocas brazas de las rocas.

El *Cashmere* llegó. Apareció y se levantó. Parecia que crecia en el agua. Fue como el engrandecimiento de una sombra. El aparejo se destacó negro en el cielo, apenas movido por el magnífico balanceo del mar. Las largas velas, momentáneamente sobrepuestas al sol, se volvieron casi de color de rosa y adquirieron una transparencia inefable. Las olas tenian un murmullo indistinto. Ningun ruido turbaba la magestuosa marcha de aquella silueta. Desde tierra se veia la cubierta como si se estuviese en ella.

El *Cashmere* pasó rozando casi con la roca.

El timonel se hallaba junto á la bitácora; un grumete trepaba por los obenques; algunos pasajeros, apoyándose en la borda, admiraban la serenidad del tiempo; el capitán fumaba. Pero nada de eso veia Gilliatt.

Habia en la cubierta un punto bañado por el sol. Allí era donde él miraba. Allí estaban, inundados de luz, Ebenezer y Deruchette, sentado él junto á ella. Se acurrucaban graciosamente al lado uno de otro, como dos pájaros que se vivifican al calor de un mismo rayo de sol, en uno de aquellos bancos cubiertos con un toldo embreado que



MUERTE DE GILLIATT.

los buques bien dispuestos ofrecen á los viajeros, y en que se lee, cuando es un buque inglés: «Forladies only.» Deruchette apoyaba la cabeza en el hombro de Ebenezer, y el brazo de éste ceñía la cintura de Deruchette; estaban asidos de las manos entrecruzándose sus dedos. Las diferencias de un ángel á otro eran perceptibles en aquellas dos esquisitas figuras formadas de inocencia. Una de ellas era mas virginal. La otra mas ideal. Sus castos abrazos eran expresivos. Todo el himeneo estaba allí, y todo el pudor tambien. El banco en que estaban sentados era ya una alcoba y casi un nido. Al mismo tiempo era una gloria, la dulce gloria del amor huyendo en una nube.

Era celestial el silencio.

Los ojos de Ebenezer contemplaban; los labios de Deruchette se movian, y en medio del silencio, como el viento soplaba hácia el lado de tierra, en el instante rapido de pasar el buque á algunas brazas de la silla Gild-Holm-Ur, Gilliatt oyó la voz tierna y delicada de Deruchette que decia:

—Mira, mira. Parece que hay un hombre en la roca.

La aparicion pasó.

El *Cashmere* dejó tras sí la punta del Bu de la Calle y se escondió en el profundo pliegue de las olas. En menos de un cuarto de hora, su arboladura y sus velas no formaron en el mar mas que una especie de obelisco blanco que decrecia en el horizonte. Gilliatt tenia agua hasta las rodillas.

Miraba alejarse el buque.

En alta mar refrescó la brisa, y él pudo ver al *Cashmere* izar sus correderas y foques para aprovechar el viento. El *Cashmere* estaba ya fuera de las aguas de Guernesey. Gilliatt no apartaba de él sus miradas.

El agua le llegaba á la cintura.

La marea subía. El tiempo pasaba. Las paviotas y cuervos marinos volaban á su alrededor inquietos. Hubiérase dicho que querían indicarle el peligro. Tal vez en aquellas bandadas de aves acuáticas había alguna paviota venida de los Douvres que le reconoció.

Trascurrió una hora.

El viento de alta mar no se dejaba sentir en la rada, pero la disminución del *Cashmere* era rápida. Según todas las apariencias, el buque navegaba con toda su velocidad. Llegaba ya casi á la altura de los Casquets.

No había espuma alrededor de la roca Gild-Holm-Ur, pues ninguna ola azotaba el granito. El agua se hinchaba pacíficamente. Alcanzaba ya casi los hombros de Gilliatt.

El *Cashmere* estaba ya más allá de las aguas de Aurigny. La roca Ortach le ocultó un momento, y él entró en la ocultación de la roca, y volvió á salir de ella como de un eclipse. El buque huía al Norte. Llegó á alta mar y bien pronto no fue más que un punto que, iluminado por el sol, centelleaba como una luz.

Las aves marítimas se cernían gritando alrededor de Gilliatt, del cual no se veía ya más que la cabeza.

El mar subía con una apacibilidad siniestra.

Gilliatt, inmóvil, veía desvanecerse el *Cashmere*.

El flujo estaba casi en su plenitud: Se acercaba la noche. Detrás de Gilliatt, en la rada, había algunas barcas pescadoras que regresaban.

La mirada de Gilliatt, asida al lejano buque, permanecía inmóvil.

Era una mirada fija que no se parecía á nada de lo que se puede ver en la tierra. En aquella pupila trágica y calmada había algo que no puede espresarse. Era una mirada que contenía toda la cantidad de sosiego que deja el sueño no realizado; era la aceptación lúgubre del cumplimiento de otro destino desconocido. La fuga de una estrella debe estar seguida de miradas análogas. Por momentos la oscuridad del cielo se formaba debajo de aquellas cejas, en aquellos ojos cuyo rayo visual permanecía fijo en un punto del espacio. Al mismo tiempo que subía el agua infinita alrededor de la roca Gild-Holm-Ur, la inmensa tranquilidad de la sombra subía á los profundos ojos de Gilliatt.

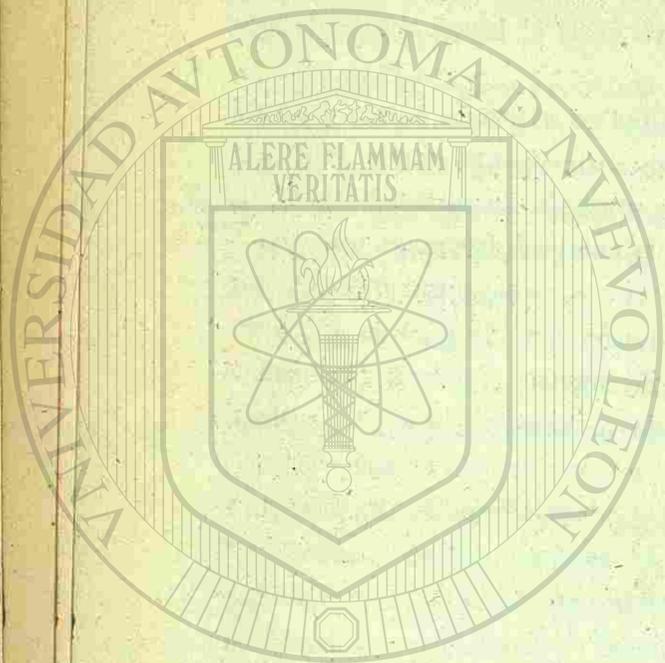
El *Cashmere*, ya imperceptible, era no más que una mancha mezclada con la bruma. Era preciso para distinguirle saber dónde estaba.

Poco á poco aquella mancha, que no era ya una forma, palideció. Después se redujo á su menor expresión.

Después se disipó.

En el instante de desaparecer el buque en el horizonte, la cabeza desapareció debajo del agua. No quedó ya más que el mar,

FIN.



INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO.

SEGUNDA PARTE.

GILLIATT EL MALIGNO.

LIBRO PRIMERO.

EL ESCOLLO.

I. El punto á que es trabajoso llegar y de que es difícil partir..	7
II. Las perfecciones del desastre..	17
III. Sana, pero no salva.	23
IV. Exámen local preliminar.	27
V. Una palabra acerca de las colaboraciones secretas de los elementos..	33
VI. Una cuadra para el caballo.	41
VII. Un albergue para el viajero.	47
VIII. Importunæque volucres.	61
IX. El escollo, y la manera de servirse de él.	65
X. La fragua..	71
XI. Descubrimiento.	79
XII. El interior de un edificio debajo del mar.	87
XIII. Lo que allí se ve y lo que allí se entrevé.	91

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HEYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO SEGUNDO.

EL TRABAJO.

I. Los recursos de aquel á quien falta todo.	103
II. Cómo Shakespeare puede encontrarse con Esquilo.	109
III. La obra maestra de Gilliatt acude al socorro de la obra maestra de Lethierry.	113
IV. Sub re.	119
V. Sub umbra.	129
VI. Gilliatt hace tomar posicion á la panza.	139
VII. En seguida un peligro.	145
VIII. Peripecia antes que desenlace.	151
IX. El éxito frustrado apenas conseguido.	157
X. Las advertencias del mar.	161
XI. Al buen entendedor, salud.	167

LIBRO TERCERO.

LA LUCHA.

I. Los extremos se tocan y los contrarios se anuncian.	175
II. Los vientos del golfo.	179
III. Explicacion del ruido que oia Gilliatt.	185
IV. Turba, turma.	191
V. Gilliatt puede optar.	195
VI. El combate.	197

LIBRO CUARTO.

LOS DOBLES FONDOS DEL OBSTÁCULO.

I. No es el único que tiene hambre.	227
II. El monstruo.	235

III. Otra forma de combate en el abismo.	247
IV. Nada se oculta y nada se pierde.	251
V. En el intervalo que separa seis pulgadas de dos pies hay donde alojar á la muerte.	257
VI. De profundis ad altum.	263
VII. Hay un odio en lo desconocido.	273

TERCERA PARTE

DERUCHETTE.

LIBRO PRIMERO.

NOCHE Y LUNA.

I. La campana del puerto.	279
II. Sigue la campana del puerto.	301

LIBRO SEGUNDO.

EL RECONOCIMIENTO EN PLENO DESPOTISMO.

I. Alegría rodeada de angustias.	315
II. La maleta de cuero.	329

LIBRO TERCERO.

PARTIDA DEL CASHMERE.

I. El Havelet muy cerca de la iglesia.	335
II. Las desesperaciones en presencia unas de otras.	340
III. La prevision de la abnegacion.	353
IV. Para tu mujer cuando te cases.	361
V. La gran tumba.	367

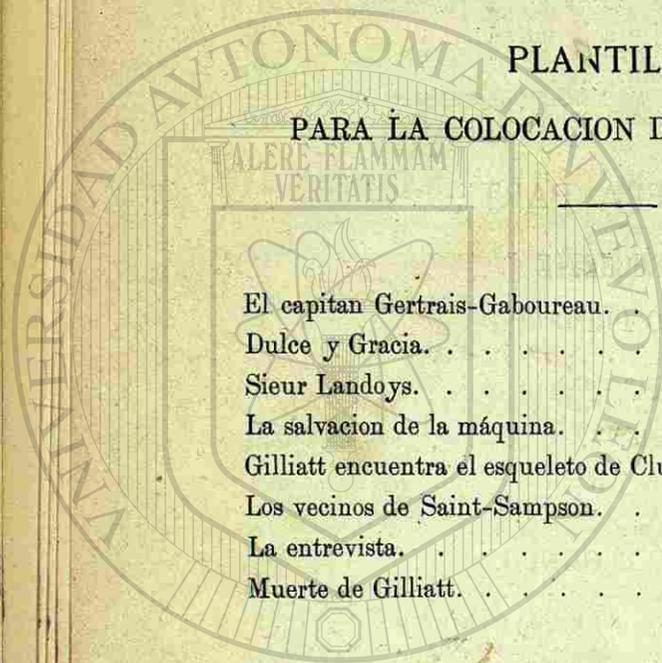
PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

El capitán Gertrais-Gaboureau.	pág. 8
Dulce y Gracia.	56
Sieur Landoys.	120
La salvación de la máquina.	152
Gilliatt encuentra el esqueleto de Clubin.	256
Los vecinos de Saint-Sampson.	336
La entrevista.	352
Muerte de Gilliatt.	377

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIL



UAB

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUARAMANGA

INSTITUCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN



TRAM

EC